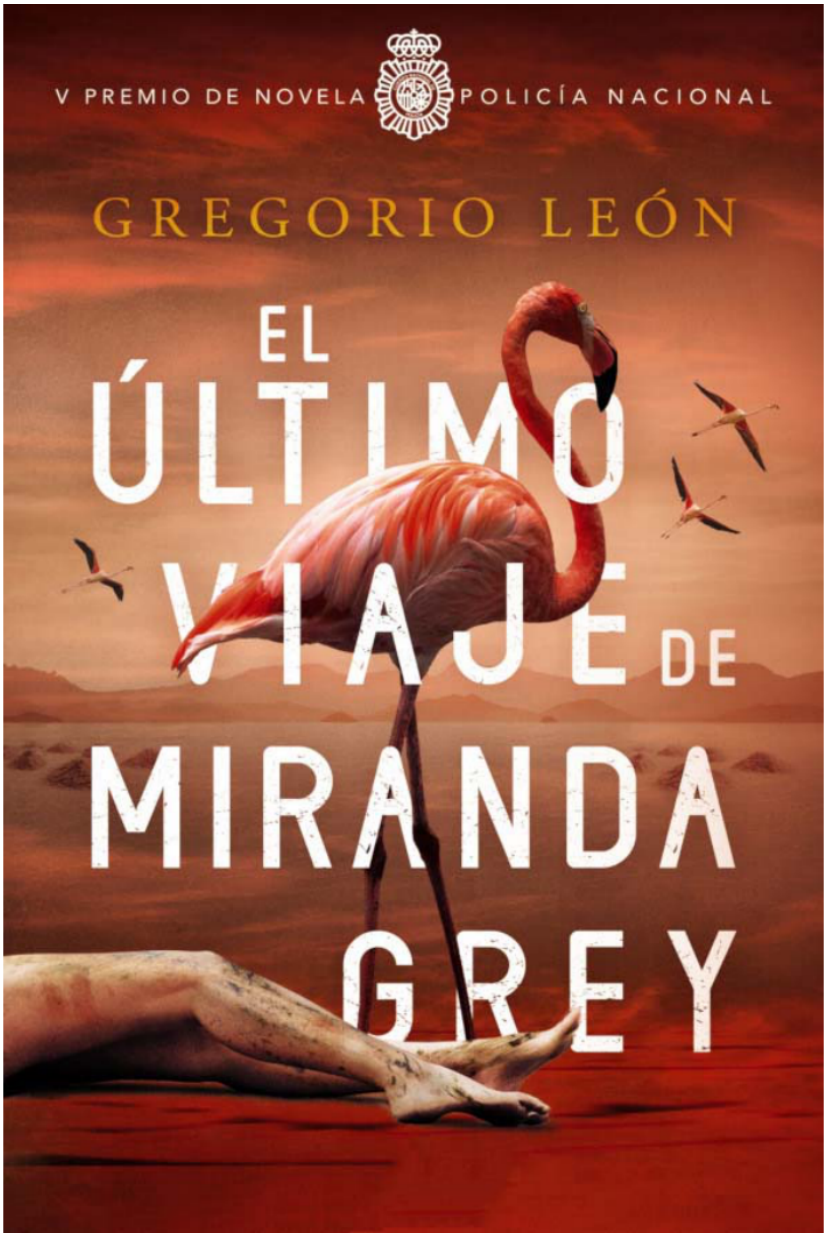
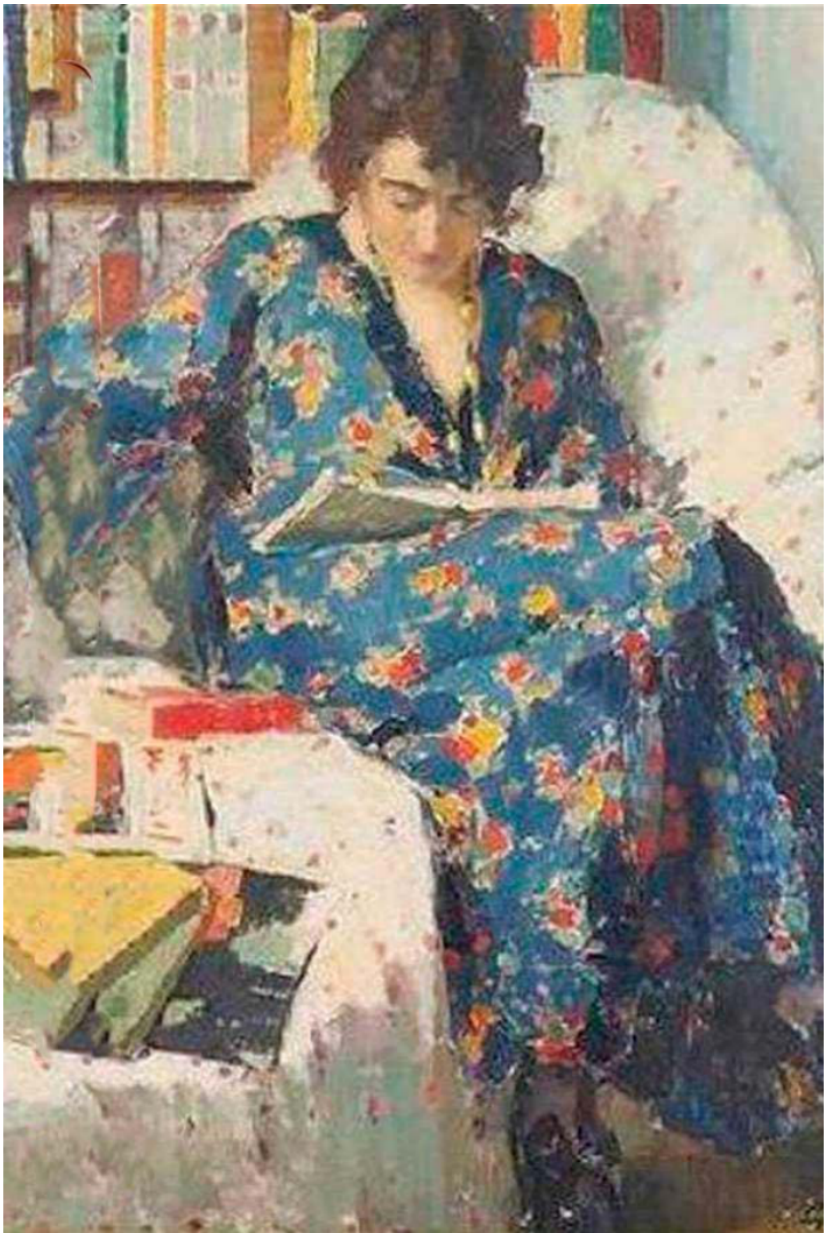

V PREMIO DE NOVELA POLICÍA NACIONAL
GREGORIO LEÓN
EL ÚLTIMO VIAJE DE MIRANDA GREY

Las pirámides de sal dibujan el paisaje de Castellblanc, que un día se convierte en *trending topic* al verse sacudido por un terremoto y por la desaparición de Leo, un adolescente de vida enigmática. Borja Stapleton, oficial de la Policía judicial, recibe el encargo de encontrarlo. Pero durante la investigación se enfrentará a otro caso: ¿qué le pasó a Miranda Grey, gran promesa del piano y que supuestamente decidió suicidarse? Daniel, un ingeniero que debe revisar los edificios afectados por el terremoto, se obsesiona por Miranda, y se suma a las pesquisas del policía. Una periodista *freelance*, un maduro donjuán de acento francés, el colérico director del periódico local, una *influencer* con miles de seguidores y el cuerpo lleno de tatuajes… Todos parecen implicados en este caso, en el que solo los flamencos que habitan las salinas son inocentes.

Gregorio León

El último viaje de Miranda Grey

Gregorio León, 2022



La novela *El último viaje de Miranda Grey*, de Gregorio León, resultó ganadora del V Premio de Novela Policía Nacional. El jurado tuvo como presidente al comisario principal José Manuel Pérez Pérez y estuvo compuesto por Espido Freire, José Ángel Mañas, Lorenzo Silva, el comisario Luis Esteban y el inspector jefe Carlos Sánchez, actuando como secretario Miguel Ángel Rodríguez Matellanes, de Algaida Editores.

A mi familia, que me presentó a Julio Verne.
Y a Ella, que me susurra todas estas historias,
después de pintarse los labios.

1

EN MENOS DE UN MINUTO,
CASTELLBLANC,
que a nadie le importaba, se convirtió en *trending topic*. Era un pueblo costero al que no iban ni los turistas. Lo único que atraía a los forasteros era un club de alterne, cuyas parpadeantes luces violetas y verdes ya estaban encendidas.

A esa hora un hombre escrutaba la laguna de sal a través de sus prismáticos. Se sentía privilegiado por asistir cada tarde al prodigio de una puesta de sol que no había encontrado en ninguno de sus muchos viajes por el mundo. Es curioso, pero cada día aquel humedal ofrecía un matiz diferente, y sus aguas se teñían de un rosa chicle que podía evolucionar hacia el fucsia, con pigmentaciones siempre nuevas.

A la derecha, junto a un inmenso cartel con el nombre de Salinas Salazar, se erigían inmensas columnas de sal, que parecían pirámides egipcias. El último sol del día resbalaba por su superficie triangular.

Detuvo la mirada en un sillón de mimbre, que permanecía clavado en el fondo. ¿Quién lo habría dejado abandonado ahí? Los flamencos pasaban a su lado, con aire indiferente.

El horizonte era un derroche de sangre del que se iba descolgando el sol, decidido a hundirse en las aguas de la laguna. Un aguilucho cenizo sobrevoló el cielo. El hombre nunca podría agradecer a *National Geographic* haberlo mandado a aquel rincón bañado por el Mediterráneo, inexplicablemente olvidado. Sí, se sentía muy afortunado. Estaba convencido de que iba a hacer su mejor reportaje. Quizá hasta le dieran un premio por él. Igual por las fotos que estaba haciendo justo esa tarde. No era fácil cazar a los flamencos en pleno cortejo nupcial. Pero ahí los tenía, delante de su cámara, estirando el cuello, batiendo las alas después de extenderlas, entregados a rápidos movimientos laterales de la

cabeza. El ritual se ejecutaba con perfecta sincronía y elegancia. El ornitólogo no paró de hacer disparos. Luego escuchó a los flamencos haciendo castañear sus picos, antes de colocar el cuello en garfio. Las hembras aguardaban, expectantes.

De pronto notó algo extraño. Los flamencos empezaron a graznar al unísono, rompiendo la quietud del atardecer. El galanteo se había quebrado, abruptamente. El hombre conocía a la perfección sus costumbres después de examinarlas durante los últimos tres meses, y los veía moverse con su aire desgarbado cuando acechaban algún peligro. Pero ahora no. Huían de la laguna, con urgencia. Vio a través de los prismáticos cómo su superficie se agitaba, las aguas víctimas de un temblor trémulo. Los flamencos volaron en desbandada. Sus graznidos se hicieron más fuertes. Y lo siguiente que escuchó fue el sonido como de un árbol al rajarse, seguido de un estruendo. Y todo, la laguna rosácea, las cintas transportadoras de sal, las garberas, las máquinas volvedoras, la tierra que pisaba… todo empezó a moverse con grandes sacudidas.

El terremoto acababa de empezar.

2

DANIEL HABÍA DORMIDO MUY MAL. Llegó a Castellblanc casi de madrugada, y durante el viaje había visto varias veces las imágenes trágicas que no paraban de repetir los informativos de televisión. Y se le había metido en la cabeza sobre todo una, la de un niño, su cuerpo despanzurrado sobre la acera, la imagen que aparecía al día siguiente en todas las portadas, su cuerpo inerte, una mujer descubriéndolo con ojos aterrados, un perrillo intentando reanimarlo con sus lametones ya inútiles, un agente de la policía dando órdenes urgentes a través del *walkie*. Un periódico local, *La Gaceta*, la había publicado con una doble página a modo de portada, como una sábana. Daniel estuvo a punto de comprar un ejemplar, pero finalmente lo descartó.

Por la noche ya había podido apreciar los estragos del terremoto. Pero a la luz del día eran todavía mayores. Fachadas enteras se habían venido abajo, dejando al desnudo la intimidad de sus inquilinos, como si fueran casitas de muñecas. Muchos vehículos habían sido aplastados por paños enteros de fachadas, parapetos y cascotes. Hasta la torre de la iglesia había sido incapaz de aguantar los embates del ataque. Por fortuna ningún feligrés fue alcanzado por los cascotes que se desprendieron del techo. El párroco se libró de milagro. Al buen hombre lo habían visto con los hábitos embadurnados de polvo.

«Aquí hay mucho trabajo por hacer. Muchísimo» se dijo Daniel, que se detuvo delante de una construcción, la primera que debía examinar esa mañana. Tenía tres pisos, sobresaliendo por encima de las demás, incongruente en aquel paisaje más bien chato. Tocó el timbre. Se identificó. Después de casi un minuto, le abrieron.

La casa era tan grande que incluso tenía ascensor, aunque había quedado inutilizado. Usó las escaleras, tanteando cada tramo con sumo cuidado. Desde hacía varios días notaba unas molestias en la rodilla. Su médico le había dicho, después de examinarla, que no se

preocupara, que era solo una condromalacia rotuliana, que no tenía nada roto, y que una vez bajara la inflamación del cartílago que hay entre rótula y fémur, las molestias desaparecerían. Pero él no se fiaba de ese diagnóstico. Algo no iba bien en su rodilla. Y ahora la obligaba a subir por aquellas escaleras inestables, maldita sea. Había algunas piezas desprendidas. Arriba le esperaba una mujer. Llevaba los ojos pintados de un azul que parecía turquesa. A su lado ladraba un *yorkshire*.

—Adelante.

—Disculpe que le moleste, pero pertenezco al grupo de peritaje al que le han asignado la tarea de evaluar el terremoto, y debo examinar el interior de cada vivienda.

—¿Para qué?

—Debemos clasificar las viviendas entre las habitables y las no habitables, señalándolas con un círculo rojo o amarillo. Debemos evaluar el comportamiento sismorresistente de cada vivienda. El movimiento sísmico ha sido de tal intensidad que pueden producirse nuevos derrumbes y desprendimientos. Por eso es preceptivo hacer un examen detenido, a fin de preservar la integridad y salud de todos ustedes.

El *yorkshire* no parecía de acuerdo con aquella intromisión. No paraba de manifestarse, con ladridos agudos. Su dueña tampoco parecía muy complacida por la visita.

—¿Perito me ha dicho?

—Exactamente perito ingeniero de ingeniería geotécnica. Aquí puede ver mi carné profesional.

Daniel sacó del bolsillo su acreditación. Eso pareció vencer las reticencias de la mujer.

—Como usted vea.

Daniel abrió la carpeta que llevaba consigo, y empezó a anotar en ella, describiendo el estado de la vivienda. Detectó una resquebrajadura que culebreaba por la pared principal del salón. El techo, sin embargo, se había mantenido intacto. A la mujer se le veía nerviosa. Jugaba con la cadena del reloj que llevaba en una muñeca. Parecía caro. Igual que su vestimenta. Un *blazer* de lana negro y unos pantalones anchos verde oliva. Los botines, de terciopelo. A aquella mujer le gustaba cuidar todos los detalles.

El perito sacó su teléfono móvil y se puso a hacer algunas fotos

del salón. Había anaqueles llenos de libros.

—¿Qué hace? —saltó la mujer, extrañada.

—Disculpe, pero debo adjuntar al informe escrito imágenes fotográficas que sirvan de prueba del estado de la vivienda. Es lo que me exigen desde la central, lo siento.

—Ya.

—Será un segundo.

La mujer vio cómo Daniel hacía varias fotos, desde diferentes ángulos. Una sirena aulló, con un sonido que se hizo cada vez más fuerte, y que tardó en apagarse. Las ambulancias iban de un lado para otro.

—¿Todo bien? —preguntó, inquieta.

—Parece que los daños han sido superficiales, que no tienen naturaleza estructural. Los pilares se ve que han aguantado correctamente.

—Esta es una casa que se construyó bien.

El tictac de un reloj de pared punteaba la conversación.

—¿Me permite ver las habitaciones interiores?

—Sí, es su trabajo.

Daniel se internó por un largo pasillo, que conducía a varios dormitorios y a un despacho. Era inmenso. Le llamó la atención que dentro de él había un piano, arrumbado, lleno de polvo. A él le habría gustado tener una casa así tan grande, con tantos metros. Y a prueba de terremotos, tras confirmar que tampoco esas habitaciones interiores se habían visto afectadas. Pero con el sueldo de Adela y el suyo eso sería imposible, una quimera.

—¿Me puede hacer el favor de firmar aquí? —le pidió.

—¿Qué es?

—Un documento que acredita que usted es la ocupante de esta vivienda.

Daniel le alargó el bolígrafo, que ella cogió, con recelo.

—¿Aquí?

—Sí, ponga su nombre y firme aquí, por favor.

Y mientras la mujer escribía su nombre, Valentina Reyes Gámez, y garrapateaba su firma, Daniel dedicó una última mirada a aquel salón que él nunca se podría permitir. Y entonces reparó en una imagen. Era tan grande y espacioso que le había pasado inadvertida. Sobre la repisa de la chimenea descansaba una foto

enmarcada. En ella aparecía una joven de pelo largo, rubio, tan rubio que parecía blanco, con rasgos nórdicos («¿o quizá americanos?», se preguntó Daniel). Ofrecía una sonrisa tímida que dejaba al descubierto sus dientes muy blancos, las dos palas delanteras un poco asimétricas, lo que le daba a la boca un encanto especial, con un toque pícaro o sensual, subrayado por el labio superior, que formaba un perfecto arco de Cupido. De su vestimenta, a Daniel le llamaron la atención sus Converse de color azul turquesa, haciendo compañía a unos pantalones vaqueros y una blusa de color oscuro.

La mujer se dio cuenta de que Daniel tenía los ojos clavados en la foto.

—Es mi hija. Por fortuna, ella está a salvo. Se encuentra estudiando en Estados Unidos. Aunque ya anoche hablé con ella, para tranquilizarla y para decirle que su mamá estaba bien.

—Es muy guapa —atinó a responder Daniel.

—Mi Miranda salió a su madre.

—Desde luego que sí.

—¿Ha acabado ya?

—Bueno, si acaso voy a hacer alguna foto más. En la central siempre me insisten en que las mande con la mayor nitidez posible, y prefiero que tengan de sobra a que me digan que no tienen calidad y verme obligado a molestarla de nuevo.

Daniel volvió a sacar su teléfono móvil. Hizo varios disparos.

—Ahora sí, todo perfecto. Tengo fotos de sobra. Y podré colocar un círculo amarillo en la fachada, para declarar habitable la vivienda. Es verdad que hay fisuras profundas, pero susceptibles de ser rellenadas con resinas de formulación, capaces de restablecer la continuidad mecánica, o sea, transmitir tensiones a través de la propia fisura.

—No le entiendo.

—Lo único que debe entender es que puede quedarse en casa. Muchas gracias, señora.

Daniel evaluó dos edificios más, comprobando desalentado que no todo en Castellblanc estaba tan bien hecho como la casa de Valentina. A pesar de las protestas de sus ocupantes, no tuvo más remedio que pintar con el espray un círculo rojo en los dos últimos. Vivienda inhabitable.

Su mente volvió a la imagen que había descubierto en la casa de la mujer. Él solo había conocido una chica tan guapa. Una chica que le gustaba como ninguna otra le había gustado hasta ese momento. Tanto que él le pidió matrimonio. Luego, ella se quitó la vida. Se llamaba Carol. Y era su hermana.

3

ERA TAN TEMPRANO QUE DANIEL SE VEÍA OBLIGADO a caminar con mil cautelas, evitando tropezarse con piedras desprendidas. Solo le faltaba a su maltrecha rodilla una caída para terminar de fastidiarla. Se veía a sí mismo escayolado, con la rótula hecha cisco. Debía cuidarse. Las luces de los generadores eléctricos dibujaban un paisaje espectral de cordilleras de escombros y siluetas quebradas de edificios. Vio una placa tirada en el suelo, desprendida de una fachada. Avenida de la Salud, leyó. Le pareció una burla. Aún no había cesado el ruido de ambulancias acarreando heridos.

A esa hora debería estar durmiendo. Si podía, evitaba madrugar, y por el contrario, no le importaba quedarse revisando o examinando documentos hasta muy tarde. El silencio era muy productivo. Le cundía mucho después de que Adela se abandonara al sueño. Anoche se le pasó llamarla. Se anotó mentalmente esa tarea.

Vio un bar abierto. El Momo, ponía en un rótulo. A su lado aparecía un cartel verdoso con el nombre de una cerveza. Estrella de Levante, leyó. Decidió entrar.

—Es usted el primer cliente. ¿Qué le pongo?

—Una tostada entera de mantequilla. Y un solo, por favor.

—Marchando —respondió el camarero, antes de darse la vuelta y acercarse a la tostadora, silbando.

Una mujer, de aspecto más bien hombruno, tirando a fea, escribía frenéticamente en su teléfono móvil. Por un momento sus miradas se encontraron, pero ella siguió a lo suyo, dándole a las teclas con inverosímil velocidad. Una televisión, colgada en una esquina, repetía las imágenes de devastación a que había quedado reducido Castellblanc. En una de ellas apareció un vecino practicando un masaje cardiaco a una mujer que estaba desplomada

sobre el asfalto. Luego aparecía su testimonio, entre lágrimas. Al parecer, no había podido hacer nada para salvar su vida.

—Ahí tiene sus tostadas. Ah, y luego a mediodía tiene menú, por si le interesa. Y hasta le puedo preparar una dorada a la sal, con un suplemento de cuatro euros.

—Muchas gracias.

—Por cierto, me llamo Chacón. Para servirle.

Daniel untó trabajosamente la mantequilla, un poco helada, sobre las tostadas. Aguardó a que el calor que irradiaba el pan la derritiera. Y aprovechó para revisar las fotos que había hecho en la casa de Valentina. Se detuvo en la de Miranda. ¿Ese es el nombre que había usado su madre cuando hablaron de ella, verdad? La amplió.

El camarero pasó a su lado y le dejó la taza de café.

—¿Usted es nuevo, verdad?

—¿Perdón?

—Sí, sí… aquí nos conocemos todos. Y ha venido gente nueva. ¿Es periodista, no?

Daniel lo miró con extrañeza. ¿Acaso tenía pinta de reportero?, se preguntó, sin atreverse todavía a morder la tostada.

—No, soy perito. Me dedico a clasificar los edificios que se han visto afectados por el evento sísmico.

El camarero lo miró con extrañeza. Como si dudara de sus palabras. No, no, seguro que era periodista, a él no era fácil engañarlo.

—Está el pueblo hecho bicarbonato. Ya está viendo las imágenes de la televisión. Pero si hasta me han dicho que no se ha salvado ni la casa de Valentina. Y eso que dijo Andrade, su marido, que estaba hecha a prueba de bombas. Pobrecilla. ¡Cómo cambia la vida! La pobre lo debe estar pasando mal. Primero lo de su hija. Y ahora, esto…

Chacón dirigió una mirada a la televisión. Una redactora sujetaba con fuerza un micrófono, con un fondo de escombros detrás.

—Fíjese en la presentadora, esa tan famosa y tan guapa. ¿No la ha visto por el pueblo? Un día también será vieja y achacosa. Pero mientras tanto ¿a que da gusto verla?

—Sí —le respondió Daniel, sin mucha convicción, rumiando sus

propios pensamientos.

Desde la esquina, la mujer fea ahora hacía que escribía en el móvil, pero en realidad estaba pendiente de la conversación que se producía en la barra.

—¿Es verdad que no se ha salvado ni la casa de Valentina? Ya sé lo que se dice en el pueblo, pero a mí la vieja esa me da pena… Sobre todo, después de lo que le pasó a su hija.

—¿Qué le pasó?

—Uy, ¿no se lo han contado?

Daniel vio cómo el camarero movía los labios, pero no pudo captar lo que le decía. Se lo impidió el sonido de la cafetera, invadiéndolo todo.

—Disculpe, no le he podido oír.

—Pues que se quitó de en medio.

Daniel compuso un gesto de sorpresa. El camarero se le acercó al oído y bajó la voz.

—Hay que tener mucho valor para hacer lo que esa niña hizo. Dios sabe lo que tendría la muchacha en la cabeza para hacer lo que hizo. La vida es una cosa muy rara. ¿No le parece? —le dijo, casi en un susurro.

La chica fea dirigió los ojos a los dos hombres. ¿Estarían hablando de ella?, se preguntó.

Daniel se quedó mirando la tostada, ya empapada con el aceite de la mantequilla, sin terminar de morderla, cavilando sobre lo que acababa de escuchar. ¿Se había suicidado esa chica que había visto en la foto, tan llena de vida como parecía?

—Y ahora, para rematarnos a todos, el terremoto. Aunque le diré una cosa. Lo mejor de lo que nos ha pasado, dentro de la desgracia, por supuesto, es la cantidad de gente que ha venido aquí. De todos los sitios. Tantos periodistas. Tantos curiosos. Que parecía que estuviéramos abandonados. Claro que me da pena por la gente que ha perdido sus casas, pero nunca había habido tantos clientes. ¡A ver si salgo de pobre! No hay mal que por bien no venga…

Daniel le lanzó una mirada de desdén. El pan de la tostada era inmejorable. Pero empezaba a cargarle la cháchara del camarero, ese parloteo continuado que le impedía concentrarse en sus pensamientos, sus silbidos a modo de canturreo, como si hubiera algo que celebrar en el pueblo.

—Si es que no es fácil tener suerte en la vida. Mírame a mí, pobre como una rata. Sin un chavo.

Pa' los

gastos. Viviendo en un piso pequeño, vamos, como la casa del perro. Y cómo de caprichosa es la naturaleza, que me lo deja vivo, y se ceba con el de Valentina. ¿Usted ha estado en él, verdad? Bueno, eso no es un piso, ¡es una mansión! Decían que era muy lujosa. Que incluso había obras de arte. Relojes. Cuadros caros. ¿Es verdad? Eso decía la gente.

La entrada de un tercer cliente hizo que el camarero se callara. El bar se fue poblando poco a poco de voces y ruidos. Los primeros rayos del sol aparecían tímidos.

Daniel dejó pasear su mirada por el bar. La chica fea de la esquina seguía a lo suyo, tecleando en su móvil, aparentemente abstraída de todo. Por un momento ella levantó la vista de la pantalla de su teléfono, y sus miradas se cruzaron.

Él pidió la cuenta. El camarero le cantó que dos euros cincuenta, y cuando fue a recogerlos, le colocó al perito delante su teléfono, y le señaló una información.

—¿Eso es verdad? —le preguntó, poniéndole delante de las narices el móvil. En la pantalla aparecía un tuit.

«Habrá otro terremoto, que destruirá por completo Castellblanc».

Daniel leyó la noticia, resumida en doscientos ochenta caracteres. A su lado, plantado como una estaca, haciendo oídos sordos a las reclamaciones de otros clientes, Chacón esperaba impaciente el veredicto.

—Es posible que haya réplicas, pero de más baja intensidad, réplicas que tienen por objeto liberar la energía acumulada en la falla tectónica. Pero le insisto en que serán de magnitud menor, de sismicidad moderada. Afirmar lo contrario sería aventurarse demasiado.

—Ya, pero Twitter dice eso.

El perito se limitó a encogerse de hombros. Quizá no sería buena idea repetir desayuno en el Momo. El tal Chacón que le había atendido no paraba de hablar. Parecía un transistor.

—¿Va a visitar de nuevo a Valentina?

—No, creo que no.

—Bueno, si algún día se acerca a su casa, dígale que puedo llevarle comida, le puedo enviar el menú diario… Yo sé lo que se dice en el pueblo de ella, que si esto que si lo otro. La gente le tiene mucha envidia, que se lo digo yo. Pero a mí me da un poco de pena. Se quedó muy sola. En el pueblo se dice que ha perdido la cabeza. Pero ¿cómo se puede quedar una madre a la que le pasa algo así?

Daniel se despidió con un escueto «buenos días», y se quedó dándole vueltas a esa pregunta. Tan concentrado estaba en esa tarea, que no se dio cuenta de que la mujer que jugaba con su teléfono móvil había pagado apresuradamente su cuenta y ahora lo seguía, a pocos metros.

4

LA CULPA DE QUE YO ACABARA BUSCANDO a un chaval de dieciséis años la tuvo Tinder. Me llamo Borja Stapleton. Lo del apellido es culpa de mi madre, que en uno de esos viajes locos que ella hacía cuando era joven se enamoró de un americano que llegó a cambiar por ella Boston por Alcorcón. Soy policía nacional y trabajo en la Brigada de Homicidios y Desaparecidos. No tengo ningún trauma que venga del pasado, mi única bebida es el Red Bull y no existe ninguna ex que me amargue la existencia. Siento romper el estereotipo que les gusta tanto a los novelistas. No tengo nada que ver con el inspector jefe Torregrosa, mi superior, de cuyas rarezas ya hablaré más adelante, si se tercia. A ese sí que la vida parece que le ha dado peores cartas en el reparto. Yo no me quejo de las mías. Si acaso, se me puede criticar por mi compra compulsiva de libros de segunda mano, que voy acumulando, sin ni siquiera abrirlos después. *Tsundoku* dicen que se llama eso. Los veo tan baratos que no puedo resistirme. Pero ¿no hay nada malo en eso, verdad? Por lo demás, me gustan las patatas bravas, la tortilla que hacen como nadie en un bar de Huertas, las porras de El Brillante y ver al Madrid en el fondo sur del Bernabéu. Aunque me vi obligado a dejar todo eso. Llegué a la costa por culpa de un *match*. Nunca había estado en las hogueras de San Juan. Unos amigos me liaron, y allí que acabé, pidiendo deseos en la playa del Postiguet, observado por el castillo de Santa Bárbara. Cuando llegué al hotel, muy de madrugada, no pude dormirme. Me quedé desvelado. Maldito insomnio, caray. Así que me puse a jugar con el Tinder. La cosa no era para tirar cohetes, pero más de una vez arrastré el dedo a la derecha. Y en una de esas veces, me saltó la señal de que había hecho coincidencia. Era una rubia, de flequillo a lo Cher, muy guapa, sin faltas de ortografía y muchos emoticonos. Tenía un par de fotos con fondos de paisaje exóticos. Nos conocimos al día siguiente. Enseguida descubrí que, aparte de los viajes, era aficionada al vino. Todo fue muy rápido,

como ocurre ahora con estas cosas. Yo pensaba que iba a ser un polvo rápido y ya está. Y fijaos, aquí estoy. Me pedí el traslado, voy a tener una hija y los partidos del Madrid ya solo los veo por televisión.

Torregrosa es el inspector jefe del grupo de la brigada de Policía judicial en la que trabajo. Es a él a quien debo siempre rendir cuentas. Y ya me había avisado de que iba a ser desagradable lo que me encontraría. Yo también me había quedado impactado con las imágenes de la televisión, pero solo tomabas auténtica dimensión de la tragedia allí. Y no lo digo solo por los efectos del terremoto, por todos aquellos edificios derruidos, sino por el dolor. Tuve que hacer esfuerzos para no llorar, para que las emociones que me recorrían no se convirtieran en lágrimas, el día del funeral de las siete víctimas que había dejado el seísmo. Me impactó mucho el caso de una madre que había dejado huérfano a su niño de apenas tres años. ¿Qué pasaría si un día, porque el destino es así de cabrón y a veces los malos ganan, una bala hiciera que yo no pudiera volver a casa a ver el rostro de mi hija, sumida en sus sueños de dragones y princesas y mundos donde siempre los buenos ganan? ¿Qué recuerdo tendría de su padre esa niña aún no nacida?

El sacerdote que oficiaba la misa cerró el funeral hablando de la luz perpetua y todo eso, y la masa de feligreses se disolvió. Consulté el reloj. A las doce y media debía estar en un sitio.

Me encaminé al barrio. No era fácil orientarse. Los números de algunos edificios habían saltado. Había escombros por todos lados, y era difícil moverse. Pero al final llegué al once de la calle Muñoz Molina. En el segundo me esperaban los padres de un chico que había desaparecido. Fui tanteando con cuidado los escalones. Mis botas dejaban una marca clara en el polvo que se había acumulado.

Me abrió la puerta una mujer. Tendría unos cuarenta años, muy bien llevados. Me identifiqué y cruzamos un pequeño pasillo que nos condujo al salón. Allí esperaba, los ojos pegados a una televisión, el padre del chaval. Me dio la mano. Las tenía callosas, de hombre que trabaja en el campo o en la construcción. La camiseta que llevaba puesta dejaba ver unos bíceps desarrollados.

—Le invitaría a una Coca-Cola, pero nos hemos quedado sin luz, y el frigo lleva muchas horas sin funcionar. Salvo que quiera tomársela caliente.

—No se preocupe.

No era difícil hacerse cargo de la situación. Una enorme raja nacía del salón y lo recorría hasta desembocar en un pasillo interior, que debía dar a los dormitorios. El terremoto había dejado a la vista las vigas del techo. Vi alguna reventada. El hombre pareció leerme el pensamiento.

—Esta tarde va a venir un perito. Y si dicen que tenemos que irnos de aquí, pues nos iremos. Eso es lo de menos. Lo importante es que Leo vuelva.

Los animé a que hablaran. Y fue la madre la que tomó la palabra, confirmando todo lo que habían expuesto en la denuncia presentada en comisaría y que formaba parte del atestado. Que llevaban tres días sin saber dónde estaba su hijo. Que la última vez que lo vieron fue por la mañana, cuando agarró su bolsa y se fue al instituto, donde cursaba segundo de ESO. Que ya a mediodía no vino a comer. Que la madre lo llamó por teléfono varias veces. Que no se alarmó demasiado, pensando que igual había decidido quedarse a comer con alguna compañera de clase, como había ocurrido otras veces. Que no le respondió al móvil, y eso que la madre le había reprochado más de una vez que no estuviera pendiente de él. Que insistió con las llamadas. Pero siempre se lo encontraba igual, apagado. Que por la noche empezó a preocuparse de verdad. Alguna vez es verdad que él no iba a cenar, alegando que iba a estar en casa de una amiga suya, de nombre Cintia, pero siempre avisaba, porque en eso era un chico muy formal y serio. Que a la mañana siguiente, después de una noche en vela, el padre fue a la casa de esa amiga, pero allí nada sabían de él. Lo habían visto en el instituto por la mañana, por última vez. El móvil seguía apagado. Luego, a media mañana, cuando el sol empezaba a hacerse fuerte en lo alto del cielo, la tierra había empezado a temblar.

La madre era un mar de lágrimas. Contrastaba con su marido, que parecía una esfinge, la mirada perdida en las imágenes que desfilaban por la televisión.

—Y ¿cuándo ha sido la última vez que han marcado su teléfono? —les pregunté.

—Hace diez minutos, justo antes de que usted llamara a la puerta. Pero también da apagado. Y es algo muy extraño. Nunca lo

apagaba, y eso que yo le decía que lo hiciera, que qué necesidad tenía de tenerlo encendido por las noches, que eso gasta —me respondió la madre, que parecía recuperar un poco de presencia de ánimo.

—Entiendo. Me harían falta fotos de su hijo. Si es que tienen alguna disponible, y que pudieran compartir conmigo. Me serían de gran ayuda.

—Pues tengo algunas recientes, en el teléfono móvil. A ver si soy capaz de encontrarlas.

La mujer, nerviosa como estaba, se hizo un lío con su móvil, un aparato ya obsoleto que ella manipulaba con torpeza. La ayudé para que pudiera reenviarme a mi correo electrónico varias fotos de su hijo.

—¿El chico llevaba algún tatuaje, alguna señal que nos pudiera ayudar a identificarlo con más facilidad?

—Ni hablar. Un día me vino con la idea esa de tatuarse, que conocía aquí a alguien del pueblo que lo hacía muy bien, y se la quité enseguida de la cabeza. A los hijos hay que quitarles de la cabeza cuanto antes las tontunas —saltó el padre, en un tono enérgico.

Me quedé pensativo. Estaba claro quién llevaba los pantalones allí. El padre imponía su autoridad, y a tenor de la fuerza de sus palabras, sin apelación posible. Tomé nota mentalmente.

—¿Me podrían mostrar la habitación en la que dormía Leo?

—¿Y eso? —habló de nuevo el padre, con un tono ofendido.

—Aunque no lo crea, cualquier detalle, por nimio que parezca, puede resultar determinante para resolver el caso.

La madre me condujo por un pasillo. Sorteé algún mueble. La habitación de Leo tendría unos ocho metros cuadrados. En aquella vivienda no sobraba ni un centímetro. Y en medio del desorden que parecía haber tomado la casa, el dormitorio estaba muy limpio. Todo pulcro. Una colcha estampada cubría una cama de noventa. Sobre una pequeña mesa de escritorio descansaban varias carpetas, que imaginé llenas de apuntes del instituto. Abrí un armario. Me encontré con varios pantalones vaqueros, perfectamente doblados. Y una buena colección de camisas, muchas de marca. Un zapatero acogía varias zapatillas deportivas, caras, por mucho que rastrearas en Zalando buscando ofertas.

—¿No falta nada?

—¿A qué se refiere?

—¿Está toda su ropa?

—Sí, sí…

Parecía que el chico no había decidido fugarse o, si lo había hecho, era sin echar ropa alguna a su bolsa o maleta. Si había dado ese paso, lo había hecho impremeditamente, en un acto espontáneo, o bien había tomado la decisión de irse con lo puesto.

—¿Su hijo había desaparecido en alguna otra oportunidad? ¿Esto había pasado antes?

—No, no, nunca —me respondió la madre, extrañada por la pregunta.

—¿Me podría dar la dirección de Cintia, la amiga de Leo?

—Vive a dos calles de aquí. En el edificio hay una inmobiliaria. Y la familia está en el segundo —respondió la mujer, con palabras balbuceadas entre sollozos.

—Se lo agradezco. Hablaré con ella.

—¿Dónde puede estar mi niño? —preguntaba la madre, mirándome desde muy lejos, como un náufrago que hace señales desesperadas.

—Pondremos todos los medios para localizarlo.

—¿Y si alguien le ha hecho algo malo?

Y entonces vi cómo el padre rompía otra vez su silencio. Una de sus manos rugosas avanzó, posándose en el brazo derecho de ella.

—Nena, a Leo le ha pasado lo de siempre. Uno de esos brotes.

—¿Brotes? —pregunté.

—Sí. ¿Cómo dice el médico que se llaman? Eso que hace que Leo vea gusanos y bichos así… Brotes… psicóticos.

Los miré con gesto interrogativo. Debían haber informado de eso en el momento de interponer la denuncia. Un deterioro cognitivo, cualquier alteración mental… era información muy válida. Pero la madre no estaba de acuerdo con el padre.

—No creo… Esta vez no es eso. A mi Leo lo parí yo, salió de mis entrañas. Y esta vez no es eso. Algo malo le ha pasado. Alguien le ha hecho algo malo.

Lo fácil sería echarle la culpa al alcohol. La ginebra siempre te entró mejor que el ron. Y además, se había acabado el hielo a mitad del botellón, y el último trago entró en tu cuerpo como meados calientes. Pero no me vengas con excusas. Fue el miedo.

No te engañes. No te pongas excusas. Si les decías que te ibas ya para casa, que te sentías mal, es a ti al que te habrían hecho lo mismo. Porque te tenían en el punto de mira. Nunca te habías liado con una tía. Tú les decías que eras demasiado tímido, demasiado torpe. Pero ellos esa noche ya no se lo tragaban.

Éramos ocho, contando el Teclas, que iba delante de todos. Ese sí que tenía mano para las tías. Se le pegaban como moscas. Varios garitos habían echado ya la persiana y la calle se había llenado de gritos y lamentos. La fiesta acababa. Menos para nosotros. Nuestra fiesta empezaba ahora. Íbamos de cacería.

El Teclas, aunque iba abriendo la comitiva, moviendo los brazos enérgicamente, como el capitán de un ejército o algo así, de vez en cuando miraba hacia atrás, para comprobar que yo los seguía. Que no había desertado. Que no me escapaba del rebaño.

Recuerdo que doblamos a la izquierda. El ruido de los bares ya era como un rescoldo, un eco que se iba apagando. Y apareció una sombra. Estaba meando en un portal. El Teclas se acercó a ella, como para recriminárselo. Los demás nos quedamos parados, expectantes. El otro quiso replicarle, y lo único que consiguió fue ganarse un empujón. Luego oíste un grito. Tú pudiste salir corriendo, aprovechando la confusión. Pero no lo hiciste. ¿Por qué? Un grito de llamada a la guerra, y el pobre chico, que apenas había tenido tiempo de cerrar la bragueta, fue derribado por una zancadilla. Y después le cayeron las patadas. De todos menos del Teclas, que te observaba fijamente. Con esa mirada que te decía «o te animas o las patadas van a ser para ti». Y entonces soltaste el pie derecho, con miedo. Crees que no lo alcanzaste. Viste, o imaginaste, el gesto de reprobación del Teclas. Y descargaste otra patada. Esta sí, le hizo daño. Y seguiste. Una, y otra. Y otra. Jaleado por los demás, que habían decidido echarse a un lado para ver tu actuación. El pobre chico gemía, pidiendo que pararas. Lloraba, soltaba alaridos. Oías cartílagos romperse, gritos de ánimo, venga, Leo, otra más, venga, no pares. Y tú, ebrio de no sé qué, como si un demonio interior te hubiera poseído, no paraste de dar patadas hasta que solo podías golpear un cuerpo inanimado. El corazón te palpitaba con fuerza, te faltaba el resuello, sentías la mente nublada. Y cuando pudiste tomar un poco de aire, tus ojos enfocaron la figura que yacía a tus pies. Y caíste en la cuenta de que a ese chico tú lo conocías. Esa cara la habías visto antes. En Instagram. Te agregó, y luego te escribió, casi de inmediato, diciéndote que le gustaban mucho las fotos que habías subido, que eras muy guapo. Te giraste. Y viste, en una imagen que te perseguirá siempre, el gesto de asentimiento del Teclas. Por fin. Ya eres uno de los nuestros.

5

PARA ALOJARSE, DANIEL HABÍA ELEGIDO el Bristol, un pequeño hotel que estaba a la entrada de Castellblanc y que aparentemente no se había visto afectado por el terremoto. Por fuera tenía un aspecto decadente, con una fachada deslucida. Para confirmar esa impresión, una de las letras del cartel estaba apagada, con las bombillas fundidas. Y sin embargo, por dentro era muy acogedor, con un *hall* decorado con gusto y con paredes de piedra y peldaños de madera que conducían a un piso superior. Tenía un pequeño bar, al que Daniel le echó un vistazo. No le inspiraron mucha confianza las tapas que vio en el mostrador. La habitación que le habían asignado era más bien pequeña, pero en el techo abuhardillado había una ventana que le permitía ver el cielo ese día agrisado, con presagios de lluvia.

Una mesa de nogal, de estilo rústico, descansaba en un rincón. Daniel la estaba utilizando en ese momento para rellenar un informe. La tarea se vio interrumpida por el sonido de su teléfono móvil. Lo había dejado tirado sobre la cama. Adela lo llamaba.

—¿Cómo estás, cariño?

—Bien. Estaba ya a punto de meterme en la cama.

—¿Y no me ibas a mandar aunque fuera un wasap para darme las buenas noches?

—Claro, claro, amor.

—¿Cómo va tu rodilla?

—Ahí sigue, dándome el follón. Seguro que tengo algo roto.

—Pero el traumatólogo dijo que era solo una inflamación.

—Ve tú a saber. Los médicos también se equivocan.

—Oye, te he llamado porque estoy muy preocupada.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado?

—¿Es verdad que va a haber otro terremoto que va a arrasar todo el pueblo?

—¿Quién ha dicho eso?

—Lo he leído en Twitter. Dicen que va a ser de máxima intensidad. El doble del primero.

—Eso es completamente falso. Según los informes de la central, solo se prevén algunas réplicas de baja intensidad.

—Pero se habla de que ha habido muchísimos muertos ya. Que hay muchas personas que han quedado atrapadas bajo los escombros. Centenares.

—¿Centenares?

—Sí, sí, eso vi en Twitter.

—Olvídate de eso, amor. Claro que hay muertos, pero no más de siete, según ha revelado la policía. Nada de centenares, por Dios. La sismicidad de la zona no contiene parámetros elevados.

Daniel abrevió la conversación. Le cargaba mucho la tendencia a la tragedia de su novia, siempre creyéndose acechada por enfermedades incurables o accidentes imprevistos. Como si su mundo, el de los dos, fuera un castillo de naipes en peligro constante de derrumbe.

Se despidió de ella con cuatro frases rutinarias, y en vez de rematar el informe que había dejado a medias, se acostó con el móvil en la mano. Buscó las fotos que había hecho en la casa de Valentina, yendo directamente a las últimas. Había sido una buena idea, con el pretexto de adjuntar más fotos al informe pericial, cazar en varias fotos la imagen de Miranda. Hasta cinco había hecho apuntando a la repisa de la chimenea. Las fue recortando, una a una, de tal manera que solo le quedara el rostro de la chica. Lo miraba con sus ojos marrones, quizá incompatibles con el pelo casi albino de tan rubia que era, con la tez muy clara. ¿Qué razones habían podido impulsarla a quitarse la vida? Vamos, si era verdad eso que había oído en el bar.

Y Daniel pasó varios minutos ampliando y reduciendo aquellas cinco imágenes. Sus ojos se le iban al arco de Cupido que formaba su labio superior. El mismo arco que se formaba en el labio de su hermana. Era inevitable que pensara todos los días en ella. Ahora que Carol no estaba, y también antes, cuando se pasaba las horas jugando con ella. Le admiraba aquella boca tan perfecta, ese color de piel bronceado, no como él, pajizo y siempre procurando evitar el sol para no quemarse, su pelo largo, liso, en que sus dedos se entretenían. Tenía tan claro que jamás encontraría una mujer así en

toda su vida, que le pidió matrimonio, en un acto infantil, pero que él ejecutó con toda la solemnidad posible. Ella sonrió, enseñando unos dientes imperfectos, como los de Miranda, y Daniel no supo cómo interpretar aquello, si era un sí o un no, y luego ella siguió jugando a la comba.

6

A LA MAÑANA SIGUIENTE,

DANIEL

SE DIO CUENTA de que el paisaje de Castellblanc seguía cambiando. Las tiendas de campaña se diseminaban por toda la playa. El Ayuntamiento había improvisado un campamento para acoger a los vecinos que se habían quedado sin casa, a aquellos expulsados de sus domicilios por culpa de un círculo rojo. Un camión estaba repartiendo botellas de agua mineral y víveres. Se oían llantos de niños. Un grupo de voluntarios de la Cruz Roja entregaba mantas. La noche iba a ser larga y fría.

A Daniel le llamó la atención la presencia de varios coches, con distintivos coloristas de cadenas de televisión. Estaban alineados estratégicamente al borde de la playa, llenando el paisaje de antenas y equipos de transmisión. ¿Por qué habría tantos?, se preguntó.

Orientó sus pasos hacia el pueblo. Se topó con vecinos arrastrando carretillas desbordadas de enseres. Parecían los restos de un naufragio. Un niño, con los ojos enrojecidos de llanto, explicaba algo con gestos a una pareja de policías. Daniel se dio cuenta enseguida de que era sordomudo.

Muy cerca del Momo se encontró a un hombrecillo, de piel atezada, maltratada por el tiempo. Tenía un tenderete puesto, con figuras de sal. Creía haberlo visto ya el primer día que entró en el bar. El muestrario era amplio, con timones, anclas, barcos… A Daniel le llamó mucho la atención.

—¿Qué es eso?

—Pues ya lo ve. Objetos.

—¿Artesanales, no?

El hombre ni le respondió. No parecía una persona de muchas palabras, pensó Daniel. Pero los objetos eran muy hermosos. Nunca había visto algo así. Sería un buen regalo para su novia. El timón

era una buena idea.

—¡Este verano va a ser complicado el cuaje, no, Gavilán! —gritó alguien, antes de entrar al bar.

El hombre le respondió con un gesto arisco. Daniel volvió a la carga.

—¿Me dice el precio de esto?

—Muy caro.

—Pero dígame el precio.

—Muy caro, ya le he dicho.

De pronto, alguien abordó a Daniel, interrumpiendo la conversación.

—Muy buenas tardes.

—Buenas.

Debía ser una chica joven, aunque las ojeras que circundaban sus ojos y unas manchas rojas que tenía en el rostro, como parches sospechosos de alguna afección cutánea, le hacían parecer mucho mayor. Y tenía granitos, como de acné juvenil, aunque ya no era una adolescente. ¿Qué edad tendría? ¿Veinte? ¿O más de treinta? Su rostro le resultaba familiar. ¿Dónde la había visto antes? En la mano llevaba un bote de Lacasitos.

—El viejo Gavilán es duro, ¿eh?

—¿Cómo?

—Gavilán es el mejor artesano de todo el pueblo. Un hombre que habla poco, pero acierta siempre. Yo lo veo como un sabio. Pero es áspero como la lija. Se le ha ido avinagrando el carácter. Pero es el mejor. ¿Sabe cómo hacen esas figuritas? Con una estructura de esparto, caña y juncos. Las forran con algodón blanco. Y las sumergen en la laguna. La sal cristaliza y con el batimiento del viento sobre la superficie, la sal se queda pegada. Ese proceso se llama cuaje. Y luego las dejan al sol, para que se sequen. Y depende de los vientos, claro. Los lebeches o los maestrales son rápidos, aceleran el cuaje. Y Gavilán consigue esos barcos de sal. Una obra de arte. No hay ningún sitio en el que se den la mano de esa manera el arte y la naturaleza.

—Interesante.

—Le puede servir para un reportaje. Yo hice uno hace un año y pico, contando todo el proceso. Porque usted también es periodista, ¿no?

—¿Cómo? No, no, soy perito.

—¿Perito?

—Sí, he venido a determinar los daños que haya podido causar el terremoto.

Fue entonces cuando Daniel cayó en la cuenta. ¡Claro! Esa era la chica, de aspecto raro, que había visto el día anterior en el bar Momo.

—Pues pensaba que era de la competencia.

—¿De la competencia?

—Yo trabajo en *La Gaceta*.

—Ah.

—Mi nombre es Nagore.

—Encantado. El mío es Daniel.

—Y dígame, ¿cuál es el estado general de los edificios?

—Me puedes tutear, si quieres.

—Perfecto.

La voz de la chica sonaba rasposa, más masculina que femenina.

—Según los estudios preliminares, un noventa y dos por ciento está afectado, en mayor o menor medida. Y vamos clasificándolos, pintándoles un círculo rojo, o amarillo, en función de su deterioro. Nos queda mucho trabajo por delante, la verdad. En todo caso, el sismógrafo recogió registros de aceleración contenidos, lo que limitó los daños y el poder destructivo del seísmo. El acelerograma es muy explícito en tal sentido. Los efectos podrían haber sido más altos, teniendo en cuenta determinadas prácticas constructivas que se han observado ya.

Mientras le daba las explicaciones, Daniel no podía dejar de escrutar a la periodista. Parecía una niña, con sus pechos ausentes. La vio extraer del bote una unidad de Lacasitos, y llevársela a la boca.

—Y la población ¿está colaborando? —preguntó ella.

—¿Esto es una entrevista?

—¿Has visto acaso que saque un bloc y me haya puesto a tomar notas? No, es solo curiosidad.

Había una nota agresiva en la voz de la chica. Daniel se dispuso a responderle con la mayor educación posible.

—Sí, sí, por supuesto. Aunque a veces es difícil hacer entender a un vecino que debe abandonar su casa, su ropa, todas sus

pertenencias, su vida… Y ha habido otra gente con más suerte. Ayer, sin ir más lejos, examiné una vivienda que se había mantenido en pie, firme, a pesar del terremoto. Nada, unos pocos rasguños. Una vivienda muy grande.

—Debe ser la de Valentina.

—Sí, creo que se llamaba así. ¿Conoces esa casa?

—Todo el mundo en el pueblo conoce esa casa. No creo que haya otra más grande en todo Castellblanc. Demasiado grande para una mujer sola. A veces pienso en esa mujer, y me digo que se le debe caer la casa encima. Pero ya no le hace compañía ni su hija.

—¿Su hija?

—Miranda.

—¿Se ha ido del pueblo?

—Ojalá fuera eso. No. Ella murió. Y no te hagas el tonto, porque ayer mismo en el bar, Chacón te estaba hablando de ella, mientras tú andabas con las tostadas de mantequilla.

O sea, que lo había estado espiando, pensó con rapidez Daniel.

—Miranda murió en circunstancias todavía no aclaradas.

—¿No aclaradas?

—Uy, ¡qué cara has puesto! Ni que fueras el padre de la chica…

La joven jugó a abrir y cerrar el bote de Lacasitos.

—Miranda se suicidó. Esa fue la explicación oficial. Sin embargo, todavía hay muchas preguntas sin respuesta.

—Pero su madre habla de ella como si estuviera viva.

—Es un mecanismo mental de defensa. De imposibilidad de la asunción de la realidad. Seguro que eso en psicología tiene nombre. Aparte de que esa vieja está un poco chalada.

Nagore levantó la vista por encima de los hombros del ingeniero, que vio como arrugaba el ceño. Una reportera y un cámara habían irrumpido en el campamento, y buscaban el mejor ángulo posible para hacer un falso directo, entrevistando a algún vecino afectado por el terremoto. Los tacones altos de la reportera se clavaban en la arena.

Daniel leyó desprecio en los ojos de Nagore, quizá envidiosa de la figura esbelta, del pelo liso y bien cuidado de la reportera, que lo mismo podía estar allí, buscando un testimonio valioso, que de azafata en un concurso de esos de acertar palabras jugando con las letras.

—Son como las cucarachas. Lo peor de Castellblanc no ha sido el terremoto, sino esta plaga bíblica. Y no tienen ni idea.

En el rostro de Nagore se había dibujado un gesto desdeñoso, que lo afeaba más todavía.

—¿Por qué hay dudas en la muerte de esa chica?

—Uy, parece que el periodista eres tú y no yo. ¿Seguro que no me estás engañando, que no eres del oficio? Mírala, esta sí que es del oficio. Parece un putón. Con esos labios pintados. Aquí, en medio de la tragedia, y con esos tacones. ¿Qué se cree? ¿Que va a una gala donde camareros obsequiosos le ofrecen champán y canapés? El periodismo no es eso. Ella sí que es del oficio. Pero de otro oficio, tú ya me entiendes.

Pero Daniel no estaba pendiente de lo que decía Nagore. Su mente se le fue a la imagen de Miranda sonriendo en aquella foto que su madre tenía en el salón. La foto de una persona muerta.

—Como un putón…

—¿Qué le pasó a Miranda? —insistió Daniel.

—¿Qué le pasó?

—Sí.

Nagore tomó aire. Se acarició uno de los granos purulentos que le colonizaban la cara, evaluando al hombre que tenía delante y la dosis de información que debía compartir con él. Después de unos largos segundos, arrancó a hablar.

—Verás. En este pueblo nunca conviene llevar la contraria. Atreverse a desmentir la versión oficial te puede salir caro, muy caro. Pero yo soy una profesional valiente y no me dejo intimidar así como así. La verdad siempre tiene que abrirse paso. Y ahora camina con más libertad fuera de los periódicos convencionales. Es más, a veces es más fácil encontrar las respuestas que esperas en esos nuevos formatos que en las páginas tradicionales de un periódico. Hay más independencia, sin cortapisas. Sin jefes. Es falso eso de que en las redes sociales solo se leen mentiras… La verdad solo circula por la red. El periodismo libre no está en una redacción. En internet circula sin frenos. Es en la prensa tradicional donde se encuentran más falsedades. Y lo peor de todo, que siempre van revestidas del prestigio del periodismo bien hecho, de siempre. Falso. Totalmente falso. Pero nunca hay que renunciar a la verdad. Y la manera más eficaz de buscarla es de manera individual, no a

las órdenes de un director de periódico. La verdad es un ariete empujando una puerta. Y al final, esa puerta siempre cede. Aunque al otro lado de la puerta alguien (a veces hasta tu propio director) se empeñe en empujar en dirección contraria, para que esa puerta no se mueva. Y yo descubrí que la historia de Miranda no es como nos la quisieron contar.

—¿Qué quieres decir?

Pero Nagore no le respondió. Se echó a la boca el bote de Lacasitos, y engulló unos cuantos antes de marcharse.

—Solo te digo que a los pocos días de la muerte de Miranda, el noviete que se había echado su madre se esfumó. Y nunca más volvió al pueblo.

—¿Noviete?

—Sí. Un tipo con canas, que se creía una estrella de cine o algo así. Su nombre era Armand. Pero todos lo llamaban el Francés… Un pedazo de cabrón.

7

EL BARRIO DONDE VIVÍA CINTIA, la amiga de Leo, estaba muy castigado. Vi alguna pared que se había venido abajo, dejando a la vista el interior de las viviendas.

Un hombre, carpeta en una mano, bote de espray en la otra, trazaba círculos rojos en las fachadas. De vez en cuando se echaba la mano a la rodilla, y hacía algún movimiento como de estiramientos. Me presenté.

—Borja Stapleton, agente de la Policía judicial.

Me miró con un punto de desconfianza antes de alargarme la mano y presentarse también.

—Encantado. Perito ingeniero de ingeniería geotécnica. Vamos, de los que evalúan los efectos generados por los movimientos sísmicos.

—¿Mucha faena?

—Sí, al ritmo que llevo se me acabará el bote hoy mismo. Los daños han sido cuantiosos.

—Aquí hay trabajo para todos. Mire esos coches. Los seguros van a tener mucho papeleo por resolver. Si necesita algo, cuente conmigo.

—Lo mismo le digo. Por cierto, me alojo en el hotel Bristol.

—¡Vaya! ¡Qué casualidad! Ahí también estoy yo alojado.

—Bueno, a pesar del nombre un poco pretencioso de Bristol, no es gran cosa. Pero en plazas peores hemos toreado. Al menos yo.

—¡Y yo! No suelo dormir en el Ritz. El sueldo de un policía da para pocas alegrías.

—Y, ¿por qué está aquí en Castellblanc?

—Estoy investigando la desaparición de un chico. Su familia lleva varios días sin saber de él.

Pasó una moto rugiendo, y los dos nos quedamos en silencio, hasta que se hizo lejano el último petardeo.

—Que tenga suerte, agente.

—Lo mismo le deseo.

Me despedí de él y seguí mi camino. El móvil me vibró en el bolsillo. La llamada procedía de la central. A Torregrosa le gustaba poco delegar, y se sobrecargaba de trabajo que podía haber encomendado a otros. Una de las tareas que había asumido en la búsqueda del chico era el rastreo de las redes sociales, en busca de su perfil. En estos tiempos, Facebook y especialmente Instagram nos pueden dar una información muy útil. Los jóvenes suben una foto buscando desesperadamente *likes*, tan necesario para ellos como el aire que respiran. Pero encuentran justamente lo contrario. Las redes pueden ser depósito del odio de *haters* y delincuentes. No hace mucho que resolvimos algún caso así. Un adolescente primero amenazó por Instagram a su chica. No le gustaban las fotos que ella publicaba. Enseñaban demasiado, según él. Alimento para pajilleros. Luego, casi la mata de una paliza.

—Borja. Ni Instagram, ni Facebook, ni TikTok, ni Twitter… Como si ese chico fuera analógico. Por ahí no, por ese camino, no llegaremos muy lejos —me anunció mi jefe.

Sí, aquello era un contratiempo. De ese hilo no podíamos tirar. Pero había otro que yo buscaba esa mañana, entre escombros y ruidos de martillos neumáticos. Encontré la inmobiliaria de la que me habían hablado los padres de Leo. La cristalera enseñaba un agujero enorme, como si hubiera sido víctima de un alunizaje. Anuncios de pisos en oferta se retorcían. Descarté subir al edificio. Ahí no iba a encontrar a la chica que buscaba. Me mezclé entre los vecinos, que miraban aturdidos los efectos del seísmo.

—Déjenos seguir en nuestra casa, por favor —me pidió una mujer, entre sollozos, con un niño en brazos.

—Todo se está haciendo para preservar la seguridad de todos los vecinos, señora.

En los pueblos se conoce todo el mundo. Me bastó preguntar a tres vecinos para dar con Cintia. Estaba sentada sobre unos escombros, muy concentrada en su teléfono móvil. Tanto que cuando le hablé, dio un respingo de alarma.

—No te preocupes. Venía a hacerte solo unas preguntas. Soy policía.

Ella no me respondió.

—He podido saber que eres amiga de Leo.

—¿Leo?

—Sí. Va contigo al instituto, y tenías muy buena relación. Es este chico, ¿verdad? —le pregunté, tras abrir el móvil y rescatar una de las fotos que me habían dado los padres para favorecer su búsqueda.

Cintia se puso en guardia. Me miró como si me descubriera por vez primera. ¿Qué sabía aquel tipo, tan alto que daba un poco de miedo, de ella y su vida?

—Somos amigos, sí. ¿Y qué?

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—No me acuerdo.

—¿Y eso?

—¡Con lo que ha ocurrido, con la desgracia que nos ha caído, y quiere saber esa tontería! —me respondió, con un matiz de ultraje en su voz, que se hizo agresiva.

—No es una tontería. Sus padres llevan tres días sin saber de él.

Y Cintia volvió a esconderme la mirada, bajando los ojos al móvil, como queriendo ocultarse en él. Observé sus dedos. Le temblaban sobre el teclado.

—Sus padres me han dicho que a veces iba a tu casa, a verte a ti.

Ella movió ligeramente la cabeza, asintiendo.

—¿Erais solo amigos?

—¿Qué pregunta es esa? ¿Qué es lo que está insinuando?

—Si teníais algún tipo de relación.

—Eso no le interesa a usted.

Y otra vez, se centró en la pantalla de su móvil, con el ceño fruncido.

—¿De cuándo es su último wasap? ¿Cuándo te mandó el último mensaje?

—Fue mío. Yo le escribí, preguntándole si nos veíamos esa noche. Me encantaba escuchar a los Arctic Monkeys con él, tararear juntos *Knee Socks*. Y a él le gustaba ver cómo yo tocaba la guitarra. No es lo que usted se piensa. Leo no es como los otros. Respeta a las chicas, no es un salido de mierda. Pero él no me contestó. Vi que lo leyó, porque apareció en azul, pero no me contestó.

—¿Cuándo fue eso?

Cintia no tuvo que consultar el mensaje en su móvil. Lo tenía en

la cabeza, como un dato que le turbaba, llenándola de inquietud.

—El miércoles, a las 17.58 horas. ¿Quiere comprobarlo?

Y sin darme opción a responder, lo buscó y me lo mostró unos segundos, para volver a esconderlo con movimiento hábil de prestidigitador. Me dio tiempo a fijarme en el perfil de WhatsApp, con una foto *selfie*. Leo sonreía a la cámara, de manera un poco forzada, insinuando una sonrisa que no terminaba de cuajar en su boca.

—¿Tienes muchas fotos de Leo?

—Alguna.

—¿Me la podrías mandar?

—¿Para qué?

—Estoy buscándolo. Me serviría de gran ayuda.

—Eso es cosa privada.

No insistí. No era obligatorio para ella compartir conmigo un archivo de su móvil. Ya me apañaría con las fotografías que me había proporcionado la familia.

—Una cosa más. ¿Leo tenía a veces un comportamiento raro? —disparé, recordando la información que me había proporcionado el padre del chico, hablándome de brotes psicóticos.

—¿Raro? No sé lo que quiere decir con raro. Todos somos raros. Incluso seguro usted también lo es.

Esbocé una media sonrisa. No tuve más remedio que darle la razón. Esa manía mía de comprar libros de segunda mano que nunca leería rozaba lo patológico. Ana ya me había avisado: «Pronto tendremos problemas de espacio en casa con tus libros».

—¿Pasabas días sin tener noticias de él?

—No éramos novios, ya se lo he dicho. Nos veíamos cuando queríamos, y ya está.

Y Cintia volvió a recluirse en su móvil. Novios no serían, porque a esa edad todas las relaciones son líquidas, meros tanteos, pura experimentación, aventuras pasajeras fomentadas por el aquí te pillo, aquí te mato de las redes sociales, pero yo me apostaba una entrada de una final de la Champions a que los dos habían compartido algo más que mensajes de móvil.

Me despedí de ella, y me dije que lo que debía hacer ahora era encaminarme al Momo, el único bar que quedaba abierto en todo el pueblo. Necesitaba un café con urgencia. Ese era mi mejor

carburante. Pero ese café hubo de esperar. Me asaltó una pareja. Eran los padres de Cintia. Me habló el marido.

—Agente, ¿es que mi hija se ha metido en algún lío? Estábamos hablando con el señor este del espray, a ver si lo convencíamos para dejarnos dormir esta noche en nuestra casa, y lo he visto a usted hablando con ella.

Le di una explicación somera. Y entonces fue la madre la que tomó la palabra.

—¿De verdad le ha dicho eso mi niña? Pues no sé por qué lo habrá hecho. Ese crío nunca ha venido a casa. Claro que lo conozco. Y a sus padres. Pero a mi casa no ha subido jamás. Yo no lo habría permitido.

—¿Por qué?

—Ese chico es muy raro. Fíjese que el padre trabaja en la construcción, como peón, y la madre es una simple ama de casa. Una familia muy humilde, vamos. Pero, a pesar de las estrechuras de los padres, él va por ahí luciendo esas ropas de marca. Que yo no sé de dónde saca el dinero el crío ese…

8

ERA UNA FIGURA QUE DANIEL HABÍA VISTO más de una vez por allí, con sus andares un poco cangrejiles, avanzando de lado, mirando de vez en cuando hacia atrás, como si temiera que alguien lo estuviera siguiendo. Lo veía bordear las salinas, paseándose por su orilla limosa, sin fijarse en la floración de jaras, vinagrillos, candelillos y viboreras que había traído la primavera. Se quedaba minutos y minutos escrutando el interior de la salinera, para luego internarse en la playa.

Esa tarde lo vio haciendo aspavientos a través de sus prismáticos, su teléfono en una mano. Parecía discutir con alguien. Después colgó el móvil, con gesto contrariado. Pasó muy cerca de donde estaba el lavadero de sal.

Pensó que era un periodista de esos que estaban llenando el pueblo. ¿Qué estaría investigando exactamente allí? Era un personaje que desordenaba el paisaje. El cartel de Salinas Salazar brillaba como si estuviera recién lavado. Y, comido por la intriga, decidió ir a su encuentro.

Era un hombre con una cámara de fotos armada con un objetivo grande. También llevaba unos prismáticos. Era alto, con el pelo rizado, y la piel moteada de pecas.

—Muy buenas tardes.

—Ah, hola. Muy buenas.

—¿No es usted de aquí, verdad?

—No, no…

—Bueno, de golpe ha venido un montón de gente nueva al pueblo, por lo del terremoto. Imagino que será periodista.

«Vaya, otro que se confunde», pensó Daniel, arrugando el ceño. ¿Acaso él llevaba un micrófono en la mano? ¿O una grabadora, caramba?

—¿Periodista? No, me dedico a peritar los edificios dañados por el movimiento sísmico.

—Está el pueblo destrozado.

—Sí, va a costar muchos meses volver a levantarlo. El movimiento ha tenido unos efectos devastadores. La respuesta de las viviendas ha sido la adecuada ante esta solicitación sísmica.

Un flamenco alzó el vuelo. El hombre de los prismáticos siguió su trayectoria. Dudó sobre si hacerle una foto o no.

—No se van a reproducir.

—¿Cómo dice?

—Los flamencos. Otro año perdido. Justo cuando entrábamos en el mes en el que suelen reproducirse y nos preparábamos para la nidificación de una colonia, lo del terremoto ha venido a romper todos los planes. No soportan el ruido. Tienen un sentido auditivo muy sensible.

—Veo que entiende mucho de esos animales.

—Soy ornitólogo. Álvaro Bermusell. Para servirle.

—Un placer.

Daniel le extendió la mano. El tacto de la del ornitólogo le pareció rugoso. Se fijó en sus dientes. Desentonaban con el resto de la figura. Tiraban a amarillos y no les hubiera venido mal unos meses de ortodoncia.

—¿Sabe cómo se alimentan? Es muy curioso. Remueven el fondo de la laguna con las patas, y luego bombean y filtran el agua por unas laminillas que se encuentran en el gran pico que tienen. Así que crustáceos, algas, pequeños insectos… hacen un largo recorrido a través de ese largo cuello, tan elegante como sus patas.

—Y ¿por qué tienen ese color rosa?

—Porque aquí se pueden pegar atracones de un pequeño crustáceo llamado artemia salina, que tiene una coloración rosácea. Se ponen morados.

—Nunca había visto un flamenco en mi vida. Y dígame, ¿qué le ha traído por aquí?

—Un reportaje para *National Geographic*. ¿Conoce esa revista, no? Debo confesarle que ese encargo ha sido como un regalo para mí. Por un momento olvídese de la devastación que tenemos detrás, con el pueblo derruido, y mire lo que hay justo delante.

El ornitólogo abrió los brazos, en un gesto de querer abarcar toda la perspectiva que se ofrecía a sus ojos.

—Un segundo, por favor.

Álvaro le hizo un gesto a Daniel para que guardara silencio. Levantó su cámara con teleobjetivo e hizo varios disparos. Una salamanquesa se perdió entre los tallos verticales de una salicornia.

—¡Qué hermosa! Es una avoceta. ¿No ha visto su pico curvo? Lo usan como escoba para barrer las aguas y encontrar crustáceos con los que alimentarse. Mire, mire… Es una de mis aves limícolas favoritas.

El ornitólogo le enseñó a su visitante la foto que acababa de hacer. Daniel reparó en el pico de la avoceta, totalmente negro, con esa extraña curvatura hacia arriba.

—¿No le parece maravilloso?

La avoceta avanzó despreocupada. La superficie de la laguna parecía tersa, y el último sol del día espejeaba sobre ella. En la orilla la espuma jugaba a formar dibujos caprichosos que ráfagas de viento rehacían constantemente.

—Es un paisaje insólitamente bello. Inencontrable en cualquier otra parte del planeta. Lástima que las amenazas y los peligros que se ciernen sobre él son cada día mayores.

—¿Amenazas? ¿Peligros?

—Sí, a estos animales se les está haciendo la vida imposible. La empresa que explota las salinas, en busca de beneficios millonarios, crece cada día, cada minuto diría yo, como un tumor silencioso y mortífero. Piense en la cantidad de sal que demandan mercados como el de Noruega. ¡Las toneladas que reclama limpiar con sal miles y miles de kilómetros de carreteras heladas en el norte de Europa! La empresa no para de comprar máquinas que pueblan la salina de un ruido infernal, un ruido que impide, por ejemplo, que los flamencos se apareen. Pero no solo eso. Hay más especies en grave peligro. Entiendo que ahí detrás hay una tragedia, con tantos hombres ahora sin techo; pero aquí se está produciendo otra, día a día, que no atrae las cámaras ni las unidades móviles. También a estos animales les van a quitar sus casas.

Daniel se quedó cavilando.

—Cuando vine aquí, lo hice con el único propósito de observar las costumbres de los animales. Pero me he visto también obligado a examinar el comportamiento de algunos humanos. No sabe hasta qué punto me ha asqueado lo que he podido ver gracias a estos prismáticos. La maldad anida en este pueblo. Y hasta la persona

más bondadosa que vea, aquí en Castellblanc o donde sea, puede estar utilizando disfraz para confundirnos. Mire, desde que nos levantamos y nos vestimos, ya estamos fingiendo que en verdad no estamos desnudos. Ya somos otra persona distinta a la que somos con una simple camisa y un pantalón. Los animales, no. Ahí tiene a esos flamencos. Sin fingimientos. Pero lamentablemente los hombres no somos así. Siempre estamos interpretando papeles.

El ingeniero no supo qué responder. Se le escapan aquellas sutilezas filosóficas. Abrió el teléfono móvil para consultar la hora. Aprovechó para comprobar si tenía algún wasap de Adela. No, no le había entrado ninguno. Estaba muy nerviosa con la noticia de que podía haber un segundo terremoto aún más fuerte que el primero, y hasta le había gritado que cogiera el primer autobús y se volviera a la capital, que otros ya harían su trabajo en el pueblo. Esta noche le mandaría él uno, a ver si podía calmarla. Pero debía elegir las palabras precisas. Pensó que estaba perdiendo el tiempo allí, hablando de pájaros raros con un tipo que llevaba una cámara colgada al cuello.

—Se me está haciendo tarde.

—Yo aún me quedaré hasta que caiga del todo la oscuridad, disfrutando de este regalo. No sabemos hasta cuándo lo tendremos.

Y Daniel emprendió el camino de vuelta al hotel. Se levantó un poco de viento, que inclinó el carrizo. Las suelas de sus zapatos crujían al aplastar la tierra salitrosa.

Durante todo el trayecto intentó articular un discurso para reconciliarse con Adela. Pero nada más tejerlo lo destejía de inmediato. Le parecía que no tenía suficiente fuerza, e igual hasta podía empeorar las cosas. Quizá le faltara concentración. Una frase rebotaba una y otra vez dentro de su mente. La había dejado ahí alojada, con la contundencia de un aforismo, el ornitólogo.

«La maldad crece en este pueblo. ¿Ve esas pirámides de sal? ¿Ve cómo trabaja esa máquina apiladora? El pájaro la llaman aquí. ¿Ve las pirámides, cada vez más altas? Pues así crece la maldad en este pueblo».

9

APARENTEMENTE LA BIBLIOTECA MUNICIPAL no se había visto afectada por el terremoto. Pero su impresión inicial quedó desmentida muy pronto. Daniel vio a un par de albañiles, rebozados de polvo, acarreando puntales metálicos. Daniel, ya dentro, echó un vistazo rápido. En efecto, dos garabatos recorrían una pared desnuda. Una estantería de libros estaba fuera de su lugar. Vio con preocupación forjados apoyados en tabicones. Pronóstico: reservado.

La sala de estudio no era muy grande. Tomó asiento. No había nadie alrededor, salvo una chica joven, de pelo muy corto y un *piercing* en la nariz, que trasteaba entre anaqueles de libros, alineándolos. Se acercó a ella.

—¿Cómo podría consultar periódicos antiguos?

—¿De qué año? Solo guardamos de 2010 para acá. A partir de ahí, puede pedir cualquier número de *La Gaceta*.

—Buscaba periódicos de hace un par de años.

—En ese caso, sí podré traérselos. ¿Me da un minuto, por favor?

—Sí. Por supuesto.

—Espéreme en la sala de peticiones. Bastará con que rellene una ficha, de las que están encima de la mesa.

La joven tardó más de un minuto. La entretuvo uno de los albañiles, que irrumpió en la sala con su voz ronca. Le habló algo de que hasta el viernes no podrían acabar las obras. Daniel la vio cabecear negativamente, mientras se dirigía de regreso a su mesa.

—Disculpe, pero esto está manga por hombro.

—Sí, ya he visto esa pared —dijo Daniel, apuntando con la barbilla al panel en el que el terremoto había dejado un raja considerable—. ¿Ha trastocado el terremoto mucho la actividad de la biblioteca?

—Me pilló aquí. Siempre pensé que los libros eran amigos. Por eso me hice bibliotecaria. Pero no se puede imaginar lo que es verlos a todos moviéndose, a punto de derramarse, como una

amenaza que viene hacia ti. Pasé un miedo de muerte. Estoy terminando de recolocarlos. Ahora la cosa está decente, pero era un completo caos.

Daniel dirigió una nueva mirada apreciativa a la sala, buscando con su ojo de experto señales que hubiera dejado el terremoto. A pesar de la rajadura de la pared que tenía enfrente, desnuda de libros, la estructura nueva del edificio había resistido bien los embates.

—¿Debemos estar muy preocupados? —le preguntó la bibliotecaria.

—La respuesta ante la solicitud sísmica ha sido la esperada.

—Ya, pero fíjese en esa raja. A ver si se me va a venir encima el edificio en el momento menos pensado…

—A veces la fisuración no es más que el correcto funcionamiento, ajustado al modelo resistente prescrito por la norma, de cualquier elemento de hormigón armado. Pero mi primer examen visual no denota ese síntoma. No deben preocuparse en exceso.

—Gracias. Rellene esta ficha, por favor.

En apenas cinco minutos, el ingeniero se encontró entregado a la lectura de números atrasados de *La Gaceta*, guardados en grandes archivadores de cartón. Y le pareció un trabajo más pesado de lo que imaginaba. Las noticias eran una profusión de notas de prensa con información municipal, con declaraciones pomposas y propagandísticas de políticos, sazonadas con alguna crónica deportiva, anuncios a una página entera de Salinas Salazar… Pero ni rastro de lo que buscaba. Y cuando ya empezaba a perder la esperanza, dio con el suceso que lo había llevado a la biblioteca.

«Joven muere trágicamente al precipitarse por el balcón de su casa».

Era apenas un suelto, que coincidía con la información oficial. Venía firmado por redacción. Hasta un mes y medio después no encontró una nueva alusión a la muerte de Miranda. Y esta, sí, iba firmada por un redactor. Mejor dicho, por una redactora: Nagore.

«Fallos en la instrucción del caso de Miranda Grey. Su muerte pudo no ser un accidente».

Una voz lo sacó de sus cavilaciones. Una voz reconocible. Ese día iba vestida con un cárdigan gris y un pantalón de pinzas de

rayas verticales. Para intentar darle un toque más juvenil aún a su aspecto, lucía un corte *pixie* con flequillo ladeado.

—¿Me podría conseguir este libro, señorita? —le dijo a la bibliotecaria, extendiéndole un papel.

La joven del *piercing* en la nariz consultó en el ordenador.

—Lo siento. Pero este libro está prestado. Y justamente a usted.

—¡No es posible!

La voz de Valentina sonaba alta, como si estuviera en medio de un mercado y no en una sala de estudio.

—No es la primera vez que le pasa, señora. Revise los títulos que tiene en casa. Además, está fuera de fecha. Y de nuevo, sancionada.

—¡Eso es falso!

A Daniel le extrañó que Valentina estuviera por momentos perdiendo los papeles. Gestos nerviosos, el dedo índice señalando a la bibliotecaria, gruñidos de desacuerdo, los brazos moviéndose como aspas… acompañaban el tono desagradable de sus palabras. Nada tenía que ver con la mujer de modales apacibles que él había descubierto en su casa. La escena se resolvió. Valentina, sin parar de bufar, lanzó una última mirada la bibliotecaria, y salió de la sala. Estaba tan alterada que aunque pasó a su lado, ni se percató de la presencia de Daniel. O ¿se había hecho la tonta?

—Lo siento. A esta mujer le pasa siempre lo mismo. Nos pide libros que ya le hemos prestado, y que se niega a devolver. Siempre está sancionada —se quejó la chica, con un bisbiseo entre dientes, excusándose ante Daniel.

—Igual está afectada por lo de su hija.

Daniel no sabía si arriesgar o no un comentario sobre el caso que estaba investigando. Y se sorprendió a sí mismo, saltándose las normas de prudencia con las que habitualmente se manejaba.

—Sí, fue una desgracia. Pero ya le pasaba y me montaba unos pollos cuando Miranda vivía. Esa mujer tiene malas pulgas. Y pocos modales.

—¿Qué fue lo que le pasó?

—¿A quién? ¿A la madre o a la hija?

—A la hija.

—Yo lo tengo claro. Se resbaló y cayó al vacío. Lo demás son tonterías.

—En el pueblo dicen que se quitó la vida.

—Sé perfectamente lo que se dice en el pueblo. Vivo aquí, para mi desgracia. Que se suicidó, que si esto, que lo otro. No, no, tuvo mala suerte, y por eso le pasó lo que le pasó. No se puede hacer de una desgracia una novela policiaca. Era una buena chica, se diga lo que se diga en el pueblo. Miranda alguna vez venía por aquí. A mí me caía bien, siempre con sus Converse color turquesa que me encantaban. Un día me pidió una guía de viajes. De Nueva York. Luego lo entendí. Se fue a vivir allí. En el pueblo se dijo que había ido a hacer unas pruebas de música. Al parecer tocaba el piano muy muy bien. Pero parece que no le fue bien, porque volvió a los pocos meses. Sé lo que se dice en el pueblo de ella. Que era solitaria y que apenas se relacionaba con nadie, como encerrada en un mundo extraño. Pero Miranda era muy buena chica, con una vida muy ordenada. La que llevaba una vida desordenada era la madre. Ella sí estaba trastornada. Era ridículo verla cogida de la mano por aquel hombre con el que empezó a salir. No pegaban ni con cola. Él parecía un galán de cine.

—¿Galán de cine?

—Sí. Alguna vez vino con ella aquí a la biblioteca, y lo escuché hablar. Un hombre así con el pelo cano, con muy buena planta, con sus trajes a medida. A ella se le caía la baba. Pero aquello tenía los días contados. A los pocos días de ocurrir la tragedia de Miranda, el hombre desapareció, dejándola en la estacada. Pero vamos, de un día para otro. Y nunca más se le ha vuelto a ver por Castellblanc…

—¿Por qué se fue?

—No tengo la menor idea. Además, no es mi incumbencia. Solo he querido aclararle lo de Miranda, porque le tenía consideración y me enerva que en el pueblo se digan cosas que no se corresponden con la realidad, y que la dejan mal. Y ahora disculpe, porque tengo que seguir aquí con mi tarea. Y a ver si los albañiles terminan también lo suyo, que está todo lleno de polvo.

Daniel quiso volver a la lectura de los periódicos antiguos. Pero su mente se quedó atascada, su mirada perdida hacia un punto de fuga. ¿Es verdad que hizo alguna prueba de música Miranda en Nueva York? Volvió a las páginas. ¿Qué había pasado con ese hombre con el que Valentina andaba de romance? ¿No le había dicho Chacón en el Momo que ella estaba casada con un tal Andrade? ¿Por qué Miranda se marchó, repentinamente? Sorteó

más noticias insulsas y notando que el hambre le empezaba a pegar mordiscos en el estómago, decidió cerrar el tomo y devolverlo a la chica. Iba a hacerlo, pero algo lo paralizó.

«Pedimos disculpas por la publicación errónea de una noticia en nuestro número del pasado 26 de agosto. La muerte de Miranda Grey no se debió a causas dolosas, sino a un accidente. Nuestra redactora Nagore Montenegro deja de trabajar, con efectos inmediatos. De esa forma, reafirmamos nuestro compromiso con la verdad, actuando con determinación hacia cualquier conducta que se salga de esos principios que promovemos».

Daniel se despidió de la bibliotecaria, y aunque estuvo a punto de ser atropellado por un albañil que pasó a su lado acarreando otro puntal, logró llegar a calle. Las tripas le volvieron a rugir. Era ya la una y media. Quizá debía tomarle la palabra a Chacón, el camarero del Momo, y comer allí. La oferta de dorada a la sal le parecía en estos momentos, con las tripas rugiéndole, muy tentadora. Así que encaminó sus pasos hacia el bar. Y mientras iba para allá, una pregunta empezó a martillearle el cerebro. Nagore lo había engañado. En contra de lo que le había dicho, ya no trabajaba en la redacción de *La Gaceta*. La habían despedido, por publicar falsedades sobre Miranda Grey…

10

LA MADRE DE LEO ME HABÍA COMENTADO que el teléfono de su hijo siempre daba apagado. Eso no supone ningún problema para ubicarlo con los nuevos sistemas de geolocalización. Todos los teléfonos tienen dos sistemas operativos; uno, el que ve el usuario y otro que pone en comunicación el móvil con las antenas. Pero los repetidores de la zona no habían logrado darnos ninguna información. Si alguien se había llevado a Leo, conocía cómo crear una jaula de Faraday. Tan sencillo como envolver el teléfono en papel albal.

Para borrar el rastro de un móvil no vale con apagarlo. Incluso así, la batería emite un pulso irregular detectable. Eso empiezan ya a saberlo los más avispados, que le quitan la batería al aparato, o lo envuelven en papel albal, y listo.

Y todo esto, gracias a un tipo, un tal Michael Faraday, que hace casi dos siglos construyó la primera jaula, una caja metálica que protegía de los campos eléctricos estáticos. Y se genera un fenómeno que se llama apantallamiento estático. Pero no voy a daros más la brasa con esto, porque una de las cosas que más odio como lector es cuando un novelista se para en seco y se dedica en las siguientes diez páginas a demostrar sus conocimientos sobre esto o aquello. Así que echo el freno y dejo al tal Faraday en paz.

En la brigada manejamos un teléfono de doble numeración, con las nueve cifras habituales, y las seis para las comunicaciones internas. Tenía que contarle las novedades al inspector jefe. Así que marqué el número para contactar con Torregrosa. Esta vez quería adelantarme a él. Podías esperar su llamada en cualquier momento del día o de la noche. Si Ana no fuera tan comprensiva, habría pensado que yo tenía una amante o algo parecido, porque muchas veces que me llamaba encontraba mi teléfono comunicando. El trabajo, me llegó a decir un día, casi entre lágrimas, lo había salvado de suicidarse. Yo no sé cómo reaccionaría si me entero de

que la chica que es el centro de mi vida se ha quedado preñada después de acostarse con mi mejor amigo. Y eso que a él siempre le exigía preservativo, porque no quería hijos, de eso ni hablar, y así una y otra vez.

Eso fue lo que le pasó a mi jefe. A partir de ese momento, además de convertirse en una persona que no se fiaba de nadie, se refugió por completo en su trabajo dentro de la comisaría, donde pasaba muchas más horas de las que marcaba su horario laboral, envenenándose con el café de máquina y alimentando un rencor que le acompañaría hasta que se muriera, o hasta que un día decidiera quitarse de en medio, cuando le cayera encima la jubilación y se diera cuenta de que se había transformado, repentinamente, en un policía inútil. Que su segunda casa, la brigada de Policía judicial, ya no era su casa. Y que ya no podría agarrarse ni a su querido Atlético de Madrid, que nunca dejaba de darle disgustos.

Sí, a pesar de sus llamadas a deshoras, de cómo me apretaba las tuercas, me daba un poco de pena mi jefe. Más de una vez le propuse que fuéramos a cenar juntos, más por animarlo que por mejorar mis relaciones laborales con él. Le prometí que no hablaríamos de la final de Lisboa, ni del gol de Sergio Ramos, que eso era tema tabú para él. Las heridas que te deja el fútbol nunca terminan de cerrarse. Lo convencí una noche para llevarlo a un restaurante que está por la zona de Colón, pero aquel Torregrosa no era el que yo conocía. El que miraba al plato de lubina al ajillo con aire distraído, inapetente, con más silencios que palabras, no tenía nada que ver con el Torregrosa hiperactivo de la comisaría. Se sentía fuera de su hábitat.

Y ahí me tenéis, hablando por teléfono otra vez con él, con su voz de siempre, todavía juvenil.

—¿Sigue usted en la comisaría? —le pregunté.

—¿Dónde mejor iba a estar?

—A este paso le dan la cruz de la Orden del Mérito Policial, con distintivo rojo y todo, antes de que termine el año.

—Deja, deja… Vamos a lo importante. La jaula de Faraday dices… Sí, puede ser que quien lo ha raptado haya usado ese modo de ocultación. O a lo mejor, era el propio chico el que había creado esa jaula para que nadie, ni siquiera nosotros, supiera dónde estaba.

Esa podía ser otra opción —me comentó.

Le concedí esa posibilidad.

—Y dime, ¿cuál es el siguiente paso que vas a dar?

—El padre del chaval me dijo que de vez en cuando tenía brotes psicóticos.

Se abrió una pausa al otro lado de la línea. Pero podía escuchar la crepitación de los pensamientos de mi inspector jefe.

—¿Brotes psicóticos? Debes tirar de ese hilo.

—Eso mismo voy a hacer.

—Pues ponte a la tarea. Sin tiempo que perder.

—Mañana mismo voy a visitar a su psiquiatra.

Me despedí de él hasta el día siguiente. O hasta dentro de diez minutos, si es que de pronto se le ocurría alguna nueva teoría.

11

La consulta de la doctora Balaguer estaba en un edificio que no se había visto muy afectado por el terremoto. Miré la fachada, y aparentemente los daños eran pocos, comparados con otras edificaciones que se habían llenado de círculos rojos. Los padres de Leo me dieron su teléfono, y le pedí concretar una cita. Era una mujer que había cruzado la frontera de los cincuenta años, muy delgada.

—Tome asiento, por favor.

—Muchas gracias por recibirme.

—Es mi trabajo. Además, después de lo ocurrido, también nosotros debemos estar de guardia.

Sí. Había visto en el campamento a equipos de psicólogos administrando sus palabras terapéuticas a los damnificados. Aunque el trabajo más duro era sin duda consolar a los familiares de los muertos. Creo que jamás olvidaré ya aquellos siete féretros, formando caravana, camino del cementerio. ¿Sería necesario un octavo ataúd?

—Usted no se ha visto obligada a abandonar su oficina.

Todo parecía en orden en su despacho. La pantalla de un ordenador fosforecía. Varias carpetas reposaban sobre la mesa.

—Dentro de la desgracia, me he librado. Pero una tragedia así deja a todos daños, y no solo los visibles, los arquitectónicos. Miedos. Inquietudes. Pesadillas que poblarán el sueño inestable de muchos vecinos durante los próximos años. Se irán las excavadoras, pero pervivirán imágenes que la mente se negará a borrar.

La verdad, aún no me había detenido a analizar el terremoto desde ese ángulo. Me quedé pensativo. Tanto, que fue ella la que tuvo que sacarme de aquellas cavilaciones.

—Y bien, dígame.

—He venido a preguntarle por un paciente suyo. Leonardo

Inglés Carballo.

—¿Aún no ha aparecido?

—No. Pero la búsqueda está siendo constante.

La psiquiatra me miró, como analizando mi preparación para calcular las probabilidades que yo tenía de dar con ese chico. Quizá sea cosa mía, pero le noté en el rostro un gesto de desconfianza, como si dudara de que alguien más joven que ella, quizá con poca experiencia, pudiera hacer un trabajo tan complejo.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—Hará tres meses. Exactamente, el 23 de abril. Me acuerdo muy bien porque era el Día del Libro, y él tuvo el detalle de regalarme uno. Muy caro, por cierto, sobre Frida Kahlo, que es una pintora que me encanta y de la que un día le hablé. Le regañé por gastarse un dinero en mí que podía disfrutar con sus amigos.

—Sus padres me informaron de que tenía brotes psicóticos.

—¿Le han dicho eso?

—Así es.

Ella tardó medio minuto en volver a hablar. Hizo como que miraba la pantalla del ordenador, y luego corrigió la posición del teclado.

—Le han dado una información correcta.

—¿Desde cuándo los sufre?

Otra vez, y ahora no eran imaginaciones mías, leí el recelo en su rostro. No se fiaba de poner en mis manos datos de los que yo pudiera hacer un mal uso.

—Debo ser confidencial.

—Le entiendo, pero cualquier detalle puede ser crucial para encontrar a ese chico.

Se pinzó el labio superior, sopesando pros y contras, y luego dejó que murieran unos segundos.

—Hace dos años que los padres vinieron con él, profundamente preocupados. Les dio un buen susto. Leo se había extraviado durante un día y medio. Lo examiné y el diagnóstico fue rápido. Les quise tranquilizar. Con la medicación adecuada, podríamos tener esos brotes bajo control. Al principio los fármacos no respondieron. Le cambié el tratamiento, y acertamos. Yo lo notaba tranquilo. Ya no me miraba como a una loquera, y hasta se permitía gastar alguna broma. Algo que le resultaría extraordinariamente difícil,

porque Leo es un chico muy reservado. Yo intentaba escarbar en su mente, pero había un fondo de tristeza al que no podía dar respuesta clínica, del que no llegaba a encontrar su origen. Lejos de su apariencia seductora, la imagen que proyectaba era quebradiza. No sé si me explico.

—Creo que estoy logrando entenderla.

—Su tristeza seguía ahí, empozada. Pero los brotes habían remitido. Y ahora, ha desaparecido…

La doctora aspiró una bocanada de aire que le demandaban urgentemente sus pulmones. Vi cómo tragaba saliva, intentando esconder las emociones que ella rastreaba en sus pacientes, con espíritu de detective. Como en mi trabajo, aunque intentes tomar distancia, no puedes abstraerte de sentimientos que te hacen vulnerable, sentimientos de los que no te libra llevar el uniforme de policía. No hacía demasiado tiempo que tuve que comunicarles a unos padres que su hija había fallecido en un accidente de tráfico. Yo también, imaginando espeluznado que esa hija muerta podía ser mi hija, esa que iba a nacer pronto, tuve que hacer esfuerzos para que las lágrimas de dolor no me asomaran a las mejillas, como ahora le ocurría a la doctora.

—Su padre me habló de que el chaval veía gusanos —le dije a la psiquiatra.

—¿Le comentó eso? —Ella pareció incómoda, no quería abandonar la discreción. Le costó arrancar de nuevo—. Sí, no le engañó. Veía larvas, gusanos… en la ropa de la gente, en el suelo. Es una sintomatología más habitual de que cree. Sienten como si estuvieran dentro de una película de terror, pero lo peor es que lo perciben como algo real. Y no solo eso. Leo mostraba a veces una agresividad inhabitual. Se metió en alguna pelea.

—¿Pelea?

—Así es. A veces en el instituto pensaba que lo estaban espiando sus propios compañeros, y un día se metió en una pelea, gritándoles que le dejaran de grabar. Leo es un chico muy tímido. Y aquella reacción violenta, nacida de una percepción equivocada de la realidad, era una manifestación obvia del brote psicótico. Me confesó que a veces miraba por la ventana desde su aula, y le daba miedo salir fuera, porque pensaba que lo estaban esperando, para ajustarle cuentas. Pero ya le digo que la medicación resultó efectiva.

—Cintia era su mejor amiga, ¿verdad?

—¿Quién le ha dicho eso?

—Sus padres.

La doctora compuso un gesto de extrañeza.

—¿Eso es lo que le han contado los padres?

Asentí con la cabeza.

—No, no… Su mejor amiga era otra chica. Eran uña y carne. Él me hablaba mucho de ella, de lo que la quería. Pero no es lo que usted piensa. Era una relación como de hermanos, alejada de las pulsiones de la carne. Amor en el que no intervenía el deseo. No sé si me estoy explicando. Y aquella chica le hacía casi tanto bien como el tratamiento que yo le administraba. Pero llegó la tragedia. Ella murió. Y aquello trastornó a Leo por completo. Se recluyó en un silencio del que no podía rescatarlo de ninguna de las maneras, pasó a mirarme como una enemiga, como su antagonista, como si fuera uno de esos gusanos que veía en sus alucinaciones, sin que los diferentes tratamientos que probé lograran reencauzarlo. Imagínese el impacto para un niño de su edad. La tragedia siempre es incomprensible, pero mucho más para una mente en formación que para nosotros los adultos. Con dieciséis años, la vida te estalla a chorros, y no hay conciencia de la muerte. Luego, cuando crecemos, todo es una larga preparación para la muerte. Por fin, después de varias tentativas, logré dar con la medicación óptima, a la que respondió con resultados satisfactorios. Y la última vez que lo vi aquí en mi consulta, estaba tranquilo. No había pasado página, porque una tragedia así solo se olvida cuando morimos, pero percibí su corazón aquietado. Por eso me extraña tanto su desaparición.

—Y ¿cómo se llamaba esa chica que murió? Esa que era su mejor amiga.

—Miranda. Miranda Grey.

12

LA REDACCIÓN ERA PEQUEÑA. Unos pocos ordenadores estaban encendidos, con chicos muy jóvenes tecleando.

El director de *La Gaceta* movía los brazos como si fueran remolinos. Se llamaba Salcedo. Daniel lo descubrió dando órdenes imperativas. Era muy bajo. Le calculó poco más del metro cincuenta. Aunque lo más llamativo no era eso, sino su atuendo. Llevaba un chándal de color azul marino. Daniel jamás se habría imaginado a nadie dirigiendo un periódico en chándal.

—Adelante, ya podemos hablar. Siento el desorden.

Hizo pasar al invitado a su despacho. Era tan angosto, de dimensiones tan reducidas, que más bien parecía un camarote. El ambiente estaba un poco cargado. Aunque tenía una persiana, Daniel se percató de que las lamas estaban giradas, permitiendo ver todo lo que ocurría en la redacción. En la esquina había una televisión encendida. A Daniel le llamó la atención la presencia de un par de mancuernas de color plateado, que dormían junto a unos archivadores.

—Me gustaría recibirle en un despacho más amplio, pero aquí en un periódico de provincias las cosas son muy distintas a las de un periódico de verdad.

—Me hago cargo.

—No, no, imposible hacerse cargo. Pero no pasa nada. Solo los que trabajamos aquí, en medio de estas penalidades, podemos hablar con propiedad. Una cosa es dirigir un periódico en Madrid, Barcelona… o una capital de provincia. Y otra cosa es esto. Nos cuesta Dios y ayuda cubrir gastos, mantener el periódico en pie. Por cierto, ¿dónde se aloja?

—En el Bristol.

—Es una buena elección. Siempre y cuando no pruebe su menú, claro.

Daniel se acordó de las imágenes que vio el primer día en el

restaurante del hotel. Aquellas croquetas sospechosas. La tortilla de un amarillo que parecía ser presagio de devastadoras consecuencias gástricas. El mostrador de cinc, lleno de ralladuras.

—Si quiere comer bien, sin miedo a acabar acampando en el baño, pásese por el Momo. Los riñones con tomate me hacen levitar.

—Ayer probé la dorada a la sal.

—Me alegra que Chacón no se haya visto afectado por el terremoto. Y hablando de eso, dígame, ¿cómo va el progreso de su trabajo?

—Ya tenemos clasificados casi todos los edificios.

—Y ¿cuál es el porcentaje final de peligro de derrumbe? ¿Los etiquetados con el círculo rojo?

—Eso es, pero aún no tenemos datos definitivos sobre los efectos del evento sísmico.

—Entiendo.

Pero su cara decía otra cosa. Su gestualidad, hecha de abanicos y volatines, revelaban una personalidad impetuosa. Se giró y agarró las mancuernas. Y se puso a levantarlas, alternativamente, como si estuviera en un gimnasio. Daniel intentó disimular la sorpresa.

—Sí le puedo adelantar que he apreciado un número muy alto de fisuras, de todo tipo, de asiento plástico, de contracción térmica y de retracción, coqueras, juntas de hormigonado. Y también está generalizado el problema de degradación de la sección de arranque de los pilares a causa de la humedad que, por capilaridad, asciende desde el suelo. Y ese problema es común a las estructuras de muros.

—Demasiado técnico para mí.

Salcedo frenó el movimiento rítmico de levantar las pesas. Los ojos se le fueron a la televisión. Una reportera, con los labios muy pintados, hacía un directo. Entrevistaba a un psicólogo, que le hablaba de sensación de irrealidad, desorientación, ansiedad, pánico…

—El vestido que lleva esa periodista vale más que el sueldo que le pago a cualquiera de mis redactores, caramba. Y ahí tiene a las televisiones, falseando datos para darle a una noticia un sesgo trágico, deformando realidades y potenciando truculencias, buscando desesperadamente testimonios para que los espectadores lloren a lágrima viva, escarbando en escabrosidades dramáticas. No

sé si me explico.

—Sí, creo entenderle. Verá. Había venido para preguntarle por una redactora. Nagore. Nagore Montenegro.

—Ex. Exredactora. Hablemos con propiedad. ¿O acaso usted no lo hace en sus informes?

—Por supuesto.

—Pues eso.

El móvil de Salcedo sonó con la señal acústica de un wasap. Lo leyó. El director soltó un gruñido. Dirigió una mirada a la tele, que emitía imágenes de paisaje lunar. La reportera seguía, micrófono en mano. Salcedo hizo amago de apagar el aparato, pero decidió mantenerlo encendido. Aún resoplaba por el esfuerzo de mover las mancuernas.

—¿Por qué quería preguntarme por ella? ¿No me diga que se ha encaprichado de ella? ¡Qué mal gusto!

—No, no es eso. Resulta que esa chica ha acudido a mí, buscando información. Lo entiendo. Es su trabajo. Y claro…

—¡Ni claro ni leches! Ella ya no trabaja para ningún medio. Nagore se especializó en contar mentiras.

—¿Por qué la despidió?

—¡Coño! ¡Acabo de decírselo! ¿Es que ha dormido usted poco y no se entera? ¡Por contar mentiras!

—Ya.

—Sé lo que va diciendo por ahí, que fue una decisión injusta y arbitraria. Y que si esto y si lo otro. No me quedó más remedio. ¿Me oye? No-me-quedó-más-remedio.

—¿Por qué?

Salcedo se levantó de un salto, bufando. Dirigió la mirada a la redacción.

—¡Qué pena! Antes se oía el ruido de las máquinas de escribir. Los teléfonos repiquetear, urgentes de noticias. Ahora, ya ve, unos pocos redactores, con pinta de becarios. Y sin embargo, obramos el milagro de sacar el periódico todos los días.

El director pareció quedarse detenido en un momento del pasado, evocando otros tiempos. Volvió a encender la televisión.

—Nagore no era una mala profesional cuando entró aquí. Más rara que un perro a cuadros. ¿Cómo alguien puede vivir siempre a oscuras?

—¿A oscuras? No le entiendo.

—En su piso no hay cortinas. Tiene todas las ventanas cubiertas con papel albal. Como si no quisiera tener ningún contacto con el exterior, como si se encerrara en una burbuja absoluta, en su mundo, sea cual sea su mundo, ahí en su piso. Me lo contaron cuando llegó aquí, y tenía que haber hecho caso de ese aviso. Que era un ser muy extraño. Pero tenía instinto, olfato, eso con lo que se nace o no se nace. Y gracias a mis consejos la pude moldear para crear una periodista que escribía artículos decentes. Es más, le diría que yo la creé a ella. Que moldeé ese talento salvaje para fabricar una periodista de verdad. Pero hubo algo que la trastornó.

—¿Algo?

—Sí. La muerte de esa chica. De Miranda Grey.

—No entiendo.

—Nadie entiende la muerte. Sí, lo primero que me llamó la atención fue que no quiso cubrir el funeral. Y al día siguiente tampoco apareció por la redacción. Alegó un cólico nefrítico. Y cuando volvió lo hizo con aspecto demacrado. Y con los ojos llorosos. Con un pañuelo siempre en la mano. Y entonces empezó a escribir tonterías. A publicar hipótesis disparatadas. Nos metió en un lío de tres pares de cojones cuando logró colar que las fuerzas policiales no habían sido suficientemente diligentes en la investigación de la muerte de Miranda, obligando al periódico a publicar una rectificación al día siguiente.

Daniel se acordó del texto que se había encontrado en la biblioteca, revisando números atrasados de *La Gaceta*.

Salcedo tomó aire y siguió hablando.

—Y claro, a pesar de mis advertencias, siguió en la misma línea de crear ficciones, falsedades, que violaban los principios del periódico, que atentaban contra la verdad. El espectáculo de la verdad. Que es el único espectáculo que nos debe interesar. Pero Nagore prefirió otro.

—¿Miranda se suicidó o no?

—Por supuesto que se suicidó. Si te arrojas al vacío desde un tercer piso, las probabilidades que tienes de salvarte son escasas. Se quitó la vida.

—Y ¿por qué cree que a Nagore le afectó tanto la desaparición de Miranda?

—¿Quién es el periodista? ¿Usted o yo?

Y por vez primera, un atisbo de sonrisa quedó apuntado en el rostro tenso de Salcedo, divertido por este juego que le proponía su invitado. Lo miró, calibrándolo. Pasaron unos segundos. Su móvil volvió a sonar. Otro wasap. Pero esta vez no lo miró.

—Hagamos un pacto. Usted me cuenta el número exacto de edificios en rojo, y yo le regalo un chisme muy jugoso.

—No parece equitativo. Yo le doy información oficial. Y a cambio solo recibo un chisme.

—Uy, pensaba que usted estaba un poco alelado. Pero veo que empieza a despertar. ¿Un chisme, dice? Quizá sea algo más que un chisme.

Daniel se quedó evaluando la propuesta. Los ojos se le fueron a la imagen de la televisión. Un plano le ofrecía la perspectiva de varias unidades móviles, con sus antenas apuntando al cielo.

—Ochenta y siete casas.

—Caray, eso es más de lo que yo pensaba. Y ¿justifican esto? —preguntó Salcedo, mirando en la televisión todo el despliegue mediático.

—No lo sé. El periodista es usted.

—Eso no es periodismo. Haga caso. Todo ese espectáculo de cámaras y reporteros no es periodismo. Son buitres de la desgracia, que solo acuden cuando la amontona la miseria. Nada que ver con el trabajo día a día, línea a línea, casi artesanal, de un periódico.

Salcedo apagó la televisión, desalentado. Se abrió un silencio de más de un minuto.

—Yo ya le he dado mi información. Ochenta y siete casas. Ahora le toca a usted darme lo suyo. Aunque sea un chisme.

—No, no es un chisme. Escúcheme. Nagore tenía una mala costumbre, aparte de inventarse las noticias. Le gustaba hacer fotos clandestinas.

—¿Clandestinas?

—Sí. Disparar la cámara del móvil sin que tú te des cuenta. El caso es que una redactora, que ya le había avisado, que ya le había dicho que no volviera a hacerlo con ella, se aprovechó de un descuido. Nagore nunca soltaba el móvil. Pero un día cometió un error, se fue al baño sin él, y esta chica se abalanzó sobre el teléfono, con el propósito de borrar todas las fotos que le hubiera

hecho. Y aparte de las suyas, solo dos, se encontró con una carpeta repleta de fotografías de otra mujer. De Miranda Grey…

—¿De Miranda?

—Así es. Todas cazadas al vuelo.

Daniel arrugó el ceño.

—Vaya, veo que le he impresionado.

—Sí, lo admito.

—Y aún no le he dicho lo mejor. Eran fotos, digamos, cariñosas.

Daniel intentó que no se le notara en el rostro el gesto de sorpresa. Pero no lo consiguió.

—Cuando despedí a Nagore, y desapareció por fin llevándose todas sus cosas, se rumoreó que Miranda y ella eran amigas. Y algo más.

—¿De veras?

—No se lo crea. ¿Usted cree que un ángel como Miranda se iba a fijar en alguien como Nagore? Me chirría. Las abejas no trabajan como cabronas para que la miel acabe en el hocico del cerdo. Y ahora, si me disculpa, debo seguir trabajando. Y pásese por aquí, siempre que tenga información privilegiada que darme. Este es un periódico serio.

—Nos vemos. Un placer conocerle. Que tenga un buen día.

A la salida del periódico, al doblar a la derecha, se encontró con una cara que le llamó la atención. Era un chico joven, con cara de bobo, que lo miraba. ¿Era a él, no? ¿O eran imaginaciones suyas? Sí, sí, claro. Era a él. Estaba dentro de un Golf de color negro. Durante unos segundos, Daniel le sostuvo la mirada. Y la escena se resolvió cuando el chico apretó el acelerador y abandonó la calle a toda velocidad.

13

¿POR QUÉ SU HERMANA NO LE HIZO CASO?

Daniel le había avisado mil veces de que aquel tipo no era trigo limpio. Incluso él, que era muy tímido, un día sacó fuerzas y lo amenazó para que dejara a Carol. Pero lo único que consiguió fue que ella no le hablara en una semana. No quería que nadie se inmiscuyera en su historia. Daniel no desistió. Lo intentó por todos los medios. Pero ni siquiera eso le libraba de sentimientos de culpabilidad, de que algo más había podido hacer para evitar que Carol acabara colgada de una viga.

Durante todo el día Daniel no paró de darle vueltas a la cabeza. Y aunque, en efecto, le resultaba complicado representarse la imagen de Miranda y Nagore juntas, aunque repelía el dibujo de sus dos cuerpos desnudos y enlazados (su imaginación estaba llegando muy lejos, debía admitirlo), empezó a concederle crédito a aquella murmuración maliciosa, a aquel comentario que le había soltado en su despacho Salcedo. En Castellblanc nadie le conocía novio a Miranda Grey, nadie le había hablado de si estaba saliendo con un chico cuando le pasó lo que le pasó. A Daniel le pareció extraño. Una mujer tan guapa… Quizá fuera porque había decidió centrarse en sus clases de piano, blindarse de cualquier sentimiento o deseo que la distrajera de su objetivo principal, cualquier emoción que le interfiriera como elemento de distracción. Un hombre podía serlo. ¿Y una mujer? O quizá vivió un romance clandestino, oculto como esas fotos que Nagore guardaba celosamente en su móvil.

Ya en la cama, Daniel se masturbó.

14

TORREGROSA ME HABÍA INSISTIDO en que me coordinara con la comisaría de la zona. Debían preguntar, ellos que eran más conocidos en Castellblanc, que podían tener la ventaja de que los vecinos se abrieran más a ellos, si habían visto a Leo. Pero, de momento, ese procedimiento elemental no había dado resultado alguno. Nadie había visto al chico en los últimos días.

Me di una vuelta por el campamento. Me llamó la atención el silencio que reinaba allí, lejos de histerismos y llantos. Es sorprendente la capacidad que tenemos los humanos de adaptarnos a cualquier situación nueva. Toda aquella gente estaba sin casa, y Dios sabe cuándo volvería a dormir entre paredes de cemento. Los informes sismológicos hablaban de réplicas, *a priori*, de menor intensidad. *A priori*… Yo de eso no entendía. Desentrañar lo que la Tierra esconde en sus entrañas me parecía todavía más difícil que descifrar qué ocurre en el cerebro de los hombres para que a veces seamos capaces de hacer daño a los demás, porque sí, sin ninguna razón.

Me fijé en la proliferación de unidades móviles. Cada día veía más. Torregrosa había optado por no darle publicidad a la desaparición de Leo. Otras veces había emitido una nota de prensa, o un tuit con la foto del desaparecido. Pero, ante el revuelo de medios de comunicación que habían acudido a Castellblanc desde todos los puntos del país, prefirió esta vez esperar. Ansiosos como estaban de sangre, y no había más que ver el despliegue técnico del que presumían, se habrían lanzado sobre Leo como hienas hambrientas. De momento, habíamos conseguido mantener en secreto que, después de siete víctimas mortales, había una octava desaparecida.

Lo que sí había hecho Torregrosa era pedir la colaboración de la Unidad de Investigación de los Delitos en las Tecnologías de la Información, policías 2.0 que rastreaban las redes sociales como

sabuesos, que podían dar con un vídeo o una foto tonta capaz de resolver un caso. Antes solo valía patrullar las calles. Ahora las respuestas llegan patrullando las redes.

Encaminé mis pasos al barrio donde vivían los padres de Leo. No tenía grandes novedades, pero no podía desentenderme de ellos. Y además, tenía que hacerles alguna pregunta pendiente. Camino de su casa, me topé con el perito.

—¿Alguna novedad en lo del chico?

—Lamentablemente, no.

—Vaya.

—¿Y usted cómo lleva lo suyo? ¿Qué espray usa más, el de color rojo o el amarillo?

—Uso el rojo más de lo que me gustaría. El movimiento sísmico ha dejado unos daños extraordinarios en muchas estructuras. Hay edificios muy afectados. Habrá que meter la pala en muchos.

Pensé en la gente que había dejado atrás, allí en el campamento, con su futuro en el aire, aún agarrándose a una esperanza que también se iría abajo pronto, como sus propias casas. Esto iba para largo.

—O sea, que los daños son generales —pregunté.

—Bueno, hay alguna casa que se ha librado, diría que casi milagrosamente. Por ejemplo, la de una mujer de la zona de Las Viñas. Aunque ya tuvo una desgracia mayor. Su hija murió.

—¿Por culpa del terremoto?

—No, no… Se cayó de un tercer piso. Ocurrió hace tiempo, pero es como si el pueblo ya se hubiera olvidado. O se empeñara en olvidarlo. Se llamaba Miranda.

—¿Miranda Grey?

—¿Cómo sabe usted su nombre?

—¿Y usted?

El perito se quedó sorprendido por la pregunta. Lo vi moverse nervioso. Son detalles imperceptibles, pero que nosotros percibimos como si los viéramos a través de una lente de aumento. Un labio que empieza a temblar levemente. Unos ojos que te miraban y ya no te miran. El miedo que a veces inspiramos, aunque no llevemos uniforme, y que ahora sentía el hombre que tenía delante.

—Su madre me contó un poco la historia —me respondió, atropelladamente, alguna sílaba encabalgándose en otra.

—Y ¿cuál es su historia?

—La niña se cayó de un tercer piso. Una fatalidad. Esa es la versión oficial. Pero no sé, hubo cosas extrañas.

—Por ejemplo.

—En el pueblo se dice que su madre tenía una especie de relación con un hombre, más joven que ella. Y que, al morir Miranda, se esfumó. Casi de forma automática. ¿No le parece raro?

¿Qué conexión podía tener ese hecho con la desaparición de Leo? Yo no alcanzaba a ver ninguna. Miranda era su mejor amiga. O eso me habían dicho, no sé con qué grado de exactitud. Pero llevaba muerta hacía unos meses. Pensé que estaba perdiendo el tiempo con esta conversación. Así que me puse en marcha. De un momento a otro esperaba la llamada de Torregrosa, para que le pusiera al corriente de las novedades. Me apretaba mucho, llevándome a veces al límite. Era muy exigente, empezando por sí mismo. Pero trabajar con él no era nada fácil. Su carácter le había costado la apertura de más de un expediente. Pero su talento policial siempre lograba tapar aquellos accesos de ira, tan suyos.

Miranda está desnuda

Castellblanc aún no se ha recuperado de la conmoción que ha provocado la muerte de Miranda Grey. La joven, con un brillante expediente académico e infinitas posibilidades futuras como pianista, ya no podrá cumplir sus sueños. Mientras un estremecimiento de dolor recorre a muchos de sus vecinos, espantados por la tragedia, la indiferencia se ha apoderado de otros.

Detrás de la muerte de Miranda se esconden preguntas sin respuesta. Las autoridades locales han acatado el dictamen inicial de suicidio, que conviene a sus intereses. Sin embargo, hay un hecho que entra en franca colisión con esa teoría dada por verdadera, y que la refuta. Si Miranda Grey iba a quitarse la vida, ¿por qué entonces había hecho una compra por Amazon el día anterior? En efecto, esta periodista ha podido averiguar que Miranda dejó sin recoger un envío en el punto de recogida 722 de la citada cadena de distribución internacional, que contenía una colección de trece discos de vinilo de música clásica, en concreto, para que ustedes puedan comprobar la veracidad que contiene este artículo,

composiciones de piezas a las que ella era tan aficionada.

La policía, llevada por el apresuramiento, con notoria falta de diligencia, cerró el expediente de manera abrupta. La teoría recogida en el mismo de que Miranda Grey se precipitó al vacío por su propio impulso queda invalidada, porque solo con intervención de un tercero que propulsara su cuerpo, habría sido posible que cayera a dos metros de la cera, como ocurrió.

Miranda no se quitó la vida. Alguien la empujó al abismo. Y mientras Castellblanc llora por ese ángel sin alas, las autoridades policiales y judiciales, en una reprobable actitud negligente, callan. Hasta que no quede despejada la densa niebla que rodea este caso, Miranda Grey no habrá recibido la sepultura que merece. Sigue desnuda. Aún no ha sido vestida con la mortaja de la verdad…

15

LOS MONTÍCULOS DE SAL REFULGÍAN al sol de mediodía. A Daniel aquellas garberas le parecieron como pirámides egipcias, de esas que Adela estaba empeñada en conocer, y aunque él iba aplazando el viaje año tras año, sabía que algún día debería complacerla. No le gustaban los aviones, con sus turbulencias y sus asientos donde apenas entraban las piernas, y menos para ir a Egipto, pero debería darle el gusto en algunas vacaciones. Cuando estuviera curado de su rodilla, claro. Si es que algún día dejaba de molestarle. Igual que debía comprarle alguna figurita de esas que hacía artesanalmente Gavilán. ¿Era así como se llamaba, no? Pero después del día en el que le preguntó precio por alguna de ellas, no volvió a verlo donde siempre estaba, en una esquina del Momo. ¿Le habría pasado algo?

Varias máquinas Ferguson se movían entre las montañas de sal, ejecutando lo que a Daniel le pareció una extraña danza. Vio el rótulo de proporciones colosales de la empresa. Era tal el tráfago, una especie de abejorreo metálico insistente, que a Daniel le costó oír su teléfono móvil reclamándolo. Al fin se percató de que alguien lo estaba llamando.

—Hola, Nagore.

—Te he llamado dos veces.

—¿Dos veces? Pues no me he dado cuenta. He venido a peritar unas casas en el barrio de la Morera, y ya que estaba aquí me he acercado a las salinas para verificar que ahí todo estaba también en regla. Y hay mucho ruido. Por eso no he oído el teléfono. ¿A qué venía tanta urgencia?

—¿Leíste lo que te mandé? Es un texto inédito.

—Sí. Y ¿no te dejaron publicarlo en *La Gaceta*?

—No. Así que opté por marcharme. Un periodista tiene dos pactos. Uno es con la verdad, y otro con la dignidad.

A Daniel empezaban ya a cargarle esas frases gastadas, grandilocuentes, que parecían extraídas de un manual y que los

periodistas repetían como papagayos. Había escuchado ya alguna en el despacho de Salcedo. Y ahora le salía Nagore con lo de la dignidad. Decidió contraatacar.

—¿Te marchaste? No es eso lo que dice tu director.

—¿Es que has hablado con él? ¿Te has entrevistado con DeVito?

—¿DeVito? ¿No se llama Salcedo?

—Sí. Pero aquí en el pueblo le pusimos ese apodo. ¿O acaso no te has dado cuenta del parecido que tiene con Danny DeVito? Eso sí, el actor es incluso más alto…

Daniel se quedó en silencio. Ahora que lo pensaba, sí, debía admitir que el director de *La Gaceta* se daba un aire a Danny DeVito. Calvo, con unos pelos negrísimos pegados a las orejas, rechoncho.

—Así que has hablado con ese viejo al que le huele la boca a alcantarilla. ¿O es que no te has dado cuenta de que tiene una halitosis que echa para atrás? Espero que al menos no te haya amenazado con las mancuernas…

—¿Con las pesas?

—Sí. Tiene muy mal vinagre. Y le he visto alzarlas delante de algún compañero de redacción. Conmigo, no. Conmigo no se ha atrevido nunca. Vaya, vaya… ¡No me lo puedo creer! Pensaba que te dedicabas a cosas útiles, como visitar edificios en ruinas y hacer informes, pero veo que también te dedicas a perder el tiempo.

—No lo perdí. Me dijo cosas interesantes.

—¿Por ejemplo?

Daniel estuvo a punto de soltarle lo de las fotos que había hecho de manera clandestina a Miranda. Pero no era prudente. Era más inteligente guardarse esa información. Y además, quería tenerla delante cuando lo hiciera, para poder escrutar su reacción.

—Pues me comentó que fue el periódico el que te echó. Que no tuvo más remedio que despedirte.

De pronto se hizo el silencio al otro lado de la línea. El ruido de un martillo mecánico se impuso. Daniel dudó si Nagore le había colgado.

—¿Estás?

Ella aún tardó unos segundos en contestar.

—Claro que estoy. Perpleja.

—Ya.

—Y espero que no te hayas creído ni una palabra de ese cretino. Miranda Grey no se suicidó. Ya has leído el artículo que te mandé.

—Sí, varias veces.

—Pues fíjate, te voy a contar una cosa que no sé si debiera contarte o no. Ese texto solo contiene una inexactitud, que tuve que introducir, con el fin de que no perturbara mi investigación paralela. Es verdad que Miranda hace una compra por Amazon. Pero no de una colección de vinilos. En realidad, compró otra cosa. Un reloj.

—¿Un reloj?

—Sí. De hombre.

—¿De hombre? No entiendo lo que quieres decir.

—Ya lo entenderás. Lo que debes tener muy claro es que Miranda no se suicidó.

—Y a mí tampoco me cuadra, por la información que voy obteniendo. Una chica tan llena de vida, como he escuchado ya en el Momo. Tan guapa. ¿A ti te lo parecía?

Otra vez el silencio como respuesta. Igual no iba a ser tan fácil sorprender a Nagore, que siempre estaba con la guardia alta, para que no la pillaran en ningún renuncio, para que no se le escapara nada que no debiera sobre Miranda Grey.

—Era una mujer indescifrable, fascinante.

—Un ángel sin alas, la llamas en tu artículo.

—Es como yo la veía.

—¿Y guapa? ¿Lo era para ti?

—¿Por qué insistes tanto en eso?

—Solo es una pregunta.

—Pues… claro que lo era. Pero eso es meramente superficial. Estaba llena de talentos.

—¿Es verdad que estaba tan dotada para el piano?

—Sí. Y si no se le hubiera cruzado en el camino ese hombre, habría llegado muy lejos.

—¿Qué hombre?

—Armand, el señor ese que empezó a salir con la vieja Valentina.

—¿Armand?

—Ah, pero ¿todavía no te has enterado? Miranda se hizo amante del novio de su madre. Y el reloj que compró por Amazon era un

regalo para él.

Yo estaba tan tan nerviosa, que hasta mi profesor de piano me preguntó qué me pasaba. Recuerdo que estaba interpretando una pieza de Chopin, fácil de ejecutar, con un comienzo en re bemol, pero no había manera. Pero ¿quién iba a estar tranquila teniendo una cita contigo? Desde que me propusiste que nos viéramos en la playa, los dos solos, es que no pude ni dormir. Yo sabía lo que iba a ocurrir. Por fin probaría la miel de tus labios, haría mías esas canas que me enloquecen, surcaría con mis dedos la cartografía de tu cara… Disculpa que me ponga cursi y un poco tonta, pero es que no sé cómo describir aquellos momentos cargados de magia. Y me encantó que fueras tan lejos. Hasta el final. Aún me excita, amado mío, recordar la descarga eléctrica de sus dedos hurgándome por dentro, y ahora mismo cierro los ojos, como lo hice aquella noche, porque los dedos tuyos sí son sabios, no los míos ante el piano, los tuyos son mucho más habilidosos.

Y recuerdo cómo nos afanamos para limpiarnos uno al otro toda la arena que se había quedado impregnada en nuestros cuerpos sudados, los esfuerzos para borrar cualquier mínimo rastro que la bruja pudiera descubrir. Y durante la cena, aguantándonos la risa por aquella experiencia clandestina compartida, me miraste de una manera tan intensa, que supe que, desde ese día, solo podías ser mío, no de ella.

16

LAS UNIDADES CANINAS SEGUÍAN PEINANDO LOS ESCOMBROS, en busca del cuerpo de Leo. Su trabajo era esencial. Se encargaban de la detección de explosivos, de señalarnos alijos escondidos en rincones recónditos, y hasta de decirnos dónde había un fajo de billetes engordado por ejecutivos de cuello blanco o tipos manchados de sangre. Desde cachorros se acostumbraban a identificar esa aleación de tinta y borra de algodón. O la composición de la pólvora. O el olor del hachís. Delante de mí vi cómo maniobraba un perro, que creí identificar como una hembra de un pastor belga malinois. Leí en un informe que la eficacia detectora de estos perros era de un noventa y cinco por ciento. Pero ¿y si Leo se hubiera quedado en el otro cinco por ciento restante? Ni siquiera estos animales tan preparados, con un sentido del olfato tan desarrollado, eran infalibles.

Estaba entretenido en estas cavilaciones cuando se me acercó un agente que trabajaba en la comisaría de Castellblanc. Creía haber visto su rostro en el campamento. Él sí sabía quién era yo.

—Agente Stapleton. ¿Se pronuncia así?

—Sí, más o menos.

—Disculpe mi inglés. Vengo de la generación donde la lista de los reyes godos era más importante que aprender otro idioma. Muy buenos días. Mi nombre es Fuster.

—Buenas.

La carne se le había destensado ya en el cuello, formándole una papada, y tenía arrugas muy marcadas. Caminaba un poco encorvado. Debía ser uno de los policías más veteranos de la zona.

—Cuando me dieron su apellido, pensé que iba a encontrarme con un hombre de pelo pajizo, lleno de pecas y ojos muy azules.

—Pues ya ve. Moreno y con bronceado de albañil. Heredé los genes de mi madre. De mi padre tengo el apellido y la cabezonería. No es fácil que yo saque bandera blanca.

—¿Tiene alguna novedad sobre ese pobre chico?

—No. Pero los perros no descansan. Mírelos.

Y abrí una mano, señalando las maniobras del perro husmeando entre los escombros, reconcentrado en su tarea.

—¿Qué le dijeron los padres?

—Poco más de lo que declararon en la denuncia. Me dieron la dirección de una amiga del chico. Que al parecer no era tan amiga, según corrigieron sus propios padres.

Fuster, que había estado todo el rato escuchándome con la mirada en el suelo, alzó la barbilla y se la pinzó con los dedos gordo e índice.

—Y ¿por qué le mintieron los padres de Leo?

—O a lo mejor, fueron los de la chica.

Emitió un ligero gruñido.

—¿Sabe una cosa? Ese chico estuvo en comisaría. Por eso he venido a buscarle, Stapleton. O como se diga.

—¿Qué dice?

—Leo llegó una tarde a comisaría y dijo que quería poner una denuncia. Yo estaba de turno ese día. Salí un segundo y lo vi en la sala de espera, dando pasos nerviosos. Se sentaba y se levantaba, estrujándose las manos. Le hice pasar, y me dispuse a redactar la denuncia con los hechos que él relatara. Me extendió el DNI y comencé con mi trabajo. Me dijo que había sido víctima de cosas malas que le habían hecho, y que aún seguían haciéndole. Le animé a que concretara. Pero se quedó en silencio. Vi cómo le temblaban las manos, y apenas era capaz de balbucear alguna palabra. Miraba a la estantería de los archivadores que yo tenía detrás, como si temiera que hubiera alguien escondido detrás de ella, espiándolo, no sé. Y entonces sonó su teléfono móvil. Escuché el sonido acústico de la entrada de un wasap. Transcurrió un minuto. Le insté a reaccionar, pero él siguió encerrado en su silencio. Y de pronto se levantó, abrió la puerta y se marchó, como si huyera en estampida. Casi atropelló a una mujer, que estaba esperando en la sala.

Escuché unos ladridos. El perro movía el rabo con fuertes impulsos, tirando de la correa de uno de mis compañeros. Por un momento el corazón se me aceleró. ¿Ahí estaba Leo? El agente que lo llevaba se agachó. Pero a los pocos segundos el perro abandonó el punto que había señalado con su hocico, que le había dado una

información equivocada.

—Me temo que ahí no está el chaval —comentó Fuster, con un encogimiento de hombros.

—¿A qué podía referirse con cosas malas?

—No tengo ni idea. Pero está claro que ese mensaje recibido en su móvil le hizo cambiar de opinión, y salir precipitadamente de la comisaría.

Me quedé pensativo. Otro enigma para mi colección.

—¿Cómo es Leo?

—En el pueblo tiene fama de ser un poco raro. Bueno, rarito más bien, no sé si me explico. Aquí nadie le conoce novia, con lo fácil que lo tienen los chavales ahora, ¿verdad? En mi época había que llevar cuidado. Rozarle una teta a una chica te podía costar un escopetazo del padre. Y siendo tan suyo, vistiendo tan bien, a Leo nunca se le ha visto con una chica, de novia o de lo que sea, que ahora los jóvenes son muy modernos, con lo del poliamor y todo eso. Y en el pueblo ha habido murmuraciones, ya se puede imaginar usted. Sobre todo, de chicos de su propia edad. Es curioso que los mayores seamos más respetuosos con la homosexualidad que chavales que debieran tener la mente abierta para entender que en este mundo entran todos los colores.

—¿Leo es gay?

—Eso dicen algunos de sus compañeros en el instituto.

Me apunté mentalmente la tarea de hacer una visita a ese centro educativo. Quizá debiera haberlo hecho mucho antes.

—¿Y eso le ha generado algún problema? —le pregunté a Fuster.

—No podría darle respuesta. Nunca ha recurrido a la policía para denunciar ningún hecho. Y la única vez que lo hizo, ya le cuento lo que ocurrió.

—Y ¿es verdad que era amigo de Miranda Grey?

Fuster arrugó el ceño. Lo pillé a contrapié. No esperaba esa pregunta.

—Lo ignoro.

—¿Qué le pasó a esa niña?

—Se cayó de un tercer piso. Así consta en el informe policial.

Y me hizo un resumen de la versión oficial, dada por buena. Pero, por el tono cansado que usó, con la desgana del que reza un padrenuestro en misa sin creer mucho en Dios, noté que el asunto le

molestaba.

—Aquel caso quedó cerrado. La niña se cayó.

—O se mató.

—Y ¿en qué cambiaría eso el resultado? Si fue así, que se quitó la vida, ¿qué podría hacer yo para evitarlo? Es imposible saber lo que una persona almacena en su mente.

—Claro.

—Y fíjese, ahora, a mi edad, a un paso de la jubilación, cuando yo pensaba que me aguardaba un dulce tránsito hasta llegar a ella, me viene lo del terremoto. Aquí, que nunca pasa nada, y de pronto, un terremoto. Y todo se llena de periodistas y de escombros. ¡A cinco meses de la jubilación!

Me había cambiado de tema. A la mínima, había soltado la brasa caliente de la muerte de Miranda Grey. Porque, por mucho que disimulara, por el tono de las palabras y sus gestos un poco nerviosos, lo de Miranda era una brasa que aún quemaba, y no quería que nadie la depositara en su mano, de ninguna de las maneras. Caso cerrado. ¿Tenía razón el perito? ¿Su muerte escondía un secreto cuidadosamente oculto? ¿Le había ido ya con la misma historia Daniel, intentando buscarle las cosquillas?

Me despedí con un gesto sumario del agente. Y antes de abandonar esa zona, dejé vagar la mirada por la montonera de escombros, queriendo interrogar al perro. Miré a sus ojos. Y encontré en ellos una mirada desalentada. No, no, los perros no se pueden equivocar. Y aquel que hacía equilibrios sobre un pedestal de ladrillos astillados estaba dentro del noventa y cinco por ciento de aciertos. Si le había pasado algo malo a Leo no era por culpa de la naturaleza, sino que era cosa de la mano del hombre. Y a Miranda, ¿le había ocurrido lo mismo?

17

LA CASA TENÍA UN PEQUEÑO JARDÍN. El terremoto había removido varias macetas, tirando abajo un chamizo que ahora hacía de mortaja de un pequeño utilitario. Daniel pulsó el interfono que había junto a la verja de entrada, pero no recibió ninguna respuesta. Repitió la operación, sin éxito. Quizá no había nadie en casa, pero descartó esa idea cuando creyó detectar una sombra moviéndose en el interior, asomándose a través de los visillos de una ventana. Todavía pasaron casi cinco minutos hasta que pudo verificar que, en efecto, había vida en aquella casa. Un hombrecillo que parecía cubrir su cuerpo con un traje varias tallas más grandes lo recibió, en silencio.

—Soy perito ingeniero. Estoy evaluando los daños provocados por el movimiento sísmico.

El hombre miró de arriba abajo a Daniel, examinándolo con aire crítico, como si no le creyera, como si pensara que era un impostor, o un simple vendedor de esos que intentaban colarle a la mínima oportunidad alguna mercancía inútil, justo cuando estaba en plena inspiración ante las teclas del piano.

—¿Me permite pasar? —le preguntó Daniel, mostrándole su carné acreditativo de técnico.

—¿Para qué?

—Ya se lo he dicho. Tengo que elaborar un informe técnico sobre posibles daños.

—¿Qué me quiere vender?

—Nada. Le repito que soy perito. —Y Daniel volvió a blandir su credencial—. Tengo que hacer un escrutinio de los daños.

El otro señaló con la barbilla a la cochera, como si ahí estuviera la única evidencia de los efectos del terremoto.

—Y ¿dentro de la casa?

Al fin, gruñendo, tras unos segundos que parecían interminables, le franqueó el paso a Daniel, que pudo enseguida pasear la mirada

por el salón, atiborrado de objetos caóticamente distribuidos, con aire de chamarilería. No supo determinar si el caos era producto del terremoto o del pianista.

—No parece muy afectado. Solo esa pared —diagnosticó el perito, señalando el garabato que recorría una de las paredes.

El hombrecillo se encogió de hombros. Daniel se fijó en su cara. Parecía que llevara una máscara, como si fuera maquillado, la piel aceitosa, casi sin cejas…

—Por cierto, ¿cuál es su nombre?

—¿Para qué lo necesita?

—Para el informe.

—Fabio Castellanos.

—¿Puedo ver el resto de la casa?

—¿Es imprescindible?

—Sí, por su seguridad. A veces puede haber daños que parezcan mínimos y que, sin embargo, escondan afectaciones estructurales. Y por lo que voy viendo en el pueblo, la vulnerabilidad del parque de viviendas es poco adecuada a solicitudes extremas.

El pianista volvió a emitir un gruñido de queja. Daniel confirmó que el caos también se había apoderado del único dormitorio de la casa. Y del baño. Únicamente una estancia aparecía limpia y ordenada. Estaba presidida por un piano. De las paredes colgaban varias fotos, con reconocimientos al maestro. En ninguna de ellas sonreía. Un reloj de pared sonaba rítmicamente.

—¿Tiene muchos alumnos?

Fabio Castellanos tardó en responder.

—¿Qué es muchos para usted?

—No sé.

El pianista se sentía incómodo. Y en todo momento había seguido a Daniel muy de cerca en su excursión por la casa, intimidándolo con su presencia.

—Le quería preguntar por una alumna en concreto. Se llamaba Miranda Grey.

El hombre se quedó estático, componiendo la imagen de una estatua de sal. Ni un guiño. Ni un alzamiento de ceja. Sin traslucir emoción alguna.

—Usted le dio clase.

—Ya, pero usted es técnico de eso del terremoto. Perito me ha

dicho, ¿no?

Daniel recurrió a la respuesta que ya tenía preparada. Sabía que en cualquier momento aparecería esa pregunta.

—Era una vieja amiga.

—Ya.

—Es usted hombre de pocas palabras.

—Prefiero expresarme con el piano. Además, hay demasiadas palabras en el mundo. Demasiada cháchara.

—¿Era buena alumna Miranda Grey?

El pianista no respondió. O al menos, no lo hizo como Daniel esperaba. Con movimientos lentos que le hicieron crujir algún hueso de su osamenta, se acomodó en la sillita y dejó pasear sus dedos por las teclas del piano, tanteándolas con sutileza, sin atreverse a elegir ninguna de ellas.

—¿Era buena Miranda Grey? —insistió Daniel.

Una nota inundó la estancia. Primero tenía un matiz quejumbroso, pero luego mutó a una pieza desenfadada, los dedos del pianista actuando aceleradamente. Daniel lamentó no tener cualidades para apreciar la música. Nunca había tenido oído, y menos para composiciones clásicas. Escuchaba música de los ochenta, en inglés, y no sabía identificar casi a ningún cantante o grupo. Pet Shop Boys, Spandau Ballet, C.C. Catch y cosas así. Música de viejuno, le decía con sorna Adela, que le gastaba siempre la broma de cantarle la sintonía del
No-Do.

—Miranda era la mejor alumna —arrancó a hablar el pianista, una vez acabada la pieza, como devuelto a la realidad.

—¿De veras?

—Era muy aplicada y tenía un gran porvenir. Ya la primera semana hizo los ejercicios del método Ferdinand Beyer con gran habilidad. Me di cuenta enseguida del virtuosismo que se escondía en sus manos. Nunca vi a nadie ejecutar con tanta naturalidad ritmos sincopados, o figuras como los tresillos y figuras con puntillo. Se atrevió muy pronto con piezas que contenían semicorcheas. Tenía un don especial, que conmigo estaba desarrollando con avances extraordinarios.

—Y entonces ¿por qué decidió marcharse a Nueva York?

Y en ese momento, girándose en un escorzo, el pianista encaró a

Daniel, abandonando su continente aplomado. En sus ojos había una brasa encendida.

—¿Qué está insinuando?

—Que no entiendo por qué, si hacía tantos progresos, hubo de marcharse, decidió irse.

—Eso no debe preguntármelo a mí.

Y se giró de nuevo, otra vez con un gesto brusco, dándole la espalda al hombre que le incomodaba con preguntas absurdas, regresando a su único refugio seguro, el que encontraba en las teclas de su piano. Pero esta vez no se arrancó a interpretar ninguna pieza. Daniel oía su respiración afanosa.

—¿Ha acabado su trabajo? —oyó que le decía, insistiendo en darle la espalda.

—Sí.

Y el pianista se levantó como pinchado por una chincheta, cerró la tapa del piano con un movimiento seco, y casi empujó a Daniel hacia la salida. Le abrió la puerta, que volvió a quejarse. La miró con desconfianza.

—Por cierto, ¿qué es lo que estaba tocando al piano cuando he llegado?

El otro lo miró, con aire extraño.

—¿No lo ha reconocido? ¿No me diga que no ha reconocido la pieza? *Claro de luna*, de Claude Debussy.

Daniel se encogió de hombros, intentando que no le traspasara la mirada que el pianista le lanzó. Fabio Castellanos se quedó clavado como una estaca, viendo a Daniel marcharse como el que ve unas nubes amenazantes que el viento aleja por el horizonte. El perito subió al coche, y exhaló un suspiro de decepción. Y nada más accionar la llave de arranque, escuchó unos golpes. En la ventanilla. Era el pianista. A plena luz del día ofrecía una imagen deprimente. ¿Cuántos años podía tener? Quizá estaba más cerca de los setenta que de los sesenta. El sol le arrancaba brillos extraños a su piel aceitosa.

—La culpa fue de la madre. Solo de ella. Miranda quería seguir viniendo a mis clases. Pero la madre la obligó a irse a Nueva York, a la Gramercy Park School of Music. Ni por un solo momento piense que yo soy un mal profesor, y que por eso se fue. ¡Ni por un segundo se le pase eso por la cabeza, porque está incurriendo en

una infamia!

—¿Por qué entonces se fue a Nueva York?

Fabio compuso otra vez una imagen de rostro pétreo, indescifrable.

—Solo le puedo decir que esa academia no tiene ningún profesor que sea mejor que yo. Ninguno. Busque. Investigue, usted que es perito. Academia Gramercy Park School of Music. ¿No ha oído hablar de ella? Tiene mucha fama. Pero solo es eso, mucha fama. Pagada a precio de oro… Ni un solo profesor de esa academia es mejor que yo. Toda la culpa fue de la madre. Y ha habido quien me ha querido sumergir en el descrédito, pero todo han sido infamias. Toda la culpa fue de la madre…

Daniel pensó en su hermana. Una vez más. En la ceguera de sus padres para no darse cuenta del tormento que la recorría por dentro, ese tormento que se la iba comiendo poco a poco. Bueno, de su padre nada podía esperar. Ese solo pensaba en sí mismo, y en sus conquistas. En su mundo de mujeres que caían rendidas a sus pies. Carol. Tan bella y tan frágil. Hacia fuera, con su belleza de modelo o de actriz de cine, exhibía una seguridad que ella no sentía por dentro. Y Daniel le veía a veces los ojos rojos, hinchados de llorar, porque aquel Marcelo del que estaba enamorada hasta las trancas le había hecho alguna barrabasada, porque él era así, sí pero no, no pero sí, en un juego perverso que acabó matando a Carol.

Hay que tener mucho valor para hacerle doble nudo a una soga.

Carol no quería fallar.

Se levantó con unas ojeras muy profundas. Había pasado mala noche. Antes de acostarse llamó a su novia. Le contó lo que acababa de hacer y por dónde iban sus pesquisas. La discusión con Adela fue muy fuerte, con duros reproches de ella. ¿Tendría razón, acusándolo de haber perdido la cabeza? ¿Estaba llevando demasiado lejos su imaginación, atrapado por una obsesión que le había borrado los contornos de la realidad?

—¿Por qué te comportas así? Nunca has sido así, Daniel. ¡Nunca!

Y es verdad, poca defensa tenía ante esas palabras acusatorias de su novia. Su vida siempre había transitado por raíles seguros, un camino rectilíneo. Una carrera acabada. Un noviazgo convencional. Un trabajo fijo. *Pasapalabra* y luego Netflix. Películas y reportajes

compartidos con una manta por encima. Veraneos en la misma playa de siempre, paellas baratas en el chiringuito habitual. ¿Qué le estaba pasando? ¿Qué coño te está pasando, Daniel?

Por momentos se reprendía, achacándose haber caído rendido al embrujo de una persona que ya no existía (¡una muerta!, como la llamaba agriamente Adela). Y se sentía culpable. Pero a los pocos minutos, su mente se iba al pensamiento contrario, y le veía plena legitimidad a lo que estaba haciendo, y hasta le encontraba un matiz heroico, descubrir la verdad, que el caso de Miranda Grey quedara cerrado, con conclusiones inapelables como las que él alcanzaba en sus informes. ¿Acaso el trabajo forense no estaba emparentado con el suyo, hecho de materia técnica, científica? No, era Adela la que había perdido la cabeza. Ella. Y cada día ofrecía nuevos síntomas de desvarío.

Y Daniel se preguntaba qué sería lo siguiente, hasta dónde le (los) llevaría ese proceso de descomposición mental que ya, estaba claro, se había puesto en marcha, la desconfianza erosionando día a día, cuestionando valores que los dos habían dado por seguros, conduciéndolos a un terreno inestable.

Pero ¿acaso no tenía Adela un punto de razón? ¿No había él extraviado el rumbo? ¿Por qué ese desasosiego interior? ¿Por qué gastaba tanto tiempo en pensar en una mujer que estaba muerta?

18

POR CULPA DEL TERREMOTO, habían quedado interrumpidas las clases en el instituto. Mis pasos resonaban solos en sus pasillos. Un bedel me dijo que podía encontrar al director en el primer piso. En el trayecto me encontré con algún albañil arrastrando cubetas de masa. Daba gritos a otros operarios, gritos que resonaban con fuerza en aquellas estancias vacías.

Llegué a la puerta del despacho que buscaba, y me anuncié.

—Adelante, por favor.

El director del instituto era insólitamente joven. No tendría ni treinta años. Me esperaba un señor de barba canosa y gesto adusto, porque así recordaba al que yo tuve en mis tiempos de estudiante, ya muy remotos. ¡El director! Una figura que todos los estudiantes temíamos, con sus ademanes intimidatorios.

—Mi nombre es Borja Stapleton. Llego de la Policía judicial y trabajo para la Brigada de Homicios y Desaparecidos.

—Mario Izquierdo. ¿En qué puedo ayudarle? Imagino que vendrá por lo del pobre Leo, ¿no? ¿Hay alguna novedad?

Me sorprendió que supiera cuál era el objeto de mi visita.

—No, de momento no hemos logrado dar con él. ¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—Pues la misma mañana del terremoto. Él es un alumno muy aplicado, que nunca falta a clase.

—¿Es buen estudiante?

—De los mejores. Sus notas son siempre altas. Sus padres no deben tener ninguna queja de él. Un buen estudiante, ya le digo. Muy callado, eso sí.

—Explíqueme.

—Bueno, es un chaval ensimismado.

—Todos los chavales lo parecen ahora, la mirada siempre fija en el teléfono. ¿No le parece?

—Sí, sí —me concedió—. Pero no es eso, no. Esa batalla la

tenemos perdida. Los chicos han encontrado un amigo que nunca les falla: el móvil. Pero no es eso. Leo apenas se relacionaba con los demás. Solo tenía una amiga.

—¿Miranda Grey?

El director me miró con cara de sorpresa.

—Veo que ha hecho los deberes.

—En absoluto. Seguimos sin dar con Leo. Dígame, ¿era Miranda su amiga?

—Así es. Hasta tal punto que por ella era capaz de abandonar su carácter más bien apocado y transformarse en un adolescente con un punto de agresividad.

—¿Agresividad?

—Sí. Le voy a contar un episodio. Aquí tenemos un grupo de chicas un poco revoltosas. De vez en cuando hacen alguna novatada. Y un día se encararon con Miranda. La acorralaron. Y cuando parecía que se iban a abalanzar sobre ella, irrumpió Leo y se puso delante de Miranda, como escudo. Con los ojos inyectados en sangre. Dispuesto a descargar un puñetazo a la primera que se le acercara. Hasta que las otras capitularon.

—¿Se repitieron escenas similares?

—Aquí en el instituto, no. Hubo una amonestación que cursé yo personalmente, y ellas han actuado en consecuencia. Son un poco levantiscas y aficionadas a las trastadas, pero las vamos manteniendo a raya.

Me pregunté si Miranda se habría visto amenazada en la calle, fuera de la jurisdicción del instituto.

—¿Se podría decir que Leo se ganó enemigos aquí? —reanudé mis preguntas.

—Los chavales se agrupan por afinidades, por inclinaciones, por gustos. Leo no entra en ninguna clasificación. Es un verso suelto. Eso le habrá podido ganar la antipatía de otros alumnos, pero de ahí a catalogarlos de enemigos…

Quizá la imaginación me estaba llevando muy lejos. Que un comando de alumnos, llevando al límite una novatada, hubiera secuestrado a Leo parecía muy poco plausible. Es verdad que tuvimos algún caso parecido. Pero aquello apenas duró unas horas. Leo llevaba ya días sin dar señales de vida.

—Me ha asegurado que Miranda era su mejor amiga. ¿Y qué me

dice de Cintia?

—¿Cintia?

El director hizo un gesto interrogativo. Y parecía que se veía obligado a un esfuerzo mental para rebuscar en su memoria y dar con ese nombre nuevo que yo le ponía sobre la mesa.

—¿Cintia? Solo tuvimos una alumna con ese nombre, pero abandonó el curso, a la mitad. No le puedo confirmar que Leo y ella fueran amigos. Igual sí. El móvil teje ahora relaciones que no son físicas. Los chicos pueden estar a dos metros, pero solo se comunican a través de ese aparato que se ha erigido en el centro de sus vidas.

—Y me ha dicho que Leo es muy buen alumno.

—Sí, aunque debo reconocerle que últimamente me tenía preocupado.

—¿Por qué?

—Sus notas habían caído en picado. Con varios suspensos en los últimos exámenes trimestrales. Los profesores hablaron con él, claro, a ver qué le pasaba. Pero es que Leo es muy reservado, se guarda todas las emociones, y no les pudo dar ninguna respuesta. Pero ellos sí me dijeron que lo veían muy disperso. Con problemas de concentración.

—Quizá fue la muerte de su amiga Miranda —aventuré.

—Veo que está al corriente.

—En el pueblo se sigue hablando de ella.

—Normal. Su muerte fue una auténtica tragedia, de la que no lograremos recuperarnos. Pensé que aquello iba a producir en Leo tal impacto que su rendimiento académico se resentiría. Pero el chaval, aunque se le veía siempre con los ojos hinchados de llorar, no faltó ni a una sola clase, ni siquiera al día siguiente del entierro. Apretaba los dientes y sus notas siguieron siendo de notable o sobresaliente. Demostró una enorme personalidad. Tenía el corazón roto por dentro, sin duda. Pero no quiso que se le notara en los exámenes. Era como un homenaje a Miranda, que también fue una estudiante ejemplar. Y quería honrarla de esa manera.

Estuve a un paso de preguntarle por la chica. Seguro que tendría alguna hipótesis sobre lo que le ocurrió. Pero no quise mezclar un caso con el otro. Es más, en rigor, más allá de especulaciones y rumores, de la insistencia de Daniel, solo había un caso: el que

había hecho que Torregrosa me mandara a aquel pueblo arrasado por un terremoto.

—Una última cosa. ¿Estaba al corriente de que Leo padecía brotes psicóticos?

—Sí, la doctora que lo trataba se puso en contacto conmigo para pedirme información de su comportamiento aquí en el instituto.

—Al parecer, se metió en alguna pelea.

—Cierto, pero solo ocurrió una vez. Es verdad que Leo va muy a su aire, que no se ha integrado en ningún grupo de amigos aquí en el instituto, pero ya después no se metió en más líos.

—Muchas gracias por su colaboración. Y espero que pueda reanudar las clases cuanto antes.

—Ojalá. No hay nada tan bonito como el sonido de un recreo.

Sentía mi mente en gran estado de agitación. Poco a poco iba acumulando información, formando ya una pirámide de piezas con las que tendría que componer el puzle.

Miré el reloj. Eran las siete y media de la tarde. Y tomé camino en dirección a las salinas. Quería pasear, estar un rato a solas, lejos de la trepidación de las máquinas excavadoras, del punzante ruido de las taladradoras, de los buldóceres que se movían por Castellblanc como animales amenazantes.

Mis pies agradecieron la excursión. Del suelo alfombrado de cascotes pasé a la lisura de la tierra. El olor a yodo empezó a colarse en las fosas nasales, hasta hacerse preponderante. Me detuve. El disco del sol descendía apaciblemente sobre la laguna, que se extendía delante de mí, inabarcable en su belleza. La silueta de unos flamencos se recortaba en el horizonte, como una imagen de postal.

Pensé en Ana. Y en mi niña aún no nacida. Cuando los tres ya estuviéramos juntos, con Castellblanc ya repuesto y yo hubiera encontrado a Leo, debía compartir con ellos esta puesta de sol.

Ya fuera del perímetro de las salinas, pasé junto a una gran caseta abandonada. Escuché un leve ruido. En contra de lo que pensaba, yo no estaba solo. Merodeando por allí había un hombre. Haciendo fotos.

19

HABÍA SIDO UN DÍA TAN DURO, que Nagore se durmió profundamente, sin que le importara el ruido de enjambre que había siempre en el campamento. En sueños notó una vibración bajo su cuerpo, y luego una sensación de vacío, de caída, esa sensación que a veces puebla las pesadillas. Los goznes de su tienda de campaña gruñeron. Primero de forma tímida. Enseguida, con quejidos tan sonoros que despertaron a Nagore. Y no, no era una pesadilla. Lo que sentía era real.

Oyó gritos.

Voces alarmadas.

La tienda volvió a temblar. Con fuertes sacudidas.

La bóveda de la iglesia, muy dañada por culpa del primer terremoto, no pudo resistir el nuevo movimiento sísmico y se vino abajo, con un estruendo de bomba. Los bancos donde se sentaban los fieles habían quedado por completo al descubierto.

DeVito tuvo que agarrar el ordenador de su despacho para que no se cayera al suelo. Las cortinas por las que espiaba lo que hacían sus redactores se descolgaron. Una pila de periódicos que tenía a su derecha se desplomó. La redacción se llenó de gritos. DeVito, con el rostro pálido, no dijo ni media palabra. Se limitó a huir a la calle, a todo lo que le daban sus piernas cortas.

A Daniel le pilló en la ducha, con el champú en la cabeza y los ojos bien cerrados, para que no le entrara ninguna gota, que eso le picaba. Primero notó cómo el frasquito de gel de los *amenities* se escurría al suelo. El secador de pelo se movió en la repisa del baño, y también se fue al suelo. Un aplique que estaba junto al espejo, se descolgó. La mampara se quebró, alfombrando el suelo de esquirlas, que parecían granizado de limón. Siete segundos después, porque no sería más tiempo, todo dejó de moverse. Daniel no había perdido la compostura en ningún momento. La geodinámica nunca fallaba. Esta réplica venía en el guion. La Tierra tiene sus propias reglas, sus

hábitos, sus costumbres.

Pero el terror había vuelto a Castellblanc.

20

EN EL BAR MOMO NO SE HABLABA DE OTRA COSA.

—Madre mía, ¡qué miedo!

—Sí, no he podido pegar ojo en toda la noche.

—Como venga otro, no va a dejar una casa en pie en todo el pueblo. Está todo hecho mixtos.

—Lo único que nos faltaba es que venga un virus, de China o de por ahí, y nos mate a todos.

—Calla, calla.

Cada vecino que se acercaba a pedirle un café a Chacón contaba cómo había sentido el nuevo terremoto. Los que estaban en el campamento de la playa volvieron al pueblo, a ver si sus casas seguían en pie o no. Daniel escuchó alaridos, llantos, lamentaciones… Sin tener la magnitud del primer movimiento, pero los daños que había dejado la réplica eran cuantiosos. Un edificio, que ya había quedado muy tocado antes, se vino abajo. Por fortuna, él ya lo había catalogado con círculo rojo, no habitable. Pero por si acaso las unidades caninas de la policía estaban rastreando entre los cascotes, por si a algún infeliz se le había ocurrido desatender las órdenes dadas y había vuelto a su casa.

Una imagen atrapó la atención de Daniel. En ella se veía a un grupo de mujeres, vestidas con ropas escuetas. A su espalda parpadeaban las luces de El Paraíso. Oraban, en un bisbiseo continuo. Algunas juntaban las palmas de sus manos. Otras las alzaban al cielo, implorando. Todas estaban de rodillas, postradas ante un altar que habían improvisado con estampas de vírgenes y santos, a los que alumbraban las llamas trémulas de velas encendidas.

—Las trabajadoras que prestan sus servicios sexuales en un club de alterne de la zona se han negado a desempeñar su trabajo, y han pasado la noche al raso, a la intemperie de la madrugada, por temor a que se viniera abajo la sala en la que desempeñan su actividad

comercial —explicó el reportero de una televisión.

Daniel recibió un mensaje de WhatsApp de su novia.

—¿Cariño, es verdad que hay muchos muertos? Eso he leído en Twitter.

—No, tranquila. Hay edificios afectados. Pero no más muertos. Bastantes tuvimos ya con el primero. Según me dicen desde la central, el espectro de desplazamientos revela registros muy inferiores al primer movimiento. Sobre el terreno ya están trabajando forenses geológicos para barrer el recorrido de la falla. Y no leas más Twitter, anda.

Pero Adela no era la única que se había guiado por las informaciones divulgadas en las redes sociales. El bulo de que el segundo terremoto había dejado decenas de muertos se había extendido. Los equipos de televisión que trabajaban a pie de campo, *in situ*, lo desmentían con sus imágenes y sus informaciones. Pero muchos preferían creer lo que Twitter decía.

—¡Que viene otro! ¡Que viene otro! —se oía gritar a algunos vecinos.

Daniel se acercó a un supermercado a comprar una botella de agua mineral. Encontró una, casi de milagro. Los estantes de productos estaban vacíos. El nuevo movimiento sísmico había acabado con las existencias. Le sorprendió que hasta el papel higiénico estuviera agotado. Después de un día intenso en el que no paró de rellenar informes, llegó al hotel muy cansado. Pero tenía que seguir con la faena. Debía remitirlos esa misma noche a la central. «El recrecido de los pilares mediante encamisado de hormigón armado podría ser, a mi modesto juicio técnico, una de las primeras actuaciones para reforzar estructuras, o en su defecto, arbitrara soluciones metálicas empresilladas», escribió. Desconfiando una vez más de las tapas que había expuestas en el mostrador del restaurante del Bristol, Daniel se había preparado un sándwich, que se comería mientras trabajaba delante del ordenador. Pero en vez de seguir con la redacción de los informes, se metió en Facebook. Y después de rastrear entre decenas de fotos de cursos antiguos, dio con una imagen de Miranda, mezclada entre otras alumnas. Todas sonreían. Menos ella.

Amado mío, ya sabes que me encanta escribirte estas pequeñas líneas mientras tú duermes, y darte una sorpresa cuando te levantes, encontrarte unas palabras de tu cosita nada más

encender tu móvil.

Creo que no voy a ir más a clase. La academia es fabulosa, y tiene una profesora que me encanta, se llama Erika. Pero nada tiene sentido aquí, sin ti. Fíjate lo que me pasó ayer. Todo fue por una tontería. Hay una compañera de clase, una pecosa, y el caso es que no se dio cuenta, llevaba un café de la máquina, nos tropezamos y me manchó. El caso es que empezamos a discutir, porque ni siquiera se disculpó, y acabé pegándole una patada en la espinilla. Sí, sí, no te rías. Y nos peleamos hasta que pudieron separarnos. Tú dirás que he perdido la cabeza. Sí, la he perdido por ti. Yo no soy así. Pero tenía que soltar esa patada, que era de rabia. Antes de pegársela, pensé en mi madre, concentré todos mis pensamientos negativos, imaginando que era ella a quien le daba la patada. Nunca la he soportado, y la gota que ya colmó el vaso fue maniobrar para separarnos.

Prepárate, amor mío, porque ya queda muy poco para que me tengas.

¿A ti no te arden las yemas de los dedos, como si le aplicaras una llamita? ¿A que sí? ¿A que también te arden?

21

DANIEL DIO VARIAS VUELTAS, SIN RESULTADO ALGUNO. Su sentido de la orientación nunca había sido su fuerte, y el campamento instalado en la playa le pareció un laberinto inextricable con sus senderos trazados caóticamente. Intentó valerse de un puesto de vigilancia y salvamento como punto de referencia. La rodilla seguía molestándole. Estaba completamente seguro de que allí dentro algo no iba bien. El cartílago. Seguro que tenía el cartílago desgastado. Lo notaba a cada pisada. Y cuando ya estaba a punto de darse por vencido, fue Nagore la que se topó con él.

—¿Qué haces por aquí a estas horas, colega?

—Yo no soy tu colega.

—Sí lo eres. Te dedicas a hacer lo mismo que yo: preguntas.

—Solo hago informes.

—Informes y preguntas. Dime, colega. ¿Qué haces visitando a los del círculo rojo?

Esa era la definición que se había extendido en los medios de comunicación, la fórmula acuñada para nombrar el campamento, una especie de gueto donde se concentraban las víctimas del terremoto, aquellos que habían recibido la orden de abandonar sus casas. Notó a la gente muy excitada. Vio rostros cansados. La réplica había extendido el desaliento por todo el campamento.

—¿Se ha visto afectada tu casa?

—¿Te refieres a mi micropiso de cuarenta metros cuadrados? Eso debes saberlo tú, que eres el especialista.

—¿Podemos hablar?

Soplaba una ligera brisa que entibiaba el ambiente. El verano empezaba a remitir. Nagore condujo a Daniel por el campamento. Les llegó el retazo de una conversación.

—Fíjate, que tengo cuatro neumotórax y lo dejé. Pero desde el terremoto, he vuelto al vicio.

—Y a ver cuánto nos queda aquí, tirados en la playa.

—Échale un año o por ahí.

—¿Tanto?

A Daniel le pareció una previsión incluso optimista. Es verdad que los bomberos estaban empezando a colocar puntales metálicos en muchas de las casas afectadas, pero otras no habría más remedio que demolerlas. Las retroexcavadoras iban a tener trabajo. Los psicólogos, también.

—Mira cómo es mi nueva guarida.

Nagore bajó la cremallera que cerraba su tienda de campaña, mostrando un panorama de penuria, con una manta doblada haciendo de cama y algunos cachivaches esparcidos. Daniel notó como le llegaba a las fosas nasales el golpe de un olor desagradable, de sudor solidificado en la piel.

—¿De qué querías hablar conmigo?

Las sombras difusas de la noche recortaban el perfil de Nagore. Daniel, no sabía por qué, pensó en el cuello de un buitre. Se fijó en su rostro. Al principio, el primer día que la vio, deslizándose por una mejilla, pensó que era una mancha. Pero después se dio cuenta de que no, de que era un tatuaje. De una lágrima. Ella se dio cuenta de que la estaba examinando.

—¿Por qué me miras la cara de ese modo?

—Disculpa. Es que estoy intrigado por ese tatuaje que llevas en la cara.

—Nada, una locura de juventud. ¿Tú no hiciste alguna tontería cuando eras joven? Pues eso.

Nagore llevaba en una mano su teléfono móvil. En la otra, el bote de Lacasitos. A Daniel le habría gustado preguntarle también por qué vivía en su piso con las ventanas siempre cubiertas por papel albal, como le había dicho Salcedo. Pero no se atrevió.

—Me he enterado de que Miranda no se fue a Nueva York con mucho entusiasmo que digamos.

—¿Qué quieres decir?

—Que fue su madre la que se empeñó en que se matriculara en ese centro.

Daniel creyó leer en el rostro de Nagore una leve sonrisa y un asentimiento, como dándole a entender que esas noticias con las que venía al campamento eran antiguas, que ella ya manejaba esa información, ella iba siempre un paso por delante. Y sin embargo,

se la había guardado, se la había ocultado.

—Obvio, la madre hizo eso para quitarse a una rival de en medio.

—¿Era su hija una amenaza tan clara? ¿Cómo una madre puede hacer eso?

—No le eches la culpa a la madre. Quiso marcar territorio, e hizo bien. Era comprensible. Aquí el que hizo mal fue él. Lo que pasa es que para vosotros siempre es mejor tener dos coños que uno.

La frase ofendió a Daniel. Su padre se habría quedado callado si le hubieran dicho algo así, pero él no podía.

—Yo no soy así, disculpa.

—Todos sois así.

Daniel se volvió a examinarla, su perfil trazado por el brillo mercurial de la luna, una tira de humo culebreando sobre su rostro, contribuyendo a difuminarlo. ¿Qué tipo de experiencias habría tenido con los hombres para hablar de ese modo, usando un tono grosero? ¿Cuántas infidelidades habría soportado? ¿O solo había sido una, tan dolorosa y profunda como para haberle agriado el carácter de esa manera?

—Te repito que su madre obró correctamente. Yo habría hecho lo mismo en su lugar. Quien actuó mal fue él.

—¿Por qué?

—Porque no fue ella, Valentina, quien hizo el negocio con él. Eso podría pensarlo cualquiera, viéndola pasear de su brazo como una princesa. Esa es la imagen que proyectaban. Equivocada, como tantas imágenes que esconden las verdades de la realidad. Armand se aferró a ella. Él sí necesitaba a Valentina. Estaba sin un duro.

—En el pueblo se dice que la invitaba a todo.

—Falso. Como tantas cosas que se dicen aquí en Castellblanc. Pagaba él, sí, pero el dinero se lo daba primero ella. Salía de su bolso, subrepticiamente, esa es la palabra, me encanta, subrepticiamente, suena rara y original al mismo tiempo, subrepticiamente, así salía el dinero de Valentina y se iba a la cartera de Armand.

—¿Eso es verdad?

—¿Me crees capaz de mentir? Soy periodista. ¿Me ves capaz de inventarme algo?

Daniel estuvo a punto de decir que sí, precisamente porque era periodista. Desde que había llegado a Castellblanc había visto cómo trabajaban los reporteros. En eso tenía razón DeVito. Todos esos informadores que de pronto habían llegado al pueblo daban mucha vergüenza.

—Si alguien te abre su bolso y la puerta de su casa, me parece una bajeza acostarse a la mínima oportunidad con la hija de esa mujer. Eso lo hizo Humbert Humbert y mira cómo terminó.

—¿Humbert qué?

—¿No has leído *Lolita*? ¿Ni siquiera has visto la película?

Daniel se encogió de hombros, sintiéndose ridículo.

—Hay caprichos que es mejor no darse —afirmó Nagore, echándose a la boca un Lacasito.

—¿A qué te refieres?

—Cuando Miranda Grey se va a Nueva York, hay como una especie de tregua. Otra vez se veía a Valentina y a Armand salir a cenar, de confidencias… Pero eso duró poco. Regresaron las hostilidades cuando Miranda aparece por Castellblanc antes de lo previsto. A Valentina le entró de nuevo el problema en casa. Pero se percató de que era el segundo, porque el primero dormía con ella cada noche: Armand. Y Valentina le cerró el grifo. Por eso digo que él hizo un mal negocio. Por un polvo.

—¿Y si no fue solo un capricho pasajero?

—Un polvo, hazme caso. Un capricho de los dos. También de ella.

Sin embargo, su tristeza en la foto que había visto de ella durante su etapa en la academia de música decía otra cosa. Igual para Miranda Grey pudo comenzar como una travesura, como un divertimento pasajero. Era como una especie de rebeldía para que no la vieran (ni verse ella misma, sobre todo ella misma) como un rostro angelical. Sus dedos no solo estaban preparados para acariciar las teclas de un piano, sino también para dejarse arañar por la barba cana de un hombre maduro, incluso para arrancarle placeres nuevos con habilidades insospechadas.

—Armand no tiene disculpa. Nada lo justifica ni lo exonera —sentenció Nagore.

Daniel miró a la periodista. Una lámpara de carburo abocetaba su imagen, sin terminar de definirla. ¿Qué sabía realmente de ella,

aparte de que era una chica poco agraciada, con pocas habilidades sociales y un apartamento destruido por un terremoto? ¿Cuántos secretos le escondía?

—Me llama la atención que siempre disculpes a su madre.

—Bastante tiene ella con lo que tiene.

—No sé lo que me quieres decir.

—Mira, un día apareció abandonado el Porsche Cayenne de su marido. A las afueras del pueblo, cuando ya se perdían las casas. Él no podía haberlo conducido, por la sencilla razón de que estaba muerto. Miranda no tenía carné de conducir. Armand no pudo ser, porque aún no había aparecido en esta historia. Era ella la que lo había dejado allí tirado.

—¿Para qué?

—Ni idea. Cuando le preguntó la policía, que se extrañó de ver el Cayenne ahí abandonado, repitió una y otra vez que ella desde luego que no había cogido el cuatro por cuatro de su marido.

—¿Y era verdad?

—Seguramente mentía. Pero no deliberadamente. Está perdiendo la cabeza. Tiene lagunas en la memoria. Espacios que quedan en blanco, y que cada día son mayores.

Daniel se quedó pensativo. Se acordó de las palabras que le había dicho la bibliotecaria el día que estuvo consultando la hemeroteca. Coincidían con las de Nagore.

—Se me hace tarde.

Esta vez intentó no perderse. Le llamaron la atención unos cánticos, a modo de plegaria. Unos jóvenes habían hecho una pequeña hoguera y cantaban alrededor de ella, rasgando el silencio reconcentrado de la noche. Con alivio, Daniel pudo divisar el puesto de vigilancia, y esta vez logró ganar la salida del campamento.

Camino del hotel, una pregunta no paró de azotarlo. ¿Por qué Nagore estaba empeñada en implicar a Armand en el caso de Miranda Grey? ¿Por qué quería imputarlo? Y fue ya en la cama, peleando contra un insomnio que empezaba a hacerse crónico, cuando dio con una respuesta que le aceleró sus pulsaciones. Durante una hora intentó quitarse de la cabeza aquella idea. Pero no lo consiguió.

22

CON BUEN CRITERIO, Y ANTE LA FALTA DE NOTICIAS, Torregrosa había dado instrucciones desde la central para que se activara la alerta AMBER, de tal modo que una de las fotos de Leo que su madre me había pasado, junto a un texto, estaba pegada en muchos establecimientos, que poco a poco intentaban recobrar la normalidad. Necesitábamos la colaboración ciudadana.

El círculo amarillo seguía dibujado en la fachada del edificio donde vivían los padres de Leo. Subí al primero. Me abrió la madre.

—¿Tiene alguna novedad? —me disparó, cuando ni siquiera había terminado de abrirme la puerta para cederme el paso.

—Le cuento enseguida.

Me invitó a seguirla.

—¿Y su marido?

—No está en casa. Nos vamos turnando. Uno de los dos sale en busca de víveres mientras el otro se queda guardando la casa. ¡Están robando en los edificios!

Así era. Fuster me había contado, muy indignado, que por si no tenían ya trabajo con la reubicación de los damnificados y mil tareas que había traído el terremoto, ahora también debían vigilar para que no prosiguieran los pillajes. Nunca faltan desaprensivos en medio de una tragedia.

—¿Qué noticias me trae? Dígame —me preguntó, ansiosa.

—Poco tenemos aún. Hay abiertas varias líneas de investigación.

La madre de Leo se quedó desalentada. Mi frase formularia no valía nada. Ni siquiera para mí.

—¿Han recibido alguna llamada estos días?

—¿A qué se refiere?

—Alguna llamada poco habitual.

—Bueno, ayer me llamaron del seguro de la casa. No paran de pedirnos datos y más datos.

No tuve más remedio que arrugar el ceño. No era buena señal

que hubieran pasado ya varios días desde su desaparición sin que nadie hubiera pedido rescate por el chico. Por regla general, pasa en las primeras veinticuatro horas. Pero sus captores (yo me seguía inclinando por esa hipótesis) se lo estaban tomando con calma.

—¿Le ha ido bien a su marido con su trabajo?

—Bueno, nunca ha faltado en casa un plato de comida.

—¿Han podido ahorrar lo suficiente? Disculpe la pregunta un poco indiscreta. Pero no se la hago por gusto, ni por curiosidad malsana.

—Algo hemos guardado para la jubilación.

—Ya.

Ella me interrogó con la mirada, con aquellos ojos hinchados de tantas noches en vela.

—Verá. Quiero descartar todas las hipótesis. Y una de ellas es la del secuestro.

—¿Secuestro?

—Alguien pudo llevarse a su hijo para pedir después un rescate.

—¿A quién? ¿A nosotros? ¿A un albañil y un ama de casa?

No quise responderle que los secuestradores no siempre iban a por los propietarios de Cayennes de muchos cilindros o fastuosas casas con piscina. La familia más humilde podía tener una jugosa bolsa de dinero en el banco. Herencias de los abuelos. Comprar acciones de la empresa adecuada. O una política extrema de austeridad, por lo que pudiera pasar. A veces las apariencias engañan.

—Si ustedes reciben alguna llamada extraña, pidiendo rescate o algo parecido, llámeme inmediatamente, o comuníquelo al primer agente con el que se encuentre, por favor.

—¿Mi niño secuestrado? Pero ¿quién se lo ha podido llevar?

Solo pude responderle con un encogimiento de hombros.

—Eso es lo que intentamos descubrir. ¿Conocía su hijo a Miranda?

—¿Por qué me pregunta eso?

—Porque me resultaría de mucha utilidad tejer los lazos de amistades de su hijo.

—Ya le dije que su mejor amiga era Cintia, y era con ella con la que se pasaba horas y horas. Esa sí era una buena chica.

¿Y Miranda no lo era?, estuve a un paso de preguntarle. ¿Había

insinuado que Miranda no era una compañía recomendable? También se me pasó por la cabeza preguntarle por qué me mentía (¿o eran los padres de Cintia los que lo hacían?), pero me puse de nuevo en su piel, la de una madre que llevaba tres días sin tener noticias de su hijo, empapando un pañuelo tras otro, sin saber si algún día su niño volvería a esa casa que se caía a pedazos.

—Le informaré tan pronto tenga noticias.

23

DANIEL SE SENTÍA TAN ABOTARGADO que tardó en comprender lo que pasaba. Había tenido una mala noche. Llamó a su novia. Ella siempre se acostaba tarde. A la una de la mañana todavía andaba despierta, viendo series. Ahora estaba enganchada a *The Affair*, una de infidelidades y cuernos. Pero la conversación no fue amable. Las discusiones con su novia empezaban a ser algo habitual, convertidas en una costumbre. Ella había vuelto otra vez a la carga con Miranda Grey, mostrando unos celos irracionales que la estaban descomponiendo. A través del teléfono Daniel había podido percibir primero los balbuceos, luego las palabras recriminatorias, luego el sollozo… Apenas había podido hilar tres o cuatro horas de sueño digno. Y por eso, ver a aquel hombrecillo en el *hall* de su hotel, con su indumentaria trasnochada y sus ojos de ratón asustado, le pareció una discordancia, una pieza que no encajaba allí.

—¿Podría hablar con usted?

Daniel aún tardó unos segundos en identificarlo. ¿Qué hacía allí el profesor de piano? ¿Por qué quería hablar con él?

—Sí, por supuesto.

Fabio dirigió una mirada escrutadora, abarcando el campo visual que tenía delante. Un hombre, abstraído, tecleaba en su móvil, pegándolo mucho a los ojos. El recepcionista atendía el teléfono. Una mujer, muy maquillada, con falda de tubo, revisaba su aspecto ante un espejito que tenía abierto delante de su cara.

—¿Podemos ir a otro sitio? —preguntó el profesor.

—Claro. Hay un bar muy cerquita.

Daniel pensó en el Momo, que se había convertido para él en una especie de centro de reuniones.

—Mejor que no haya nadie. Que nadie nos pueda ver.

El perito tardó en reaccionar. ¿A qué venía tanta intriga? Pero viendo el recelo pintado en los ojos del profesor de piano, no encontró otra solución que ofrecerle su propia habitación. Allí

estarían alejados de miradas indiscretas.

—Acompáñeme.

Se colaron en el ascensor, que los dejó en el primer piso. Daniel se valió de la llave magnética para abrir la puerta, y le franqueó el paso al visitante.

—Siéntese.

—Prefiero permanecer en pie.

Daniel se acomodó en el borde de la cama. Desde allí vio cómo Fabio dejaba vagar la mirada por toda la habitación, reparando sin duda en el desorden que la presidía, un pantalón tirado por ahí, unos zapatos abandonados por allá… Daniel lamentó haber cedido a su petición.

—¿Para qué ha venido a buscarme tan temprano?

—Porque no quiero que piense, ni por un solo momento, que Miranda Grey se marchó a Nueva York porque yo la estuviera tratando mal.

—Eso ya me lo aclaró el día que me acerqué a su casa.

—Ya, pero como en este pueblo se dice de todo, todo se presta a murmuraciones, alguien puede extender la difamación de que Miranda se marchó a Estados Unidos porque yo no estaba suficientemente preparado para instruirla.

—Jamás lo he pensado.

—¿Seguro?

Daniel hizo un gesto con las palmas de las manos, abriéndolas en señal aprobatoria. Ni por un momento él había pensado tal cosa, le vino a decir.

—¿Seguro que no piensa eso?

—Ya me contó que fue su madre la que impulsó a Miranda a viajar a Nueva York.

—Sí, pero no le conté todo.

—¿Cómo?

El profesor volvió a examinar con sus ojos la habitación, cual si temiera que alguien pudiera estar escondido dentro del armario, o en el baño, o hubiera micrófonos ocultos en cualquier esquina recóndita preparados para escucharlo. Por fin arrancó a hablar.

—Un día Miranda Grey me vino a clase, y noté que fallaba en las notas más sencillas, incapaz de ejecutar piezas que ya interpretaba de memoria a la perfección. Era como un niño aprendiendo a

caminar. Acordes simples y corto recorrido de las manos. Cuando le pregunté qué le pasaba, se puso a llorar. Nunca la había visto así. Es verdad que últimamente yo le veía como una tristeza en la mirada, pero nunca había estallado en lágrimas. Le insistí, ya claramente preocupado, y entonces ella, recuperando la compostura, limpiándose las lágrimas que le emborronaban el rostro con el dorso de la mano, se arrancó a hablar, entre hipidos.

Daniel le animó con un escueto gesto a que continuara.

—Y me dijo que tenía una compañera en el instituto que estaba obsesionada por ella. Que la seguía a todas partes. Y sobre todo, y esto es lo peor, que le hacía fotos a escondidas. Como una espía.

—¿Como una espía?

—Sí, alguien que te vigila permanentemente, que está atento a cualquiera de tus movimientos. Y que le hizo muchas fotos. Fotos acompañadas por chicos.

—No entiendo.

—Miranda Grey me confesó, en medio de un llanto que a veces se transformaba en rabia, que en todas las fotos que esa compañera le había hecho, ella aparecía siempre con un chico. Sonriéndole o amagando una caricia amistosa. O con un gesto de complicidad. Fotos que daban a entender cosas que no eran. «Porque yo no soy así, yo no soy así», me gritaba Miranda. Y no hacía falta que me lo jurara. He tenido muchos alumnos, y sé perfectamente cuándo la pureza anida en su corazón.

—Y ¿cómo ella pudo ver lo que contenían esas fotos?

—Porque la pareja de su madre se las mostró.

—Ahora sí que me he perdido.

—¿Le han hablado de Armand?

Daniel hizo un gesto negativo. Pero Fabio Castellanos no pareció creérselo.

—La madre de Miranda tenía un romance, una aventura, no sé cómo llamarlo, con un hombre de acento francés, un tal Armand. Y esas fotos pretendían que Armand se alejara de Miranda.

La mente de Daniel empezó a burbujear. Ahora ya no sentía el embotamiento del despertar. Sus sentidos empezaban a aguzarse. Intentó encajar en el puzle la pieza que le regalaba el profesor de piano. Armand, al ver aquellas fotografías equívocas, imágenes que insinuaban complicidades y afectos, se sentiría primero

sorprendido. Y luego decepcionado. Los celos harían el resto, transformando una sonrisa en un gesto procaz, un beso en la mejilla en una promesa de intimidades futuras. Sabía cómo funcionaban los celos. En los últimos días estaba recibiendo un curso acelerado cada vez que hablaba con su novia.

—Sigo sin comprender. ¿Qué tiene que ver Armand en esta historia?

—No se haga el tonto. Aunque usted no ha nacido aquí, lleva tiempo suficiente entre nosotros para haber oído las murmuraciones. Que Miranda tenía una aventura con él. Que estaban, cómo dicen ahora los jóvenes, sí, enrollados, eso es, enrollados. Y eso es tan falso como las imputaciones inicuas de que yo soy un mal profesor.

Daniel se quedó pensativo.

—Es verdad que Miranda parecía como uno de esos secreteres que esconde cajones y gavetas nunca abiertas. Pero ella era pura. Pensar que pudiera haber comenzado un romance con Armand, solo pensarlo, evidencia un profundo desconocimiento de su naturaleza. Yo sí que llegué a conocerla de verdad. Viendo cómo un alumno se expresa ante las teclas de un piano, conoces hasta lo más profundo de su corazón. Y hasta eres capaz de entrar en esos cajones escondidos. Y le puedo asegurar que en ellos no había nada innoble o perverso.

¿Y si el profesor tuviera razón? ¿Y si entre Armand y Miranda no había habido nada, y todo había sido producto de las ensoñaciones de una adolescente o de la maledicencia?

—Y le diré más, ¿sabe quién estaba detrás de aquellas fotos?

—¿Quién?

—La madre. Valentina. Fue ella la que le propuso ese trabajo de espionaje a una compañera de clase de Miranda. Que le hiciera fotos en actitudes cariñosas con compañeros del instituto. Y para ello le puso en las manos un móvil de última generación. «Si las fotos son buenas, te lo puedes quedar, y este móvil me han dicho que las hace perfectas. Será para ti». Y la chica, engolosinada con ese regalo, se tomó muy en serio su trabajo. Y esas fotos acabaron en el móvil de Armand.

Esta última información que le acababa de revelar el profesor le llevó a Daniel a otra reflexión. Estaba claro que un *smartphone* de

última generación despertaba codicias entre los adolescentes. Pero también es posible que alguna amiga, alguna compañera de su instituto, no quisiera bien a Miranda.

—¿Cómo sabe usted todo eso?

—Porque me lo contó Miranda ese día que me vino llorando. Y esto me lo dijo sin sollozos ni lágrimas, sino con rabia. Pura rabia hacia su madre, por haber maniobrado de esa manera. Y yo también la sentía hacia ella. Rabia como nunca había sentido hacia nadie.

Daniel estaba siguiendo el hilo de los hechos, pero había algo que no le encajaba. O quizá fuera todo. ¿Y si quien había creado un relato ilusorio era el profesor? ¿Y si el adolescente fantasioso era él y no Miranda? Aquella historia de espionaje y fotos robadas parecía sacada de una mala novela.

—Así que ya sabe quién es la mala en esta película. Y no podemos permitir que quede manchada la imagen de Miranda.

¿A qué venía ahora esa apelación? ¿No podemos? Acaso el profesor lo había buscado a él como socio para preservar la memoria de Miranda, para que nadie, y mucho menos su madre, pudiera mancillar la imagen pura que debía quedar inmarcesible, para siempre.

—Miranda murió para mí dos veces: la del balcón y la de Nueva York, cuando me apartaron de ella.

Daniel lo miró, con un punto de tristeza.

—Y ahora, me debo marchar. Espero a un alumno a las diez, y soy estrictamente puntual.

Y abandonó la habitación, con su aire de pájaro asustado, su figura desvalida moviéndose por el pasillo como un fantasma.

Daniel se quedó clavado en la esquina de la cama desde la que había escuchado todo el relato. Así que Valentina había maniobrado para que Armand viera con sus propios ojos que las caricias que le regalaba Miranda Grey no eran exclusivas para él, que las abarataba compartiéndolas con hombres más jóvenes, caricias destinadas a pieles tersas, limpias de arrugas, a cabelleras sin una sola cana… y esas caricias eran solo presagio de intimidades ardientes, de sexo urgente y arrebatado en cualquier sitio, un lavabo o el asiento trasero de un coche, ella sintiendo la musculatura poderosa de un hombre joven, de su edad, las embestidas violentas, el apetito voraz del descubrimiento de un cuerpo nuevo, nuevo como es todo con

quince o dieciséis años, a diferencia de él, que por mucho que se cuidara, con gimnasio y con cremas, no podía competir con la pujanza de cuerpos y pieles que ya no podría tener jamás, condenado a las migajas de las texturas ya ajadas de Valentina. Ahí aparecía ella. Manipulando. Valentina, con esas fotos que envió a su móvil, había logrado sembrar una semilla insidiosa que había podido ser el origen de toda la tragedia. Y la siguiente pista se la había dejado el profesor de piano en la conversación.

—La chica esa que le complicó la vida a Miranda se llama Megan. Es muy conocida en el pueblo. Lleva todo el cuerpo tatuado…

24

ERA UNA DE LAS IMÁGENES QUE HABÍA VISTO repetida más de una vez. Lo veía avanzar con el agua llegándole hasta la cintura, avanzando con lentitud por la laguna. En las manos llevaba la maqueta de un barco. Aunque lo suyo era fotografiar animales, no había dudado en disparar la cámara para recoger la estampa de Gavilán, recortándose entre las sombras de la tarde, después de colocar sus figuras ensambladas, luciendo allí como joyas de cristal. La luz de la tarde reflejaba sobre la lámina de la laguna rosada la figura de una cigüeñela.

Una vez lo abordó. Quería saber más sobre su trabajo artesanal. Fue así como Álvaro Bermusell aprendió algunos secretos de aquel arte, de cuándo empezaba la temporada del cuaje, de la importancia de meter la maqueta bien ensalitrada, del viento de levante que era siempre el mejor aliado, del peligro de que el viento se detenga, haciendo que la sal cristalice formando púas que arruinan el trabajo. Llevaba toda la vida haciendo aquello, desde niño, cuando su padre lo metió por vez primera en la laguna, y le pidió luego que se fijara en cómo la sal cristalizaba en las alpargatas que llevaba puestas. Hablaron de pájaros, claro. Para Gavilán eran como compañeros. Los flamencos estaban tan habituados a verlo, que ya ni lo evitaban. Lo consideraban parte del paisaje.

El ornitólogo esbozó una sonrisa cuando lo descubrió a través de sus prismáticos. Le gustaba aquel hombre, guardián de conocimientos de siglos, de artes que no podían desaparecer. Pero Álvaro torció el gesto. Una máquina volvedora avanzaba hacia él. Le extrañó, porque esos trabajos de extracción solían estar ya acabados a esa hora. Gavilán andaba tan abstraído en su tarea que no se dio cuenta de que el artefacto se acercaba peligrosamente.

«¡Lo va a embestir!» pensó Álvaro, que dudó si dar un grito o no para avisar al viejo.

Pero cuando estaba a un metro de atropellarlo, la máquina se

frenó en seco. Un hombre se elevó sobre ella. Álvaro graduó sus prismáticos para definir la imagen. El crepúsculo había caído sobre la laguna, ocultando los detalles.

El hombre empezó a gritarle a Gavilán. El viejo se quedó callado, y siguió a lo suyo. Los gritos se hicieron más fuertes, acompañados por aspavientos. Por los gestos, el empleado le estaba ordenando a Gavilán que abandonara la laguna. Inmediatamente. Álvaro no pudo escuchar lo que se decían. Estaba demasiado lejos. Pero vio cómo Gavilán alzaba un brazo, en señal de protesta. Retador. No estaba dispuesto a irse de allí así como así. Llevaba toda la vida metiendo sus maquetas en la laguna.

Un grupo de moritos sobrevoló el salinar.

La tensión iba creciendo. Álvaro vio al hombre que estaba en la volvedora agarrar una pértiga, de las que se usaban a veces para sondear el fondo del salinar. Hizo amago primero de alancear a Gavilán con ella. Luego la agitó en el aire, amenazando con descargarla sobre el viejo, que aún aguantó un minuto. Hasta que se dio cuenta de que lo mejor era salir de la laguna. La discusión entre los dos siguió. Una ráfaga de viento le trajo a Álvaro el retazo suelto de una frase.

—Y que no te vuelva a ver aquí, nunca más.

Álvaro escuchó más gritos. Quizá insultos. La escena terminó. Pero al ornitólogo le quedó una duda. ¿Por qué la empresa ya no quería que Gavilán merodeara por allí? ¿Qué escondía?

Se me hizo tan tarde que hasta el Momo había cerrado. Y sentía los zarpazos del hambre, cada vez más violentos. ¿Sería posible que tuviera que meterme en la cama con el estómago vacío? Pero vi la luz del restaurante del Bristol encendida, como una luz que le hace guiños salvadores a un náufrago en medio de una tormenta de mil demonios.

Entré y examiné las vitrinas. Lo que otras veces me habría parecido comida para presos de una cárcel mexicana, esta noche se me ofrecía como manjares exquisitos que solo encontrarías en un sitio digno de la Guía Michelin.

—Una tapa de tortilla y una caña, por favor.

Y me abalancé sobre la tortilla reseca como quien prueba el primer bocado tras dejar una huelga de hambre.

Una silueta se recortó en la puerta de entrada del bar. Lo vi

avanzar en mi dirección, decidida. Era Daniel.

—Nos alojamos aquí los dos, y fíjese, nunca habíamos coincidido —me dijo.

—Sí, casualidad —concedí. Unos cercos violáceos le rodeaban los ojos. A todos allí nos empezaban a faltar horas de sueño.

—Tengo mucha hambre.

Daniel echó un vistazo al contenido residual que sobrevivía, detrás de las vitrinas. Aún quedaban croquetas descartadas de todo el día y unos riñones con tomate propicios para gastroenteritis duraderas. Tortilla ya no quedaba. La última ración viajaba a la aventura por mi esófago, no sabía todavía con qué intenciones exactamente.

—Pero creo que me reservaré para otro día.

El perito tenía más resistencia que yo. O era más sensato. Se iría a la cama sin cenar.

—Dígame, ¿debemos temer más réplicas?

Le tenía que preguntar por eso, obviamente. Ana se estaba poniendo cada vez más pesada. Al principio no había tenido miedo de que viniera para acá. Era mi trabajo. Pero el segundo terremoto la llevaba a escribirme wasaps cada dos por tres, para comprobar que me encontraba bien.

—Las habrá, como una reacción sísmica lógica. Pero no tendrán la magnitud de las primeras. La Tierra seguirá liberando energía, pero con una intensidad menor.

—Le agradezco la información.

—Hablando de información, el otro día me dijo que pidió la colaboración de la Unidad de Informática. O como se llame.

—Así es. Unidad de Investigación de los Delitos en las Tecnologías de la Información. Ese es su nombre completo.

—¿Y ha habido resultado?

—Entienda que no puedo dar datos sobre materia de una investigación.

El perito encajó mi respuesta con un gesto de contrariedad. Dejó vagar la mirada por el restaurante. Un hombre le daba un último sorbo a una taza de café antes de agarrar la cámara de televisión que dormía a sus pies. Daniel esperó a que se marchara antes de volver a hablarme.

—Verá. Yo le quería pedir un favor, si es posible, claro. ¿Esa

unidad puede rastrear algún vídeo que se haya grabado hace varios meses, en una vivienda, por ejemplo?

—¿En una vivienda?

—Sí, sí. En casa de Valentina.

—¿Qué pasó en esa casa que le interese tanto?

—Dicen que cayó del balcón el cuerpo de Miranda. Ya le conté.

Iba a agotar el contenido de mi caña. Pero me quedé con el vaso suspendido en el aire. No sabía qué me sorprendía más, que el nombre de Miranda se cruzara de nuevo conmigo, o la obstinación del perito sísmico en indagar en unos hechos ocurridos varios meses atrás. No lograba entender todavía qué hacía Miranda dentro de esta ecuación, por mucho que cada día me encontrara más hilos, por muy delgados que parecieran, que la conectaban con Leo.

—Imagino que las cámaras que hay en las calles también pueden prestarle utilidad, ¿no?

—Sí, pero nada puedo decirle al respecto. Le repito, materia de investigación.

La verdad que es que, de momento, nada habían revelado. Los compañeros en la brigada habían revisado una a una todas la grabaciones disponibles, pero sin obtener nada útil que nos pudiera dar alguna pista sobre dónde podía estar Leo. Tampoco ayudaba que muchas de las cámaras habían quedado inservibles por culpa del terremoto.

—Y ¿funcionan las cámaras del instituto?

—¿Por qué no habrían de hacerlo?

En efecto, fueron de las primeras a las que acudimos. Igual teníamos suerte y cazábamos a Leo haciendo algo que nos llamara la atención. Por fortuna, el terremoto las había dejado intactas. Pero en las imágenes vimos muchos chiquillos moviéndose en su actividad frenética de gran colmena llena de hormonas. Pero ninguno de ellos era Leo. No aparecía ni en una sola imagen.

—Sería bueno revisar lo que han captado las cámaras durante los últimos meses —me apuntó el perito.

—¿Por qué?

—A Miranda le tenían mucha envidia en el instituto, la miraban mal. Y hasta aprovechaban la mínima para grabarle en vídeo, para que apareciera ante todo el mundo como una fresca.

—¿Grabarle en vídeo? Los chicos ahora no paran de grabarse

vídeos, y de publicarlos en las redes. ¿Quién le ha dicho todo eso de que la miraban mal?

—Su profesor de piano.

Toda aquella historia me llegaba como un eco lejano, muy remoto en el tiempo, como algo que no me concernía en absoluto y que solo podía hacer que me distrajera del caso que exigía toda mi atención y energía: Leo. Hice gesto de hastío. Y me dispuse a pagarle la cuenta al camarero.

—¿Quiere que le pase una foto de Miranda? Seguro que eso le puede ayudar a conocer qué le pasó realmente.

No sé por qué, pero decidí darle el número de mi teléfono móvil. Él me agregó inmediatamente y me envió una fotografía de la chica.

—Ahí la lleva.

—Lo que no entiendo es por qué tiene usted tanto interés en el asunto ese de Miranda.

—Creo que no se contó la verdad. Y debemos descubrirla.

«¿Debemos?». ¿A qué venía el uso del plural? Bastante tenía yo con dar con el chico de dieciséis años que llevaba ya más de una semana desaparecido y con cuidar que la tortilla que había mitigado mi hambre no me llevara esa noche al baño cada dos minutos. Eso decía mi mirada. Pero él no la leyó, e insistió.

—Hágame ese favor, si no es mucha molestia.

Le dije que sí, más bien para quitármelo de encima. Él pareció contentarse. Y con un movimiento enérgico, se puso en pie y se despidió de mí.

—Infórmeme cuando sepa algo, por favor.

—Descuide.

Cuando se marchó me sentí aliviado. En mi trabajo te encuentras con gente desesperada. Ahí estaban los padres de Leo, sin ir más lejos. Pero también con descerebrados jugando a detectives. Locos que se piensan que los casos se resuelven como en las series que ven en televisión. Sí. En Netflix todo acaba encajando. Por diez euros al mes. Pero yo tenía un chico desaparecido. Y de regalo, una muerta de la que cada día oía hablar más.

25

POCO A POCO, MIENTRAS IBA ACERCÁNDOSE AL INSTITUTO, Daniel se fue sintiendo más nervioso. Y mucho más cuando cruzó la puerta de entrada. Sintió que todos los ojos recaían sobre él, que absorbía todas las miradas. Él era un elemento extraño allí, mezclado con chavales a los que doblaba la edad. Podría ser el padre de cualquiera de ellos. Percibió que alguno lo miraba como si fuera un profesor nuevo. Se vio ridículo y estuvo tentado de dar media vuelta. ¿Qué hacía allí, mezclándose con adolescentes? Pero se dio ánimos y continuó avanzando por los pasillos del instituto.

Al fin encontró la cafetería.

Era la hora del recreo, y muchos estudiantes se acercaban a ella, en busca de avituallamiento para acabar la mañana. Le sorprendió que no hubiera el bullicio que él recordaba de su etapa estudiantil. Todos estaban abstraídos en sus teléfonos móviles, encerrados en su propio mundo. Se sintió todavía más ridículo, el corazón galopándole con fuerza. Ese no era su sitio. Y para colmo, estaba ese objeto que llevaba cuidadosamente escondido en una bolsa. Todo parecía un chiste. Él no debía estar allí, sino peritando edificios destrozados por el terremoto. ¿Qué pensaría de él Adela si lo pudiera ver ahora a través de un agujerito?

Y sin embargo…

Logró encontrar una mesa despejada. Le pidió al camarero un café con leche. Mientras se lo traía, dirigió una mirada valorativa, en busca del rostro que buscaba. Lo había memorizado. El profesor de piano fue quien le proporcionó una imagen de la chica que había fotografiado a Miranda Grey. Fue ella, la propia Miranda, la que se la había enviado, en un acto de desesperación. Su profesor se había convertido en el único confidente al que podía recurrir y quería que viera la cara que tenía esa bruja que le estaba amargando la vida.

La cafetería se fue despejando. La sirena del fin del recreo devolvió a los adolescentes a sus aulas. A todos menos a una. Era

fácilmente identificable, con el mechón de pelo teñido de color verde. Los brazos, desnudos, llenos de tatuajes, en una intrincada cartografía de tinta.

Tomó aire y se armó de valor.

—Hola, muy buenos días.

Ella tardó en reaccionar. Estaba abismada en su teléfono móvil, un extraño aparato con forma de libro abierto. Tecleaba a toda velocidad. Le respondió con un gesto huraño.

—Me llamo Daniel.

El perito se preguntó qué pensaría el camarero de él, un cuarentón abordando a una chica que podía ser su hija. Seguro que estaba atento a la escena, detrás de la barra, con un punto de repugnancia.

—Hola.

Ella volvió a su móvil. Daniel se percató, en efecto, de que era de última generación. Su color plateado lanzaba destellos.

—Tú eres la famosa Megan, ¿no? La reina de Instagram.

Y fue así como Daniel consiguió que la chica levantara los ojos del móvil, dejando los dedos suspendidos sobre el teclado. Él se dio cuenta de que también los tenía tatuados con extraños dibujos. ¿Qué significarían todos aquellos signos enigmáticos, que parecían extraídos de un jeroglífico?

—¿Quién es usted?

—Ya te lo he dicho. Daniel.

—¿Daniel?

—¿Usted es policía o qué?

—No, nada de eso.

—¿Entonces? ¿Por qué me molesta? ¿No ve que estoy ocupada, colgando *stories*?

—Sí. No había visto aún ese modelo. Es el Samsung nuevo, ¿no?

—Um. El Galaxy Z Fold3. Un pepino de móvil.

—Es un modelo muy caro. Te hicieron un buen regalo.

—¿Cómo?

—Y yo sé quién te lo hizo.

Daniel había decidido jugarse el todo por el todo. La cerrazón de la chica no lo había amilanado. Sus respuestas lacónicas o inexistentes, lejos de achantarlo, le habían dado coraje. No solo se había dedicado a espiar clandestinamente a Miranda Grey, sino que

además, era estúpida. Y por vez primera desde que puso pie en el instituto, se sintió seguro.

—Valentina es generosa.

La chica hizo el ademán de levantarse. Pero Daniel la agarró de la muñeca derecha.

—No está bien hacer fotos a escondidas. Y menos a una compañera. Por mucho que valga ese móvil. Siéntate, anda.

Daniel notó un movimiento en la puerta de la cafetería. Un par de chicas, también con mechas de color verde, amagó con entrar en la cafetería. Con un gesto terminante, Megan les dijo que no lo hicieran. Todo está bajo control, les vino a decir.

—Creo que debemos hablar —insistió Daniel.

—¿Por qué?

—Porque si me cuentas la verdad, podrás ganarte esto.

Y Daniel, como en un truco de magia, sacó de la bolsa un artículo. Abrió la caja. Y puso sobre la mesa un *smartwatch*. Le parecía ridículo que los adolescentes perdieran la cabeza por artefactos así, que los esclavizaban más; un chisme que se ponían en la muñeca y no paraba de interrumpirlos con notificaciones, alertas urgentes… Y aquello también formaba parte de ese decorado, del mundo distópico que el director de *La Gaceta* le habían pintado, con una sociedad que ya no se alimentaba de noticias, sino de bulos.

Ella miró el reloj, con ojos codiciosos.

—Cuéntame la verdad y te lo podrás llevar.

La chica volvió a examinar a Daniel, buscando algún indicio en sus facciones de que estaba en presencia de un loco.

—Tú lo que quieres es acostarte conmigo. Pues anda que lo llevas claro, pringao.

—Nooo… Tengo novia.

—Y ¿qué más da? Seguro que lleva cuernos. Pero la culpa siempre es nuestra. Si tuviéramos el coño cerrado, no pasaría lo que pasa.

—¿Qué pasa?

—Que yo no soy como las demás. Que si piensas que yo soy como las otras, te puedes ir circulando.

—¿Como otras?

—Pues eso. Como otras.

—¿Como Miranda?

—¿A qué viene sacar el nombre aquí de Miranda?

—Tú la conocías.

—Todo el mundo la conocía. ¿O es que no te lo han dicho, tú que vas de preguntón?

—¿Qué debían decirme?

—Yo no soy como ella. Afortunadamente.

—Y ¿cómo era ella?

—No tenía arreglo. Iba de mosquita muerta, con sus clases de música y todo ese rollo. Pero las manos no solo las usaba para darle a las teclas del piano. También se colaban en los pantalones de los hombres.

—Como en los pantalones de Armand, ¿no?

—¿Qué sabes tú del francés?

—Dime qué sabes tú.

—Puafffg. A ella le daban igual jóvenes que viejos. Y no se puede andar por la vida zorreando.

—¿Por eso le hiciste las fotos?

Megan se quedó callada. Parecía que no tenía ganas de responder. Daniel hizo amago de guardarse el regalo. Ella no tardó en reaccionar.

—¿Por eso? No. Que no te enteras de nada. Las hice para que me dieran este móvil. Nadie da nada a cambio de nada. Yo hice mi trabajo, y aquí lo tengo. No verás en el instituto otro tan moderno como el mío. Con cámara trasera de triple lente. Memoria RAM de 12 gigas. Con carga rápida inalámbrica. Y sí, yo le hice las fotos. ¿Qué hay de malo en eso? ¿Acaso no se las hice en un sitio público? No me van a meter en la cárcel por eso. Que yo conozco mis derechos.

—La muerte de Miranda Grey fue muy extraña.

—Que venga la policía y me interrogue. No tengo miedo. Hice las fotos, sí. Lo admito. Pero yo no grabé ese vídeo. Y se lo digo a la policía, al juez, o al rey, si hace falta.

—¿El vídeo?

—Sí. Que no te enteras de nada.

—¿De qué hablas?

—Coño, del vídeo en el que aparecía montándoselo con otro.

—Cuéntame.

—Ya te he contado demasiado. Y además, llego tarde a clase.

Y con un movimiento felino, la chica se levantó, cogió con habilidad de trilero el *smartwatch* y lo hizo desaparecer. Ella también había cumplido su parte del trato. Se había ganado ese reloj, con el mismo derecho que se hizo acreedora del móvil que era envidia de todos sus compañeros. Y se esfumó, etérea, como una voluta de humo que se disuelve con un soplido.

Daniel pagó el café con leche. Estuvo a punto de hacer alguna pregunta al camarero. Seguro que él sabía cosas. Pero el aire reprobatorio con que lo miró le quitó esa idea de la cabeza. El corazón le volvió a latir con fuerza. Recorriendo los mismos pasillos por los que deslizaba su figura adorable Miranda Grey, quizá despertando envidias por su belleza, soportando miradas acusatorias, silenciosas, de otros alumnos que la juzgarían por estar liada con un viejo. Se dio cuenta de que dos chicas, con el pelo teñido exactamente del mismo color verdoso que llevaba Megan, lo miraron mal. Y hasta creyó que lo seguían. Eran las mismas chicas que habían asomado la cabeza cuando él fue al encuentro de Megan.

Concentró su atención en Miranda. Cada vez que veía sus fotos en el móvil, no lo podía evitar, la mente se le iba a las facciones limpias de su hermana, con las mismas angulosidades, los mismos labios que él un día se atrevió a besar, en una travesura infantil. Y se preguntaba, si no se hubiera quitado la vida, cómo habría amado. ¿De esa manera tumultuosa de Miranda? ¿También habría perdido la cabeza por un hombre que no la merecía?

El corazón le palpitaba, como si pudiera todavía toparse con Miranda, al doblar la siguiente esquina, o mejor, escapando de un aula, no queriendo llegar tarde a la cita con un hombre que nunca sería él.

26

EN LA CALLE NO SE HABLABA DE OTRA COSA. Los vecinos miraban sin cesar sus teléfonos móviles en busca de más información. Castellblanc volvía a ser *trending topic*. La noticia de que se iban a producir más terremotos corría por las redes sociales. Imparable.

—Y aquí dice que va a ser más gordo que el primero y el segundo.

—Sí, sí, eso pone.

—Pues estamos apañados. ¿Dónde has visto eso?

—Mira, aquí lo tienes.

—Cago en la leche.

Daniel no tenía esa información. Estaba tan abstraído en el asunto de Miranda Grey que igual se estaba quedando en fuera de juego. En otras circunstancias habría estado más pendiente de los movimientos sismográficos, manejando predicciones.

Siguió su camino, intentando no distraerse con la conversación de los vecinos, que no levantaban la vista de sus móviles. Quería hablar con DeVito.

Se lo encontró dando instrucciones en mitad de la redacción. Al verlo, le dedicó una mirada interrogativa.

—¿Qué hace usted de nuevo por aquí?

—Tenía que hacerle alguna pregunta.

—No es buen momento. Ya ve que estamos hasta arriba de trabajo. Y parece que en vez de tener periodistas curtidos y preparados, estoy en manos de cuatro becarios.

—Lo entiendo.

—¿Qué va a entender usted? Venga.

DeVito lo llevó hasta su despacho.

—Sé lo que piensa. Que tengo un carácter de mil demonios. Y es verdad, lo tengo. Pero es mejor la ira del león que la amistad de las hienas. Y es imposible que yo pueda reprimir la ira con los inútiles que tengo en la redacción. Y encima nos faltaba lo del tercer

terremoto. Y todo el mundo se ha tragado la bola. Pero ¿a dónde vamos a llegar? Hitler está vivo. Kennedy no murió… Imagino que usted estará vacunado contra los bulos. Usted es un hombre de ciencia, que trabaja con demostraciones empíricas. ¿Cómo pueden ser tan tontos de creerse mentiras fabricadas para cazar incautos y analfabetos?

—Yo no me las creo.

—Me alegro. El gran problema ahora de Castellblanc no es el terremoto, sino las murmuraciones. Los rumores.

—De eso he venido esta mañana a preguntarle.

—Y ya le he dicho que es falso que venga un tercer terremoto. Usted debe saberlo mejor que nadie.

—No me refería a eso.

—¿A qué, entonces?

—A otro rumor. ¿Es verdad que a Miranda Grey la grabaron?

—¿Otra vez con esa chica? ¡Con la que está cayendo, y todavía sigue usted con esa perrera! Se ha obsesionado —afirmó DeVito, empuñando las dos mancuernas que siempre tenía en su despacho.

Daniel se encogió de hombros. Su novia pensaba lo mismo. ¿Acaso Adela y DeVito tenían razón? ¿Acaso estaba llevando muy lejos su curiosidad, perdiendo contacto con la realidad? No, no, ellos estaban equivocados. No le movía ninguna extraña o perversa pulsión, solo el afán de llegar a la verdad.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Alguna compañera de clase.

—Vaya, veo que sí le ha pegado fuerte. Y eso que está muerta.

—No hable así de ella.

DeVito dejó las pesas sobre la mesa, y levantó las manos y enseñó las palmas, en gesto conciliador. Daniel se dio cuenta de que llevaba varios dedos manchados de tinta.

—Es verdad que circuló que Miranda había sido grabada. Que aparecía en un vídeo en actitud digamos indecorosa. Con un señor.

—¿A qué se refiere con indecorosa?

—Ahora es usted el que no respeta a la muerta.

—Disculpe.

Sonó el móvil de DeVito. Lo cogió, y respondió con un ladrido. Después de un minuto de conversación, la cortó con un exabrupto.

—En el vídeo Miranda aparecía practicando una felación. Y

terminaba con un facial. Así se llama en el mundo del porno. Una corrida en la cara. Hace cosa de dos años sacamos un reportaje sobre prácticas sexuales que imitaban las que se ven en películas pornográficas, y cuyo uso se ha extendido.

—O sea, que es verdad.

—¿Lo del vídeo? Absolutamente falso. Hay mucha gente que dice que lo ha visto en Twitter. Pero jamás circuló por la red.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque mi trabajo consiste justamente en eso, en verificar hechos, para que a pobres crédulos como usted no le den gato por liebre. Y lo del vídeo es tan falso como que venga un terremoto a destruir ya por completo Castellblanc. Por mucho que se empeñe usted, ese vídeo jamás existió. Y sí le digo una cosa, si hubiera existido, habría una persona a la que le habría encantado protagonizarlo, aparecer en él junto a Miranda.

—¿A quién?

—A Nagore.

—¿Y eso?

—¿Acaso no lo sabe? Nagore estaba loquita por Miranda.

DeVito esperó la reacción del ingeniero. Pensaba encontrar en su rostro una expresión de estupor. Pero no la vio.

—¿Quién era el hombre que salía en el vídeo junto a Nagore?

—Pero ¿es que no me escucha? Que no hay tal vídeo, jolín. Pero si quiere seguir creyendo esa ficción, porque le da morbo o por lo que sea, pregúntele a Nagore. ¿No ha sugerido usted que lo grabó ella? Pues, ala, búsquela a ella. Y ahora, sí, debo dejarle. No hace falta que le jure que estoy hasta arriba de trabajo. Mientras Castellblanc se cae a pedazos, otros se dedican a buscar vídeos pornográficos. Y le voy a dar un consejo: no se fie de la tal Nagore esa. Tiene una gran facilidad para meterse en problemas. Ya le dije que no tuve más remedio que despedirle. Y más cuando me llegó la denuncia.

—¿Qué denuncia?

—Esa bruja fue denunciada ante la policía. Por acoso.

—¿Y quién la presentó?

—¿Quién iba a ser? Miranda. Que parece usted tonto. Miranda, coño. Mi-ran-da.

27

EL CREPÚSCULO DESCENDÍA CON SUAVIDAD sobre Castellblanc. Los ladrillos refulgían como si estuvieran barnizados con una capa de oro derretido y las ventanas de los edificios semiderruidos ardían en llamas azafranadas. Las palabras acusadoras de Salcedo, o DeVito, o como quiera que se llamara, resonaron en la cabeza de Daniel una hora. Veía a hombres y mujeres, afanados en sus tareas. Unos buscando víveres en los estantes cada vez más vacíos de los supermercados. Vigilando sus casas para no ser víctima de pillajes. Operarios entregados sin descanso a las tareas de desescombro. Las unidades caninas seguían rastreando entre las ruinas. El cura, oficiando las ceremonias de entierro y dando sepultura a los muertos. El alcalde había decretado varios días de luto. El viejo Gavilán seguro que andaría dándole los últimos retoques a una de sus figuritas de sal. En las salinas, las máquinas seguirían sin cesar extrayendo sal para ser sometida de inmediato a un lavado que la limpiara de lodos e impurezas. Europa pedía toneladas de sal. El negocio no podía parar. Incluso los reporteros, mal que bien, hacían su trabajo transmitiendo al mundo los efectos de la tragedia. Todos cumplían una función en medio del desastre. ¿Y él? ¿Se había dejado arrastrar por una pasión infantil? ¿Acaso no lo eran todas? ¿Qué era eso de perder la cabeza por alguien? ¿Cómo es que los apetitos podían dominar la razón? Daniel siempre se había burlado de los extravíos que provocaba el corazón. Eso le pasaba a las mentes débiles. A los imbéciles. No, él no se estaba dejando dominar por emociones. Esa no era su naturaleza. Tampoco ahora. Aunque DeVito y su mismísima novia lo pensaran, no era obsesión por Miranda, se repitió. Y era algo más que afán de verdad. Era afán de justicia. Y no solo eso. Por fin, después de una vida rellenando informes aburridos, llenos de tecnicismos, hacía algo distinto. Como si se desdoblara. Se sentía como un detective en busca de la verdad. Eso era, la verdad y la justicia eran los dos motores que lo movían.

Y en este caso llegaría hasta el final. Él no era como su padre, que lo dejaba todo a medias. No, no… Él no tenía nada que ver con su padre.

Por eso, con pasos decididos, fue a buscar de nuevo a Nagore al campamento. Antes se acercó a la calle en la que vivía la joven periodista. El peritaje de esa zona le había correspondido a otro compañero. Se paró en el portal, en el que estaba dibujado un círculo rojo. Alzó la vista. Un relámpago de luz le hirió los ojos. Ahí estaban las ventanas, cubiertas de papel albal.

La noche había caído sobre el campamento de refugiados. Había luna llena. La oscuridad no terminaba de emborronar las facciones de aquellos hombres y mujeres derrotados, sus rostros llenos de preocupación, todos repentinamente viejos. Daniel sabía que pasarían muchos meses antes de que pudieran volver a sus casas. La restauración de las viviendas afectadas iba a llevar mucho tiempo. Su carpeta de informes negativos crecía día a día. Por no hablar de la lentitud de la Administración para tramitar las indemnizaciones y coberturas de los seguros.

Vio a un par de equipos de televisión haciendo directos. Se sucedían los programas especiales desde Castellblanc. La inminencia de un tercer terremoto había excitado aún más el interés. En sus caminatas por el pueblo había podido cazar una frase que le estremeció.

«Si hubiera otro terremoto, y nos pillara en directo, ya sería la leche. ¡Nos daban el Ondas, fijo!».

Daniel odiaba cada día más a esa tropa de chacales buscando carnaza, haciendo dinero de la desgracia de otros. DeVito tenía razón.

Le costó dar con Nagore. No estaba en la tienda de campaña. Los vecinos tampoco supieron decirle dónde podía estar.

—Es más rara que un perro a cuadros. No habla con nadie. Le ofrecemos leche, o una barra de pan, por si le hace falta, pero no abre la boca —comentó una mujer, a la luz anémica de una lámpara de carburo.

Después de varias vueltas y merodeos, dio con ella. Vista de espaldas, parecía una niña. Con su cuerpo menudo, decididamente infantil. Pero sus andares eran los de una vieja. La estuvo siguiendo a prudencial distancia. Las manos metidas en los bolsillos. La

mirada fija en la arena. Daniel apretó el paso hasta ponerse a su altura.

—Buenas noches.

Ella ni respondió. No parecía hacerle gracia la visita del perito.

—¿Qué tal ha ido el día?

Y ahora, después de una larga pausa, sí habló. Pero no de la manera que esperaba Daniel.

—¿Qué hacías tú en el instituto ayer?

La voz de Nagore sonaba áspera. O más áspera de lo habitual. Como si llevara robín.

—¿Ayer?

—Sí. Y no te hagas el tonto, que me sé la película, colega.

—¿Qué película?

—Tú me espías y yo te espío.

Daniel se echó la mano a la rodilla, y se la masajeó. La sentía arder, el dolor claramente detectable a punta de dedo.

—¿Qué te pasa?

—Tengo el cartílago roto.

—Pues lo siento, colega. ¿Qué te dijo la bruja de Megan?

—Así que sabes cómo se llama.

—¿Quién no sabe quién es Megan?

—Sí, la conoce hasta la madre de Miranda. Le regaló un teléfono móvil muy caro. De última generación. Con la mejor cámara del mercado. Un móvil que parece un libro de bolsillo, que se abre igual. ¿Es verdad?

—Así es. No olvides que yo investigué el caso para *La Gaceta*. Antes de que decidiera irme. Me conozco todas sus andanzas. Las suyas y las de su novio.

—¿Su novio? Sí. Zarco. Tiene un estudio de tatuaje en el pueblo. Un tipo de poco fiar. Mejor mantenerse alejado de él.

—¿Y eso?

—Tú quieres saber mucho.

—¿Lo del vídeo es verdad?

—¿También te lo dijo? Eso sí es falso. Es verdad que en el instituto muchos dijeron que lo habían visto. Se viralizó. Pero no existió tal vídeo.

—Eso pensaba DeVito. En eso estáis él y tú de acuerdo.

—Debe ser en lo único —respondió Nagore, con una mueca

burlona. Siempre que hablaba de su exdirector, lo hacía con un fondo de resentimiento. La animosidad entre ellos era recíproca. No se tragaban.

—Y ¿por qué tantos compañeros del instituto afirman haber visto el vídeo?

—Para hacerle daño a Nagore.

—¿Por qué?

—Despertaba envidias.

—Por ser tan guapa, ¿no?

Daniel sintió que pisaba terreno resbaladizo. Pero no tenía más remedio que mover ficha.

—Yo de eso no entiendo mucho —respondió Nagore, evasiva. En la mano llevaba su bote de Lacasitos habitual. Daniel pensó que los comía compulsivamente, que no podía privarse del chocolate. Y eso explicaría los granos que le salían en la cara, afeándola.

—¿A ti te lo parecía? Guapa, digo.

—Ni que fuera yo jurado de un concurso de belleza. ¡Qué importa lo que yo piense!

—La policía no piensa igual.

Ahora sí, había pasado decididamente al ataque. Nada de juego horizontal en el centro del campo, evitando pases de riesgo. Al ataque, usando las bandas y con tres delanteros. Y tenía que aguzar su atención, para captar cualquier reacción de Nagore. Un leve alzamiento de cejas. Una inflexión de voz… Todo le valía como información para descubrir qué secreto le estaba escondiendo. Porque estaba convencido de que había algo que ella estaba ocultando, y que no quería mostrarle a nadie.

—Estoy al tanto. Miranda te denunció ante la policía.

—¡Eso es falso! ¡Completamente falso! Te lo ha contado DeVito, ¿no?

—Sí, me dijo que Miranda te denunció porque la estabas acosando.

—Eso no es verdad.

—Entonces, ¿cuál es la verdad?

La respiración de Nagore se había vuelto a acompasar. Los accesos de ira le duraban poco. Se instauró entre ellos un silencio solo punteado por retazos de conversaciones que el viento traía.

—Fue Miranda la que me buscó. Necesitaba mi ayuda.

28

—YO ESTUVE EN NUEVA YORK HACE UN PAR DE AÑOS. DeVito me pagaba una miseria, pero soy ahorrativa y apenas tengo gastos, me lo pude permitir. Alojamiento barato en Queens y vuelo *low cost*. Miranda me pidió que nos viéramos. Me dijo que se iba para allá varios meses. A seguir con sus clases de piano. Me llamó la atención que, en vez de sentirse eufórica ante la expectativa del viaje, la noté más apagada. ¡Si a mí me mandaran a Nueva York una temporada, sería incapaz de dominar la emoción! ¡Escaparme de este pueblo de mierda, en el que solo hay sal! Pero no, ella estaba triste.

Daniel espiaba los gestos de la periodista, buscando en ellos las emociones que le habían recorrido al ser reclamada por Miranda. La bella le había pedido una cita a la fea. La bella se bebía las palabras de la fea. La bella, por fin, le prestaba atención a la fea.

—Y noté que temblaba.

—¿Cuándo?

—Fue al despedirnos. Nos dimos un abrazo. La vi tan desvalida, que le dije: «Vamos, acércate, todo te va a salir bien». Y nos abrazamos.

Daniel se armó de valor. Tenía que lanzarle la siguiente pregunta. Sin miedo.

—¿Te habría gustado besarla en ese momento?

—Sé lo que ahora estás pensando, inducido por los comentarios que has escuchado por ahí. De DeVito y de otros. No soy muy querida, la verdad. Allá todos vosotros con vuestros pensamientos insanos. En ese instante yo no abrazaba a una mujer, sino que infundía calor a un animalillo asustado, notaba la tibieza de su carne estremecida, necesitada de protección. Sois vosotros, no yo, los que tenéis la mente sucia.

—Pero luego ella te denunció.

—Eso fue lo que iba diciendo por ahí un policía, que Miranda había presentado contra mí una denuncia por acoso.

—Y por eso te echaron del periódico.

—Ese policía me miraba mal. Yo estaba investigando algo que lo dejaba en mal lugar. Fue con el cuento a DeVito, esa infamia de la denuncia por acoso, y como DeVito me tenía ganas, ni lo dudó. Y a la puta calle.

—Y tú, ¿no buscabas a Miranda?

—¡Pero si todo fue al revés! Es ella la que me buscó. ¿Cómo crees que descubre que yo había viajado a Nueva York? Ella espiaba mis fotos.

—¿Sentía atracción hacia ti? ¿Me quieres decir eso?

—Admiración. Veía en mí una persona luchadora. Que no se arredra ante nada. Que no se deja intimidar. Que tiene la fuerza de voluntad que quizá le faltaba a ella. Ella podía tener la belleza, eso es innegable, pero la belleza no abre tantas puertas como la fuerza, la convicción, la firme resolución de ganar. Ella me admiraba. ¿Por qué iba a denunciarme?

—Pero muchos han creído lo de la denuncia.

—¿Sabes por qué? Por la misma razón que se han creído lo del vídeo. Sencillamente porque convenía a la teoría del suicidio. Es muy fácil imaginar a una Miranda angustiada, en boca de todos, por culpa de un vídeo pornográfico que está en todos los móviles del instituto. Aunque sea falso. Pero el daño es el mismo. Era divertido para alguna dibujarla como una depredadora sexual, víctima de una campaña de descrédito. Y para colmo, para rematarla, aparezco yo en escena. Molestándola. Persiguiéndola. Abrumándola a mensajes de amor o deseo, ¿no? Ya tenemos todos los elementos del melodrama. Ficción. Es más fácil creer una mentira que creer una verdad. Y claro, el resultado de todo. Miranda, sin poder soportar la presión, se suicida. Todo encaja, ¿no?

—Tú misma has dicho que ella buscó en ti la fuerza que no encontraba en ella. La pintas como una persona con pocas defensas. Como desprotegida.

—Y ¿quién fue el que le fue a la policía con el cuento de que yo acosaba a Miranda? ¿Sabes quién fue?

—No.

—Armand. Por celos. Porque nadie podía atreverse a tocarle la

mercancía. Solo él, con su experiencia, sus arrugas, su pelo encanecido… tenía derecho a protegerla. A aconsejarla. A tutelarla. A guiarla por un mundo hostil en el que cualquier lobo podía devorarla. Demandándome me dejaba en fuera de juego, y me echaba a los leones. Sí, hubo una denuncia, pero no de Miranda, sino de Armand. Que fue el que acabó matándola.

—Pero ¿qué disparate estás diciendo?

—Como lo oyes. Él fue el que la empujó por el balcón.

—Me parece increíble lo que acabas de decir.

—Escúchame, colega. Hay algo que no te he contado. Y con lo que te voy a convencer. El francés tenía una deuda. Muy gorda. Y si no la pagaba, le podían dar matarile. Así que, antes de que eso ocurriera, pensó que era él quien debía quitar de en medio a Miranda. La amaba, pero ya le estorbaba. Estaba arruinado. Alguien tenía que morir. Para salvarse él…

La estás engañando. Sientes que te estás portando mal con ella. Porque Miranda sí te cuenta todo, cosas que no le dice ni a Nagore ni a nadie. ¿O acaso no se explaya cuando te habla de todo lo que siente por Armand? Muchas veces me quedo con ganas de avisarle de que no me gusta ese hombre, pero la veo tan enganchada que prefiero callarme. Te tiene tanta confianza que te cuenta detalles, incluso íntimos. No, no… no cosas de sexo, sino íntimas de verdad, las que tienen que ver con el corazón. Y sin embargo, tú le estás ocultando lo más importante. Hay momentos en los que parece que te armas de valor y te dices, venga, hoy se lo voy a soltar. Pero ¿cómo vas a hacerlo si ni siquiera eres capaz de soportar las imágenes que te obliga a ver el hijo de puta este? Y te gustaría decirle que no eres tú, que esa zapatilla llena de sangre no es la tuya. Pero sí lo es. Y te dan ganas de vomitar, muchas más ganas que cuando sientes esa cosa líquida, espesa como leche condensada, caliente como un meado pero mucho más asquerosa, invadir tu boca, y él te agarra con sus manos animales, la mano derecha se clava en tu nuca, sin importarle tus arcadas, porque tú eres peor que él, él es un cabrón, un auténtico hijo de puta, pero no ha matado a nadie. Tú sí.

29

DANIEL Y NAGORE HABÍAN CAMINADO TANTO que el campamento ya les quedaba lejos. El mar estaba en calma, con un suave oleaje que ahogaba el sonido insistente de las grúas y máquinas excavadoras que trabajaban sin descanso, moviendo escombros. En las salinas se imponía el silencio, solo roto por los sonidos que emitían cigüeñelas, cormoranes y gaviotas cabecinegras, reunidas en la balsa de entrada a las salinas.

Creyeron ver una figura en la oscuridad.

—Tranquilo. Debe ser Gavilán. Suele aparecer a estas horas por aquí.

—¿Qué es eso de que Armand estaba arruinado?

—Si fueras más espabilado, a estas alturas de la película, con la información que has ido cazando, ya te habrías hecho algunas preguntas, ingeniero.

—¿Por ejemplo?

—¿Qué hacía un hombre apuesto con una mujer como Valentina? ¿O es que no tienes ojos? A la legua se ve que no pegan ni con cola. Hasta un tipo alelado como tú debió darse cuenta de eso. Ella le saca veinte años y veinticinco kilos.

—¿Quién soy yo para juzgar a nadie? El amor no tiene edad. ¿No dicen eso?

—Eso es completamente falso. Es una frase buenista que no vale ya ni para San Valentín. El amor junta a los pares. Todo lo demás es una anomalía. Pero no vamos a entrar en debate sobre eso. Te lanzo una segunda pregunta, a ver. Y ahora sí, lo verás todo un poco más claro, colega. ¿Qué lleva a un hombre cosmopolita como él a dejar su ciudad y su mundo y perderse en un pueblo triste al que no se atreven a venir ni los turistas?

—¿Un hombre cosmopolita? ¿También lo has investigado a él?

—Aunque DeVito piense lo contrario, yo soy una buena periodista. Una periodista de primera.

Avanzaron unos metros, en silencio. A lo lejos parpadeaban las luces del puticlub. Con la misma regularidad de siempre. Como si todo siguiera igual. Como si Castellblanc no hubiera quedado reducido a escombros.

—¿Qué más sabes de Armand? Si eres una periodista de primera, sabrás más cosas, aparte de que era un hombre de ciudad.

Nagore abrió una pausa. Le encantaba ese momento en el que el otro se quedaba esperando sus palabras. Sentía que lo tenía a su merced. Era una demostración de poder. Tú no lo sabes, pero yo sí. Y por eso yo soy más fuerte que tú. Para estirar el tiempo, rebuscó en sus pantalones, y sacó su bote de Lacasitos. Le quitó la tapa, y se puso a jugar con ella.

—Armand se dedicaba aquí en Castellblanc a pasear, tranquilamente. Alguna vez bajaba a la playa, pero no demasiado. Se le veía caminar con andares lentos. Sin prisa. Como un jubilado. Pero él antes no era así. Su vida estaba llena de reuniones, conferencias telefónicas, viajes al extranjero… Era un torbellino. Billetes en primera clase. Restaurantes con dos estrellas Michelin. Y hasta jóvenes acompañantes de pechos siliconados, con las que se olvidaba por completo de que tenía una mujer que lo esperaba en casa, una tal Asunción Montaner. Todo iba de maravilla. Tenía una galería de arte. Y buenos clientes. Hasta que uno de ellos se enfadó. Un tal Nikolai Efimov. Antes vivía en un piso lujoso, en la calle Arbat, en pleno corazón de Moscú. Pero en Marbella no veía pingüinos tiritando. Solo sol. Sol, los trescientos sesenta y cinco días del año. Se construyó una mansión hortera, con grifos dorados y todo eso. Le faltaba algún cuadro caro. Armand le vendió *Port de Honfleur*, de Edouard Manet. Tan falso como las tetas de sus acompañantes.

Daniel se quedó pensativo.

—¿Sabes cuánto pagó ese cliente, colega?

—¿Cuánto?

—Novecientos mil euros.

Las cejas de Daniel formaron la imagen de un acento circunflejo.

—¿Es tan fácil engañar a un cliente que paga casi un millón de euros? La gente no va por ahí tirando su dinero, por mucho que tenga, Nagore. Una cosa es dejarse engañar comprando unas Ray-Ban

falsas por las que pagas quince euros. Otra cosa es gastarse un millón.

—Armand hacía muy bien su trabajo. Conchabado con un experto en autentificación de obras de arte, hacía pasar por verdad lo que era una perfecta mentira. Incluso invertía una cantidad de dinero en editar lujosos libros en los que aparecían sus cuadros, con aparato erudito que reforzara el valor de la obra en cuestión. Todo iba bien, ya te digo. Hasta que dio un paso en falso. Dejó de pagarle un trabajo al autentificador. Que se exponía al poner su firma debajo de informes rigurosamente falsos. Y lo hacía por un buen porcentaje. Que por esta vez Armand no quiso pagarle. Parece ser que el autentificador dobló la tarifa de sus servicios. Y se la pagaba, o a Armand se le acababa el chollo. Ni litografías de Roy Lichtenstein ni más Mirós. No fue difícil para él hacerle llegar al comprador que el lienzo de Manet era más falso que el color de su pelo. El dictamen de la expertización firmada por el Instituto Wildenstein de París no dejaba lugar a la duda. El tipo se puso en contacto con Armand. Primero con buenas palabras. Mejor arreglamos esto por las buenas. Tú me devuelves los novecientos mil euros y yo te doy tu cuadrito para que te lo metas donde te quema. Pelillos a la mar, aunque mereces acabar en el fondo del Volga. Ver como serrrrr tan sencillo, amigo. Tú comprendeeeer, ¿no? Spasiva. Como Armand se hacía el tonto, el otro decidió que se habían acabado las cortesías. Mandó a un sujeto a la galería. De esos tipos que tienen pocos modales. Armand no estaba. Como si oliera lo que podía pasar, se dejaba caer poco o nada por su trabajo. Siempre estaba de viaje. Pero recibió el mensaje. Mejor poner pies en polvorosa.

—Y por eso acaba en Castellblanc.

—No solo eso. Viene a Castellblanc, sí. Pero viene aquí no únicamente porque puede pasar inadvertido, camuflado, menos expuesto que en la ciudad, donde dejaba un rastro más visible. Lo hace porque, sobre todo, aquí encuentra a una víctima perfecta. Necesitaba a una mujer opulenta, generosa. Y el guapo se unió a la vieja. Internet hizo el milagro.

—¿Internet?

—¿Conoces una página que llama Adultfriends?

—¿Adultqué?

—¿No has tenido una cita a ciegas para conocer a una mujer?

—Yo soy un clásico.

—Pues ahora para ligar solo hace falta tener wifi.

—Yo jamás tendría una cita a ciegas.

—¡Qué antiguo que eres, colega! Pero Armand, no. Armand no da una puntada sin hilo. No buscaba a su víctima al azar. A través de esa página de contactos donde hay que pagar mil euros por inscribirse, reducido a clientes solitarios de alto *standing*, fue descartando perfiles. Con su figura apolínea, de madurito interesante, no le resultaría difícil engañar a una señora con ganas de ver su corazón acelerado de nuevo, arrasado por una pasión juvenil. Caviar cuando solo ya puedes esperar sopita de fideos. Eso es lo que Armand le entregó a Valentina, a cambio de algo, claro.

—De dinero.

—De mucho dinero. Aunque Armand se escondiera aquí en Castellblanc, sabía que tarde o temprano los sicarios del *ruski* lo encontrarían. Así que se adelantó a la jugada. Le contaría el problema que tenía a Valentina, una vez que la tuviera enamorada hasta las trancas. Amor, estoy en un lío. Un lío gordo. Tan gordo que me puede costar la vida. Sí, tal cual, créeme. Y Valentina, viéndose otra vez sola, viuda sin su amor, del último amor de su vida, de ese amor otoñal, aterrada ante la posibilidad de perder a su *gigoló*, abrió la cartera. Y Armand pudo saldar la deuda. Hizo una transacción. Como cuando vendía sus cuadros falsos a cambio de cantidades indecentes.

—¿De dónde has sacado toda esa historieta? ¿No me digas que Armand te la contó? —preguntó Daniel, en sus labios bailándole una sonrisa sardónica. Le irritaba ese papel de sabelotodo en el que Nagore le gustaba meterse.

—Ya te dije que Armand no trabaja solo. Tenía un socio. El autentificador.

—Y cantó delante de ti, ¿no? Anda ya…

—Delante de mí, no. Delante de la policía, sí. Las traiciones hacen aflorar la verdad. Y nadie te cuenta más cosas que alguien a quien han engañado.

—Y eso de que Armand y Valentina se conocieron por una página de contactos, como si fueran adolescentes, tampoco me cuadra…

—A mí tampoco me cuadraba, colega. Hasta que un día estaba en la biblioteca, rebuscando en la hemeroteca para un trabajo periodístico. Me asignaron un ordenador. Y cuando me senté, me topé con el perfil de Valentina. A esa vieja se le olvidó cerrar la página. Dicen que tiene problemas de memoria. Y me lo creo. Ahí estaba su perfil, abierto. Y decenas de mensajes que se intercambió con él. Por eso conozco a Armand más de lo que tú crees. Si tú llegas a leer esos mensajes, te darían ganas de que el terremoto se lo hubiera llevado a él por delante.

Daniel sintió un escalofrío en el cuerpo. Y no era por la humedad que se le iba filtrando a través del jersey. No. Era la dureza de las palabras de Nagore, la seguridad con la que había soltado la última frase. ¿Por qué odiaba tanto a Armand como para desearle hasta la muerte? La explicación era bien clara, incluso para alguien un poco torpe como él. Nagore estaba obsesionada por Miranda. Y no podía soportar que Armand la hubiera amado. Y que ella le correspondiera. Sí, era pura obsesión.

—Hay una cosa que no entiendo. Una vez que Armand salda la deuda gracias al dinero de Valentina, según afirmas tú, ¿por qué decide seguir con ella? ¿Para sacarle más dinero? ¿Tenía más deudas pendientes?

Los músculos faciales de Nagore se destensaron.

—Veo que empiezas a coger el hilo de la historia. Armand se engolosina con el dinero de Valentina. Le ha sacado casi un millón. Pero la vieja está forrada. Forradísima. Andrade le había dejado más dinero del que jamás podría gastar en el resto de sus días. Y además, no iba a tener ningún escrúpulo moral para gastarlo. Andrade se había encaprichado de una puta de El Paraíso, una venezolana llamada Alexia, y la convirtió en su amante. Valentina se enteró, por supuesto. ¿Cómo no se iba a enterar, si lo sabía todo el pueblo? Armand sabía todo eso. Se lo había contado ella con pelos y señales. Así que tenía a la presa bien cogida. ¿Por qué quedarte con un millón, si puedes sacar más? ¿Por qué colar solo un cuadro falso, si puedes vender más? Pero había algo que estorbaba sus planes: Miranda. Porque Miranda sí estaba enamorada de verdad de él. Para Armand, la aventura fue un capricho. Para ella, no. Era ese primer amor que te hace levitar, que tú crees para siempre. Y estaba dispuesta a todo por tenerlo. Por ganarle la

partida a su madre. Dispuesta a contárselo todo, con pelos y señales, para que la vieja se diera cuenta de que no tenía nada que hacer, que la carne joven vencía a la carne vieja, como siempre ocurre. Y que ya solo le quedaba una victoria: la rendición.

—Y ante esa perspectiva, Armand decide eliminar a Miranda.

—Exacto. Para él era un capricho que ya estorbaba. Un divertimento que había llegado demasiado lejos. Como broma, ya estaba bien. ¿O acaso le iba a pagar casi una adolescente sus caros caprichos, sus deudas vencidas?

Daniel se despidió apresuradamente de Nagore, asustado de lo que acababa de oír. Necesitaba caminar solo. Procesar toda la información que acababa de recibir, como un balde de agua helada que le hubieran echado por encima.

A lo lejos descubrió una silueta que la luna llena recortaba. Parecía masculina. Daniel consultó el reloj. Se le había hecho tarde. La excursión nocturna acompañada de ese bicho extraño que era Nagore lo había llevado demasiado lejos. Era el momento de volver al hotel. Dio media vuelta. Escuchaba sus pisadas sobre la arena. Se frenó un instante. Y siguió escuchando pisadas. Pero ya no eran las suyas. Y las notaba cada vez más cerca. Apretó el paso. Intentó no dejarse dominar por el miedo. ¿Y si se ponía a correr? No, eso sería aún peor. Pondría sobre aviso al otro hombre, que sentía cada vez más cerca. El campamento le quedaba muy lejos todavía. Nagore lo había enredado con sus fantasías. La maldijo. ¡Qué diablos, algo tenía que hacer! Y se lanzó a la carrera, huyendo de allí, a todo lo que le daban las piernas. El otro hizo lo mismo. ¿Quién estaba persiguiéndolo? Se acordó del chico que se le había quedado mirando a la salida del periódico, ese que iba subido en un Golf negro. ¿Sería él? Daniel nunca había sido un atleta. En el colegio odiaba las clases de gimnasia. Su novia se reía de sus michelines prematuros criados en noches de Netflix con una cerveza en la mano y una bolsa de patatas fritas abierta en la otra. No, no estaba en forma, y la figura que lo perseguía, sí. Daniel corría tanto que temía un ataque al corazón. Las últimas analíticas no le habían salido demasiado bien, la verdad. Algunos indicadores hicieron torcer el gesto de su médico de cabecera. Debía cuidarse más. Si no se apuntaba a un gimnasio, al menos comprar una cinta de correr. O algo así.

Se vio obligado a parar, exhausto, sin oxígeno. Notó que la mente se le nublaba. No sabe cuánto tiempo pasó, si unas décimas de segundo, o varios segundos. Pero cuando su corazón se aquietó, se dio cuenta de que la sombra que lo perseguía había desaparecido.

Primero me di cuenta de que me habías silenciado, porque te mandé un wasap mientras cenábamos los tres, y no te sonó el móvil. ¿Tanto miedo tenías a que la bruja te pidiera explicaciones sobre quién te escribía? Luego me has bloqueado. Pero me da igual. Te voy a escribir por SMS, que eso no puedes bloquearlo. Al principio me sentía culpable, me preguntaba en qué te había fallado para que tú estuvieras tan distante. Me miraba delante del espejo, buscando motivos por los que ya te no inspiraba ese deseo del principio. Y me notaba arrugas, los pechos quizá demasiado pequeños, que nunca terminaron de crecer lo que yo hubiera querido… Pero luego me di cuenta de que me estaba volviendo loca, de que no era yo la que estaba cambiando, sino tú. Mi cuerpo era el mismo, estaba igual de preparado que mis besos para ti, exclusivamente para ti. Al principio no podía entender que la prefirieras a ella. De verdad, que me sentía como una loca. Hasta que Nagore me puso delante toda la verdad. Quise pegarle. Ahora entiendo por qué no te cae bien. Porque temías que algún día me abriera los ojos. Que solo te movía el dinero. Y cuando vi en casa aquel catálogo sobre el deportivo, lo tuve claro. A mi madre nunca le han importado los coches. Pero a ti sí, me lo has dicho muchas veces, eso de que soñabas hacer un viaje muy largo, al norte, decías, o más lejos, lo más lejos posible, conmigo alargando mi mano acariciándote la nuca, jugando a provocarte mientras ibas al volante de un flamante Ferrari, corriendo a toda velocidad, para huir, para huir del mundo que nos perseguía… Qué estúpida fui al creerme aquellas palabras. Era ella, la bruja, con la que querías hacer ese viaje, porque solo la bruja te podía regalar ese capricho.

Y ahora sí que ya no tengo dudas. Tú fuiste el que avisó a Megan o a sus amigas para que nos siguieran. Nadie sabía dónde íbamos a vernos esa noche. Solos tú y yo. Pero quisiste que nos grabaran, y que el vídeo lo viera todo el mundo. Querías que yo desapareciera, porque ya te estorbaba. Y tú sabías mejor que nadie que yo lo estaba pasando mal. Con el vídeo circulando, quizá ya no pudiera aguantar más la presión, y fuera yo la que decidiera quitarme de en medio, ¿no? ¿A que esa era tu idea?

30

LAS LUCES DEL CLUB SEGUÍAN PARPADEANDO espasmódicamente, cambiando del violeta al azul y del azul al violeta, con la regularidad de las mareas, como si nada, ni siquiera un terremoto, pudiera alterar su ritmo constante.

Nada más darle mi teléfono a Daniel, supe que me había equivocado. El perito me escribía por WhatsApp todos los días, demandándome novedades sobre el caso de Miranda Grey. Y no solo eso. También me había pedido que me diera una vuelta por El Paraíso. Al parecer, o eso le había llegado a él, a la niña la habían visto por allí. Algo que me parecía inverosímil. Pero desde que me había enterado de que ella y Leo eran muy amigos, no podía descartar nada. Me debía agarrar a cualquier hilo. Daniel me había contado toda la conversación que había mantenido con Nagore, incidiendo en esa extraña relación del padre de Miranda con una prostituta venezolana que había trabajado en El Paraíso. Yo estaba tan perdido que cualquier sitio era válido para pillar una pizca de información. Incluso un puticlub.

Fui dando pasos muy cortos, desganados. Querría estar haciendo cualquier otra cosa en vez de dirigirme a un puticlub. Cuando tenía diecisiete años, después de una borrachera con Marie Brizard, mi pandilla me convenció para ir a uno que había a las afueras de la ciudad. Aún recuerdo aquellas mujeres con las bocas pintarrejeadas como si fueran payasos, sus falsos gestos procaces, el olor a ambientador, las cortinas rojas con quemaduras de cigarro, la atmósfera decadente… Fue mi debut en el sexo, totalmente catastrófico.

Varios coches, muchos más de lo que esperaba, ocupaban el *parking*. Identifiqué hasta la unidad móvil de una televisión. Vi llegar un monovolumen, que se internó por una esquina y frenó en un lateral. De él descendieron varios hombres. Eran muy jóvenes y atractivos, con cuerpos que estaban trabajados con muchas horas en

el gimnasio. Chavales con ganas de divertirse, deduje. Algunos llevaban bolsas. Accedieron al club, pero no lo hicieron por la puerta de entrada. Igual no eran clientes, sino camareros. Sí, sería eso.

—Consumición obligatoria —me espetó un tipo, con bíceps de culturista y acento eslavo.

—Ah, sí.

Pagué la entrada y me dirigí al interior.

De los altavoces se escapaba una letra absurda de reguetón. «Tú eres mía, tienes ahí una cosa rica que solo es para mí, mamita, solo para mí, dale a tu papito esa cosa rica…». Me acerqué a la barra y pedí una

Coca-Cola.

Para mi sorpresa, reconocí a un rostro televisivo. Delante de la cámara engolaba la voz y denunciaba los vicios y miserias de la sociedad contemporánea, pero ahora andaba tocándole el culo a una prostituta. A mí se me acercó otra, de tez tostada y pelo recogido en un moño tenso. Sus pelos parecían hilos de cobre.

—Hola, guapo.

—Hola.

—¿Vienes mucho por aquí?

—Sí. Bueno, no.

—¿Sí o no? —se rio ella, divertida ante el azoramiento que yo quería mostrar, como un cliente nuevo en estas lides.

—Yo me llamo Diana. Y soy dominicana. Y ya sabes, a las dominicanas nunca se nos acaban las ganas, jajaja… ¿No te lo habían dicho?

Yo no podía olvidar a qué había venido y, desde luego, no era para escuchar rimas tontas.

—¿Podemos ir a la habitación?

—Uy, qué rápido, papi. Y parecías una mosquita muerta. Así me gustan a mí los hombres. Decididos. Decididos y guapos, como tú. Son sesenta euros, bello mío. Cincuenta para mí y diez de la sábana.

La prostituta me condujo por unas escaleras que desembocaban en el primer piso. Vi salir de una habitación a un hombre. En televisión salía luciendo siempre su bronceado obtenido en cabinas de rayos uva, pontificando sobre esto o sobre aquello en programas donde la gente gritaba mucho y se quitaba la palabra. Y cada vez

que podía, a la mínima oportunidad, proclamaba que él estaba muy enamorado de su mujer. Ahora se aferraba, medio borracho, a dos rubias de pechos generosos.

—Ven acá, que vamos a lavarnos.

—Bueno, es que yo… bueno…

—No me seas cochinito.

—No, no… es que yo… preferiría hablar.

—¿Sin follar? Vale. ¿Quieres que hagamos una fiesta? Tengo polvito.

—No, no…

—¿Seguro que no quieres un poco de polvito para animarte? ¡Hagamos una fiesta blanca!

Negué con la cabeza. La prostituta inició un baile pretendidamente sensual. ¿Qué edad tendría? ¿Cuarenta años? ¿Quizá cincuenta?

—¿No te animas?

—No sé, es que a lo mejor, con un trío. Siempre ha sido una de mis fantasías. Quizá con dos mujeres…

—Eso te lo arreglo yo en menos de lo que canta un gallo.

—¿Podría ser con una de la que me han hablado maravillas?

—¿Cómo se llama?

—Alexia.

El rostro de la prostituta se demudó.

—Eso es imposible.

—¿Está librando? Me han dicho que es muy buena.

—Mejor te devuelvo tu dinero.

—No, no… Dime, ¿es posible hacer un trío con Alexia?

Intenté seguir representando mi papel. Yo solo era un cliente un poco tímido con ganas de montárselo con dos mujeres. La prostituta ya no bailaba.

—Alexia no está hoy.

—¿Y eso?

—Toma. Tus sesenta euros. Y arreando. Antes de que sea yo la que te bote de la habitación.

Había llegado el momento de acabar la representación teatral. Esgrimí mi placa, acreditando que pertenecía a la Policía judicial.

—Estamos trabajando en una operación contra la trata de blancas, y las investigaciones nos han llevado a este club. En caso

de que sus papeles no estén en regla, nos veremos obligados a proceder a su deportación.

La mujer temblaba como una hoja.

—¿Me podría mostrar su pasaporte, por favor?

Antes de llegar a la Policía judicial ya había participado en unas cuantas redadas. Y te encontrabas de todo en ellas. Un club de alterne es un almacén de delitos, en el que lo más suave es que las profesionales del oficio no tengan los papeles en regla. Más cocaína de la que necesitaría Tony Montana en toda su vida, armas de fuego que harían las delicias de un coleccionista y hasta machetes afilados dispuestos a entrar inmediatamente en acción. La prostituta, azorada, se dirigió a una pequeña mesa donde había dejado un bolso pequeño. Lo abrió, y después de apartar preservativos, geles y pintalabios, encontró su documentación, que enseguida me enseñó.

—Perfecto. Muchas gracias, señorita. Debo hacerle alguna pregunta. ¿Qué le ha pasado a Alexia?

La mujer seguía inquieta. Los dedos recorrían nerviosos la grafía de su pasaporte.

—Alexia era todo corazón. La mejor persona que he conocido. Vino de Venezuela. Ya debe saber usted cómo están las cosas por allí. Peor que en mi país, la República Dominicana.

Unas lágrimas empezaron a rodar por las mejillas de la mujer.

Se abrió un silencio denso. Por las paredes se filtraban las notas dulzonas de una bachata. La prostituta se animó a hablar, sus labios trémulos de miedo.

—La estrangularon aquí. Justo en esta habitación. A veces los clientes se piensan que una es de su propiedad.

—¿Quién era ese cliente?

—Un empresario de la comarca. Así, un poco grueso. Solo pedía subir con ella. Se había encariñado con Alexia.

—¿Conoce a esta chica?

Abrí mi teléfono móvil, con la captura que me pasó Daniel, la que había hecho de la foto que tenía Valentina en la repisa de la chimenea. La prostituta amplió la foto, con unos dedos que le temblaban como si la temperatura hubiera bajado de golpe veinte grados en la habitación. Pero no se decidió a hablar.

—También murió. Como Alexia —disparé. Me quedé espiando la reacción de la mujer, que intentó ganar tiempo enjugándose las

lágrimas que le manchaban la cara. Me respondió en medio de hipidos.

—Sí, a esa niña yo la conocía. Vino aquí más de una vez.

—¿Cómo?

—Yo me sorprendí tanto como usted cuando la vi por aquí. Este no es un sitio para una niña. Esto no es sitio para ninguna mujer. Pero una mañana apareció por aquí, preguntando por Alexia.

—¿Por qué la buscaba?

—Quería conocer a la novia de su papá. Eso me dijo.

—¿La novia?

—Sí. Así llamaba a Alexia. Se ve que en el instituto, por el pueblo… se había corrido el rumor de que su papá estaba con una mujer de la calle. Y la niña se puso a investigar. Quería saber si eso que se decía de su papá era verdad.

—¿Para qué? No me cuadra.

—¿Qué se yo? Y lo más increíble es que se hicieron como amigas. La niña se dejaba caer por aquí de vez en cuando, por las mañanas, antes de que empezara la agitación, claro.

Mi mente funcionaba a toda velocidad. Una idea destelló en mi cerebro. Claro, la niña primero es verdad que fue a buscar a Alexia comida por la curiosidad, para saber cómo era esa novia de su padre de la que todo el mundo hablaba. Y era tan mala la relación con su madre, que hasta sentiría una especie de placer íntimo al ver cómo era sustituida por la carne dura, por la piel color canela, por el exotismo de una venezolana. Y hasta estaba el terreno abonado para que se estableciera un punto de conexión entre ellas dos, la niña y la prostituta. Las dos, por diferentes motivos, admiraban al mismo hombre, se sentían confortadas en su compañía. Quizá estaba llevando muy lejos el curso de los pensamientos, pero a mí me parecía una teoría muy plausible.

—La niña y la prostituta —dije, a media voz—. Parece el título de un cuento.

—Un día le pregunté a Alexia por qué se habían hecho amigas. Y ella me dijo, con lágrimas en los ojos, que ellas dos no eran tan diferentes. Y sobre todo, que compartían algo que las unía. Y es que… a las dos las habrían estuprado…

—¿Cómo dice?

—Sí, yo me quedé tan helado como usted. Pero así fue. A la niña

la violaron.

31

DANIEL LE QUISO CONTAR A SU NOVIA lo de los rusos y todo eso, todas las novedades que traía el caso, pero acabó colgándole el teléfono.

Tirado en la cama de su habitación, estuvo toda la noche dándole vueltas a una idea, a una pregunta que jamás se había hecho. ¿Era realmente esa la vida que quería? Siempre quiso ser lo opuesto a su padre. Un hombre que, sin ser gran cosa físicamente, atraía a las mujeres como moscas. Serían las feromonas, alguna reacción química. Y que le gustaba la calle. Era comercial, y se pasaba la mitad del tiempo viajando de un sitio a otro, y la otra mitad, en la barra de los bares, derramando su simpatía, sacando siempre a pasear su sonrisa pícara, de pequeño diablo. Engatusando con su verborrea zalamera. Un viva la vida gracioso y divertido, que tenía amargada a la madre de Daniel y que andaba siempre en números rojos, esquivando acreedores y maridos cornudos. No, no, Daniel siempre quiso ser un hombre de provecho. Y lo había conseguido, teniendo en orden las cosas del dinero y de los sentimientos. Y si le daban a elegir, prefería mil veces parecerse a Gavilán que a su padre. Un hombre que habla poco, pero acierta. Aquella frase se la grabó Daniel.

Hasta el momento, todo en el terreno del amor había sido lo más parecido a un estanque de aguas calmas. A Adela la conoció en el último año de instituto. Y cuando él aprobó la selectividad, un día, ella lo sorprendió con un beso. Él era tan torpe y tan tímido que no se hubiera atrevido a dar ese paso. Y empezaron a salir, sin que estuviera en sus planes echarse novia, porque no quería que nada lo apartara de su destino, de sus hojas de cálculo, de sus informes técnicos. Y el amor constituía para él algo así como un embeleco enaltecido artificialmente por las películas, por esas escenas en las que siempre sonaban de fondo las notas de un piano. Pensaba que, en verdad, la única chica de la que se había enamorado, cuando aún no tenía edad para saber lo que era el amor, era su hermana Carol.

Y celebraba vivir libre de esas pasiones que hacían infelices a tantas personas.

Pero se dejó llevar. Adela tampoco le pedía demasiado. Y su romance fue progresando manso, sin sobresaltos, con días que se repetían, igual que los sobresalientes que sacaba en la carrera. Pero desde que había descubierto en casa de su madre la foto de Miranda Grey, empezó a sentir una vaga inquietud interior que ahora había devenido en certeza inapelable. Todo había sido un fraude. Los años con Adela no eran otra cosa que años perdidos. Como equivocarse de carrera y malgastar media década en la facultad equivocada. Él no quería a su lado a una mujer aburrida, sino a alguien como Miranda, misteriosa y mundana, con perfiles y ángulos siempre por descubrir, no era solo su belleza, porque Adela, había que reconocerlo, era guapilla y había tenido más de un pretendiente en el instituto, no, lo que Daniel había intuido desde la primera vez que la encontró enjaulada en el marco violeta fue que esa imagen no solo mostraba a una joven hermosa sino, sobre todo, codiciable por los mundos que escondía; en su mirada anidaban secretos y hasta un matiz trágico que la hacía aún más deseable. Que se parecía tanto a su hermana, a la pobre y desdichada Carol, a la adorable Carol. Y todo eso lo había lanzado a una investigación enfebrecida, convirtiéndolo en detective, dejándolo noches sin dormir, algo que Adela jamás había conseguido, una noche en blanco por culpa de ella. Y eso era la forma más clara de decirle a Adela que no quería volver a su lado, que prefería descifrar el enigma de Miranda Grey, que lejos de las líneas exactas de los informes, de la prosa científica o técnica, de la lisura de la vida apacible, había un mundo de peligros y emociones, de misterios que le estaban esperando, de pasiones soterradas, al que él también tenía derecho a asomarse. Y aunque le hería el destino trágico final de Miranda, incluso ella, que ni siquiera había llegado a cumplir dieciocho años, había podido vivir una historia de amor apasionada, de esas que te tocan hasta la fibra más escondida, que te llegan hasta lo más hondo. Algo que él, ahora se daba cuenta, nunca había sentido. Y habría querido verse amado así, de esa manera alocada e insensata. ¿Por qué Miranda había elegido a Armand? ¿Quién podía dar respuesta a esa pregunta? Los caprichos de una mujer son tan impredecibles como los de la Tierra. Nadie

podía predecir este terremoto que había arrasado Castellblanc. Nadie puede imaginar cuándo una mujer decide entrar en tu vida para devastarlo todo, todo aquello que creías sólido y firme.

Y con la firme resolución de quien se sabe poseedor de una verdad recién revelada, se dispuso a marcar el teléfono de Adela. No le importó que fueran ya las dos de la mañana. Y mucho menos que ella le hubiera colgado antes el teléfono, de malas maneras.

Ella respondió, con un gruñido, entre las brumas del sueño.

Pero todas aquellas palabras que habían acudido en turbión a su mente, se le atascaron en la garganta, y lo único que pudo hacer fue colgar el teléfono.

32

DANIEL SABÍA DÓNDE PODÍA ENCONTRAR a esa hora al ornitólogo. No se perdía ni una puesta de sol, extasiado ante el panorama casi arcádico que aparecía ante sus ojos. Empezaba a envidiarle. Mientras él debía evaluar pisos condenados a la demolición, en medio de la atmósfera de pesadumbre que se había extendido por todo el pueblo, el reportero de *National Geographic* se dedicaba a hacer fotografías que parecían de postal. A él, tuvo que admitir Daniel, también le hacía bien aquel lugar. Al principio se dejaba caer por allí por mera curiosidad, para tomarle las medidas y el pulso a Castellblanc. Pero ahora, de manera instintiva, dejaba que sus pasos lo condujeran a la laguna. Necesitaba aquel silencio que solo manchaban las máquinas extractoras de sal. Envidiaba los movimientos despreocupados de los flamencos. Al principio le habían parecido pájaros tontos. No les veía la belleza por ningún sitio, con esas patas que parecían palillos, moviéndose con torpeza y buscando no sé qué en aquella laguna donde solo había sal. Ahora los miraba de otra manera. Lo único que le daba miedo era encontrarse con alguna compañía inesperada. No se le olvidaba el mal rato que había pasado en la playa. Debía andar con ojo. Pero a pesar del peligro, él también se estaba dejando ganar por la belleza de la laguna.

Una barrilla borde seca pasó a su lado, arañándole los pantalones. Se había levantado un poco de viento.

Vio a Álvaro Bermusell medio escondido en un molino antiguo de sal, apuntando con su teleobjetivo, en estado de máxima concentración. El ornitólogo quería captar la imagen de una gaviota de Audouin. A lo lejos se oía el fragor de las máquinas.

—Es imposible hacer mi trabajo con tanto ruido —gruñó Álvaro, nada más colocarse el ingeniero a su altura.

—¿Por qué?

—Los animales siempre están acechando peligros.

—Ya.

—¿Has visto esos bichos? Se mueven como los que viajaban por el Misisipi.

Una máquina avanzaba con lentitud por la laguna.

—Se llama volvedora. Rompe la costra de sal que se solidifica en el fondo, con unas cuchillas. Y como no tiene la profundidad necesaria para un motor, se mueve con esas palas. Antes no había máquinas. Utilizaban una especie de paletas para quebrantar la laja de sal. Luego venía un tirador y echaba la gleba en barcas. Y los flamencos eran felices. Ahora parece que quieren hacerles la vida imposible aquí en la laguna. Muchos se irán a Túnez y Francia, y ya no volverán.

A lo lejos se veía una remolcadora. Detrás de ella, formando caravana, las *raches*, barcas de madera enganchadas a la máquina principal. El nombre de la empresa destellaba en un lateral. Daniel notó una trepidación de maquinaria. Un tractor armado con una pala maniobraba entre las garberas.

—Pues fíjese, la empresa antes tenía ocho barcazas como esa. Ahora las ha multiplicado por tres, de tal manera que es muy raro que los animales tengan un momento de paz. Y solo cuando acaba la jornada laboral y cae el sol, ellos vuelven a ser libres. ¡Veinticuatro barcazas! ¡Veinticuatro! Llenando sin parar bañeras de camiones con la sal que viaja por toda Europa. Las salinas son buenas. La sal es noble. Ahí está su historia detrás. No sé si ha conocido a un vendedor de figuritas de sal. Al Gavilán. ¿Lo conoce, verdad? Pues él me contó toda la historia. Y esto se remonta a los tiempos de Roma. En una prospección arqueológica subacuática se encontraron restos de una factoría romana. Aquellos tipos lo tenían todo pensado, y hasta habían preparado un embarcadero propio, que se utilizó para la carga de vino y aceite. Bajo el agua se han encontrado ánforas de la época. Y de aquí salía la sal hacia Nápoles, para provisión real. La cosa fue evolucionando, hasta que en el siglo XIX el marqués de Salamanca explotó este manantial salobre. La sal formaba bloques compactos que debían romperse con hachas, que luego eran conducidos por caballerías por senderos llamados caminales. Gavilán, que es una pura enciclopedia, me contó todo eso. Y también cómo esto se había desmadrado. Por la codicia. Algo artesanal, que pasaba de generación en generación, noblemente, se

había convertido en una producción industrial, desmesurada, que no respetaba nada. Y claro, lo peor no fue eso, sino que los beneficios se empezaron a invertir en negocios que no eran tan dignos como la sal. La sal no tiene la culpa. La sal es inocente. Eso es lo que siempre me ha dicho el viejo Gavilán. Aunque hace tiempo que no me lo encuentro por aquí.

—¿Y eso?

—Ya no es bien recibido en la laguna. No hace mucho presencié una escena un poco desagradable. Lo echaron mientras el buen hombre hacía su trabajo.

—¿Por qué?

—Eso es lo que no dejo de preguntarme desde ese día.

—Yo iba a comprarle una figurita, pero se negó a vendérmela.

Daniel escrutó el cielo, sin una sola nube, con un azul que parecía pintado por un niño.

—¿Sabe por qué? Yo he hablado con él alguna que otra vez. Al principio es arisco, pero luego se suelta, cuando habla de sus figuritas de sal. Y me dijo, entre gruñidos, renegando, que no quería formar parte de este circo. Le asqueaban todos esos periodistas que de pronto habían venido, como si fueran a hacer turismo. Los periodistas se irán. Pero los responsables de este desafuero se quedarán. ¡Veinticuatro barcazas! Dinero entrando a espuertas. Beneficios millonarios… Las consecuencias las veremos pronto, mucho antes de lo que creemos. El cambio climático hará que suba el nivel del mar, y la laguna quedará arrasada. La avaricia rompe el saco. Pero la empresa no piensa en el futuro, en una laguna anegada de agua, ya improductiva. Solo en el corto plazo. En las ganancias inmediatas. No pensamos en las próximas generaciones. Y eso lo sabe mejor que nadie Gavilán.

—¿Sobre eso irá su reportaje?

—Las fotos pueden ser hermosas. Pero hay algunas que no aparecen en la portada de la revista, ni sirven para fondo de escritorio y, sin embargo, tienen un gran valor. Las fotos-denuncia. Mire esta.

Álvaro manipuló su cámara de fotos, retrocediendo a una fotografía que compartió con el ingeniero. La silueta escuálida de un flamenco se recortaba sobre el fondo de máquinas alineadas como los tanques de un ejército dispuesto a arrasar con todo lo que

se pusiera por delante.

—La verdad es que impacta —concedió Daniel.

—Lo que de verdad impacta es este dato: veintiocho mil millones de toneladas de hielo. Es como si enterráramos toda la superficie del Reino Unido bajo una capa de agua helada de cien metros de espesor. ¡Eso es la cantidad de hielo que ha perdido el planeta estas últimas tres décadas! La consecuencia: se eleva el nivel del mar y se destruyen hábitats naturales. ¡Este tan hermoso que por supuesto está igualmente amenazado! Y desde luego, las aves se están viendo directamente afectadas. La malaria se está cebando con la curruca capirotada o el carbonero común. Las alteraciones de calor y humedad están facilitando la reproducción del mosquito portador del parásito de la malaria. Y no solo eso. Las olas de calor están dejando a los animales sin defensas. Su sistema inmunitario se debilita. Que se lo pregunten al águila perdicera. ¿Qué le parece?

—La verdad, no tengo una opinión formada.

—¿Cómo que no? ¡Pero si esto nos afecta a todos! A todos. En 2050 tendremos veranos de cincuenta grados. Y habrá lluvias torrenciales que arrasarán con todo. Empezando por esta salina…

—He curioseado en su trabajo. Hay varios artículos publicados en internet. Con fotografías espectaculares. Con su firma: Álvaro Bermusell. Son muy bonitas. Le felicito.

—Gracias. Pero hay fotos menos bellas que también tienen una gran carga expresiva. ¿Qué palabra le sugiere esta otra foto?

—No sé. Quizá fuerza.

—Codicia. Esa es la palabra. Codicia.

—Sí, también puede ser.

—¿Se ha quedado bien con el detalle?

—¿Con qué?

—Mire de nuevo la cosechadora de sal. Obsérvela con detenimiento. Y grabe en su memoria la imágenes de esas palas.

—Las del Misisipi.

—Exacto. ¿Lo está haciendo?

Daniel asintió.

—Pues ahora, acompáñeme. Hay algo que debo contarle. Algo muy importante. Sobre Miranda. En el pueblo se dijo que esa pobre muchacha murió al caerse, o tirarse, desde el balcón. Pero no. No es

así. Miranda Grey murió en las salinas…

33

—EL ESPECTÁCULO DE LA LAGUNA NO SE ACABA AL ATARDECER. Cuando el sol se esconde, comienza otro espectáculo. Un espectáculo sonoro. Con los animales comunicándose en sus diferentes idiomas. Es cuando ellos, por fin, ejercen su soberanía y se adueñan de la laguna, una vez se han callado las máquinas con su ruido estridente, infernal. Así que me suelo dejar caer por aquí, con los oídos bien abiertos para identificar cada graznido, cada cloqueo, intentando traducir ese lenguaje aparentemente indescifrable, ese mensaje codificado. Para ver las evoluciones del charrancito común. Escuchar el canto corto como una ráfaga del chorlitejo patinegro… Esa noche había luna llena. Un suave viento mecía el albardinar. Y de pronto, algo llamó mi atención. Dejé de escuchar todos los sonidos que suelen embriagar mis oídos. Algo sobresalía de la superficie de la laguna, apenas tapado por la espuma de sal que se forma en la orilla. Me acerqué. Y descubrí el cuerpo desmadejado de alguien. Parecía una mujer, por el cabello largo que le tapaba toda la cara. Estaba muerta. Y me horroricé cuando le aparté un poco el pelo, pensando que me iba a encontrar con una cara. Pero no, aquello ya no era una cara. Era una masa sanguinolenta. El rostro estaba tan deforme que era irreconocible.

A Daniel le faltaba la respiración. Abría la boca, pero el aire no terminaba de entrar en sus pulmones.

—¿Quién pudo hacer algo tan monstruoso? —pudo al fin preguntar.

—Llevo aquí el tiempo suficiente para conocer no solo las costumbres de los flamencos, sino también para saber quién es quién en el pueblo. Y Salazar mueve muchos hilos. Su empresa da trabajo a la mitad de Castellblanc. Ya ve cómo crece. ¡Veinticuatro barcazas! En efecto, durante mucho tiempo se dio por verdadera la versión oficial. Esa chica se precipitó al vacío. Decidió quitarse la vida. O se cayó accidentalmente. Caso cerrado. Pero la realidad es

que a Miranda la mataron aquí, en esta fábrica. Y no sé por qué, pero estoy convencido de que Salazar tuvo algo que ver con su muerte. O todo.

—¿Por qué?

—Salazar inspira temor, no solo a sus vecinos, sino incluso a señores togados. ¿No ha visto la mansión en la que vive?

—No.

—No hay una así en todo el pueblo, de varias alturas. Incluso más lujosa y exclusiva que la de Valentina, la que levantó Andrade, que era su socio. Pero sin tanta ambición. Y me juego el cuello a que la construyó saltándose todas las normas urbanísticas. ¿Cómo se llama eso? El índice de edificabilidad, ¿no? El Ayuntamiento le dejó hacer lo que le diera la gana. ¿Quién iba a atreverse a decirle que no? Asómese un día. Es grande como una pirámide. Y tiene una verja que circunda toda la casa, que solo se podría saltar con pértiga. ¿Sabe cómo alguno, en voz muy baja, se atreve a llamar aquí en el pueblo a Salinas Salazar?

—¿Cómo?

—Las SS Y esas siglas no inspiran tranquilidad. Ande con cuidado. Y ahora, si me disculpa, sigo con mi trabajo —anunció Álvaro, alzando de nuevo el teleobjetivo y preparándose para nuevos disparos.

Daniel llamó a Borja Stapleton mientras volvía al Bristol. Le puso al corriente de todo lo que había descubierto. De toda la información que le había dado Álvaro Bermusell. Y le adelantó que iba a hacer una locura.

34

ESTUVO A PUNTO DE DAR MEDIA VUELTA. Siempre había admirado la valentía de esos jóvenes reporteros de televisión que, micrófono y cámara en ristre, se aventuraban en polígonos industriales abandonados para encontrar algún malhechor. Daniel pensaba que eso, aparte de osadía, era pura temeridad. Por eso, viendo que nadie le contestaba en el interfono, se dijo que él allí no pintaba nada. Iba a abandonar la misión (¿quién lo había metido en ese fregado? Nadie. Solo él. Solo tú. Estúpido. Solo tú), cuando una voz le respondió.

—¿Quién hay?

—Me permite entrar. Soy del equipo de peritaje.

—¿Equipo de qué?

—De peritaje. El que está evaluando los daños del terremoto. Vamos casa por casa.

—A la mía no le ha pasado nada.

—Convendría verificarlo, para descartar daños ocultos.

Después de unos segundos que a Daniel le parecieron minutos, la puerta se abrió.

Fue avanzando por un camino de losetas. Atravesó un jardín, de aspecto descuidado. Un perro le ladró, oculto en algún rincón. La casa, con tejado de terraza a dos aguas, parecía haber vivido tiempos mejores. Salió a su encuentro una figura diminuta más baja que alta. Tenía una barriga considerable. Se estaba quedando calvo. Daniel le mostró su tarjeta acreditativa, que Salazar examinó con detenimiento.

—Pues ya ve, mi casa está perfectamente. Tiene muy buenos cimientos.

Daniel dejó vagar la mirada por la fachada. Descubrió una resquebrajadura. Se acercó a examinarla.

—Lleva ahí mucho tiempo.

El ingeniero vio que la raja era reciente. Pero se guardó el

diagnóstico. De momento, ya había pillado a Salazar en una mentira.

—Tiene usted una casa muy bonita —le dijo Daniel, dirigiendo una mirada que abarcaba toda la edificación.

—Una casa para vivir.

—Pues no hay muchas como esta en Castellblanc. Y se lo digo con conocimiento de causa, que ya he visto muchas. Parece que le han ido las cosas bien en la vida.

—No me puedo quejar.

Daniel hizo que tomaba unas notas técnicas en su carpeta. Intentó ocultar el movimiento de su mano izquierda sobre el papel. El bolígrafo le temblaba entre los dedos.

—Me alegro de que no haya tenido daños en su vivienda. Y de que tampoco le haya pasado a usted nada. Otros pobres no pueden decir lo mismo.

—Sí. Una pena.

—Fíjese que para algunas personas las desgracias se han acumulado. Conozco a una señora que ha perdido su casa, después de enterrar a su hija.

—¿Ah, sí? ¡Qué pena!

El tono de su voz había sonado falsamente compungido.

—No sé si usted la conocerá.

—Yo vivo aislado del pueblo. Del mundo, diría yo. Aquí hay paz. Silencio. Apenas conozco a gente.

Dos. Otra mentira. Otra falsedad que le endosaba Salazar.

—¿Ni siquiera conoce a Valentina Reyes Gámez? Es muy popular aquí en Castellblanc.

—¿Valentina?

—Sí. Tenía una hija. Muy guapa. Miranda Grey.

Salazar miró inquisitivamente al ingeniero. Aquella figura clavada en mitad de su salón, haciéndole observaciones impertinentes era una anomalía, desordenaba el paisaje.

—Ni idea.

Daniel garrapateó algo en su carpeta. Ya no podía disimular el miedo. El canguelo que lo dominaba. Pero tenía que dar un paso más.

—Pues fíjese, como he tenido que ir varias veces a su casa, la mujer ha cogido confianza conmigo. Y me ha contado toda la

historia de la muerte de su hija. Al parecer, su cuerpo fue encontrado en la salinera de la que usted es propietario.

Salazar se encogió de hombros. Daniel no se atrevía ni a mirarle a los ojos. Los suyos los tenía clavados en la carpeta, como si allí tuviera apuntada la siguiente pregunta. Si tenía el valor de formularla, claro.

—Al parecer, su cuerpo fue golpeado por las palas de una máquina.

«No, Daniel, tú nunca has sido valiente ni osado. Tú jamás podrás servir para hacer uno de esos reportajes de televisión que ves los viernes en la tele. ¿O es que no te acuerdas de cuando eras un crío, y tus amigos te propusieron entrar en una finca donde decían que había escondidas bombas de la guerra, sin estallar aún? Tú fuiste el único que no entró. No te atreviste a seguir los pasos a los demás. ¿Por qué no sacas ya la boca del lobo? Si es que ahora puedes, por supuesto. Quizá ya sea demasiado tarde». Salinas Salazar. Las SS, le había advertido el ornitólogo.

—En efecto, aquel fue un lamentable accidente. Y así quedó acreditado en el informe policial.

—Y ¿cómo se cayó la mujer a la salina?

—Es muy fácil perder el equilibrio. Solo los flamencos son capaces de mantenerse erguidos. Esa chica no debió jamás acercarse a la salina.

—Ya.

Salazar se puso a jugar con la correa de su reloj, un modelo de color plata con esfera azul marino. Daniel no tardó en identificar el símbolo comercial de Rolex.

—Lamenté mucho su muerte, como la de cualquier persona. Pero nos causó un notable perjuicio, en términos publicitarios. Lo menos que quiere un empresario es que en su fábrica aparezca un muerto. Nosotros estamos acostumbrados a aparecer en los medios como una empresa sólida, exitosa, que genera cientos de puestos de trabajo, no implicados en una muerte. Esta es una empresa ejemplar.

—Que no para de crecer.

Salazar hizo un gesto como el de espantar una mosca.

—Simplemente atendemos la demanda. Europa necesita mucha sal, para no vivir rodeada constantemente de nieve, sobre todo en

invierno. Prestamos un gran servicio a todo el continente. Crecemos simplemente al compás de la demanda. Por cierto, ¿ha acabado su informe?

El perro volvió a ladrar. Rabioso. Era la señal. Daniel no lo dudó.

—Sí. Muchas gracias por su atención.

El ingeniero recorrió las mismas losas que antes lo habían conducido ante Salazar. De buena gana habría salido corriendo. A todo lo que le dieran las piernas. Igual que hizo la otra noche en la playa. Arrancó, aparentando tranquilidad. Llegó a la puerta. Estaba cerrada. Vio un interruptor. Lo oprimió. Pero nada pasó. Repitió el gesto. Puerta cerrada. Un miedo nuevo le saltó al cuello. Estaba atrapado. Sin salida.

Y tenía razón.

—Espere, no se vaya todavía.

Notó cómo Salazar avanzaba hacia su posición. Ya no era la figura hierática que le había respondido desde el porche. Daba pasos enérgicos que enseguida le hicieron ponerse a su altura. Podía sentir las vaharadas del perfume caro que usaba.

—Sí, ya sé lo que alguno va diciendo en el pueblo de mí. Que yo estuve implicado en la muerte de esa chica. Pero ¿a quién se le ocurriría intervenir en un crimen y dejar el cuerpo en su propia fábrica? ¿Me toma por tonto? ¿Usted se cree que yo podría tener esta casa si lo fuera? El problema es la envidia. Y muchos no han aceptado mi éxito. Y no solamente eso, sino que son ingratos. ¡Con lo que yo hice por el pueblo! ¡Yo he sido el gran motor de Castellblanc! El creador de este pueblo. Y me duele profundamente lo que ha ocurrido. ¿Sabe por qué no he salido de casa desde hace varios días, salvo para ir a las salinas? Porque no quiero ver la imagen de Castellblanc destruido. Ni siquiera pongo la televisión. Es falso que yo sea insensible. Todo lo contrario, es porque tengo un desgarro interior por lo que no tengo valor para pasearme por esas calles llenas de escombros. Pero que hablen. Que hablen. Antes se atrevían menos. Antes nadie habría abierto la boca. Nadie se atrevía a señalarme con el dedo. Ahora que estoy viejo, sí lo hacen. Viejo, pero no muerto. Eh, viejo, pero no muerto.

Daniel temió un estallido de violencia.

—Y ahora, si me disculpa, debo dejarle. Tengo faena pendiente.

Y le daré un consejo: lleve cuidado con las caídas. Creo que usted también se ha acercado a las salinas, seguramente atraído por su belleza. Lo entiendo perfectamente. Esas puestas de sol. Los flamencos. La blancura de las garberas. Pero sea prudente. Evite los resbalones.

Y las palabras de Salazar quedaron resonando en el ambiente. Daniel dudó en un principio si eran una advertencia o una amenaza, pero enseguida lo tuvo claro. Y de inmediato le surgió una pregunta. Salazar conocía sus andanzas. Sus visitas a la salinera habían quedado registradas. ¿Quién le seguía los pasos? ¿Quién lo estaba espiando?

35

LA HABÍA VISTO POR CASTELLBLANC, con su aspecto esmirriado. Ahora vivía en el campamento, y fue allí donde una noche vi a Daniel saliendo de su tienda de campaña. Cuando le saqué el tema al perito, primero se hizo el tonto, pero luego soltó la lengua y me dijo unas cuantas cosas de ella, de lo mal que había acabado con DeVito, de su manía por comer Lacasitos a todas horas, y especialmente, de su teoría de que Armand mató a Miranda.

La descubrí en el camino que conducía a la casa de Valentina. Podía haberla abordado, pero preferí espiarla. Con impulso de atleta juvenil, braceando mucho, alargando los pasos, llegó al portal de la casa. Llamó al interfono. Dos, tres veces… Pero nadie le abrió. Volvió a repetir la operación, sin éxito. Misión abortada. La vieja no quería hablar con ella. Y nada más darse la vuelta, se encontró conmigo, a apenas cincuenta metros. Primero se detuvo en seco, y luego, para aparentar tranquilidad, reanudó el paso hasta llegar a mi altura. Me presenté.

—Sí, ya le conocía de sobra.

—¿No está Valentina en casa?

—Está claro que no.

—Y ¿para qué quería usted visitarla?

—Vive sola. Es una mujer ya mayor. Los vecinos estamos para ayudarnos, y más en estas circunstancias.

Hice que me tragaba la bola. Pero aquella figura esquelética, que te miraba de manera oblicua, no me inspiraba ninguna confianza. Algo andaba tramando. La visita a Valentina no sería para llevarle pan o un litro de leche.

—Me ha dicho Daniel que le está ayudando a resolver el caso de Miranda Grey.

—Eso debieran hacerlo ustedes. Aunque sea a destiempo. Pero me alegro de que se haya reabierto, y que profesionales independientes estén ya en él.

—¿Conoce lo de la desaparición de Leo?

—¡Vaya pregunta! Pues claro que lo sé. Todo el mundo lo sabe en el pueblo.

—Pero nadie abre la boca.

—Tampoco lo hicieron con Miranda.

—Me ha dicho Daniel que su cuerpo apareció en las salinas.

—Así es. Pero nadie investigó eso. Salazar es mucho Salazar. Y cuidado con meterse con él. Mejor hacerle la pelota. Y ahí, DeVito es insuperable.

—¿Cómo dice?

La chica abrió una pausa demasiado larga. Como si estuviera buscando en su cabeza las palabras adecuadas, o quisiera darle todavía más valor a lo que iba a contarme.

—El periódico miró para otro lado en un negocio ilícito de Salazar, que fundó un club de fútbol exclusivamente para lavar dinero. Nada de eso se publicó, claro. Es más, DeVito tenía carné de socio de honor. Y hasta Salazar le propuso entrar en la directiva. ¿Lo ha visto alguna vez? Fíjese en el escudo que lleva en el chándal ese apestoso con el que va a todos lados. Es del equipo de Salazar, claro. Y así le podría contar unas cuantas más, de las que me fui enterando poco a poco. Y DeVito no se fiaba de mí, de que un día se me fuera la boca. Inicialmente pensó que la mantendría cerrada si me pagaba, si me tenía a sueldo. Hasta que se dio cuenta de que yo era indomeñable. Y pensó que lo mejor era despedirme. Pero antes de que lo hiciera, yo me marché del periódico.

—Pensé que era por investigar lo de Miranda.

—No, no. Fue por eso.

Tuve que darle la razón a Daniel. Era muy difícil que aquella chica te pudiera caer bien. Hablaba con un tono de suficiencia, desdeñoso, como si fuera poseedora de todas las verdades y anduviera repartiendo migajas de información a nosotros, pobres infelices perdidos en plena noche en el corazón del bosque.

—¿Eran muy amigos Miranda y Leo?

A Nagore se le escapó una sonrisa irónica.

—¿Quién le ha dicho eso? La única amiga que de verdad tenía Miranda era yo. Y como me mira de esa manera tan rara, le voy a contar algo, para que se convenza. Y para que se fie de mí.

—Adelante.

Vi cómo metía las manos en un bolsillo del pantalón raído que gastaba, extraía un bote de Lacasitos y se echaba dos o tres a la boca.

—Una de las últimas llamadas, quizá la última que hizo antes de acabar aplastada por la volvedora en las salinas, fue a mí. Me llamó muy preocupada. No solo su madre la miraba mal, sino también Armand. Desde que había regresado de Manhattan, ya nada había sido igual. Lo notaba frío, me contaba. Muy distante. Pero ahora era mucho peor, porque la miraba con… hostilidad. Y desprecio. Esa es la palabra que usó, desprecio. Y me confesó que ya no aguantaba más, que no podía resistir más eso, estar allí encerrada en aquella casa, soportando aquellas miradas. Podía aguantar la aversión que leía en los ojos de su madre, pero no la indiferencia y el desdén de Armand. Estaba dispuesta a irse, aunque dejara allí su amado Schimmel. Yo le ofrecí venirse a vivir conmigo. Aunque sea en mi micropiso de cuarenta metros cuadrados, pero seguro que nos apañaríamos bien. Ella tenía que salir de aquella cárcel, de inmediato. Dejar de vivir en aquella atmósfera irrespirable. Parece que la convencí. O eso pensé yo, porque al minuto ella volvía con sus dudas. Y así estuvimos, ella desgranándome sus penas, yo intentando persuadirla para que se fuera de casa, en un tira y afloja, durante los cuarenta y ocho minutos que duró esa conversación…

—Pero no te hizo caso.

Ella reaccionó, elevando la voz.

—¡Me lo habría acabado haciendo! Pero no le dio tiempo. Ella tenía el presentimiento de que algo malo le podía ocurrir si seguía allí. Si esa misma noche hubiera cogido sus cosas y se hubiera venido conmigo, se habría salvado. Pero le dio tiempo a Armand. Y Armand cumplió su propósito criminal.

De pronto me percaté de que Nagore, como también hacia Daniel, me estaba desviando del camino. Y no, yo no había ido al encuentro de Nagore para que presumiera de su amistad con Miranda.

—Muy interesante tu hipótesis sobre la muerte de Miranda. ¿Tienes también una sobre la desaparición de Leo?

Ella me clavó una mirada de hielo.

—Eso es cosa de la policía. Cosa de ustedes. Yo bastante tengo con fabricar hipótesis inanes.

—Bueno, igual son hipótesis interesantes —concedí, pidiendo una tregua. Una de mis mayores virtudes era la paciencia, no perder el control, por muchas insolencias o comentarios irónicos que a veces tenía que escuchar—. ¿Qué enemigos puede tener Leo? No sé, alguien que lo mire mal.

—¿Alguien? —se carcajeó Nagore—. ¡Lo mira mal mucha gente! ¡Igual que a mí! Pero lo que pasa es que conmigo no pueden. Él es un chico más bien apocado, pero yo no, yo les saco las uñas, y soy capaz de arañarles si se me acercan. No se confunda con mi aspecto. Soy dura de pelar, y eso lo saben ellos.

—¿Quiénes son ellos?

La chica se llevó el dedo índice de la mano derecha a un grano purulento que le molestaba. Lo presionó.

—¿Qué quiénes son? Pues los que hacen las cacerías. Como fin de fiesta, cuando cierran los bares, eligen a un gay y esa noche le dan una paliza.

36

EL CIELO TENÍA UNA EXTRAÑA CUALIDAD CREMOSA, que parecía entrar en contradicción con el panorama que había abajo. Daniel iba caminando por la calle. Una grúa cargaba uno de los coches aplastados por el derrumbe del panel completo de una fachada. Quedaba mucho trabajo por delante en Castellblanc. En las calles había quedado colgando un polvillo fino que se te metía por las fosas nasales, obligándote a estornudar. Al doblar la esquina detectó la presencia de una unidad móvil.

Una reportera, micrófono en mano, quiso abordarlo. Daniel creyó reconocerla. ¿No era esa que se pintaba tantos los labios cada vez que hacía una conexión?

—Estamos en directo. Hemos conocido que usted es uno de los encargados de elaborar informes sobre el estado de los edificios, adjudicándole círculo rojo, o amarillo. ¿Qué le parece la visita del rey?

—¿Cómo?

—Sí, desde Zarzuela se nos asegura que para mañana está prevista la visita a la zona de sus majestades.

Daniel no le contestó, y siguió su camino. La reportera se quedó haciendo aspavientos. Lo último que oyó fue algo así como «a veces se nos trata con poca educación, impidiendo hacer nuestro trabajo recogido en la Constitución…».

Le hervía la sangre. Y no era por el asalto que acababa de hacerle la periodista esa famosa. Siempre intentaba mantener la calma, y tenía fama de eso, de no perder jamás los nervios. Pero lo último que le había contado el ornitólogo sobre el caso de Miranda Grey lo había puesto de mala leche. Tenía que hablar con DeVito. Cuanto antes.

Esta vez no fue a buscarlo al periódico. Prefirió esperarlo a la salida, para abordarlo. En una de las reuniones que habían celebrado en su despacho, le había dicho que el cierre de edición

era a las once, y que nunca llegaba a casa antes de la medianoche. Se apostó en un portal que había sobrevivido milagrosamente al terremoto. Vio como algunos redactores se despedían. Sus conversaciones se entreveraban con el sonido de una máquina taladradora que operaba en alguna calle cercana. Daniel escondió un poco más su cuerpo. Allí, emboscado entre las sombras, se sintió como un espía. «Solo te falta la gabardina», se dijo, amagando una sonrisa.

Por fin, a eso de las doce y veinte, la figura chaparra de DeVito salió por la puerta del periódico, con su característico chándal. Llevaba un bolso, colocado en bandolera. Daniel se puso a seguirlo.

Sus andares eran lentos. DeVito avanzaba cauteloso. No se fiaba de esas calles llenas de agujeros y escombros amontonados.

Giró a la izquierda, embocando por una calle muy oscura.

Se ve que iba tan abstraído en sus pensamientos, la portada del día siguiente o la próxima exclusiva, que no se daba cuenta de que alguien seguía sus pasos. La máquina taladradora seguía a lo suyo. Trata-traca-traca-traca.

—¡Me cago en la leche!

DeVito había tropezado con algo y se había ido al suelo. Daniel se frenó, expectante.

—¡Cago en diez!

El periodista no se levantaba. Daniel pensó que igual necesitaba auxilio. E hizo su aparición.

—¿Le ayudo?

DeVito, que se había incorporado a duras penas, lo miró, como si lo hubiera sorprendido una aparición.

—¿Qué hace usted por la calle a estas horas?

El rostro del director estaba contraído de dolor. Se examinaba el tobillo.

—Es posible que se lo haya torcido. Debe ser un esguince de grado 2.

—¿También sabe de medicina? Veo que es usted muy completo.

No sabía si era porque se sentía absuelto por la oscuridad, por ver a DeVito con gesto dolorido, sin esa cara de fiereza que siempre le mostraba, o porque no paraban de golpearle las palabras de Álvaro, sus afirmaciones rotundas sobre el final trágico de Miranda, pero Daniel se sentía muy fuerte en ese instante.

—¿Qué tal le van las cosas por el periódico? Imagino que con esto del terremoto, estarán vendiendo mucho.

—Pse. Ahora la gente lo quiere todo gratis. La cultura del canapé. La cultura de lo gratis. Un canapé en lugar de un chuletón. Por no hablar de las mentiras que se propagan a través de la red. ¿O acaso no le han llegado los disparates que la gente escribe, de forma frívola e irresponsable? ¡Pero si Twitter no paró de anunciar cada hora que se iba a producir un nuevo seísmo más fuerte, que acabaría con el pueblo, arrasándolo como le pasó a Lisboa! ¡O a San Francisco! ¿A quién le interesa la verdad? Y no me quiero poner muy filosófico, porque es demasiado tarde, pero aquí el problema que tenemos es el descrédito de la verdad, que cualquiera puede construirla. Y lo hace con los peores materiales, los de la ficción. Lo más curioso es que la mentira llega más lejos que la verdad. Se mueve más rápido, penetra de forma más profunda y su alcance es mayor. Así nos va…

DeVito subrayaba su alegato moviendo las manos, que giraban como las aspas de un ventilador.

—Y todo gratis. ¿O no ha visto cómo la gente se atiborra de lo que sea, siempre y cuando no le cueste un duro? ¡La cultura del canapé! Con los periódicos pasa lo mismo.

—Pero el suyo todavía gana dinero. Además, tiene buenos ingresos publicitarios.

—¿A qué se refiere?

—He visto los anuncios de Salinas Salazar. A página entera.

—¿Cuándo?

—Bueno, en ejemplares ya de un tiempo, la verdad. Pero sí vi que se anunciaban, todos los días.

DeVito, que estaba en alerta, puso las orejas aún más tiesas.

—¿Dónde ha visto eso?

—En la hemeroteca municipal.

—Pues vaya tontería. No hay cosa más antigua que el periódico de ayer.

—Pues a mí me sirvió para ver que el suyo tenía una excelente relación con la empresa salinera.

Daniel enfocó con sus ojos a DeVito. Lo miraba queriendo mostrarle dureza, con aire desafiante.

—Todos tenemos que sobrevivir. Y la publicidad nos salva.

—Ya, ya. Oiga, usted me dijo que un periodista siempre debe tener a mano dos cosas: la verdad y el Código Penal.

—Si es bueno, sí.

—Y ¿usted? ¿Lo es?

—¿A qué viene esa pregunta tonta?

—Un periodista debe llegar hasta las últimas consecuencias, ¿no?

—Claro. Hasta el fondo. Pero ¿esto qué es? ¿Un examen?

—Entonces usted no hizo bien su trabajo.

—¿Cómo?

—En el caso de Miranda Grey.

—Pero ¿qué mosca le ha picado esta noche?

Sí. Daniel se sentía en plena forma. Es posible que tuviera el cartílago hecho polvo, por eso le molestaba permanentemente la rodilla, pero ahora se sentía con el olfato de un sabueso. Y todo aquello olía muy mal.

—¿Qué me dice de Salazar?

—¿Salazar? ¿Qué tiene que ver con esta historia?

—Eso digo yo, ¿qué tiene que ver?

DeVito lo enfocó como si apuntara con sus ojos a un loco.

—¿Usted cree que estamos ahora para rescatar personajes del pasado? Mire cómo tengo el tobillo. Se me está empezando a hinchar.

—Miranda Grey no murió en la calle, sino en las salinas. Propiedad de Salazar.

La boca de DeVito dibujaba una línea amarga.

—¿Por qué no llama a una ambulancia de una maldita vez, en vez de hacer esas preguntas insidiosas? Ande y hágame el favor. No he parado de hacer llamadas toda la tarde, y se me ha agotado la batería del móvil.

—Usted no despidió a Nagore porque publicara falsedades, porque se inventara noticias. Lo hizo porque metió las narices donde no debía. Usted, cuando se enteró de que Salazar podía estar implicado en la muerte de la joven, quiso dar carpetazo. Pero Nagore siguió haciendo preguntas. Investigándolo. Y descubrió que el final de Miranda no había sido a los pies del balcón de su casa, sino en la salina. Le llegó la información. Pero usted no iba a publicarla, de ningún modo. Una adolescente no podía manchar la

reputación de la salina. La noticia de un cuerpo pudriéndose allí en el humedal era mala publicidad para el negocio de Salazar. Y reunía tantos elementos morbosos como para que pudiera ganar vuelo, y trascender a nivel nacional, abrir telediarios y todo eso. Le pidió a Nagore que frenara en seco. Que se olvidara del asunto. Pero no solo eso. Como sabía que era indomeñable, y que a la mínima se la podía clavar, cortó por lo sano. Y la despidió. ¿Se lo exigió Salazar?

—A mí nadie me exige nada.

—Claro, no era recomendable perder a un anunciante tan rumboso. Salinas Salazar. A página entera. Cada día.

—Ya le dije que debo hacer todo lo posible porque el periódico sobreviva. Es mi responsabilidad.

DeVito ponía énfasis en sus palabras. Una gotitas de saliva se le quedaban enganchadas en los labios.

—Y un manto de silencio cayó sobre el caso. La policía decidió cerrarlo. Muerte accidental. Nadie pudo ver lo que pasó, porque la casa de Valentina está aislada, no tiene vecinos cerca. La pobrecita se cayó por el balcón. Nadie quería ofender a Salazar. A alguien que había hecho tanto por el pueblo. ¿Qué favor le debía usted? Aparte de la publicidad, claro…

—Está yendo muy lejos. Lanzando insinuaciones que podrían colocarle delante de un juez. Llame a una ambulancia, maldita sea.

—Usted es tan mal periodista que incluso me ocultó que Andrade y Salazar habían sido socios.

—¿Con qué derecho se cree usted para que yo le cuente todo?

—Tampoco lo hizo a sus lectores. También los engañó a ellos. ¿Es eso lo que enseñaban en la facultad?

DeVito estalló en una carcajada que puso a mover toda la grasa de su cuerpo rechoncho, pero repentinamente la frenó, y en su rostro se pintó un gesto serio.

—¿Otra vez con la deontología periodística? ¿Qué sabe usted de periódicos, aparte de leerlos, si es que los lee, claro? No sé qué es peor, si escucharle a usted o este tobillo que me está haciendo rabiar de dolor.

—¿Andrade se murió dejándole una deuda impagada a Salazar?

—¡Y yo qué sé!

—Seguro que sí lo sabe. Usted se conoce al dedillo la biografía de Salazar. Hicieron negocios juntos.

La voz de Daniel sonaba segura. La barbilla, ligeramente alzada, subrayaba sus palabras.

—¿De qué está hablando?

—Usted echó del periódico a Nagore porque se había enterado de cosas que le podían incriminar.

Daniel sabía que estaba llegando muy lejos. Que quizá era momento de echar el freno. Pero sentía tanta rabia que ya no podía parar.

—Vaya, veo que sigue creyendo las mentiras de Nagore. Ya se lo dije en mi despacho y usted no pilló la indirecta: cuídese de la amistad de la hiena. Pero no, ha preferido creer a la lunática esa de Nagore. Todo lo que hace esa pérfida está movido por su obsesión con Miranda, una obsesión llevada al límite que le hace fabricar mentiras, una detrás de otra. Pero ¡si llegó a tatuarse una lágrima en la mejilla, a los pocos días de que fuera enterrada Miranda! Sentía tanto dolor, que se tatuó una lágrima. Una lágrima eterna.

—Ella me ha dicho que fue una locura de juventud.

—¿De juventud? Ja ja ja… Pregúntele a quien le hizo el tatuaje. A Zarco, el que tiene el estudio de tatuajes aquí en el pueblo. Lo encontrará a dos calles del periódico, haciendo esquina. Pregúntele, pregúntele… Nagore le está engañando como a un niño. Desde el principio.

Daniel se hizo el sordo.

—¿Y quién violó a Miranda?

—¿De qué coño está hablando?

—¿Quién abusó sexualmente de ella?

Daniel sentía la sangre correrle por las venas, a mayor velocidad que nunca. Tenía ganas de pegarle, de escupirle, de hacerle de todo al hombre que tenía delante. Desde que Borja Stapleton le había dicho que quizá Miranda hubiera sido violada («con todas las reservas, y esto debe quedar entre usted y yo, es materia secreta de la investigación», le insistió), la ira se había apoderado de él, y estaba loco por descargarla sobre ese desgraciado que no paraba de quejarse de su tobillo lastimado. Después de un gran debate interno, logró frenarse.

—Voy a llamar a una ambulancia.

—Eso. Y a propósito, ¿le queda mucho para acabar su trabajo?

—¿Por qué lo dice?

—Castellblanc no es un sitio para turistas. Ya le dije que aquí casi nadie viene. Por algo será.

—Claro, mejor que me vaya por mi cuenta, antes de que usted, con el otro pie que tiene sano, me dé una patada en el culo, ¿verdad?

—Lo digo por su bien.

Daniel interpretó enseguida lo que el director de *La Gaceta* le quería decir. Allí ya no era bienvenido. Un mensaje que seguro también le había querido dar aquella sombra que le persiguió en la playa la otra noche. Asustarlo. Para que tomara nota.

—Váyase. Insisto, lo digo por su bien. Y por su novia. ¿No me dijo que esa muchacha estaba empezando a impacientarse? ¿Qué pensaría si se enterara de que usted se ha liado aquí con otra mujer?

—¿Con quién?

—¿Con quién va a ser? Me han llegado unas fotos de ustedes dos, muy juntitos. En estos tiempos, uno no se puede fiar de nadie. Andas por la calle, despreocupado, pensando en tus cosas, y van y te tiran una foto, metiéndote el dedo en la nariz o en actitud cariñosa con la persona equivocada, y resulta que esa foto puede aparecer en cualquier móvil del mundo en un segundo. Todos nos hemos convertido en paparazis. Y ¿no querrá que su novia reciba esas fotos, verdad? Debe ser buena chica. Estoy seguro de que usted no se la merece. ¿Cuándo llega esa ambulancia, por Dios santo?

Daniel llegó al hotel con ganas de pegarle patadas a las paredes. Pero no por la amenaza que había dejado flotando DeVito, sino por no haberle dado un puñetazo. Cuando se tranquilizó un poco, cuando las aguas se calmaron en su interior, empezó a colocar cada pieza en su sitio. DeVito, preocupado por la deriva del trabajo del ingeniero, inquieto por su peligrosa cercanía con Nagore, viendo que ya andaba haciendo demasiadas preguntas, dio instrucciones a cualquiera de sus becarios para que lo siguieran. Era muy sencillo. Con el pretexto de hacer un reportaje fotográfico sobre el trabajo de los peritos, tenía cobertura para seguir impunemente sus pasos. Y lo cazaron en unas imágenes con Nagore. Esa era la sombra que lo había seguido en la playa, la sombra que el otro día lo asustó. De sobra sabía él que una imagen podía retratar una mentira. Alguien cierra el puño en gesto de ¡vamos a por ellos!, y lo que ven nuestros

ojos es a ese alguien preparado para golpear a otro. Las fotos también sirven para expresar mentiras, al recoger una realidad fragmentaria. Había visto un documental sobre eso, en el ejemplo del hombre que cierra el puño en presencia de otro. Y DeVito quería aprovecharse de eso. La imagen de él caminando junto a Nagore, intentando alcanzar alguna certidumbre en la muerte de Miranda Grey, esa estampa inocente se podía convertir a ojos de otra persona en un paseo romántico por la playa. DeVito sabía que era fácil manipular el material. Y Daniel lo veía capaz de mandarle esas fotos (¿cuántas habría?) a Adela, sugiriendo o insinuando algo que no se correspondía con la realidad. Y con lo suspicaz que estaba su novia, no tardaría ni un segundo en darle validez a esas fotos, confirmando sus sospechas. Si no regresaba a su lado, es porque tenía un lío. Pura intuición femenina. Esa que no falla. Y a ella no se la iban a dar con queso. Con los contactos policiales que tenía DeVito, como director de periódico que era con amplia agenda, con múltiples contactos, con lo que no le resultaría muy complicado dar con el número de móvil de Adela. Quizá debiera llamarla para prevenirla.

Cogió el móvil.

Lo tuvo en su mano más de un minuto.

Pero no se atrevió a marcar el teléfono de su novia.

Se quedó caviloso. Y el hilo de sus pensamientos le llevó a una conclusión que le produjo tristeza; quizá él ahora no estuviera dispuesto a hacer nada por evitar que esas imágenes le llegaran a ella.

37

LLEVABA VARIOS DÍAS APLAZANDO LA VISITA a Valentina. Pero ya había acumulado las suficientes piezas del puzle como para ir a buscarla. Temía que estuviera todavía lejos de armarlo, pero la mujer podía acercarle un poco más a su objetivo.

Descartó el ascensor, inutilizado, y subió por las escaleras, tanteando cada tramo como si debajo hubiera una mina preparada para explotar. Oprimió el timbre de la puerta. Tuvo que repetir el gesto, hasta que ella por fin se decidió a abrirle. De nuevo le llamaron la atención sus ojos muy pintados, esta vez, color magenta. En sus manos llevaba un libro. Daniel vio en la portada a un hombre medio dormido en el asiento de un coche, con un sombrero borsalino sobre la cabeza. *El secreto de Christine*, leyó.

—¡Qué alegría de verle! Pensé que ya me había olvidado.

—He estado muy ocupado. Hay muchas viviendas que se han visto afectadas.

—Menos mal que yo he tenido un poquito de suerte. Dios me ha ayudado. Y eso hay que celebrarlo. Eso y que usted ha vuelto por aquí. ¿Le apetece beber algo? Por ejemplo, lo que tengo yo aquí, entre mis dedos —propuso Valentina, alzando una copa—. Nada entra tan bien como un *gin-tonic*.

—Lo siento, pero yo no bebo.

—¿Ni siquiera una Coca-Cola?

—Eso sí se lo acepto.

La mujer soltó el libro y se perdió en dirección a la cocina. Sus pasos eran lentos. A pesar de su empeño en aparentar ser joven, comprándose vestidos caros, maquillándose esmeradamente, la edad tampoco la perdonaba a ella.

Daniel dejó que su mirada vagara por el salón. Ahí seguía, amenazante, la raja en el techo. Las paredes, sin embargo, se mostraban sólidas. El perito se fijó en un objeto que no le había llamado la atención en la primera visita que había hecho. Una

figurita con la reproducción de la torre Eiffel, de esas que construía artesanalmente Gavilán, que estaba escondida en una urna. La mujer volvió de la cocina con su *gin-tonic* y una Coca-Cola.

—¿Es verdad que va a venir el rey?

—No sé.

—Es que lo he oído en la tele. Que mañana viene para acá.

—No tengo acceso a la agenda real, si me permite la broma.

Valentina sonrió tímidamente, depositando la copa de *gin-tonic* en una mesa de patas muy historiadas que estaba plantada delante del sofá.

—¿No se siente muy sola aquí?

—Claro que sí. Echo mucho de menos a mi Miranda. Ya le dije que es un ángel.

Por supuesto que lo era. A Daniel se le fue la vista al cuadro que dormía sobre la repisa de la chimenea, con el rostro hermoso de Miranda, los labios llenos de carne, las paletas delanteras un poco salientes, en una imperfección que le confería un aire sensual. Y pareció que ella le infundió valor para hacer preguntas que le quemaban en la boca, que tenía que sacar fuera como una brasa que le quemaba la lengua. Se habían acabado las cortesías.

—¿Por qué no me contó la verdad?

—¿A qué se refiere? —preguntó Valentina, revolviéndose.

—Miranda está muerta.

La mujer reaccionó con un enérgico movimiento de cabeza, un gesto obstinado, repetitivo.

—Su hija cayó al suelo desde ahí, justamente desde ahí.

Daniel señaló con la barbilla al balcón. Por una puerta medio entornada se filtraba el aroma de los geranios que prosperaban en sus parterres.

—Pero el cuerpo acabó en las salinas —prosiguió Daniel, esperando ansioso el efecto que producían sus palabras.

Valentina calló. Se quedó estática. Como una figura de cera. La sonrisa con la que había recibido a Daniel había huido por completo de su cara. Lo miraba como si estuviera en presencia de un extraño que de pronto se hubiera colado en su casa y la estuviera agrediendo con palabras feas, las más feas del mundo. Después de un largo minuto, y tras llevarse a los labios la copa de *gin-tonic*, ella

volvió a hablar.

—¿No se lo dije? Ya voy teniendo fallos en la memoria, y a veces olvido cosas. Voy a la cocina y no sé qué estoy haciendo ahí, qué he ido a buscar.

Valentina dejó la copa en la mesa, e hizo un movimiento de paquidermo para ponerse en pie. Parecía un poco mareada.

—¿Por eso también se le olvidó que había conducido el coche de su marido, y que lo dejó abandonado?

Ella se revolvió. En su rostro había pintado un gesto de sorpresa. A la legua se veía que jamás hubiera imaginado que nadie, y menos aquel joven con aspecto tan calmado, le fuera a hacer esa pregunta.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Es lo que se comenta en el pueblo.

Valentina dejó extraviar la mirada hacia el fondo del pasillo, como si esa fuera la vía que le podía conducir al pasado, a un hecho quizá remoto en su memoria averiada.

—La verdad, no sé lo que pasó esa noche, quién llevó el vehículo de mi difundo marido allí. Pero yo no fui, desde luego.

Daniel miró la foto de Miranda Grey. Tan bella ahí, rebosante de vida, tan diferente a su rostro aplastado criminalmente por las palas de la volvedora. Esa imagen le produjo un estremecimiento. Un repeluzno le recorrió la espalda. Pero no tenía ganas de llorar, sino más bien rabia.

—¿Por qué me engañó al decirme que su hija estaba viva?

Valentina se quedó con los labios sellados, dirigiendo alternativamente la mirada al pasillo umbroso y a la lámpara de araña que colgaba del techo, como si esperara encontrar en ellos la respuesta que buscaba.

—Bueno, a mí me gusta hacerme la ilusión de que lo está. Usted no es madre, y no me puede entender. Además, ya le he dicho que tengo problemas de memoria. O no sé, quizá es precisamente mi mente la que intenta borrar imágenes que puedan lastimarme constantemente, las va desplazando, recluyendo a un rincón, no sé si me explico. Para mí ella no ha muerto. Sigue viva en mi corazón.

La bibliotecaria le había comentado que a veces Valentina iba a pedir libros que ya tenía prestados en su casa. Nagore le había contado el episodio del Cayenne abandonado. Pero no podía bajar la guardia. Aquella mujer jugaba a esconderle cartas. Era el

momento de que él sacara otra.

—¿No se le hace esta casa demasiado grande? Usted aquí, tan sola.

—Sí, no le voy a engañar, las horas pasan muy lentas. Y menos mal que tengo mis amadas novelas, que actúan de paliativo por tantas pérdidas. Primero mi marido. Y luego la niña. Ya se me hizo muy duro cuando tuvo que irse a Nueva York. Pero yo quería cortarle los vuelos. Y estaba claro que allí en América iba a tener una formación pianística superior. Eso me decía todo el mundo. La eché mucho de menos.

Daniel escrutó el rostro de la mujer. Había un gesto doliente en él. Las palabras sonaban apesadumbradas.

—Me hago cargo. La verdad es que las desgracias se le han acumulado. Su marido, su hija… Y luego lo de ese hombre. Lo de Armand.

—¿Armand?

Ahora fue Daniel el que se tomó su tiempo para responder. Quería evaluar la reacción de la mujer al sacarle el nombre de Armand, intentando leer en su semblante tal como leía daños ocultos en las paredes resquebrajadas que examinaba día a día, encontrar en sus ojos las verdades que nunca saldrían de sus labios bordeados de arrugas.

—Sí, el extranjero que apareció por Castellblanc. Le vieron juntos muchas veces y creo que se llevaban muy bien.

Valentina miró su *gin-tonic*, sin atreverse a darle un sorbo.

—Ya sé lo que se dice en el pueblo. Que yo tuve una historia con ese señor, pero eso es completamente falso. Armand era un hombre cultivado, con inclinaciones culturales, con especial tendencia al mundo pictórico, y enseguida sintonizamos a un nivel espiritual. Él me hablaba de lienzos y yo de novelas. Y nos dedicamos a compartir esas emociones, a realizar el sano trasvase de vivencias culturales. Lo demás son infamias. Infamias destinadas a hacer aún más daño, como si ya no tuviera bastante con las pérdidas trágicas que han arruinado mi vida. Pero este pueblo es cruel. Y Armand, un caballero. Por eso él tampoco se podía quedar aquí. Ni siquiera la cultura, con toda su fuerza, puede hacer nada contra la maldad.

—Háble me de Salazar.

Valentina se removió en el sillón como si hubiera recibido un

alfilerazo. Sus ojos acuosos enfocaron a Daniel, fijamente. Parecían los de un saurio.

—¿Qué relación tenía Salazar con su difunto marido? No me diga que también se le ha olvidado ese nombre, como esa cosa que iba a hacer en la cocina.

La mujer frunció el ceño. Su rostro se le arrugó aún más, afeándose.

—La verdad es que me siento un poco cansada. Tengo pesadillas por las noches, pensando que va a venir otro terremoto. Eso dice la televisión, que vendrá otro y nos enterrará a todos. ¿Usted qué piensa? En fin, que yo me siento agotada, como sin energía. No sé, quizá sería mejor que viniera otro día, con más calma, y hablamos de lo que a usted le apetezca. Espero que, con su comprensión, pueda hacerse cargo. Le espero otro día. Y hasta le tendré un regalo preparado. No puede ir por el mundo sin haber leído a James Cain o a Hammett.

Daniel se levantó, desentendiéndose de su
Coca-Cola.
Tanteó las paredes y dirigió su ojo clínico a la resquebrajadura que culebreaba por el techo. Valentina lo oyó gruñir.

—Tiene mala pinta. La estructura está dañada. Alguna viga partida. Y el techo se le podría venir abajo a la mínima. El efecto de la réplica es más profundo de lo que yo podía imaginar.

Teatralmente, Daniel metió la mano derecha en su bolso y extrajo la carpeta que siempre llevaba consigo. Y empezó a garrapatear en ella.

—Estoy en la obligación de recoger en un informe esta novedad, que me pasó inadvertida en el primer examen. Y adjudicarle un círculo rojo.

—Y ¿tendré que dejar mi casa?

—Por supuesto. No es un capricho. Es preceptivo. Por su seguridad.

Valentina sintió que se ahogaba. Daniel la oyó respirar, abriendo la boca como un pez que se asfixia, intentando llenar sus pulmones de aire. La copa de *gin-tonic* temblaba en sus manos. Tanto que optó por dejarla sobre la mesa, dispuesta a desentenderse completamente de ella.

—En efecto, mi marido y Salazar fueron socios. Fundaron una

empresa de salazones, con exportación primero a España, y luego a otros países del mundo. Todo iba de maravilla. El dinero entraba a espuertas. Y nos mudamos de un piso humilde, el que siempre habíamos tenido desde casados, a este. ¡Imagínese pasar de un piso de setenta metros a uno de trescientos! Mi marido se mostraba obsequioso, cariñoso. Pasaba muchas horas fuera, pero cuando llegaba aquí era el mismo hombre atento con el que yo me había casado. Hasta que algo lo estropeó todo. Ese maldito club de alterne…

Daniel cerró la carpeta. Su amenaza de sacar a Valentina de su fastuosa vivienda, con círculo rojo por medio, había surtido efecto. A la mujer se le estaba soltando la lengua.

—Primero fue la extracción de sal. Pero los beneficios eran tan grandes que los dos, mi marido y Salazar, empezaron a promover obras. Y levantaron muchos edificios. Querían cambiar el paisaje de Castellblanc, borrarle todas las grietas, darle un aire de resort. Esa idea la copió de Miami, de un viaje de negocios que hizo allí. Y él soñaba a lo grande. Mi marido siempre me lo decía: «Debemos colorear el pueblo, llenarlo de todos los colores que he visto en Miami. Los turistas no vienen aquí porque todo es gris. Pero si les damos una especie de Miami inundado de colores, mirando al Mediterráneo, el turismo vendrá».

—Y ¿usted qué pensaba?

—A mí me parecía bien. Hasta en eso estábamos de acuerdo. Castellblanc era triste. Y triste se ha quedado. Por culpa del puticlub.

—¿Por qué dice eso?

—Eso fue idea de Salazar, seguro. Un tipo solitario, que nunca se ha casado y que siempre tuvo fama de golfete, de ir con unas y con otras. ¡Hasta con negras! Y claro, las quería tener a mano. Y lio a mi marido con lo de invertir en una casa de esas, de alterne. Es un negocio tan seguro como la sal. Y lo enredó. Lo abrieron. Y yo ya vi que mi marido empezó a llegar más tarde a casa. Que ya no era tan cariñoso conmigo. ¿Usted me entiende, verdad?

Claro. Su marido encontraba entretenimiento fresco en el club. Amor de mentira. Y además, gratis. Ninguna chica le diría que no, siendo uno de los jefes. Y a Daniel le encajó otra pieza en el puzle. Nagore tenía razón. Valentina se había vengado póstumamente de

su marido. Él la abandonó para disfrutar de carne joven. Ella le ajustó las cuentas con Armand, pagándole con el dinero de su difunto los caprichos caros de su nuevo galán de aspecto juvenil. Se lo merecía, después de tantos dolores de cabeza que le había dado su marido, por ahí perdido entre fulanas.

—Ese club trajo la desgracia al pueblo. E hizo que mi marido y Salazar se pelearan.

—¿Por qué?

—Yo estaba aquí en casa, leyendo a mis clásicos, deleitándome con Flaubert y Dostoievski, o con los americanos, que me encantan, y todos en el pueblo han creído que yo era una lela, solo pendiente de mis amados libros, como si solo habitara ese mundo de fantasía y no me diera cuenta de lo que ocurre en la vida real. Pero oiga, de tonta, nada. Y me enteré de lo que estaba pasando entre ellos. Se habían enemistado. De pronto, un abismo se había abierto entre los dos. Se habían encaprichado de la misma. De una prostituta. Esta no era negra, fíjese. Decían que era calcada a una actriz muy guapa que hacía telenovelas, de esas venezolanas que parecen Miss Universo. La historia de la literatura está llena de mujeres bellas que engañan a hombres tontos. Ya ve lo que le sucede a Frank, ese pobre desgraciado que elige a la mujer equivocada en *El cartero siempre llama dos veces*. ¿La habrá leído, no?

—No, no he tenido tiempo aún.

—Pero ¿cómo es posible? ¡Si es un clásico! ¿Y tampoco *El halcón maltés*? ¿No conoce a la señorita
O'Shaughnessy?

—¿*El halcón maltés*? Me suena. Creo que he visto la película, pero hace mucho tiempo.

—¡Cuántas lecturas le faltan, joven! A lo que iba, que nos hemos desviado del camino. Salazar y el bobo de mi marido se pelearon por la misma mujer. Se ve que en la cama le hacía locuras. A los dos. Y los dos se encapricharon de ella. A los tres meses mi marido murió atropellado.

—¿Atropellado?

—Sí. Lo embistió un coche.

Tengo miedo. ¿No me has hecho ya bastante daño? ¿O es que quieres que desaparezca? Quieres eso, ¿verdad?

38

HICE UNA CONSULTA A LA BRIGADA DE ALICANTE.

Pero no constaba que hubiera sido presentada, ni en la comisaría de Castellblanc, ni en ninguna otra instancia, denuncia alguna por agresiones grupales a ningún hombre. Era obvio que, si esos episodios estaban ocurriendo, los afectados tenían tanto miedo como para no recurrir a la policía. No era difícil de imaginar que los protagonistas de aquellas cacerías nocturnas, antes de darse media vuelta y dejarse absorber por las sombras de la noche, le dejaran al pobre desgraciado que habían elegido ese día un mensaje muy clarito: si denuncias, la próxima paliza será mortal.

Seguí el curso de mis pensamientos, que me llevaron a una hipótesis que me pareció plausible: y si uno de esos miembros de las cacerías, sintiéndose identificado, no fiándose de que Leo pudiera ir a la policía, lo señalaba y lo metía en un buen lío. Mejor cargárselo. Total, un puto maricón menos, en esa jerga cargada de violencia y odio que usan estos malnacidos. O más fácil incluso: el grupo, actuando conjuntamente, había decidido que era demasiado arriesgado dejarlo con vida, no vaya a ser que cantara. Y entre varios, lo pillaron desprevenido, y lo eliminaron.

Me acerqué a comisaría. Fuster estaba en su despacho. Lo noté azorado.

—Papeleo, papeleo y más papeleo. Esto antes no era así. Pero ahora hay que rellenar decenas de documentos. Y con tanta denuncia por robos, no tengo tiempo ni de ir al baño. Y ya a mi edad, la próstata no perdona.

—¿Siguen produciéndose robos en las casas?

—Todos los días. En estas situaciones, como en las guerras, sale lo mejor y lo peor del género humano. Y encima de todo, no tenemos nada nuevo sobre ese pobre chico.

—Bueno, yo quería preguntarle si tienen controlado a un grupo

de jóvenes que, de forma periódica, se dedica a hacer cacerías de gais, justo cuando los bares cierran, en la madrugada. Esa es la información que me ha llegado.

—¿Quién le ha dicho eso? ¿Cacerías? Quizá esa palabra sea excesiva. En efecto, tenemos detectado a un grupo de chavales, de talante agresivo, que de vez en cuando se meten en alguna pelea. Pero nada que pueda hacer pensar que es un grupo organizado que se lanza a la búsqueda de gais, como un comando homofóbico o algo así, ¿no? Salen, se emborrachan, la lían. Solo eso.

Me quedé pensativo. ¿Y si Nagore había exagerado? Igual había tenido algún encuentro desagradable con ellos, se habían cruzado unas cuantas palabras desagradables, algunas amenazas, porque a Nagore se veía a la legua que le iba la marcha… y ella había ido demasiado lejos en su imaginación para verlos no como unos macarras, sino como unos matones que sembraban el terror en las madrugadas solitarias de Castellblanc.

Estaba tan enfrascado en la investigación, que no había tenido tiempo para volver a las salinas, después de mi primera excursión. Y allá que me fui, con la idea de dar un descanso a mi mente. Soplaba algo de viento.

Mis pasos resonaban solitarios sobre una costra crujiente. En la orilla se formaban grumos de agua salada. En mitad del humedal, un grupo de flamencos avanzaba en formación militar. A gran velocidad. No lo entendí, hasta que divisé una figura humana. Debía ser Gavilán. Daniel me había hablado de ese viejo que malvivía vendiendo barquitos de sal. Ahora sostenía en sus manos la maqueta de una de sus obras. Me presenté. Él tardó en reaccionar. Me veía como un intruso.

—¿Por qué huyen?

—¿No ha visto esas nubes?

Miré al cielo. En efecto, varias nubes habían cambiado de color, mudando al gris amenazante. Las aguas rosas de la laguna empezaron a rizarse.

—El viento de lebeche, ahí lo tiene. Y pronto, la lluvia. Y mire a los polluelos haciendo sus primeros vuelos, aprovechando el viento. Hace nada eran unos bebés y estaban atracándose a leche de buche, y ahora, ala… al cielo.

Unos cuantos flamencos alzaron el vuelo, dibujando en el

horizonte su perfil hecho de plumaje gris, blanco y negro. La imagen era hermosa, pero yo no podía entretenerme en ella. Además, el tiempo se estaba poniendo feo.

—¿Usted conoce a este chico? —le pregunté a Gavilán.

Miró la foto, enfocándola con sus ojos miopes, lacrimosos.

—Yo no veo muy bien, ya a mi edad. Además, me mezclo lo justo con la gente. Les vendo mis barquitos y punto. Prefiero esconderme aquí, en medio de este silencio. A los jefes del salinar no les hace mucha gracia. Pero de aquí la única opinión que me interesa es la de los flamencos. Esos son mis únicos amigos.

—¿Lo conoce? —insistí.

—No, no.

—¿Y a sus padres?

—A ellos sí. Gente humilde. Trabajadora. Pero usted ya llega tarde.

—¿Tarde? No le entiendo.

Gavilán hizo rechinar los dientes de su dentadura postiza, y de su boca salió una especie de silbido antes de volver a hablar.

—Esos periodistas se le adelantaron, amigo. Llegaron a ofrecerme dinero si les daba alguna información sobre el chico. Me preguntaron si era, pues eso… invertido, o como se llame ahora eso. Y no tuve más remedio que mandarlos a la mierda.

—¿Cuándo fue eso?

—Ayer mismo.

Pensaba que iba un paso por delante. Que en el secuestro de Leo pudiera haber motivaciones sexuales era para mí una pista. Para la prensa, carnaza. ¿Cuánto tardarían en explotarla? Igual antes de que empezara la tormenta, que parecía inminente. Algo que Gavilán leyó mejor que yo. Recogió sus aparejos y se dispuso a salir del humedal.

—Aquí tiene mi teléfono. No dude en llamarme si le llegara alguna información del chico, por favor.

—Descuide.

Y vi cómo se perdía su figura, con la certeza de que aquel viejo sabía más cosas de las que decía. Pocos podían conocer mejor que él los rincones escondidos de Castellblanc. Y en alguno de ellos, un chaval de dieciséis años estaba pensando en mí, preguntándose cuándo la policía iría a rescatarlo.

Por la noche intercambié algunos wasaps con Ana, que me envió una foto que se había hecho esa misma tarde, con un barrigón que parecía anunciar que iba a dar a luz en cuestión de horas. No hay nada más bello que una mujer embarazada, creando vida en su interior.

—No abuses de los Donuts, que te vas a poner más gorda —le escribí, gastándole una broma, a la que ella respondió con un montón de emoticonos con un muñequito riéndose, y luego otro, haciéndome una peineta acompañado de un corazoncito rosa.

Estaba secándome el cuerpo después de darme mi ducha habitual antes de meterme en la cama, cuando el móvil empezó a sonar. Camino de la mesilla en la que estaba cargándose, deseé que fuera Gavilán, que seguro que le habría dado alguna vuelta a lo que le había dicho por la tarde, y quería contarme algo. Pero descubrí con decepción que no era él. Daniel era quien me llamaba. En otro momento no se lo habría cogido. No podía gastar energías en atender su obsesión enfermiza por una chica muerta. Pero conforme me fui dando cuenta de que Miranda Grey tenía conexiones con Leo, me vi obligado no solo a cogerle el teléfono, sino a compartir información con él. Esa noche le conté lo que había ocurrido en El Paraíso, lo que le pasó a la pobre Alexia. Él me explicó, con palabras atropelladas, todo lo que había podido extraer de la visita a Valentina, empezando por el atropello de su marido, de Andrade. Y cuando me despedí de Daniel y colgué el teléfono, me pregunté si también la viuda formaba parte de la trama de la desaparición de Leo.

39

En el cielo quedaba todavía un remanente de luz diurna, un relumbre herrumbroso que se iba extinguiendo cada minuto. Los edificios derruidos parecían espectros. El viento del Mediterráneo se colaba entre sus paredes desnudas. Daniel había quedado con Nagore para verse en el Momo. Como la periodista se retrasaba, el ingeniero pensó que podía aprovechar esos minutos para llamar a su novia. No había olvidado la amenaza que le había dejado colgando DeVito. ¿Se atrevería a mandarle las fotos que le había hecho, paseando con Nagore? La periodista llegó. Daniel, señalándole el teléfono móvil, le pidió que se mantuviera a prudencial distancia. Él la miró. Cada día estaba más fea y descuidada. ¿Quién podría creerse que él podía tener una aventura con una mujer así? Intentó mostrarse cariñoso con Adela. Pero la conversación no iba como él esperaba.

—Cariño, voy avanzando en la investigación. Yo creo que estoy muy cerca de la verdad. No te puedes ni imaginar. Resulta que el cuerpo de la chica apareció en la salina. Aquí todo el mundo está pringado, y no descartaría que hubiera algo raro en un club de alterne que hay, El Paraíso.

—¿Me has salido también putero? ¡Lo que me faltaba!

—Pero cariño…

Nagore lo veía bracear, hacer aspavientos, buscando pretextos o justificaciones.

—O sea, que ahora te ha dado por las putas.

—Amor, que noooo…

Y Adela le colgó el teléfono, súbitamente. Daniel se quedó mirando el aparato, con un gesto de incomprensión.

—Ya has visto cómo está el Momo.

—Sí, a reventar.

Daniel recordó los primeros días, cuando no solo se podía conseguir mesa, sino que incluso había sido posible crear un espacio

de intimidad con el camarero. Pero el desembarco de todos los equipos de televisión, que habían invadido Castellblanc como una plaga de langostas, hacía que el bar estuviera siempre hasta arriba.

—Lo mejor que podemos hacer es dar un paseo y hablamos —propuso Nagore.

Y las dos figuras se perdieron por una calle alfombrada de cascotes, observadas por edificios mellados.

—No sabía que hace un tiempo murió una prostituta en El Paraíso. ¿Se te olvidó decírmelo?

—Fue un olvido deliberado —respondió Nagore, con un matiz despectivo en su voz.

—¿Y eso?

—Porque no tienes derecho a que comparta contigo todo lo que sé.

Daniel sonrió, con ironía. No merecía responder de otra manera a la soberbia con la que se manejaba Nagore. Ya la conocía de sobra, a estas alturas de la película.

—La chica se llamaba Alexia.

—Ya veo que te has informado.

—No olvides que trabajo en equipo, con ese policía.

—¿Tú y él? Vaya pareja que formáis, ja ja. No te fíes mucho de ese poli. Con la información que ya tiene, lo primero que tenía que haber hecho era haber detenido a Armand para que prestara declaración. Ahora le ha dado por espiarme. El otro día me siguió los pasos, cuando fui a hacerle una visita a Valentina.

—¿Para qué?

—Los viejos siempre nos necesitan. Y más con esta tragedia que nos ha caído. Que tú vives a cubierto, en tu hotel. Pero yo sigo en mi tienda de campaña, no lo olvides.

El perito hizo un gesto de indiferencia. No le daba ninguna pena esa chica. Ella no tenía nada que ver con las familias llenas de niños pequeños que habían llenado el campamento, y que se enfrentaban a un futuro inmediato de incertidumbres y lágrimas.

—¿Qué le pasó a Andrade?

—¿A Andrade?

—Sí. Su mujer me contó que fue atropellado. ¿Quién lo atropelló?

—Seguro que tú sabes la respuesta. ¿No vas ahora de

investigador de la verdad, colega?

Daniel hizo un gesto de disculpa, conciliador. No quería perder en ningún momento las formas. Nagore todavía le podía resultar útil.

—En efecto, Andrade murió atropellado, mientras paseaba. A veces se ponía el chándal y hacía un poco de ejercicio. Una de esas tardes lo embistió un coche. No estaba solo. Ese día también se había puesto el chándal Valentina. A ella le gustaba que de vez en cuando los vieran juntos por el pueblo, para desactivar las murmuraciones de que él se iba de picos pardos, atraído por el fuego latino. El golpe fue tan brutal que Andrade murió en el acto. El coche lo conducía un joven, que fue acusado de homicidio imprudente. Dio negativo en el test de alcohol y de drogas. Durante unos días, Valentina fue diciendo por el pueblo que había sido Salazar quien había dado la orden de quitar de en medio a su marido. Pero fue justamente con su muerte cuando empezó a aflorar la verdad: él llevaba una segunda vida con Alexia, la prostituta. No eran ya murmuraciones, sino detalles concretos, muy dolorosos, que circularon hasta en el funeral. Y cuando fue requerida por la policía para ratificar su primera declaración, que incriminaba a Salazar, no lo hizo. Por miedo a represalias, sin duda. Conocía de sobra el poder de Salazar, y de lo que era capaz. Y sobre todo, ella no se la iba a jugar por su marido, que había estado desahogándose con una puta.

Un tractor de color verde y amarillo avanzó hacia ellos. El conductor les hizo un gesto airado para que se apartaran. Quedaba todavía tanto trabajo por hacer en Castellblanc. Las máquinas no descansaban, ni de día ni de noche.

—Cada vez me asusta más el poder de Salazar. Y empiezo a tener claro que fue Salazar el que mató a la pobre Miranda. Las piezas empiezan a encajar.

—Más te valdría arreglar los problemas con tu novia.

—¿Cómo dices?

—Te ha colgado el teléfono, ¿verdad?

—A ti eso no te importa.

—Ocúpate de ella y deja de fabricar teorías absurdas. La investigación no es lo tuyo.

Daniel notó cómo le trepaba por el interior la ira. Nunca le

había caído bien aquella mujer, con su cuerpo esmirriado, su voz carajillera, sus aires de suficiencia. Ahora, para colmo, le atacaba con insolencias.

—No, no me mires así —reaccionó ella—. Que estás equivocado. Completamente equivocado. Y para quitarte esa idea tonta de la cabeza, esa absurdez de que a Miranda la mató Salazar, te voy a contar algo muy confidencial. Para que compruebes que soy mejor periodista de lo que tú crees. ¿Sabías que Armand presentó una denuncia contra su exmujer?

—¿Una denuncia?

—*Yes*. Acusándola de la muerte de Miranda.

Daniel se frenó en seco, e inquirió a Nagore con la mirada.

—Aquí hay un elemento que nunca terminó de salir de la ecuación, aunque siempre estaba oculto: Asunción Montaner. Una mujer abandonada. De aire patricio. Una mujer de armas tomar, que no podía consentir que un hombre la dejara. Ningún hombre lo había hecho y Armand no iba a ser el primero. Total, que abandona la polución y el ruido de su ciudad, agarra el coche, un poderoso e imponente Range Rover, y se extravía por carreteras comarcales, hasta que aterriza en Castellblanc. Se pone a hacer preguntas. Igual que tú. Y aquí ya has visto, el pueblo cuenta cosas. Y más cuando es de una pareja tan extraña como Valentina y Armand. Pero Asunción Montaner se da cuenta de algo: su rival no es la madre, sino la hija. A Valentina solo la quiere para sacarle toda la pasta, y eso hasta le podría parecer divertido, su marido haciendo de *gigoló* sacacuartos de una vieja, pero a quien se ha enganchado sin solución es a Miranda. Es a ella a la que ve como rival. Logra reunirse con ella, advirtiéndole de que abandone la aventura, de inmediato. Que busque a chicos de su edad, no a hombres que podrían ser su padre. Es una mujer que intimida. Un poco artificial. Relleno en los labios. Bótox. Y obsesionada por el *fitness*, ejercido en los gimnasios más exclusivos de la capital. No olvides que Armand tuvo una racha muy buena en la galería. No había capricho que le pudiera negar a su mujer. Hasta que las cosas empezaron a ir mal. Pero no pierdo el hilo. Miranda, obcecada, no le hace caso. Asunción Montaner vuelve a la ciudad, convencida de que todo ha acabado. Pasan las semanas, y no es así. Regresa al pueblo sujetando a duras penas la ira. Fuera de sí. Se encuentra de nuevo con Miranda, que la trata

con aire desdeñoso. Asunción Montaner acaba con ella. Y con sus bíceps conseguidos en largas horas de *gym*, primero la empuja por el balcón y luego la sube en su Range Rover y arrastra a las salinas. ¿Te cuadra?

Daniel se pasó la mano derecha por la barbilla. Se sintió como si uno de esos cascotes que hacían equilibrio sobre los edificios se le hubiera venido encima, de golpe. Nagore siguió hablando.

—En apariencia es un razonamiento que no tiene ninguna falla. Desde luego, serviría para abrir otra línea de investigación. Y sin embargo, son unos hechos absolutamente falsos.

—¿Por qué?

—Ese fue el contenido de la denuncia que rellenó Armand. Y lo hizo… como respuesta a la que ella le puso previamente. Se cruzaron denuncias, para defenderse uno del otro. Era la guerra de los Rose.

—¿Ella también lo denunció a él?

—Sí. Estaba tan herida que era capaz de hacer cualquier cosa para hundirlo. O para hacerle pasar un mal rato.

—Para eso solo tenía que decirle al ruso dónde se escondía su marido. ¿Cómo se llamaba me dijiste? Nikolai Efimov.

—Entonces ya no lo habría visto más, y lo que latía siempre en su interior era recuperarlo, ganar la partida, que abandonara sus aventuras en un pueblo de mierda como este. Además, el ruso ya no estaba interesado en Armand.

—¿Por qué?

—Porque Valentina había saldado la deuda que tenía con el ruso. Ante el riesgo de perder a su amor, no dudó en abrir otra vez la cartera y solucionar el problema.

—¿Quién te dice lo que la mujer de Armand le había comentado a Miranda, en tono amenazante? ¿Acaso estabas tú a su lado, con micrófono escondido?

Nagore esta vez prefirió ignorar su comentario burlón.

—Olvidas que Miranda y yo fuimos amigas. Muy buenas amigas. Pero que muy buenas. Y ella me contó de la visita de esa mujer. Tenía mucho miedo. Pero no se arredró. Su amor por Armand era más fuerte. ¿Sabes lo que llegó a decirme? Que cuando se veían, hacía todos los esfuerzos posibles para disimular que quería tenerlo desnudo, quitarle la ropa, con la misma ansia con la que quitamos

el envoltorio que recubre un regalo, el papel de regalo que desgarramos impacientes. Hasta ese punto tenía confianza conmigo Miranda.

Una pagafantas. Eso es lo que era Nagore. A Daniel le dio un poco de pena. A pesar de su aspecto desgalichado, de sus principios o ausencia de ellos, era una mujer que inspiraba más lástima que otra cosa. La imaginaba yendo a las primeras entrevistas con Miranda, buscando en el armario la ropa que mejor le quedara, dedicando delante del espejo minutos y cremas para disimular sus ojeras perennes. Y su frustración al volver a casa, viendo que no había avances. Las palabras de Miranda hablando de Armand, de lo mucho que lo quería y deseaba, clavándose como dagas, una a una, aquellos detalles íntimos de los goces clandestinos, los goces que a ella le negaba. Hasta que un día admitió la realidad: ya que no podía ser su novia, al menos sería su amiga. Su mejor amiga. Era la única forma de tenerla a su lado. De que ella le regalara su adorable sonrisa, su perfume a limón, su boca de labios perfectos, aunque muchas veces se abrieran para lanzar palabras que le dolían como puñetazos.

Daniel quiso probar hasta dónde llegaba la profundidad de esa amistad.

—¿Tú sabías que Miranda se dejaba caer de vez en cuando por El Paraíso?

—Pero ¿qué dices?

—Sí. Se hizo amiga de una prostituta.

—¿Quién te ha dicho eso?

—A mí, no. Al policía. Una de las trabajadoras del club de alterne.

—Pero ¡qué bobo que eres! ¿Acaso tú no sabes que la profesión de una puta es mentir? La única amiga de Miranda era yo, tonto. Y tampoco te fíes mucho de ese policía, ya te lo dije, pero no me quieres hacer caso. Parece un poco perdido.

El ingeniero estuvo a punto de preguntarle si ella sabía que Miranda había sido violada. Pero no se atrevió. Era como entrar en el reducto más sagrado de la chica. Como deshonrarla de nuevo.

—Antes me has dicho que la muerte de Andrade fue un accidente, ¿no? ¿Estás segura de eso?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Es que he pensado que quizá fue cosa de Valentina.

—¿De Valentina?

—Sí, un encargo de ella. Mataba dos pájaros de un tiro. Su marido no solo le hacía la vida imposible, sino que se había encaprichado de una venezolana. Se cargaba esa relación. Y de paso, heredaba todo el imperio, y se quedaba con todo el dinero, para disfrutarlo plenamente, para vivir una segunda juventud, a todo tren. Donde apareciera un Armand que le devolviera a la vida. Y ese Armand apareció, para alborotarle el corazón. Pero, por muchos planes que hagas, siempre hay un giro en la trama que los tuerce. Ella lo preparó todo. Lo que no podía ni imaginar era que le iba a nacer la rival más inesperada: su propia hija.

—Date una vuelta, colega. A ver si se te aclaran las ideas…

40

DESDE LA CALLE SE OÍA LA MÚSICA. Eran unas notas optimistas que Fabio Castellanos le arrancaba a su piano. Estaba tan abstraído que tardó en reaccionar. Daniel tuvo que insistir con el timbre.

Le abrió la puerta. Antes de cerrarla, el pianista barrió con la mirada todo su campo visual, receloso. ¿Habría visto alguien a su visitante llamar a la puerta de su casa?

—¿A qué ha venido?

Su voz sonaba hosca.

—Tenía algunos pensamientos que compartir con usted.

—¿Pensamientos? —respondió el pianista, como si le hablara de alguna enfermedad venérea.

Daniel asintió.

—Los artistas necesitamos concentración. Un móvil, un timbre… son inaceptables elementos de distracción, castradores de obras que piden salir al mundo, nacer.

—¿Qué pieza estaba interpretando?

—La *Sonata No. 7* de Prokofiev. En concreto, el movimiento el «*allegro* inquieto». ¿No ha visto las notas crecer como un río tumultuoso, violento, y ese final con un redoble rápido del acorde bemol mayor? Es una burla que muriera el mismo día que Stalin.

—Pero no he venido hoy para hablar de Stalin.

—Usted dirá por qué ha decidido importunarme.

—Es sobre Miranda Grey.

Fabio Castellanos hizo un gesto negativo con la cabeza, y luego enfocó con ojos duros a su visitante.

—Yo ya le conté lo que debía contarle. O quizá lo que no debía. Podía probar a dejarme en paz.

Daniel ignoró la última frase y le hizo a Fabio Castellanos un resumen de las últimas entrevistas que había celebrado. De la animosidad que ahora le dedicaba DeVito. De lo poco que se fiaba de Nagore. Fabio parecía procesar toda aquella información. Miró al

ingeniero con sus ojos cansados, evaluándolo. Después cerró la tapa del piano e invitó a su visitante a sentarse.

—Usted me dijo que estuvo en el instituto, ¿no?

—Así es.

—Y ¿a qué conclusión llegó?

—Que Miranda no tenía allí precisamente un club de fans.

—A veces, en este mundo de la música, se generan complicidades y se tejen lazos que no se dan en ningún otro mundo. Hay hilos invisibles que unen a dos personas. Da igual la edad, el sexo, la procedencia… Cuando dos corazones se estremecen escuchando a Chopin, quedan íntimamente ligados. Y se genera un espacio común de confianza y lealtad. El alma creativa de Miranda era también un alma atormentada que solo encontraba paz ante las teclas del piano. Solo con él era feliz. No le gustaba el instituto. Allí la miraban mal.

—¿Cómo que la miraban mal?

Fabio avanzó hacia el piano, y tanteó algunas teclas que emitieron notas huérfanas. Junto a aquel instrumento prodigioso, el mundo dejaba de ser hostil, aliviándolo de los agravios y ultrajes que hacían infelices a los hombres. Ante su teclado era capaz de olvidarse de todo. O de casi todo.

—Ella me lo confesó un día, al acabar la clase. La veían como a una sabionda, una niña bien, que en vez de lucir tatuajes, tenía un aire un poco victoriano. La *instagramer* esa de vez en cuando subía una historia, ridiculizándola, usando su cara y llenándola de muñequitos absurdos. Una historia que llegaba al millón de seguidores que tenía. Lo que se llama *ciberbullying*, vamos. Y poco después pasó lo del vídeo. Estaba claro que habían querido vengarse de ella.

—¿El vídeo sexual?

—Aún la estoy viendo, temblando como una hoja, contándome aquello que le impedía dormir por las noches. Solo hubo una vez en que la vi tan mal. Fue cuando faltó a clase durante casi un mes.

—¿Recuerda cuándo fue eso?

—Pues déjeme que piense… sí… sería hacia mayo o junio de 2017.

A Daniel le cuadró. Borja le había informado de que la violación coincidió con la fecha en la que el Real Madrid había ganado la

Champions de Cardiff. O eso le había asegurado la prostituta dominicana, recordando que esa noche no había muchos clientes en el club por culpa del fútbol. El pianista prosiguió.

—No era solo la amenaza, claro. Era el vídeo. ¿Quién lo había podido ver? Y sobre todo, había algo que a ella la tenía descompuesta. ¿Le habría llegado a su padre? Sentía devoción por ella. Fue él quien la animó con entusiasmo para que diera clases y desarrollara su vocación artística. Fue él quien me contrató, pagándome un año por adelantado. Su padre apostó por Miranda. Nada que ver con la madre, que veía aquello como una veleidad tonta, y miraba el piano que su marido le había comprado a la niña como un trasto que estorbaba en la casa. ¡Pero si le molestaba que ella lo usara, porque decía que eso le impedía concentrarse para leer sus libros! ¿Cómo a alguien le puede molestar el sonido celestial de un piano? ¿Sabe usted una cosa? Recién estrenado, Miranda se lo encontró a los pocos días rayado. No hace falta que le diga quién perpetró aquel disparate.

—Y ella ¿llegó a presentar denuncia ante la policía, por las amenazas que estaba recibiendo en el instituto?

—¿Cómo iba a hacerlo? ¡Si la tenían aterrorizada! Pero aun así, y esto también me lo contó ella, a Megan, a la *instagramer*, le suspendieron su cuenta, indefinidamente. Decían que tenía un millón de seguidores. Yo vengo del mundo clásico. Soy una especie de renacentista. Las obras de arte lo son por su cualidad inmortal. El *Nocturno en si bemol menor* de Chopin, con su final en una tercera de Picardía, es eterno. Y por eso no entiendo el encumbramiento de la banalidad. Del consumo instantáneo de lo volátil. Que miles de personas queden atrapadas por un vídeo estúpido. O por las frases inanes que lanzan, como apóstoles de la nada.

Daniel intentaba encajar la información a toda velocidad. Aunque Miranda no hubiera pedido amparo a la policía, esta podía haber actuado por propia iniciativa al descubrir los mensajes subidos a Instagram, cancelando la cuenta. La *instagramer* lo tuvo claro. Miranda se había reído de sus advertencias, yendo a la policía. Sin respetar su jerarquía en el instituto, donde actuaba de líder a quien todos debían rendir pleitesía. Que por algo tenía un millón de seguidores. Así que preparó su venganza. Y buscó aliadas.

Tenía un ejército a su disposición. Él mismo las había visto en el instituto, vigilándolo, siguiendo sus pasos. No fuera a pasarle nada a la reina. Quizá quería darle solo un susto, para que Miranda aprendiera. O no, estaba tan dominada por la ira y el rencor, que su plan era justamente ese, acabar con Miranda Grey. Daniel tuvo que frenarse. Se asustó de sus propias conclusiones, de lo lejos que estaba yendo. Y mucho más cuando escuchó la respuesta de Fabio, tras compartirlas con él.

—A Miranda le dijeron que o se iba del pueblo o llevarían el vídeo a la policía, para denunciar a Armand por pederasta. Y que si no quería ver a su novio entre rejas, que mejor se fuera, cuanto antes mejor.

—¿En serio?

—Y le diré más. La decisión de que ella se vaya a Nueva York sirve para protegerla. De las pirañas del instituto. De las murmuraciones. Del ambiente ya tóxico que su hija respiraba en el pueblo. Pero ella aguantó en Estados Unidos solo dos meses. No podía soportar estar sin su Armand. Y volvió.

—Y por culpa de eso, encuentra la muerte.

—Como tantos amores trágicos. *El lago de los cisnes*. O *Lady Macbeth de Mtsensk*, de Shostakovich… Pero todo eso es fantasía, nacida de mentes en estado fértil de generación creativa. Esto sí fue real. ¡Sí es real! Y desde entonces, desde entonces, estoy… estoy… estoy huérfano…

Fabio empezó a llorar, sin consuelo. Por más que lo intentó Daniel, no pudo calmarlo. Nunca había visto a un hombre llorar así. Después logró recomponerse. Se limpió las lágrimas de la cara y siguió hablando.

—Miranda siempre me contó la verdad. Pero hubo una vez en la que estoy seguro de que me engañó. Me lo negó. Pero sí. Ella presentó una denuncia contra la chica esa de los mil tatuajes, la tal Megan…

41

EL INGENIERO VOLVIÓ A ASALTARME CUANDO PUSE LOS PIES EN EL BRISTOL.

Era la última persona a la que quería ver en ese momento. La investigación sobre la desaparición de Leo estaba en punto muerto, y a Torregrosa se le estaba acabando la paciencia. Por más que le expliqué las dificultades que me estaba encontrando, que ni siquiera la alerta AMBER me había proporcionado nada, salvo un par de conversaciones con vecinos que me hicieron perder el tiempo, él no abandonó su tono desabrido. Ya conocía sus estallidos de cólera, y aguantaba el chaparrón como podía, sabiendo que era muy exigente y profesional y todo eso, pero tuve la sensación de que esta vez se estaba pasando tres pueblos. Me mordí la lengua un par de veces para no mandarlo a la mierda. O para recordarle la Champions de Lisboa. O la de Milán.

«Quiero noticias ya mañana, como muy tarde».

Para colmo, Ana estaba cada vez más nerviosa. ¿Y si nuestra hija se adelantaba? Yo puse a correr a mi madre, porque me empeñé en nacer ochomesino, y me pasé veintitrés días metido en una incubadora. Es lo que te pasa cuando naces con menos de dos kilos, que más pareces una cría de conejo, un gazapo, que otra cosa.

Preocupado como estaba por varios asuntos, hasta se me cerró el estómago y ni había comido. Y ahora me encontraba en el *hall* de mi hotel a aquel hombre que parecía espiar mis movimientos.

—Ya sé quién le hizo daño a Miranda.

Lo taladré con la mirada, como Torregrosa habría hecho conmigo si me hubiera tenido delante ese día. Pero el ingeniero no se dio por aludido.

—Tiene que acompañarme al instituto. Urgentemente.

—¿Al instituto? ¿Ha visto la hora que es? —le respondí, llevándome el dedo índice a la sien derecha y moviéndolo circularmente, en signo inequívoco que cualquiera podía entender,

incluso él.

—No, no, claro. Pero mañana, sí, a primera hora. Ya tenemos a la persona que mató a Miranda.

Sin darle tiempo a más explicaciones, me encaminé a paso ligero en dirección al ascensor, en el que me colé haciendo caso omiso a sus imploraciones. No había tenido un buen día, y lo menos que deseaba en ese momento era a alguien, se llamara como se llamara, con exigencias a deshoras.

Solo me pude librar de él unas horas, muy pocas. El día apenas despuntaba y ahí estaba, plantado como un poste de telégrafos, observándome a través de las cristaleras del salón comedor del Bristol, sin atreverse a entrar, viendo cómo yo masticaba unas tostadas hechas con pan que parecía chicle. No tuve más remedio que claudicar. Además, la visita al instituto me podía servir para hacerle alguna pregunta que tenía pendiente al director. De Gavilán no tenía noticias. Y como tenía muchísimas dudas de que él me llamara, como le había encargado si se acordaba de algo, debería buscarlo yo en la salina.

De momento, mi primer destino era el instituto de secundaria.

Vi a Daniel correr delante de mí, dando pasos llenos de energía, como si tuviera miedo de perder un tren o algo así. Iba chocando con alumnos, que no lo veían venir, los ojos fijos en sus teléfonos móviles.

Llamó a la puerta del director, y entró sin siquiera esperar la respuesta. Lo pillamos haciendo una videollamada, que terminó enseguida.

—Disculpen, que tenía que atender esta conferencia, sin falta. Ahora, sí, a su disposición. Siéntense. Al señor Stapleton ya lo conozco, pero a usted no. Aunque me ha dicho el bedel que es perito, y que ya se le vio por aquí hace unos días.

Daniel se echó un palmo atrás, retrayéndose. No podía imaginar que su primera visita al instituto, aquella en la que tuvo el encuentro con Megan, había llegado incluso al director del centro.

—Mi nombre es Daniel.

—El mío, Mario Izquierdo. Encantado de conocerle también a usted. Y lamento el desorden. Estamos cerrando el trimestre y no se puede imaginar lo cargado que voy de trabajo.

El director nos miraba con un punto de extrañeza y perplejidad

que no podía disimular. Parecía que no encajaba la figura de Daniel junto a un policía.

—Díganme. ¿En qué puedo ayudarles?

—Bueno, yo he venido a realizar un diagnóstico del estado de las aulas, para actualizar la información recopilada por un compañero después del primer movimiento sísmico —contestó Daniel.

—Y ¿qué opina? —preguntó el director del instituto.

—En una primera impresión, no hay daños que agregar a los ya preexistentes.

—Entonces, ¿están mis estudiantes completamente seguros?

—Sí. Las resquebrajaduras son superficiales. El edificio ha aguantado incólume las dos embestidas. Quien lo construyó hizo un buen trabajo de cimentación.

—Yo no podría perdonarme perder a uno de mis alumnos.

—Y sin embargo…

Daniel amagó con el comienzo de una frase. Lo vi dudar, como si no encontrara las palabras adecuadas.

—Dígame.

—Y sin embargo, sí que ha habido un alumno que ha desaparecido.

—¿Un alumno? Sí, claro, Leo. Precisamente es lo que quería preguntarle a usted, si había alguna noticia sobre el chico —dijo, mirándome.

—Lamentablemente, aún no hemos dado con él. Pero no descansamos en nuestra búsqueda.

Daniel carraspeó, reclamando de nuevo la atención. Vi cómo abría la boca varias veces, pero todavía empleó unos segundos en articular las palabras que había preparado.

—Además de Leo, y me hago cargo de la situación y de la inquietud de sus padres, yo estoy muy preocupado por una alumna. Miranda Grey. ¿Qué le pasó?

El director del instituto desvió la mirada hacia unos papeles que tenía encima de la mesa, como si allí pudiera encontrar la respuesta.

—Cuénteme, ¿qué le pasó? —insistió el ingeniero.

El director se levantó del asiento y dio unos pasos por el despacho.

—Me ha llegado que usted está intentando esclarecer lo que le ocurrió a esa chica. Y me parece un esfuerzo tan loable que le contaré todo lo que sé. Y además, me alegro de que hayan venido los dos a este despacho, porque me encantará compartir mi información con alguien como usted, con la autoridad competente —dijo, levantando ligeramente la barbilla para señalarme.

—Adelante. Soy todo oídos —le respondí.

—Miranda Grey era una de nuestras mejores alumnas. Muy aplicada. Y siempre sacaba buenas notas.

—Y eso, a pesar de que las circunstancias no siempre fueron las mejores —reaccionó Daniel.

—¿Circunstancias? No entiendo.

—Sí, su padre murió. Y al parecer, aquí no era popular entre sus compañeras.

—¿Popular?

—Eso es. No tenía demasiadas amigas. ¿Por qué?

—¿Qué sabe usted?

—Esa es justo mi pregunta. ¿Qué sabe usted?

El hombre tocó el respaldo de su sillón, considerando la posibilidad de volver a sentarse. Pero prefirió seguir de pie, dando pasitos cortos por el despacho. Se sentía tranquilo. Es la impresión que me llevé la primera vez que lo había visitado, y la podía confirmar en estos momentos.

—Los adolescentes son proyectos aún inacabados de grandes hombres, de grandes mujeres. Aquí intentamos por todos los medios colocarles en el raíl que los lleve al destino deseado por cada uno de ellos. Y lo hacemos, no solo dándoles una formación académica, sino también brindándoles herramientas morales que luego puedan utilizar en su vida. La mayoría las adopta, las hace suyas. Pero a veces fracasamos, y una minoría muy pequeña las rechaza. Y ese proyecto de adulto bien equipado cultural y éticamente queda malogrado. Miranda no dudó en coger esas herramientas. Y eso no gustó a algunas compañeras suyas.

—Que la miraban como un bicho raro, ¿no? —reflexionó Daniel.

—Los adolescentes se agrupan por afinidades. A usted le pasaría también. El sentido grupal, de pertenencia a una tribu, que te da un sentido identitario. Pero Miranda era distinta. Un verso libre. Y tendemos a mirar con desdén a quien no es de nuestro equipo. A

quien no se siente *uno di noi*. No reconociendo en ningún caso el principio de alteridad. Ese maravilloso concepto que hace posible la integración de personas o grupos, en el que nadie quiere dominar o negar al otro. La tolerancia como apreciación positiva de la diferencia. Eso lo tenía bien claro Platón. Pero tampoco quiero aburrirles.

—No se preocupe. Hacía mucho que no me hablaban de Platón.

—Pues no conviene alejarse de Grecia. Matar las lenguas antiguas significa matar la memoria de la humanidad. Le recomiendo un libro. Se titula *El infinito en un junco*. Lo ha escrito una autora muy interesante que se llama Irene Vallejo. Y he conseguido que algunos de mis alumnos se lo descarguen.

Yo había llegado incluso a releer ese libro. Me produjo tal impacto que tuve que volver a sus páginas, después de quedarme deslumbrado en la primera lectura. Y hasta le regalé una edición en tapa dura a Ana, que era más de series que de libros. Pero no quise dármelas de nada, y me guardé aquella observación.

—Me decía que Miranda era distinta. Y que eso no gustaba a sus compañeras.

—Una mañana llamó a la puerta de este despacho. Estaba acabando el curso. Venía a despedirse. Yo imaginaba que para el siguiente curso. Pero no. Me anunció que se marchaba a Nueva York, a darle un impulso a sus estudios de piano. A mí me dio pena, porque la consideraba una alumna de las que privilegian un centro, pero lo disimulé y fingí alegría. Le di la enhorabuena, y hasta le recomendé que se llevara para el viaje un libro, *Sombras sobre el Hudson*, de Isaac Bashevis Singer. «¡Caramba, la Gran Manzana!», le dije. Pero ella, sorprendentemente, acogió mis palabras sin entusiasmo. Lo detecté y se lo dije. Y ella me contó la verdad.

Daniel le hizo un gesto al director del instituto para que prosiguiera con el relato.

—Y entonces me confesó que ella no quería irse a Nueva York, pero que la habían obligado.

—¿Quién? —intervine.

—Eso le pregunté yo. ¿Tu madre? «No, no», me respondió ella, de manera enfática. «Han sido ellas».

—¿Ellas? ¿Quiénes son ellas, Miranda?

—Megan y su banda.

42

—SÍ, ERAN ELLAS. LIDERADAS POR MEGAN.

¿No la ha visto? No me engañe, porque estuvo hablando con ella, el primer día que nos visitó. Esa chica tiene una enorme popularidad en Instagram, lo que le ha granjeado que aquí la miren con devoción, con rendida admiración. Como si tuviera prosélitos, no sé si me explico —le dijo el director del instituto a Daniel.

—Sí, algo me habían comentado de la popularidad de esa chica. ¿*Youtubers* se llaman, no?

—Sí, creadores de tendencias. Que a veces publican contenidos inapropiados.

En la Policía nacional empezábamos a estar desbordados por denuncias y casos que nos llegaban. Esta misma semana habíamos tenido que investigar varias cuentas que difundían agresiones a menores. Instagram y Youtube no dan respiro a la Unidad de Investigación de los Delitos en las Tecnologías de la Información, que cada vez necesita más personal.

—Me estoy haciendo mayor. No entiendo ya muchas cosas. *Youtubers, instagramers*… Y eso que dicen que se están forrando —reconoció Daniel.

—Haciéndose de oro. Sé que hay mucha gente que repudia ese fenómeno. ¿Por qué casi un menor de edad puede comprarse un supercoche o incluso un casoplón con piscina olímpica por subir unas cuantas historias banales en las redes? Al principio, a mí también me indignaba. Sobre todo porque mandamos a los jóvenes un mensaje equivocado, de que al éxito se llega por el camino más fácil, no tras duros años de estudios y formación. Pero intenté ponerme en su piel. Algunos son capaces de crear contenidos creativos. Los grandes *instagramers* piensan, elaboran un contenido… para darle la mayor originalidad posible. Pero el secreto no es ese. El secreto de su éxito es que fabrican un ídolo que

a los chavales les es accesible, que interactúa con ellos. Que les regala cercanía, incluso calidez, con un lenguaje improvisado, espontáneo. Y sobre todo, les ofrece una imagen ganadora. Es lo que los psicólogos llaman el efecto halo, o sea, si esto lo dice alguien que tiene tantos seguidores, pues será verdad… Y así se va formando la identidad del adolescente, seducido por ese estilo de vida autónomo e independiente que desprenden esas divinidades digitales.

Daniel asintió, sin mucho convencimiento.

—Y Megan les da, sobre todo, rebeldía. Con el cuerpo repleto de tatuajes, con ese pelo teñido de un verde tropical… que desafía las convenciones. Que cuestiona las reglas de los mayores. Que les hace, por así decirlo, para que usted lo vea, una peineta a los adultos. ¿Me entiende?

—No mucho.

—Y Miranda no quiso formar parte de esa legión de adoradores de Megan. Su mundo era otro. Un mundo de otro tiempo. Y Megan y su banda se pasaron de la raya. «Es por culpa de ellas por lo que me voy. Ya no puedo aguantar más. Me han hecho la vida imposible», me confesó Miranda, entre lágrimas. Yo quise saber qué le habían hecho, para tomar cartas en el asunto. Sabía que eran chicas conflictivas, y quería pillarlas. Pero por mucho que lo intenté, fue en vano. Miranda se cerró en banda. Se levantó. Y cuando parecía que ya la vería perderse para siempre, por esa puerta que ustedes dos han cruzado, se giró. Y me contó algo, con los ojos apuntando a las Converse azul turquesa que llevaba esa mañana. Ellas hacían cosas malas. Como esa de la droga. Y me alegro que esté usted ahora, señor agente, para poder hacerle partícipe de esa información y que usted la pueda usar, de acuerdo al procedimiento que tengan establecido. «Usted se ha portado muy bien conmigo, y yo no podía ocultarle lo que está pasando aquí en el instituto, usted debe conocer la realidad. Así que debo contárselo todo, querido director».

—¿Qué le dijo Miranda? —pregunté, inquisitivo.

Mario Izquierdo acarició con la yema de los dedos la superficie lisa de un globo terráqueo que tenía sobre el escritorio. Detuvo el dedo corazón en medio del Atlántico.

—Al parecer, Megan, aprovechando su popularidad en las redes

sociales, había ampliado el negocio. No solo captaba clientes para el negocio de su novio tatuador, sino que comerciaba con una nueva droga. *Spice*, se llama. Huele a sandía y es ochenta veces más potente que la marihuana y engancha como la heroína. Y las entregas de esa droga se hacían justamente en el estudio de su novio. Megan me preocupaba. Ya me habían llegado comentarios de su mal comportamiento en las redes. Yo mismo pude leer mensajes suyos, haciendo mofas en su cuenta de Instagram, mofas que se veía enseguida que iban dirigidas a Miranda, aunque en ningún momento llegaba a mencionarla expresamente con su nombre.

—¿Mofas? —intervino Daniel.

—Sí, parecían letras de canciones de reguetón, textos de varias líneas, del tipo «te gusta la música, pero mucho más una verga, te gusta probar todos, todos, toditos, todos los agujeritos, venga, venga, prueba mi verga», textos que acompañaba con emoticonos de partituras de música. Pero en fin, yo ahí no me puedo meter, aunque cada vez las letras eran más fuertes, y hasta podían contener un mensaje amenazador. Nada podía hacer yo. Pero lo de la droga era otra cosa. Y claro, me vi obligado a abrir una investigación. Que confirmó las palabras de Miranda.

Daniel se removió inquieto en la silla. Le veía el rostro, cada vez más crispado. El ritmo de su respiración se había acelerado.

—Y ¿por qué no expulsó a Megan del instituto?

—La Policía local hizo una investigación. No crea que incumplí mi obligación de dar traslado del asunto a las autoridades policiales correspondientes. Pero no quedó acreditado que ella comerciara con droga. Sí su novio, y por eso se le abrió un procedimiento que está pendiente de juicio.

Me apunté mentalmente la tarea de preguntarle a Fuster. Dudé que hubiera puesto todo su empeño, con la jubilación tan cercana. Y no era cuestión de edad. En la Policía judicial me he encontrado con veteranos que viven su profesión de forma tan apasionada que sentían el día del adiós a la comisaría como un salto al vacío, como si se abriera un abismo debajo de sus pies. Pero me temo que no era el caso de Fuster.

—¿Y si Miranda no mintiera, pero sí exagerara sobre Megan, harta como estaba de su hostigamiento? Que pensara que vendería droga aquí, pero en verdad era solo cosa de su novio, como sí

pudimos llegar a comprobar —pregunté, intentando poner en pie una hipótesis que me parecía plausible.

—Hay veces en las que un mal alumno, de esos que luego serán adultos malogrados, copia en un examen. Intentamos pillarlo. Pero siempre hay uno, muy habilidoso, que se nos escapa. Que no lo pillemos no significa que no copiara.

—La verdad, Miranda fue muy valiente al denunciar eso —apuntó Daniel.

—Ella estaba muy sensibilizada con las tragedias que provoca la droga, porque lo había vivido en primera persona.

Daniel miró al director, confuso.

—¿En primera persona?

—Sí. Su hermano lleva ya tres años en la cárcel. Un domingo por la mañana, hasta arriba de todo, atropelló a dos ciclistas, provocándoles la muerte instantánea.

—No sabía que Miranda tenía un hermano. Valentina jamás me ha hablado de él.

—Es que no es hijo de Valentina. Andrade estuvo casado antes con otra mujer. Que le dio ese hijo, que se convirtió en una oveja negra. A veces pensamos que la droga aparece en entornos desestructurados, pero olvidamos que también puede crecer en familias con un alto poder adquisitivo, como es el caso. Con un padre con tanto dinero como Andrade, nada le iba a faltar. Era un bala perdida, para que usted me entienda. Su padre había intentado ayudarle, pero lo había dejado por imposible. Era casi la deshonra para Andrade, a diferencia de Miranda que, con sus inclinaciones artísticas, era el orgullo de ese padre. Estaban profundamente unidos.

—Y ¿cómo se llevaba Miranda con su hermano? —pregunté.

—Para ella fue un impacto brutal que acabara en la cárcel. Al principio iba a visitarlo, pero luego ya se le hizo imposible, de tan mal que salía de esas visitas, según me confesó. Y estaba tan afectada, que no podía permitir que aquí, en su propio instituto, circulara la misma droga que había destrozado a su familia, mandando a su hermano a la cárcel.

—Y a pesar de todo lo que sufrió, sus compañeras tuvieron la bajeza de grabarle el vídeo. O esa es la información que circula por el pueblo —apunté, mirando a Daniel, que me había contado esa

historia.

—¿También le han dicho eso?

—¿El qué?

—Lo del vídeo.

—Sí, sí. Megan me dijo que no había sido ella —saltó el ingeniero.

—Le mintió. Como se suele decir, no tengo pruebas, pero tampoco dudas. Y Miranda tampoco las tenía. Pero fíjese, todo el mundo ha creído que ese vídeo tenía un alto contenido erótico. Miranda estaba muy avergonzada. Yo le pregunté, le insistí… Me decía que le daba mucha pena, sobre todo por su padre. Estaba aterrorizada con que viera esas imágenes. Y lo más curioso es que no contenían nada especial, más allá de los besos apasionados de una pareja, sus besos con Armand. Pero por el instituto, y por todo el pueblo, circuló que albergaba escenas incluso de depravación sexual. Y aunque el vídeo no mostraba nada más que una escena de amor entre dos personas que se desean, Miranda veía en él algo sucio, algo bonito que se convierte en sucio si es observado por terceras personas. La abrumaba el peso de la culpa. ¡Simplemente por besarse con el hombre que había llenado su corazón!

—Sí, lo del vídeo lo conocía —admití.

—¿Y también lo del foro?

—¿Lo del foro? —pregunté, componiendo un gesto de extrañeza.

—Veo que eso no le ha llegado. ¿Tampoco a usted, Daniel? Verán. Megan y su tropa le quisieron hacer la vida imposible de mil maneras. Y fueron muy perversas con ella, hasta el punto de introducir su número de teléfono en un foro de prostitución.

—¿Un foro de prostitución? —saltó Daniel, intentando no dejarse ganar por la perplejidad.

—Así es. Un foro en el que los puteros van dejando sus opiniones después de tener contacto carnal con las prostitutas que han probado. Una especie de Tripadvisor de puteros, para entendernos. Y llegaron a crear una entrada con un nombre ficticio, Xiomara, para el teléfono real de Miranda, añadiendo una descripción detallada de sus supuestas habilidades sexuales. A partir de ese momento, la chica no paró de recibir llamadas de hombres pidiéndole cita.

—Megan me dijo, cuando me encontré en la cafetería, que no

me fiara de Miranda, que iba de mosquita muerta, pero que era justamente lo contrario —dejó apuntado Daniel.

—¿Se presentó denuncia por la publicación de tal anuncio en el foro? —pregunté.

—A mí no me consta. Y en todo caso, yo no era el afectado directo. Imagino que sería Miranda quien debiera haberlo hecho, ¿no? O ¿hubo alguna omisión en mi caso?

—No, no. No se preocupe. Y ¿por qué está tan seguro de que fueron ellas, la banda de Megan?

—Miranda no mentía en eso. Sabía perfectamente quién estaba detrás de aquella broma, perseguible penalmente, hasta donde llegan mis pequeños conocimientos. Yo mismo leí el texto que habían introducido en el foro. Me lo enseñó Miranda, que se debatía entre la rabia y el dolor. Ese día no tenía lágrimas. Estaba muy diferente. La vi dispuesta a pelear, a combatir, a luchar contra aquella infamia. Aun sabiendo que estaba en inferioridad. Había determinación en sus ojos. Y me dijo que en esta batalla no estaba sola. «Claro que no estás sola, Miranda», le recordé. «No, no estoy sola, siento toda la fuerza de Leo, que me apoya a muerte, que está tan enfadado que he tenido que frenarlo porque quería ir inmediatamente a la policía a denunciar lo del foro, y he tenido que frenarlo», me dijo. La vi muy decidida. Pero después se ve que se lo pensó mejor. Y en vez de presentar denuncia contra Megan, prefirió irse lo más lejos que pudo. A Nueva York.

Ella puso tierra de por medio, y se fue a seis mil kilómetros. Pero Leo se quedó aquí, con la sangre hirviéndole en las venas, sin poder digerir el ultraje que había soportado su mejor amiga. Es muy complicado detener a nadie bajo el influjo de la ira, y menos si es un chaval que todavía no ha aprendido a echar el freno, a contar hasta diez. Y yo empezaba a tener claro que Leo dio un paso equivocado, y que ahora le había conducido a llevar desaparecido durante muchos días, ya demasiados.

43

IBA CON EL TIEMPO MUY JUSTO. No me daba tiempo a sentarme a probar el menú del día en el Momo. Me arreglé con un bocadillo de lomo y una
Coca-Cola.
La televisión estaba enchufada, a un volumen alto. Comentaristas ensayaban teorías de lo más disparatadas sobre el posible destino de Leo. No se había equivocado el viejo Gavilán. La tesis que más gustaba a estos analistas de la nada era que el chico podía haber sido víctima de una cacería, y que sus captores lo tenían escondido, quizá sometido a mil torturas sexuales.

A la salida, una mujer me abordó.

Me costó trabajo reconocerla. Iba con unos vaqueros y una camisa holgada. Nada que ver con el disfraz que usaba en el club. Los zapatos de tacón de aguja habían sido sustituidos por unas zapatillas de deporte. Su cara estaba limpia de maquillaje.

—¿Podemos hablar en un sitio más tranquilo?

En esa calle el sonido era insoportable. Sonaban las sirenas de las excavadoras, el rugido de los tractores, la tortura de los martillos hidráulicos.

—Soy Diana, la chica con la que usted habló en el club, hace unos días. Tengo algo que contarle.

Me llevé a la mujer a otra zona donde el ruido parecía atenuarse.

—Dígame.

Le costó arrancar, pero al fin, empezó a hablarme.

—Alexia y yo éramos como hermanas. Íbamos de plaza en plaza. Ya sabrá que la plaza es la estancia en un club durante veintiún días. O sea, tres semanas justas, antes de que venga la regla y no podamos trabajar. Y siempre nos hemos ayudado. Las dominicanas siempre tenemos buen corazón. Y aquella chica, recién llegada de su país, ya sabe usted cómo están las cosas por Venezuela, era como

un pollito abandonado. Así que tuve claro que debía ayudarla, y me convertí en una especie de madre para ella. Siempre dormíamos en la misma habitación. Y claro, son muchas horas juntas, en la barra nos podemos pasar doce o trece horas ahí, subidas en los tacones, y un día que ella estaba desvelada me contó el problema que tenía la niña, que por eso no podía dormir. Y que debíamos ayudarla.

—¿Problema? ¿Lo de la violación de la que usted me habló?

—No, no… Lo del embarazo, señor.

—¿Embarazo?

—Así fue. Se quedó embarazada.

—¿De Armand?

—No, con él siempre usaba protección. Era una niña muy sensata. Pero claro, el hombre que la violó no iba a tener esas cortesías con ella. Y la dejó preñada.

Cuando cierras la puerta de un puticlub, debes saber que todo lo que ocurre a partir de ese momento es mentira, una ficción construida con palabras prefabricadas y orgasmos esmeradamente teatralizados. Tengo un amigo que nunca ha desarrollado muchas habilidades para ligar, ni siquiera ahora que Tinder te lo pone tan fácil, y recurre a estos servicios. Y asume el mismo pacto tácito del novelista con el lector, que acepta ser engañado por algo que tiene apariencia de realidad. Pero allá los clientes que se dejan caer en ese mundo ilusorio lleno de embelecos. Nadie miente mejor que una prostituta. Pero la experiencia policial también me ha enseñado que, cuando se bajan de sus tacones altísimos y meten en el armario la lencería fina, ellas son capaces de soltarte las verdades más contundentes, las que salen directamente del corazón. Y yo en ese momento tenía todos los sentidos puestos en analizar las palabras de Diana.

—¿Quién dejó embarazada a Miranda?

—¿Quién iba a ser? Pues el hombre que abusó de ella. Yo estaba cansada de ver su nombre en el móvil de Alexia, cada vez que la llamaba. Porque era muy pesado. Rebolledo.

—¿Rebolledo?

—La niña, completamente asustada, le pidió ayuda a Alexia. Con buen criterio, porque era una niña lista, pensó que nosotras, que estamos expuestas a un embarazo aquí en el club, de un cliente a otro, y muchos piden hacerlo sin preservativo, pues eso, pensó que

nosotras podríamos darle algunas hierbas o algo así. Para abortar. Porque no quería oír ni hablar de ir a una clínica, no quería que nadie le metiera nada por ahí, ningún instrumento metálico, buscándole las entrañas. Pero había alguien, aparte de Alexia, que conocía lo de su violación y lo de su embarazo.

—¿Quién?

—El pianista. Nos contó que estaba tan avergonzada por lo que le habían hecho, que no se atrevía ni a ir al instituto, ni a lo del piano.

Diana continuó hablando.

—Ella tenía terror a salir de casa, pero no solo por miedo a que volviera el hombre que la violó. No quería ver a nadie, y mucho menos a su amante, a Armand. Enseguida leería en su rostro el secreto inconfesable que le escondía. Y la cosa fue a peor. Se palpaba el cuerpo, apreciando cómo cambiaba. Alexia la examinó. Le dijo que se tranquilizara, que esos cambios eran inapreciables, cosa de su mente. Pero ella pensaba que no, que un niño crecía allí, lo que tenía ella dentro crecía allí sin freno, a cada minuto, y que en un mes ya almacenaría ahí un bulto muy grande. Y como vomitaba las hierbas que Alexia y yo le dábamos, buscó al pianista, como un clavo ardiendo. Antes de que Armand la viera así, gorda y fea, se dejaría que la hurgaran por dentro. Y se vio obligada a confesarle lo que le pasaba. Tenía un niño dentro, que tenía que quitarse, porque si no, Armand ya no la iba a querer nunca más.

Me asaltó de golpe una duda. ¿Se habría atrevido Miranda a revelarle a Fabio Castellanos la identidad de su violador? Sin duda, ella sabía cómo se llamaba. Rebolledo. Era un empresario conocido en la zona, y había aparecido más de una vez en los periódicos de la provincia, como impulsor de nuevos proyectos urbanísticos en la zona. Pero no me pareció probable que Miranda le diera su nombre. Quizá el pianista había investigado por su cuenta, cogiendo un dato de aquí y otro de allá, y habría dado con la identidad del empresario. O quizá no, no lo veía tan preparado para eso, para hacer de detective, y había sido Miranda, vaciando por completo su corazón, sin poder esconderle la verdad, toda la verdad a Fabio, el profesor que siempre había estado dispuesta a ayudarla, quien le había confesado la identidad del hombre que la forzó. El pianista al principio no hizo nada. Él solo era un artista, sin armas para

enfrentarse a las fuerzas económicas de la provincia. Pero estaba tan horrorizado y veía tan mal a la pobre Miranda, que dio un paso. Le mandaría algún mensaje a Rebolledo, para asustarlo, o para intentar hacerle la vida imposible por eso tan feo que le hizo a la niña, que también era su niña, la mejor alumna que jamás había tenido.

Vi como esa pieza caía en el puzle, encajando a la perfección. Y eso me puso los pelos de punta. Una insensatez del pianista, intentar dar miedo a alguien poderoso como Rebolledo, había podido costar una muerte, la de Miranda.

—Y ¿por qué eligió a Miranda para violarla? ¿Porque era una niña muy bonita? —pregunté.

—Por venganza. Él era un cliente habitual de Alexia, que tenía mucho éxito. Y una vez le habló de que ella no debía trabajar allí. Que tenía más categoría. Que ese club era una mierda. Y que conocía a sus dueños. Que le habían buscado la ruina, robándole adjudicaciones públicas que debían ser para él. Sobre todo, uno de ellos, un tal Andrade, del que hablaba pestes. Recuerdo la conversación perfectamente. Alexia se quejaba siempre de lo que le costaba la lencería que nos vemos obligadas a usar aquí. No basta con tener un cuerpo bonito y pintarse bien para atraer a un cliente. Incluso ella, que era un bellezón, una mujer hecha a mano, como decimos en mi tierra, se esmeraba para lucir sus mejores galas, por decirlo de alguna manera. Y me decía que era una pena que no hubiera salido adelante lo del *outlet* de Torreblanca.

—¿*Outlet* de Torreblanca? Ahora sí que me he perdido.

—Un *outlet* de esos de ropa de marca barata, que quería abrir Rebolledo. Le dijo a Alexia que había logrado convencer a unos noruegos para hacerlo, y que estaba a punto de conseguir los terrenos. Y que si le salía eso, la llenaría de regalos. Que le podía dar hasta la luna, si se la pedía.

De sobra yo sabía la cantidad de confidencias que un cliente es capaz de hacerle a una prostituta. Y a Rebolledo se le había ido la lengua.

—Y por lo que le contó a Alexia, ese negocio del *outlet* se le vino abajo. Como algún otro que necesitaba para tomar impulso. Pero cuando aparecía una oportunidad y estaba a punto de cogerla, se la quitaban de las manos. «Andrade no va a parar hasta que me

arruine», era la frase que siempre le repetía a Alexia. Y es verdad que antes subía con ella, y le pagaba dos o tres horas de la *suite*. Eso son trescientos euros la hora. Pero las últimas veces ya le pagaba sesenta euros por la media hora, y ya. Para él era muy doloroso porque… llegó a proponerle matrimonio a Alexia.

44

—NECESITO SU AYUDA.

Álvaro Bermusell había citado a Daniel en la salinera, a primera hora de la tarde, poco después de comer.

Lo encontró ajustando el objetivo de su cámara de fotos, en una imagen que ya le resultaba tan familiar como la figura de bailarín de los flamencos.

—Mire, un chorlitejo patinegro copulando. Esta imagen es un regalo —le advirtió, emocionado.

Álvaro hizo varios disparos. Luego siguió escrutando el horizonte, con los oídos aguzados, a ver si captaba algún sonido animal. Pero el trepidar de las máquinas se imponía. Una volvedora avanzaba por la laguna.

—No descansan ni en domingo, caramba. Ni un día de paz les conceden a los animales —gruñó Álvaro.

—Hasta nosotros dejamos de clasificar edificios, al menos, el domingo por la tarde.

—Pues fíjese. Ahí los tiene, explotando el humedal. Forrándose.

—Me quería ver, ¿no?

—Sí. Tengo algo importante que enseñarle.

El ornitólogo apuntó de nuevo con su cámara. Hizo otro disparo. Una curruca cabecinegra se merendaba una mantis religiosa. Pero Álvaro no sacó más fotografías. A su lado descansaba una bolsa de tela, un poco ajada. Se agachó y la abrió, sacando de ella un ordenador portátil.

—Vamos a buscar un poco de sombra, que el sol se refleja la pantalla.

Fueron caminando hacia una esquina. Sus pisadas resonaban en la mezcla de arena y sal.

—¿Cuánto le queda de trabajo a usted?

—Todavía no sé cuándo podré volver. Aún hay faena pendiente. La réplica del movimiento sísmico nos ha sobrecargado de trabajo.

—Pues el mío está ya casi acabado.

—¿Cómo?

—Me reclaman. *National Geographic* me ha hecho otro encargo. Debo partir para Senegal. Me espera el jabirú. ¿No sabe lo que es, verdad? Pues es como la cigüeña africana, con un pico en tres colores. Muy hermoso.

—¿Debe irse?

—Claro. No hay puestas de sol como las que me regala la salina, pero aunque usted me vea como un pájaro en libertad, no soy mi jefe. Y le he hecho venir para que vea unas fotos.

—¿Unas fotos?

—Sí. Debo hacer una selección que remitir a *National Geographic*. Y quería comprobar si mi criterio coincide con el suyo.

Daniel no pudo ocultar su decepción. El ornitólogo no lo había citado para avanzar en la investigación de la muerte de Miranda. Y encima de todo, se marchaba. Con el caso abierto.

El otro manipuló el portátil. En la pantalla apareció una secuencia de fotografías. Pájaros recortándose en un horizonte azulado. El sol tragado por la laguna, como una moneda de cobre engullida por el agua.

—Pare, pare…

—¿Le ha gustado esa?

—No, no, la anterior.

El ornitólogo retrocedió la imagen.

—Pues no tiene nada de particular. Y le dije que aquí está el bruto de las fotos.

Pero Daniel le hizo un gesto para que se detuviera. No, no era una foto cualquiera, una imagen desechable.

—Mire esa chica.

—¿La del pelo verde?

—Exacto.

—Es Megan. ¿Qué hacía aquí?

—¿Qué iba a hacer? Pues darse una vuelta, contemplar la belleza de los flamencos, respirar el aire salino…

No había duda. La imagen era nítida. Con su característico tinte verde eléctrico. Imposible no identificarla.

Pero Megan no salía sola en la fotografía. Junto a ella aparecía una figura masculina. Con los brazos llenos de tatuajes.

—¿Dónde es eso?

—Junto al molino. Uno que hay abandonado. Dentro me he encontrado alguna jeringuilla. Es una pena que nadie se ocupe de su restauración. La empresa podría organizar excursiones, con un trenecito, por ejemplo, para explicar todo el proceso de extracción y depurado de la sal. Un museo de la sal, o algo así. Pero en vez de eso, prefiere llenarse los bolsillos. A manos llenas.

Y la mente de Daniel entró en ebullición. Para él no era tan normal que Megan encaminara sus pasos hacia la laguna rosada.

—¿Sabe quién es el hombre que la acompaña?

—Por supuesto que no.

—¿Cuándo hizo esa foto?

—Ahí está la fecha. El 17 de mayo.

—Y ¿la vio usted después por aquí?

—Me fijo más en mis animales que en las personas, pero déjeme pensar… No, no recuerdo haberla visto más veces.

Una palabra utilizada por el ornitólogo había hecho que se le encendiera la bombilla a Daniel, que todo apareciera delante de sus ojos, con claridad. Por fin. Estuvo a punto de compartir sus pensamientos con Álvaro, pero se frenó. El otro estaba solo pendiente de elegir las mejores fotografías para su reportaje, y siguió mostrándolas. Para Daniel era como una traición. ¿Álvaro se iba ya? ¿Con el asesinato de Miranda aún sin resolver? ¿Acaso no formaban una pareja de investigadores, unidos por un afán de justicia? ¿Acaso no habían quitado tiempo a sus respectivos trabajos para esclarecer lo que le pasó a la pobre muchacha? ¿Acaso no eran un equipo? Pues estaba claro que no. Pensaba que allí en Castellblanc era la única persona fiable, embebido de sus principios ecológicos y de justicia. Nada que ver con Nagore. O con DeVito. Incluso con el policía ese de Borja, del que no terminaba de fiarse. Y ahora se iba. A hacer fotos a África.

—¿Seguro que no vio a esa pareja en otro momento por aquí?

—¿Por qué le extraña tanto ver a un chico y una chica en el salinar? —le preguntó el ornitólogo.

—¿Junto al molino?

—Por supuesto. Entrarían en él a echar un polvo rápido y se fueron. No serían los primeros. A alguna pareja la he pillado montándoselo ahí, eh. O a lo mejor fueron a drogarse. Allí, en la

intimidad del interior del molino. O hicieron las dos cosas. Drogarse y luego lo otro, o a la inversa.

—Debo marcharme.

—¿Y eso? Antes me dijo que se había dado la tarde libre. Además, me quedan muchas imágenes por enseñarle.

—Ya, pero había olvidado una tarea urgente. Y mi opinión poco vale en cuanto a fotos de animales.

El ingeniero se despidió con prisas, dejando un poco confuso a Álvaro.

Jeringuilla.

Esa es la palabra que resolvió el misterio. Megan y sus soldadas habían empujado a Miranda desde el tercer piso. Pero no consiguieron su propósito final. Quizá solo se hizo un esguince de tobillo, o una fractura de tibia o peroné. El trabajo no estaba completado. Arrastraron a Miranda hacia el salinar. La condujeron, aturdida, al humedal. Megan sabía qué droga administrarle para que ella no pudiera reaccionar. Una droga indetectable al análisis, cuyo rastro en la sangre desaparecía. ¿Acaso no conocía cómo funcionaba el *spice*? ¡Pero si él mismo, que no sabía nada de drogas, había visto en *Breaking Bad* que la ricina mataba sin dejar rastro! ¿Sería eso verdad o solo pura invención televisiva? Megan había hecho un trabajo de campo previo, examinando la salina, con la complicidad de su novio, el chico ese que se dedicaba a los tatuajes y que podía ver amenazado su negocio si la estudiante esa metomentodo seguía largando. Mejor silenciarla. Megan y él formaban una unidad, indestructible. No hacía falta que se declararan amor eterno, ni juramentos para adolescentes. Y en poco tiempo iban a estar unidos por un secreto. Por un crimen. Los dos vieron cómo maniobraban las barcazas, con GPS. El cuerpo de Megan sería arrollado, sin remedio, golpeado por las palas. Era domingo por la tarde.

Solo los flamencos fueron testigos.

Daniel hizo una composición rápida de todos los elementos. Por fin tenía el dibujo completo. La mente se le fue, por un azaroso proceso de asociación, a *El triunfo de la muerte*, de Bruegel el Viejo, que le enseñaron a descifrar en Historia del Arte, con aquellas figuras diminutas y que sin embargo, todas tenían un papel asignado en la composición final. Aunque lo suyo eran sobre todo las ciencias, no

se le daba del todo mal la Historia del Arte. Miranda, incapaz de soportar las amenazas y el *ciberbullying* en su instituto, decide aceptar, aunque sea a regañadientes, la propuesta de Valentina, que quería apartarla de Armand, y qué mejor fórmula que mandarla lo más lejos posible, poniendo un océano por en medio. Ella se resiste al principio, porque tampoco quiere renunciar a él, a su primer gran amor, a su amor prohibido, ese que le ha hecho tocar el cielo con las manos. Pero el ambiente es insoportable. En el instituto y en su casa. Y mucho más con la difusión del vídeo sexual. No le queda otra alternativa. Por lealtad a su director, le cuenta lo que está ocurriendo intramuros. Miranda se va a Nueva York, pero en Castellblanc empiezan las preguntas. A Megan le resulta más sencillo que sumar dos y dos saber quién se ha chivado. Miranda, aunque se pensaba fuerte y se veía capaz de aguantar un curso completo de piano, no puede soportar en su apartamento de Manhattan la ausencia de Armand. Regresa precipitadamente. La policía hace pasar un mal rato a Megan y, lo peor, ha procedido a cancelar su cuenta de Instagram. Sin sus miles de seguidores no es nadie. Debe comenzar desde cero. Y moviliza a su clan para vengarse de Miranda, pero ya a lo bestia. No le parece suficiente haberla avergonzado con un vídeo que mostraba todas sus intimidades. O con publicar en un foro de puteros su número de teléfono.

Megan y su grupo elaboran un plan para que nadie las pueda inculpar. Aprovechando una noche que Miranda está sola en casa la asaltan, operando de tal manera que todo parezca un suicidio. De sobra sabían que su vida, por mucho piano y música clásica, era un tormento, que no podría resistir que todo el pueblo la viera como una guarrilla, como se apreciaba claramente en el vídeo. Eso era. Una guarrilla. Ellas la empujan al vacío. Hay muchos metros de un tercer piso al suelo. Creen que todo ha acabado. Pero al llegar a la calle observan que aún no han terminado su trabajo. Miranda Grey todavía se mueve. Y deciden llevarla a la salina. A esa hora seguro que está completamente abandonada, que no hay operarios trabajando, solo son observadas por los flamencos, pero esos bichos no se van a chivar, claro, así que podrán maniobrar, absueltas por la oscuridad. Aturdida como está, la drogan, para que no pueda reaccionar. Y la lanzan al humedal. A la mañana siguiente, cuando

vuelve la actividad a la salina, las palas de una cosechadora de sal se atascan. Han encontrado un cuerpo. De una mujer.

No sé por qué, pero yo siempre me había imaginado a esas mujeres como mujeres raras, que vestían con ropas ridículas, muy ceñidas. Pensaba en el embutido, salchichón de ElPozo o así. Por eso, cuando la vi a ella, con aquel suéter holgado, unos pantalones vaqueros y unas zapatillas de deporte, me chocó. En el pueblo se decían cosas muy raras, y yo no tenía suficiente confianza para preguntarle la realidad a mi padre. Pero la duda me corroía por dentro, no puedes imaginarte hasta qué punto. Y además, de siempre había tenido la curiosidad morbosa de saber cómo era un sitio de esos por dentro. De cómo serían esas mujeres, tan diferentes a las demás, y seguro que no olerían como las mujeres normales. Y sin embargo, cuando empecé a hablar con ella, me di cuenta de que teníamos más cosas en común de las que las dos podíamos imaginar. Y nos cogimos tanta confianza que incluso me atreví a pedirle consejos, que me enseñara trucos sobre cómo atar a un hombre, para engancharlo como ella había hecho con mi padre, hacerle cosas a Armand que excitaran su deseo, que, por algún motivo que yo ignoraba, parecía haberse apagado en él, mientras el mío se encendía más y más. Yo tenía que usar todas las habilidades para ganarle esa partida a mi madre. Y siempre pensé que la ganaría. Hasta que la regla dejó de bajarme.

45

YO ESTABA ALUCINANDO CON LO QUE ME DECÍA LA PROSTITUTA DOMINICANA.

—¿Matrimonio? —le pregunté de nuevo.

—Sí. Muchos clientes se equivocan y creen que aquí hay sentimientos, que nosotras nos podemos enamorar. Y ese señor estaba tan solo, que se aferró desesperadamente a Alexia. Quería comenzar una nueva vida con ella. Pero para Alexia era solo un cliente, que pagaba bien y punto. Con Andrade era otra cosa. Se entendían muy bien, y no solo en la cama. Se reía con él. Rebolledo se quedó muy trastornado cuando Alexia le dijo que no, muy afectado porque él no podía vivir esa historia, que él se merecía más que nadie, con Alexia, y la llamaba y la llamaba, pidiéndole una oportunidad, obsesionado con ella… hasta que se enteró de que era Andrade el que sí estaba viviendo esa historia que se le negaba a él. Y entonces decidió acabar con mi amiga.

A la mujer se le quebró la voz.

Yo no sabía qué decirle en ese momento.

—Y me siento culpable, porque yo no hice todo lo posible porque ella se marchara del club. Yo misma tenía que haberla jalado de los pelos y haberla sacado a rastras, para que se fuera muy lejos. Pero Alexia, cada vez que yo le sacaba el tema, siempre me decía lo mismo: «Hay algo que me ata aquí».

—¿El dinero?

—No. Andrade.

—¿Y Rebolledo mata a Miranda por eso?

—Era odio lo que sentía ese señor por el padre de Miranda. Puro odio. Por eso, cuando se enteró de que era el amante de Alexia, de que entre ellos dos había algo más que cama, se la robó, quitándole la vida. Pero, no conforme con eso, porque pensaría que Alexia podía ser solo un capricho pasajero de Andrade, a fin de cuentas una puta, ya sabe usted cómo se nos trata, como si fuéramos

bestias, quiso atacar lo más sagrado, lo más íntimo, lo que más quería: a su hija. La fuerza. La posee. La deja embarazada.

—Pero para ese momento ya Andrade está muerto.

—Da igual. Un día leí en una revista que la sed de venganza a veces no se apaga. Es como tener sed. Bebes un vaso de agua y te sacias. Pero solo por unas horas. Luego reaparece la sed, y tienes que volver a beberte otro vaso. Eso le pasaba a este señor. Mató a la pobre Alexia, y ahí se sintió saciado. Pero enseguida notó que la sed le volvía. Ese señor estaba tan loco, tan trastornado, que aunque había pasado más de un año, era tal el odio que seguía sintiendo hacia Andrade, que tenía que seguir haciéndole daño. Aunque estuviera muerto. O igual no estaba muerto todavía.

—No entiendo.

—En mi país hay almas atormentadas que no terminan de encontrar la paz. Y les ponemos copas llenas de agua para que sacien la sed que no para de devorarlas. Y ellas las vacían en medio de las tinieblas de la noche. Yo he visto esas copas lleneticas por la noche, y que aparecen totalmente vacías cuando canta el primer gallo de la mañana, como si el agua se hubiera licuado. Ese señor quería seguir haciendo daño para que el alma de Andrade fuera torturada. Y le repito, ataca a lo más íntimo: a su hija. Y la embaraza.

—Y eso le llega, a través de los mensajes impulsivos que le manda el pianista —proseguí, reponiéndome de aquel razonamiento que me hizo pensar en una historia de zombis de *Cuarto Milenio*— Y claro, el empresario no puede permitir que nazca un hijo suyo por ahí. No podía anudar su sangre y su destino a la familia que justamente le ha buscado la ruina. ¿Acaso Rebolledo iba a jugar como un abuelito con una niña que hubiera él ayudado a engendrar? Eso era un disparate. Y no solo eso. Miranda podía ir a la policía y contarlo todo, incriminándolo. Así que debe cortar por lo sano.

—Así debió ser, señor.

Ahora sí, todas las piezas estaban en su hueco. Toda la secuencia pasó por mi mente.

«Una noche espera a que Valentina y Armand salgan a cenar a uno de sus restaurantes caros que gustaban de frecuentar. Sube y logra entrar. Ella gira la cabeza, extrañada de que haya ruidos en casa,

cuando hace tan poco que su madre y Armand han salido. El otro se mueve sigilosamente, en aquella casa enorme, hasta que da con ella. Miranda lo reconoce inmediatamente. ¿Cómo no va a reconocerlo? Jamás olvidará esa cara, ese rostro demente, en el que se mezclaba la locura y el placer en el momento en el que la bombeaba con embestidas rabiosas, violentas, su cara desencajada en el instante de vaciarse dentro de ella. Miranda sabe a lo que ha venido. Esta vez no se conformará con violarla. Y sabe que, por muchos gritos que dé, nadie la escuchará. La casona que construyó su padre está aislada. Como si no hubiera vecinos. Y solo ve una escapatoria, la única que encontraron aquellos pobres desdichados que quedaron por encima del piso 92 en la torre Norte de las Torres Gemelas. Ella no había nacido cuando ocurrió esa tragedia, pero desde que vio las primeras imágenes de lo que pasó, en algún reportaje que echaron en televisión por el aniversario del
11-S,
se le habían quedado grabadas, y sentía una especie de ahogo, como si le faltara el aire, notaba lenguas de fuego amenazando con lamerle el cuerpo. Y ahora ella estaba por encima del piso 92. Y solo podía hacer una cosa. Arrojarse al vacío. Las llamas tenían la forma de las manos asesinas de un hombre. Miranda se precipita al vacío. Aún está con vida cuando cae. Pero su perseguidor no ha completado el trabajo. Y tiene una idea perversa: dejar su cuerpo en la salina de otro tipo que también ha maniobrado para buscarle la ruina: Salazar. ¡Anda que no se habrá reído a costa de su desgracia! ¡Andrade y Salazar eran tal para cual! ¿Acaso no se habían burlado de él cada vez que se lo encontraban en una feria de la construcción? A él también le va a hacer pasar un mal rato. Y como todo el mundo sabe cómo acabó con Andrade, como el perro y el gato, algunos dedos apuntarán a él. Y se verá obligado a dar muchas explicaciones. Aparte de la mala prensa para su empresa. Un cadáver en Salinas Salazar. La noticia, ahora en tiempos de internet, viajaría por el mundo enseguida, llegando por supuesto a los países de la Europa fría que compraban la sal. La empresa caería en el descrédito. Y sería el principio del fin».

—Y le voy a contar otra cosa. Hay cámaras en las habitaciones.

—¿Dónde? —pregunté, lamentando que no haber encontrado ninguna, cuando hice mi primera visita al burdel.

—Camufladas entre los cuadros que hay en las paredes.

Ahora sí, recordé las reproducciones de escenas galantes o abiertamente sexuales que había en las paredes.

—Y ¿ustedes son conscientes de que son grabadas?

—Claro. Hay cámaras en todas. La excusa que ponen los jefes es que sirve para tener plena seguridad de que nosotras hacemos bien nuestro trabajo. Nosotras y nosotros. Porque también hay hombres prostituyéndose.

—¿Cómo es eso?

La dominicana tomó aire.

—El club tiene dos barras, una en la que estamos nosotras, y otra a la que se accede después de pagar doscientos euros. Los clientes lo hacen en la misma ventanilla en la que se pagan los servicios de las chicas. Pero en vez de darles una llave para acompañarnos un rato a la habitación, le envían al cliente un código QR a su teléfono móvil. Presentan ese código y pueden acceder a una sala muy privada, la sala VIP, donde solo hay hombres. Por esos doscientos euros que pagan tienen derecho a entrar en ella y compartir media hora con cualquiera de ellos. Pero la cuestión no es esa. Cada uno puede buscar lo que le guste. Carne o pescado. El problema es cuando no es pescado ya crecido, no son peces adultos, sino alevines.

—No le entiendo.

—Los chicos que prestaban sus servicios en esa sala VIP eran muy jóvenes. Tanto que eran todos menores de edad. Con cuerpos muy desarrollados, pero con no más de trece, catorce años, quince alguno…

Mi mente siguió funcionando a toda velocidad. Para tener cogidos por los huevos a los empresarios de la zona, a Andrade y a Salazar no les valía con grabar a los clientes acompañados por mujeres. Eso era lo de menos. Querían montar el único club de hombres que hubiera en quinientos kilómetros a la redonda. Algo exclusivo. Me intenté poner en la piel de los clientes. Una cosa es que te pillen con una prostituta. Una cana al aire. La carne es débil. Otra es que se extienda que le das fiesta a tu cuerpo con otro hombre. Eso sí sería un escándalo. Que señalaría socialmente al empresario o político de turno. ¿Quién podía presentarse en una lista electoral si presume en público de familia y buscar placeres

con Adonis en privado? ¿Quién podría creerlo a partir de entonces? Sí, Andrade y Salazar habían tenido una gran idea. Con esas grabaciones, tenían a todos a sus pies. Los negocios son los negocios. El mundo no se distingue entre altos y bajos, entre rubios y morenos, sino entre listos y tontos. Y allá tú si eres tan bobo como para que te graben montándotelo con otro hombre. Andrade y Salazar no se conformaban con los beneficios astronómicos del salinar. No. Todo empresario de éxito pone huevos en otros cestos. Promoción de viviendas. Centros comerciales. Salazones… Con la diferencia de que ellos no dejaban que otros empresarios pusieran nada en su cesto. Ese cesto era suyo y solo suyo.

—Y ¿por qué ha decidido contarme ahora todo esto?

Noté como una lágrima le rodaba por las mejillas. Pero rápidamente reaccionó y se la quitó de un manotazo.

—Porque he decidido no volver a El Paraíso. Y necesito su ayuda. No quiero acabar como Alexia. Y espero que, a cambio de toda esta información, usted me ayude.

—Por supuesto. La ley de Protección de Testigos y Peritos en Causas Criminales le ampara y, en concreto, el derecho a que le sea reconocida la condición de testigo protegida. Además, dispondrá de atención médica y psicológica, asesoramiento jurídico y alojamiento seguro.

Marqué el teléfono de Torregrosa. Le conté todo esto que vosotros ya sabéis. Se quedó pensativo, y luego me dijo que se ponían ya a la tarea de buscar al tal Rebolledo, acusado de la presunta comisión de un delito contra la libertad sexual. Me dio instrucciones para que una unidad sacara a Diana de Castellblanc, a fin de protegerla y que pudiera ratificar todo lo que me había dicho, por medio de una denuncia formal. Si conseguíamos que Rebolledo confesara, ya teníamos el caso de Miranda resuelto. Y también debíamos conseguir que el pianista prestara declaración. Su testimonio podía ser esencial. Me puse a buscar la dirección de su casa. Como era en ella donde daba las clases particulares, lo normal es que se anunciara en internet. Pero no había ni rastro. Y si alguna vez lo hubo, quizá se esmerara para borrarlo, después de señalar con el dedo a peces muy gordos. Tendría que recurrir a Daniel, que me había dicho que había hecho una inspección en su casa. Me dio pena. No sé cómo reaccionaría cuando se fuera enterando de todas

las novedades que traía el caso sobre esa niña que se había convertido para él en una obsesión.

Miré el reloj. Las siete y cinco de la tarde. Era muy buena hora para hablar con mi chica. Estaba a punto de darle a la tecla verde, cuando el móvil me dijo que tenía una llamada entrante. Era Fuster. Su tono era de azoramiento. Hablaba atropelladamente.

Leo había aparecido.

46

UNA UNIDAD DE LA POLICÍA, que andaba patrullando por las afueras de Castellblanc, se detuvo en una casa que el segundo terremoto había tirado abajo. A los agentes les llamó la atención el movimiento pendular de una viga de madera, agitada por el viento. Eso era un peligro. Si alguien pasaba por allí, por curiosidad, por pillaje o por lo que fuera, le podía caer encima. La viga se podía desprender en cualquier momento. Se bajaron del coche. Igual podían ellos tirarla ya abajo. Iban a intentarlo cuando un olor nauseabundo les hizo girar la cabeza hacia una esquina. Allí, las moscas se entretenían libando en una masa encefálica, engolfadas en un festín de sangre y materia orgánica en descomposición.

El rostro de Leo estaba totalmente desfigurado.

Se hizo de noche. El juez tardó mucho en llegar para el levantamiento del cadáver. Los agentes de la Científica anduvieron trabajando hasta muy tarde, recogiendo todo el material que pudiera servir para la investigación. Que ya tenía poco recorrido. O ninguno. La tragedia se había cruzado en la vida de aquel chaval. Igual que le había pasado a otras siete víctimas del terremoto.

Con una sensación de aturdimiento, regresé al Bristol.

Durante varios minutos tuve la sensación de que alguien me seguía. Me giré un par de veces, pero no vi a nadie. Mis pisadas sonaban solitarias en la noche, solo acompañadas por el rumor lejano de las máquinas excavadoras, que seguían moviendo escombros, sin descanso.

Pero estaba ya muy cerca del hotel, a punto de cruzar la puerta de entrada, cuando se materializó un cuerpo. Era de un hombre más bien menudo.

—Agente.

Hablaba con hilo de voz, tan débil, que me costó precisar que era a mí a quien se dirigía.

—Dígame.

—¿Podríamos hablar?

—¿Quién es usted?

La luz mellada del cartel del hotel me descubrió unas facciones de ratón asustado.

—Soy Fabio Castellanos. Y quería hablarle a usted de algo importante. En privado.

Como notó la desconfianza en mi cara, con dedos nerviosos, extrajo una cartera del bolsillo de la chaqueta que llevaba puesta y me mostró su DNI y la tarjeta que le acreditaba como profesor de piano. La aparición del cuerpo sin vida de Leo me había hecho olvidar por completo la tarea que tenía pendiente de buscarlo y hablar con él.

—¿Me acompaña al *hall*?

—Es demasiado pequeño.

Me dieron ganas de reír. Claro que no era el *hall* del Palace, pero yo no era un hombre de negocios, solo un policía con dietas esqueléticas y Castellblanc no era Benidorm. Había lo que había: un hotel barato al que le fallaba una letra de la fachada y con un bar donde cocinaban platos sospechosos.

Al final opté por conducirlo a mi habitación. Cuando entró en ella, primero le dedicó una mirada censora, como si me reprochara el desorden, las zapatillas tiradas de cualquier manera, una taza de café abandonada, con posos en el fondo…

—Y bien, ¿para qué quería hablar conmigo?

—Mire, a pesar de que he intentado abstraerme en mis piezas de piano, encerrarme en las partituras, me ha llegado la información de la desaparición de ese chico, de Leo. Mejor dicho, de su muerte.

Lo miré con extrañeza. ¿Cómo podía saber ya ese pianista que Leo había aparecido muerto?

—¿Quién le ha dicho eso?

—En el pueblo las noticias corren. Sobre todo, las malas.

A lo que parece, Fuster había tardado poco en dar la noticia. Ese hombre debía llevar ya jubilado varios años.

—Sí, van diciendo por ahí que ha aparecido el chico. Y bueno, tengo algo que le puede interesar.

—Adelante.

—¿No ha escuchado pasos?

Agucé el oído. Negué con la cabeza. Pero el pianista no se

conformó. Lo vi abrir la puerta y asomar la cabeza por el quicio para examinar el pasillo. Regresó, más tranquilo.

Volvió a meter las manos en el bolsillo de la chaqueta. Extrajo una bolsa de terciopelo. La manipuló con sumo cuidado, como si fuera dinamita. Y de la bolsa sacó un teléfono móvil.

—A mí me gusta estar en casa. Es como un reducto sagrado. No me gusta mezclarme con la gente. Mi despacho, acompañado por el marfil de las teclas del piano, por esas partituras con las que maestros universales me hablan desde el pasado, es como el útero materno, no sé si me entiende. Pero la muerte de Miranda me dejó afectado hasta tal grado, sin parar de ver sus manos en el piano con el que dábamos las clases, que notaba una especie de opresión en el pecho allí encerrado, entre aquellas paredes donde siempre había residido la felicidad para mí. Y entonces me puse a hacer algo que nunca había hecho. Pasear. Pasear sin rumbo. Y uno de esos días, extraviando mis pasos, acabé en la salina. Se había echado la noche encima. Y me dio un poco de miedo. Oía ruidos extraños, de animales vigilándome como a un intruso. Iba ya a salir de allí cuando escuché una musiquita. Que enseguida identifiqué. Era *El lago de los cisnes*. Procedía de un teléfono móvil. Ese politono, o como se llamen esas cosas, lo había escuchado más de una vez en mi casa. Fui yo el que se lo recomendé a Miranda.

—¿Por qué no lo entregó a la policía?

—Porque, en mi aturdimiento, cometí el error de cogerlo. De cogerlo con las manos. ¡Con mis manos! Era un objeto extraviado de Miranda y, claro, yo no podía permitir que otra persona llegara y lo robara. Aunque ella estuviera muerta, actué como si tuviera que dárselo esa misma noche, porque lo estaría echando de menos.

—Debió entregarlo a la policía.

—¡Pero llevaba mis huellas! Y yo podía ser incriminado. ¡Ir a la cárcel! Seguí con atención cómo avanzaba la investigación. Hasta que declararon el caso cerrado. Pero yo sabía que había algo que no encajaba. Si Miranda se había suicidado, ¿por qué apareció su móvil en la salina? Y decidí quedármelo. Ese caso podía ser reabierto en cualquier momento. Y yo no quería acabar en la cárcel.

—Y entonces, ¿por qué ha decidido dar ahora este paso?

Lo observé con detenimiento. Una retícula de venas muy rojas le afeaba los ojos. Chasqueó los labios varias veces.

—Porque he visto que me puedo fiar de usted. Y sobre todo, porque quiero que se descubra qué le pasó realmente a Miranda.

El tono de voz seguía siendo débil, de confidencia, pero sus facciones se habían crispado. La rabia corría en ese momento por su interior, y se concentraba en los ojos, que me miraban, clamando respuestas y justicia.

—Me da igual si voy a la cárcel o no, pero no puedo seguir viviendo sin saber quién le hizo aquello a mi pobre Miranda.

—¿Es verdad que fue violada?

—¿Quién le ha dicho eso?

—Hago mi trabajo, señor.

Fabio tragó saliva. Tomó aire, y luego me ratificó muchas cosas que me había dicho Diana. La prostituta no me había engañado. En otras, sin embargo, su testimonio no coincidía con el del pianista, que no podía asegurar que era Rebolledo el asesino de Miranda.

—¿Miranda y Leo eran muy amigos?

—La niña era muy reservada, pero sí, se puede decir que tenían una buena conexión. De alguna forma, los unía ser como eran. En el pueblo se les tildaba de raros. Pero simplemente eran diferentes.

—Leo, por ejemplo, no usaba redes sociales —le comenté al pianista.

—Miranda tampoco. Bueno, solo una, Facebook. Fíjese, Miranda me comentó que Leo al principio sí tenía redes, todas. Incluso Twitter. Pero empezó a recibir amenazas, y se las quitó. Y Miranda me vino un día con que eso tenía que hacer ella también.

—Y ¿por qué no lo hizo?

—Se dejó Facebook. Allí al menos parece que la dejaban un poco en paz. Eso me dijo la niña.

Aquello me cuadró. En efecto, en la policía teníamos plena conciencia de que Instagram y, muy por encima de todas, Twitter eran las más contaminantes, por las que circulaba el odio con más libertad. Pero era curioso. Ambos, Miranda y Leo, habían tenido que soportar amenazas. Esto me dejó pensativo.

Me extendió el teléfono móvil.

—¿Usted ha accedido a su contenido?

—¿Cómo es capaz de formular esa pregunta, de hacer esa insinuación siquiera? Ese teléfono era de Miranda, y entrar en él era como la profanación de un rincón sagrado. Yo jamás tendría

derecho a eso. Si acaso ustedes, que son los que pueden dar con el que le rompió la vida.

—Así lo haremos, descuide.

Fabio Castellanos dio media vuelta, y avanzó con grandes zancadas hacia la puerta de la habitación. Estaba a punto de abrirla cuando se volvió de nuevo hacia mí.

—Ah, se me olvidaba. No sé si Miranda cambiaría la contraseña. Pero unos meses antes de desaparecer, me dijo que, en homenaje a Debussy, usaría los cuatro números del año de su nacimiento. Desde que había descubierto *Arabesque*, se había rendido al talento del genial compositor francés.

47

LA PUERTA SE CERRÓ. Oí sus pasos perderse por el pasillo. Se hizo el silencio, que duró pocos minutos. Por las paredes se filtraba algún sonido que debía proceder de alguna habitación. Risas de público, sintonías de concurso, el tachán de un premio ganado. Miré el móvil. Con una carcasa de color rosa. No era de los caros. Ni marca prémium ni nada por el estilo. Para Miranda, el móvil era solo eso. Intenté encenderlo. Estaría muerto, con la batería completamente agotada. Pero después de un parpadeo fugaz, escuché un sonido de arranque. Y el teléfono volvió a la vida. Estaba a tope de batería. Aquello me descolocó. El pianista, para mantenerlo vivo, le habría comprado un cargador específico, seguro. ¿Me había dicho la verdad con aquello de que él no se había atrevido a hurgar en su interior, a escudriñar en sus contenidos?

El aparato pidió una contraseña. Abrí internet en el mío y tecleé Debussy, fecha de nacimiento. Wikipedia me dio la respuesta que estaba buscando. 1862. Reconozco que tenía el pulso acelerado, los dedos se me habían vuelto torpes por culpa de los nervios. Apliqué esa combinación al teléfono de Miranda.

Era la correcta.

Pensaréis que en mi cabeza sonó como un tachán parecido a esos del concurso que sonaba en la tele de la habitación contigua.

Pero casi hubiera preferido que la contraseña no fuera válida. Y enseguida entenderéis por qué.

Esta noche te recogerá él donde siempre. A las diez y veinte. Sé puntual. Diez y veinte, te repito. Y espero que te hayas curado de la mierda esa del herpes labial. A veces me pregunto qué hace tu boca loca por ahí. No quiero que me lo pegues en la polla.

Ya sabes lo que te ocurrirá si se te escapa algo. Tú mataste a aquel chico. Te cargaste a uno de los tuyos. A un maricón como tú. Tú le diste la patada mortal. Qué paradoja. ¿Qué pensarían tus padres si se enteran de pronto de que tienen a un asesino en casa? Si hablas, contaré lo que de verdad ocurrió aquella

noche. Y no me hace falta Twitter ni nada de eso. Tengo algo muy potente para mí entero. Para hundirte.

Te tuve que dar la paliza para que aprendieras. La culpa no fue mía, sino tuya. Te saltaste las reglas. Debías venir sin el móvil. Esa era la regla principal. ¿O es que se te ha olvidado, imbécil? No sé cómo lograste engañarme para meterlo en la caseta. Para hacerme esa foto. Pero fuiste un inconsciente. No solo por hacerla, sino sobre todo, por mandarla a tu amiguita. ¿No te das cuenta del lío en el que la has metido? Siempre matas a los tuyos. Antes, aquel chico. Y ahora, a ella.

Las capturas de pantalla estaban ahí. Leo se las había enviado a Miranda. Tenía que compartir el dolor y la inquietud que le atravesaban con su mejor amiga. Ya no podía más. Incluso le llegaba a decir que si esto no acababa pronto, estaría dispuesto a quitarse la vida. Que ya no podía aguantar más a ese cabrón. A ese malnacido. A ese desgraciado. A ese hijo de puta de DeVito.

48

ME LO ENCONTRÉ LEVANTANDO PESAS en su despacho, enfundado en ese chándal que debía ser su mejor amigo. Cuando me vio aparecer en su despacho, dejó una mancuerna suspendida en el aire, sin atreverse a terminar la repetición.

—Muy buenos días, Salcedo. Siento interrumpirle.

Torció el gesto.

—¿Qué le trae por aquí?

—Hacerle unas preguntas.

—¿Unas preguntas?

—Sí. Y es mejor que me las responda en la comisaría.

Compuso un gesto de estupefacción. Como si le hubieran dicho en ese momento que el deporte era malo para la salud, y especialmente, levantar pesas.

—¿Y eso?

—Se lo explicaré.

DeVito reaccionó con un gruñido.

—Es que ando cerrando edición.

Lo miré de tal manera que vio que no tenía elección, por muy reacio que se mostrara.

—¿Me deja hacer una llamada?

Asentí.

Poco después de entrar en la comisaría, apareció su abogado. Le eché cincuenta y pico años. Cojeaba al andar y se ayudaba de un bastón para hacerlo.

Los llevé a una sala que tenían habilitada mis compañeros de Castellblanc para los interrogatorios.

—¿Por qué ha traído aquí a mi cliente?

El abogado tenía una voz de pito. Me recordaba a la de Truman Capote, en la película que hicieron sobre su novela *A sangre fría*.

—Ahora entenderá que no ha sido un capricho.

Los dos se miraron. DeVito meneó la cabeza negativamente.

No quise extenderme en preámbulos. Puse sobre la mesa una carpeta y la abrí, mostrándoles una foto. En ella aparecía un hombre, de perfil, totalmente desnudo, pinchándose. A su lado había una jeringuilla cargada con un contenido extraído de una caja. Leí su contenido. Su pene estaba erecto. Y no cabía duda alguna. Esa cara que medio se escondía era la de DeVito. Hay que ver la calidad que dan los móviles estos de última generación.

—Ese es usted. ¿Qué le sugiere esta foto?

DeVito la cogió, y vi cómo sus cejas formaban un acento circunflejo. Acercó y alejó la imagen, para que la analizaran sus ojos un poco miopes.

—¡No sé por qué me enseña esa foto!

—Porque sale usted en ella.

—Ese no soy yo.

—Pues qué pena. Al hombre que aparece ahí se le ve bien dotado.

Su abogado hizo un amago de protesta. Manipulaba nerviosamente su bastón. No debía tener mucho sentido del humor, y menos en aquel contexto, desde luego, no le era favorable. Yo tampoco tendría muchas ganas de chistes si debía defender a DeVito en este caso. A estas alturas de la partida, todos empezábamos a saber, DeVito el primero, que tenía muy malas cartas. Con tanto futuro como el Atlético en la prórroga de la Champions de Lisboa, después del gol de Sergio Ramos en el minuto 93.

—Vale, usted no es el de la foto —le concedí—. Y ¿tampoco es autor de estas frases? —le pregunté, extendiéndole la fotocopia de las capturas de pantalla que Leo le había enviado a Miranda.

Las leyó. Intentaba aparentar tranquilidad. Era un profesional. Pero yo también lo soy. Y aunque no sea un veterano en el cuerpo, llevo ya los suficientes interrogatorios a mis espaldas para saber cuándo al ladrón, al violador o al asesino que tengo delante se les acelera el pulso. Llegas a ver hasta la sangre batiéndole en las venas.

—Ahí viene su número —le señalé.

—Pero ¡qué ignorante que es usted! En estos tiempos es más fácil fabricar una conversación falsa que colarle a la gente una *fake new*. Pero veo que usted es analógico. Se quedó anclado en el pasado. Seguro que solo lee libros en papel. Si es que lee algún

libro, claro.

No me gustó el tono burlón que empezó a gastar. Intentaba, valiéndose del sarcasmo, disimular el nerviosismo que le recorría por dentro.

—No crea. Compro muchos libros, quizá demasiados. Y leo. Muchísimo. Más de lo que usted cree. Y hasta su periódico. Pero esta vez no podrá acudir al cierre de edición.

—¿Cómo dice?

—Deberá pasar esta noche con nosotros. Y no se queje. Hemos tenido suerte. El terremoto no ha dejado en el calabozo ni una sola raja.

—¡Pero esto es un atropello! —me saltó el abogado, con su voz aguda, tanto que taladraba los tímpanos. Con el bastón daba golpes en el suelo.

—Usted sabe perfectamente que tenemos setenta y dos horas. Eso viene en primero de carrera.

DeVito se puso de pie y empezó a lanzarme una andanada de palabras y acusaciones. Por un momento pensé que se le iba a ir la mano. Estaba acostumbrado a mandar. Él elegía qué iba en portada. Y esta vez, muy a su pesar, era él quien la iba a ocupar.

49

TWITTER ES A VECES NUESTRO ENEMIGO. Ya tenemos un departamento específico para combatir la avalancha de bulos que ese invento va distribuyendo con total impunidad. Las mentiras se mueven por la red, tan felices como las ratas en las alcantarillas, coleccionado retuits y *likes*. Pero, en ocasiones, también Twitter se pone de nuestro lado.

La noticia de la detención de DeVito no salió en *La Gaceta*, obviamente. Pero Nagore, que aún debía tener algún contacto dentro de la redacción y alguien que le contó mi visita al periódico, tiró del hilo y se enteró de que su exdirector no había dormido en casa esa noche. Como le tenía ganas, no tardó nada en airearlo en Twitter. Ese artefacto del que nadie puede escapar. Ni siquiera una prostituta. Escondida en un piso que le habíamos buscado para protegerla, pasaba las horas muertas navegando por internet. Y buscando información sobre el terremoto, por si se producía otro (nos iríamos todos de Castellblanc, pero el miedo se quedaría ahí mucho tiempo), Diana había encontrado el hilo que Nagore había publicado en Twitter. Y marcó el número de mi teléfono.

—Cuando me he enterado de lo que le ha pasado a ese señor, me he puesto a pensar. Esa noche en que desapareció la niña, yo subí con un cliente un poco raro. No porque pidiera nada especial. Eso no. Pero es tan callado que da hasta miedo. Y te mira así, fijamente. Va mucho al club. Lo llaman el Toti. Toti para aquí, Toti para allá. Es un poco menso.

—¿Menso?

—Sí, así lo llamamos en mi tierra. Como bobo. Y el caso es que esa noche, por mucho que lo intentó, ni empalmaba. Y salió de la habitación, muy enfadado. Y cuando fui a dejarlo todo en orden, porque la mami es muy estricta para eso, vi que el cliente había dejado un rastro de sal. Me encontré alguna piedrecita de sal solidificada, que se había escapado de las suelas de sus zapatos.

Así, de golpe, no había nada extraño. Seguro que Diana se habría visto obligada a aliviar a más de un trabajador de la salinera.

—Más de una vez lo vi entrar en el club, acompañado por ese señor al que ustedes han detenido, el señor DeVito. Parecía como su mayordomo. Hablaba con él, y Toti asentía. Y luego, el señor se iba a la zona de los hombres, la zona VIP esa de la que le hablé, y el Toti se quedaba aquí, con nosotras. Bebiendo. Cada día más. Se puso muy pesado. Desde que lo habían echado de las salinas, estaba insoportable.

—¿Cómo dice, Diana?

—Sí. Él parece que trabajó muchos años antes en las salinas, pero luego lo botaron. Y hablaba mal de su jefe, el que lo había botado. Siempre hablaba muy mal de él. Decía que todo el mundo le fallaba. Su jefe, las putas… Que no se podía fiar de nadie. Solo de su Golf.

—¿De su Golf?

—Sí, el Golf descacharrado que dejaba siempre ahí a la entrada, junto a la puerta. Con un alerón. Feo como un cuervo.

No me resultó difícil dar con él. El Toti no solo era conocido en El Paraíso. Era un tipo solitario. De su padre no se sabía nada. Poco después de dejar preñada a la madre, pies para qué os tengo, cogió las de Villadiego, que aquí junto al mar la humedad me mata, de tanto sudar. La madre se quedó con el bombo. El niño, que salió poco espabilado, era un incordio. ¿Cómo se le ocurrió ese día tonto abrirse de patas? Así que se libró de él tan pronto como se presentó la ocasión. Un viajante se encaprichó de ella, y a la mujer le faltó tiempo para hacer las maletas, antes de que el Toti volviera a casa, después de pasar la tarde chamuscando hormigas con una lupa o matando ranas, a las que decapitaba con una crueldad de película de terror. Así creció el Toti. Hasta que encontró su familia. La única que iba a tener en toda su vida: la salinera. Entró de peón y acabó manejando las volvedoras. Hasta que un día le dieron una patada. Y se fue a ahogar sus penas en El Paraíso. Esa era su historia, la historia que corría por el pueblo.

Me lo encontré con el capó del Golf levantado, verificando el nivel del aceite. Los altavoces de la radio, a todo volumen, expulsaban la letra procaz de una canción de reguetón. Estaba tan abstraído en su tarea y con la música tan alta, que no me oyó llegar.

—Estos bichos son carne de perro, eh.

—¿Cómo?

—Que un Golf es para toda la vida.

—Ammm.

—¿Cuántos kilómetros tiene?

—¿Es que me lo va a comprar?

El chico se puso en guardia. En el rostro, ya manchado por un rastro de tizne, le apareció una sombra de desconfianza.

—¿Lo venderías?

—Jamás —me aseguró, poniéndose muy serio, como si la sola idea de plantearle esta posibilidad, la de comprarle su coche, fuera una ofensa.

Decidí que se habían acabado las cortesías. Que allí no estábamos para hablar de potencias, aceleración o valor de mercado de un coche. Metí una mano en él y de un golpe apagué la radio. Guillotiné una frase, cuando decía algo así como «aquí tengo ardiendo todo esto para ti, mamita, tengo para ti toda mi lechi…».

—¿De qué conoces a Salcedo?

—¿Ummm?

—O DeVito. Como tú quieras.

—¿De qué?

Se quería hacer el tonto, estaba claro.

—Lamento que no te suene. Él sí te conoce a ti. Has sido su taxista muchos días.

—Yo no subo a cualquiera en mi Golf. Solo a amigos.

—Pues él no lo era. Y te contaré por qué.

La Unidad de Investigación de los Delitos en las Tecnologías de la Información le había echado muchas horas. Y después de revisar decenas de vídeos absurdos con gente haciendo cosas absurdas, dio con una *story*. La había subido una pareja de chavales ese día. Se habían estado dando gusto en el antiguo molino de sal. Lo mismo era refugio de drogadictos que de parejas ocasionales y morbosas. Hacerlo allí, junto a la laguna, con el chapoteo de las patas zancudas de los flamencos, rodeados de sal, debía tener su punto. Y había que contarle al mundo aquella experiencia, claro. Los chavales colgaron la *story*, moviendo el móvil para que su cámara recogiera toda la perspectiva, el paisaje que tenían detrás. Y aunque era de noche, los focos de la empresa salinera difundían una luz

famélica, pero suficiente para que la policía reparara en una figura. Se recortaba con nitidez. Y se correspondía con la silueta del Toti, yo no albergaba dudas, ahora que lo tenía delante. En su azoramiento, pendiente como estaba de concluir bien su trabajo, con el rumor líquido de la salina amortiguando pasos, no se había percatado de que no estaba solo allí. Quizá escucharía algún ruido. Pero lo atribuiría al chapoteo de los flamencos, al viento de la noche colándose entre el carrizo, a los ruidos indefinibles de la salina en mitad de la noche.

Además, un hombre había denunciado que un coche se lanzó a embestirlo cuando caminaba por el sendero que conduce al humedal. Un movimiento ágil impidió que se lo llevara por delante. Y vio perderse el vehículo, y luego entrar en las salinas. Ese hombre era Gavilán. Llevaba en sus manos una preciosa figura de sal, una especie de reproducción del Titanic, que quedó destrozada. No pudo ver la matrícula del coche, pero sí el modelo: un Golf negro.

Le puse a Toti la grabación del vídeo que habían hecho los chicos, cazándolo en un movimiento de su móvil. Él negó con la cabeza. Pero se lo puse una y otra vez. Cinco, seis, siete minutos. Una y otra vez. Hasta que ya dejó de negar.

Le conté que DeVito había testificado en su contra, acusándolo, no solo de la muerte de Miranda Grey, sino también de la de Leo. Tenía que jugarme ese farol. Toti me miraba, primero con gesto de estupor, meneando la cabeza de izquierda a derecha, enérgicamente. Luego, conforme iba avanzando mi relato, las manos se le tensaron, los nudillos marcándose nítidos, a punto de golpear a alguien, o algo, igual se sintió cuando le dijeron que su madre, la única ancla que tenía en este mundo que siempre había sido hostil para él, se había fugado.

—Lo de Miranda fue cosa mía —acabo admitiendo, ante la fuerza de las pruebas—. Pero lo del chico, no… Yo solo manejé el tractor.

«¿El tractor?», me preguntó Torregrosa. No le veía la cara. Pero me la imaginaba. Hacía esfuerzos por no perderse en aquella historia, de las más complejas que le habían tocado desde que llegó a la Brigada de Homicidios y Desaparecidos.

Las cosas habían ocurrido de la siguiente manera. Es verdad que a DeVito le gustaban los hombres y no le importaba pagar por ellos.

Después de una larga jornada lidiando con los ineptos que tenía en la redacción, ¿qué había de malo en acabar la noche en la zona VIP de El Paraíso? Cada vez pedía chicos más jóvenes, pero incluso un club así no podía satisfacerlo en todo, surtirlo en lo que pedía. Y entró en su radar Leo. Dieciséis años recién cumplidos. Rozagante. Casi de estreno. Hermoso como Tadzio en *Muerte en Venecia*. Sí, sí, una especie de Björn Andrésen. Un día vi un reportaje sobre aquel chico que hizo perder la cabeza a Dirk Bogarde en la película de Visconti. Ni siquiera lo que le había ocurrido logró marchitar su belleza.

¿Qué le pasó?

A Leo lo enredaron para que participara en una cacería nocturna. O eso, o él sería la víctima de la siguiente. Eran demasiadas las sospechas que recaían sobre él. Y se había formado una manada que se dedicaba a hacer justicia, cuando las músicas y las luces de los bares se apagaban. Aquella noche no tuvo más remedio que unirse a la cacería. Para salvarse. Y fueron los otros los que lo animaron, los que con sus ojos le exigieron que rematara al pobre desgraciado que yacía semiinconsciente en el suelo pringoso de meados y vómitos. El tiro de gracia te corresponde a ti, le decían con sus miradas. Si no, seguiremos pensando que eres un maricón. Y ya sabes lo que aquí hacemos con los maricones.

La policía de Castellblanc se puso manos a la obra. Fuster inició una investigación. Pero un manto de silencio cayó. La *omertà* de los adolescentes. Hasta que pasados unos meses, una vecina a la que DeVito había hecho algún favor, publicando un suelto para que el Ayuntamiento investigara una pescadería ilegal que llenaba su edificio de olor a podredumbre, lo llamó. Se fiaba de él. Le parecía buen hombre. Hay que ver la percepción tan equivocada que a veces tenemos de las personas. Marcó su número por segunda vez en su vida. Tenía algo que enseñarle. Encerrado en su teléfono móvil. Un vídeo que no se había atrevido a compartir con nadie. Por puro miedo. Si esas imágenes se divulgaban, cualquiera de aquellos delincuentes era capaz de identificar desde dónde se habían grabado, desde qué balcón. Y ya ha visto ella con qué violencia se conducían, de qué eran capaces. DeVito le dijo que no se preocupara, que la policía era muy profesional. Ella dudó, pero acabó enviándole el vídeo. Y el periodista, en vez de trasladarlo a la

policía, se lo guardó para él. Ese vídeo era un tesoro.

Y fue a buscar a Leo. Ahora sí, sabía que lo tenía a su merced. Que era suyo.

50

TÚ TE CARGASTE A AQUEL CHICO. Y puedo ir a la policía, en cualquier momento. Pero prefiero que lo pasemos bien. Tú y yo.

Con esas iría al chico, que lleno de miedo, aterrorizado por el riesgo de acabar en la cárcel, accedió a lo que le pidió DeVito. El director de *La Gaceta* debía ser muy discreto. Tenía una reputación que cuidar. El maestro García Márquez lo había escrito, con la lucidez suya: «Los seres humanos tenemos tres vidas, la pública, la privada y la secreta». DeVito se había hecho amigo de Toti, de esas amistades extrañas que se fraguan en los bares, con alcohol, droga y soledad de por medio. De vez en cuando hasta le había pagado un polvo en El Paraíso. Y como DeVito no tenía carné de conducir, el otro le correspondía, poniendo a su disposición su Golf, por si necesitaba llevarlo a algún sitio.

Y en efecto, había un lugar al que DeVito quería que lo llevaran. Era una nave abandonada, que había servido de almacén de sal, hasta que cayó en desuso, y la salinera la había vendido. Toti conocía aquel rincón como la palma de su mano. El primer día que fueron para allá los dos, abrió la puerta como si fuera la de su casa.

Era el sitio perfecto. Alejado de todo. Olvidado.

A veces en la redacción lo veían irse incluso antes de la hora del cierre de edición. Pero es que las ganas le apretaban. Citaba a Leo por medio del WhatsApp, indicándole la hora exacta en la que Toti lo recogería. Lo dejaba allí, y de buena gana Toti habría tomado dirección para El Paraíso, su segunda casa. Pero DeVito tenía otros planes para él. Quería que lo mirara. Que viera cómo sometía al chico. Que viera su verga venosa clavarse en el cuerpo casi núbil de Leo. Y por eso le daba una cantidad suplementaria, que el otro se gastaría esa misma noche en el club, cuando dejara a su amo en casa. Al chico, que a veces era gratificado generosamente por DeVito si le gustaba cómo se lo había montado, lo dejaba antes frente al edificio en el que vivía una amiga suya, una tal Cintia, y

que a Leo le servía un poco de tapadera. Siempre le decía a los padres que se pasaba las horas libres con ella, aunque su amiga de verdad era Miranda. Pero sus padres no querían que anduviera en su compañía. En el pueblo se decía que era una fresca, que incluso se había liado con un viejo. Con un hombre mucho mayor que ella…

«Y ¿de dónde sacaba tanto dinero DeVito, para ser tan rumboso? Me dijiste que la redacción de su periódico era más bien pequeña. Un periódico de provincias, vamos», me preguntó Torregrosa.

No, no era *The New York Times*, claro que no. Pero una periodista a la que él despidió, la tal Nagore, me contó que DeVito recibía inyecciones regulares de dinero, dinero salido de los bolsillos siempre llenos de Salazar. El dueño de la salinera le pagaba las campañas de publicidad que hacía en el periódico, con tarifas exorbitantes, totalmente fuera de mercado. Como si, en efecto, los anuncios no fueran para *La Gaceta*, sino para *The New York Times* o algún medio así. El director podía haber invertido ese dinero en mejorar su empresa, en potenciar los contenidos en internet, en crear *podcasts* informativos y mil cosas más que demanda el periodismo actual, como me dijo Nagore. Pero prefirió dejar el periódico como estaba, anclado en lo analógico, y destinar a sus placeres ese chorro de dinero que entraba todos los meses.

Un día hubo un descuido. Leo, en un acto que mezclaba la audacia y la insensatez, movido por la desesperación, logró introducir el móvil en la caseta. Él ya se había percatado de que DeVito siempre cumplía un ritual, que a él le ofrecía una oportunidad, un punto débil, un momento en el que se distraía su atención. Cuando se pinchaba. En la zona VIP de El Paraíso le habían enseñado algo maravilloso: el *chemsex*. Follar con el impulso de droga recreativa era mucho más divertido. Mucho mucho más.

Torregrosa me interrumpió.

«Ya hemos tenido que actuar en Barcelona. Es una práctica que se está extendiendo, especialmente entre el colectivo gay. Se inyectan una jeringuilla con mefedrona, meterse tina, como ellos dicen. Y les lleva a prácticas sexuales cada vez más arriesgadas. Sexo químico. Usan aplicaciones como Wapo o Grindr, en quedadas pactadas con contraseñas como *chill* o chuches. Y se pinchan esa

mierda para tener sesiones en las que pueden intervenir treinta hombres. No hay límites. Una bolsa de mefe les da para tres o cuatro pinchazos, y lo mezclan con viagra. El otro día me comentaba un médico que había visto a un chaval, de no más de veinte años, con los dos brazos chorreando pus. En una sesión se pueden pinchar tranquilamente cincuenta veces. Y los expertos no paran de avisar del riesgo de desarrollar paranoias y conductas suicidas. A alguno ya se le ha ido la mano, y ha acabado en una caja de pino antes de tiempo».

DeVito ni siquiera tenía que acudir a internet para comprar lo que buscaba. El director del instituto fue quien nos había puesto sobre la pista. Y Megan y su novio no solo comerciaban con *spice*. Zarco se había convertido en el camello del periodista, al que siempre le tenía preparada su dosis de *slam*. Se había enganchado a él, a eso de pincharse para multiplicar su placer. Según había revelado la foto que encontré en el móvil de Miranda, su favorito era el GHB, que al parecer te relaja el esfínter y te prepara para un maratón sexual. La foto que hizo Leo y que logró enviar al móvil de Miranda. Esa foto que mandó precipitadamente, desde la misma caseta, quizá con miedo a que esa noche fuera su última noche. Porque seguro que siempre tendría ese miedo. Que un día no saldría vivo de la caseta. Que un día, el más tonto, el cabrón que le estaba jodiendo la vida, podía decir que era el momento de que la fiesta terminara.

DeVito, enfurecido, frenó a duras penas su ira. De buena gana le habría dado una paliza al crío. Pero no podía averiar la mercancía. Sabía que tenía comprado el silencio del chico, pero no quería exponerse a que le hicieran preguntas si lo encontraban con la cara hecha un mapa. El problema no era ahora él, sino ella.

Miranda.

DeVito empezó a dormir muy mal. Ni siquiera disfrutaba plenamente ese momento en el que se derramaba en la boca del chico. Ya ni el *slam* le ayudaba. Tenía una espada de Damocles penduleando sobre su cabeza. Miranda podía ir en cualquier momento con su foto a la policía. Y le entraban sudores fríos cada vez que visualizaba la escena. Su polla, sometida al escrutinio de toda la comisaría. Y su cuello, en peligro.

Debía actuar de inmediato.

No fue difícil convencer a Toti. Conocía su mayor debilidad. Así que le dejó pagados en El Paraíso cien polvos. Y preparó el final de Miranda. Sabía que vivía en un tercero. Igual la cosa era más sencilla de lo que parecía. Bastaba con entrar en su casa cuando estuviera sola (su madre solía ir muchas noches a cenar con el novio joven ese que se había echado, más de una vez los había visto él mismo entrar en restaurantes caros). Si te caes de un tercero, lo más probable es que no te salves. Toti solo debía empujarla, siempre después de que ella le dijera dónde guardaba su móvil. Pero Miranda no murió al instante. Toti lo comprobó, con el rostro desencajado. Se veía obligado a modificar el plan, a pensar sobre la marcha, allí, en medio de la lluvia. Y tuvo una idea, que le nació directamente de las tripas, del odio que le tenía a Salazar por haberle robado su mundo, el que había construido con sal. Echó el cuerpo desmadejado de Miranda a su Golf, y salió a toda velocidad hacia el humedal. El silencio solo se veía interrumpido por el agua que corría por los aleros de las instalaciones. Ni rastro de flamencos. Ni de un alma. O eso pensó él, ajeno a que una pareja estaba en ese momento grabando una *story* para Instagram. Miranda aún se movía, pero el impacto en la caída había sido tal que su cerebro ya no era capaz de procesar las señales de dolor de todas las articulaciones que tenía rotas. La arrojó a la laguna. Y encendió la volvedora. Nadie tenía tanta pericia para manejarla como él. Las cuchillas hicieron su trabajo.

La autopsia a Miranda no reveló lesión alguna producida por efecto de golpe o impacto descargado sobre su cuerpo. La niña se había caído a la salina. Se resbaló y perdió el conocimiento. La volvedora se manipula a través de control remoto, de tal manera que quien la conducía no se apercibió de la presencia de un cuerpo humano, confundido con las glebas de sal, y las palas de extracción pasaron por encima, deformándole el rostro. La máquina, accidentalmente, le pasó por encima. Pero alguien debía haberla manejado. Mis compañeros de Castellblanc tomaron declaración a todos los empleados de la salinera. Todos tenían coartada, claro. El asesino ya no formaba parte de la plantilla de la empresa. Y el caso quedó cerrado, sin resolverse. Por eso Fuster no quería ni oír hablar de él. Miranda Grey era la evidencia de un fracaso, la prueba de que se iba a jubilar sin encontrar a quien la mató.

—Y ¿cómo se cargaron a Leo? —me disparó Torregrosa.

—En efecto, el chaval había estado en la comisaría. Fuster lo atendió. Quería denunciar a DeVito, pero le faltó valor. El periodista se enteró. Si había estado tan cerca, ¿quién le aseguraba que no lo intentaría de nuevo, que no lo haría al día siguiente? Debía cortar de raíz ese peligro. Con la ayuda de Toti, secuestró al chaval y lo llevó a una casa abandonada, cerca de la zona de Los Conejos. No sabía qué hacer con él. Pero al menos, se aseguraba de que no iría de nuevo a la policía a presentar denuncia contra él. Y el terremoto le dio una idea. El chico podía morir sepultado por los cascotes de una casa en ruinas. Igual que habían muerto otras siete personas. No había que maniatarlo con bridas, para que no le quedaran señales en las muñecas. Solo taparle la boca con cinta adhesiva. Por eso el equipo de recogida de pruebas no había encontrado ninguna muestra de bridas, ni ningún otro material que sirviera para maniatar. Llegó la réplica, el segundo terremoto. Había llegado el momento. DeVito debía actuar con rapidez. Toti robó un tractor equipado de una pala. Y tiró la casa abajo, empellón a empellón. Con Leo dentro. Pero los cascotes no lo hirieron mortalmente. Y DeVito, según la confesión de Toti, tuvo que rematarlo con varios golpes en la cabeza. Al alcance de su mano tenía piedras de sobra para concluir su trabajo.

Yo creo que también había hecho el mío. Torregrosa era parco en elogios. Era más fácil arrancarle una costilla que un elogio. Y solo usó dos palabras: «Buen trabajo».

Guardé el móvil y dejé que mi mirada vagara por el paisaje que tenía delante. Ni siquiera una tragedia como la que había vivido la pobre Miranda era capaz de alterar la hermosura lisa de la laguna. Los flamencos se mantenían erguidos, como majestades de aquel rincón escondido del Mediterráneo. Las montañas de sol espejeaban a la luz cruda del mediodía. Nada cambia con la muerte. Solo con la vida. Y una nueva estaba a punto de llegar a este mundo que es tan difícil a veces de entender.

«Me han comenzado las contracciones, cariño».

Era el mejor mensaje que recibí desde que llegué a Castellblanc. Debía irme inmediatamente. Mi hija estaba a punto de nacer.

51

DURANTE TODA LA SEMANA Daniel siguió peritando edificios. Aún quedaba mucha faena en el pueblo.

Habló con muy poca gente. *La Gaceta* seguía publicándose, aunque su director estuviera entre rejas. Los becarios hacían lo que podían. Un día se encontraba unas declaraciones del alcalde, manifestando que Castellblanc iba a recuperar todo su esplendor. Esa era la portada. Otro día la ocupaba el párroco, apuntando con el dedo a la torre de la iglesia, afirmando que solo Dios había evitado la muerte de fieles. Otra portada fue para el equipo de fútbol de Castellblanc, que entrenaba en la playa, a unos metros del campamento, para preparar el siguiente partido de Liga, un torneo local de poca monta. Pero no había ni una línea de la detención de DeVito. O de Rebolledo, que también estaba pendiente de pasar a disposición judicial. Ni siquiera del Toti.

Pensó en Nagore. A fin de cuentas, con todas sus rarezas, pero también habían sido cómplices, le había ayudado a moverse por aquel extraño paraje de sal y pasiones soterradas. La imaginó más tranquila. El mundo no iba a ser redondo después de que encerraran a DeVito y a Rebolledo, porque el mundo no es redondo, por muchas vueltas que le demos. Pero al menos, sería mejor. Al principio le costó admitir su derrota. Durante meses, cegada por el odio y rencor, señaló como culpable a Armand. Él había matado a Miranda. No había duda. Y se empeñó hasta última hora en que Valentina lo denunciara, aunque la vieja nunca le abriera la puerta, como le pasó la última vez cuando la pilló Borja. Pero esa certeza también se había venido abajo. Con el mismo estrépito con que muchas viviendas lo habían hecho el día del terremoto. Pero a cambio, le había hecho un regalo. Odiaba a Armand. Pero mucho más a DeVito. Y su exdirector ya no estaba en condiciones de decidir qué publicar o a quién despedir. Que se joda. A Daniel no le costaba imaginarse esa frase saliendo de la boca de Nagore,

repitiéndola una y otra vez. «Que se joda».

Aún quedaban muchas casas por peritar, esperando su círculo rojo o amarillo, pero ya no se sentía con fuerzas para continuar en Castellblanc. Debía irse cuanto antes de allí. Muchas noches se descubría llorando. A la cabeza se le venía una de las primeras imágenes que había visto del pueblo, aquel perro dando unos lametazos al niño que yacía a su lado, muerto, intentando reanimarlo, en vano, sintiéndose huérfano porque su compañero de juegos no respondía. Así se veía, como ese chucho. Con la diferencia de que él sí era consciente de su soledad. Él estaba más solo aún que aquel perro abandonado en mitad de los escombros. Remitió esa misma mañana a la central los últimos informes. A continuación le mandó un mensaje a Adela, comunicándole la decisión, y se puso a hacer la maleta. Y abajo, mientras el recepcionista le preparaba la cuenta de su habitación, consultó de nuevo el móvil. No aparecía aún el doble clic en azul. Su novia no lo había leído. Siempre había sido un poco distraída con el teléfono.

—La factura, ¿a su nombre o a nombre de empresa?

—¿Cómo dice?

—¿Le hago la factura a su nombre?

—Ah, sí. Perdone. No, a nombre de mi empresa. Le doy los datos.

El ingeniero abonó la cuenta.

—Esperemos verle pronto.

Daniel consultó en su móvil el horario de autobuses. El de las ocho de la tarde le cuadraba. No paraba de darle vueltas a todo lo que le había ocurrido, a todo lo que había descubierto, una sorpresa detrás de otra, como bombas programadas detonando. Y la última, con esa pareja criminal formada por DeVito y Toti, lo había dejado sin aliento. Le confortaba haber ayudado un poco a la policía en el esclarecimiento de los hechos. Borja lo había citado en aquella casa abandonada. Le bastó un examen somero para hacer un diagnóstico. No había resquebrajaduras ni alteraciones estructurales que pudieran explicarse por un movimiento sísmico. Esa casa se había venido abajo porque alguien había decidido tirarla.

Daniel quiso despedirse de Valentina. Camino de su casa, no paró de hacerse preguntas. Ahora que se sabía toda la verdad, ¿habría preferido ella que todo quedara como estaba, que nadie

removiera ese asunto que tanto la había atormentado? ¿Se habría hundido en el silencio, se habría dejado atrapar por los engaños de la memoria, de esa memoria que cada vez le fallaba más? Ella siempre se había negado a que la realidad aflorara. Su hija se cayó de un tercer piso, en una noche de lluvia. No debía trascender que su cuerpo había aparecido en la salina. ¿Qué importaba eso? Había sido un accidente. Nadie podía querer tan mal a su niña como para hacerle algo malo. Dijera lo que dijera la policía, que se empeñó durante demasiado tiempo en cerrar el caso y dejar de atormentarla con sus especulaciones, todo había sido un accidente. Una fatalidad.

Le abrió la puerta al cuarto timbrazo. Pensó encontrársela abatida, ahora que se sabía qué le había ocurrido exactamente a su hija. Pero no. Le sonrió tímidamente, invitándolo a pasar.

El perito notó que se había esmerado en limpiar y ordenar el salón. Pero no solo eso. Algunos muebles habían cambiado la disposición que él recordaba. El sillón, por ejemplo. Ella pareció leerle el pensamiento.

—Quería darle otro aire al salón. Y cuando pase todo esto del terremoto, igual debiera comprar muebles más modernos, no sé, darle un aire más juvenil. ¿Qué le parece?

Daniel iba a responderle que sí, que le parecía buena idea. Pero una imagen atrapó su atención, paralizándolo. Estaba en una esquina y formaba parte de los cambios que Valentina había querido introducir en aquella estancia. Era una fotografía en color. Valentina aparecía joven, con un vestido azul turquesa y una sonrisa de mujer feliz. Un hombre le rodeaba con sus manos la cintura, con voluntad de posesión, luciendo una sonrisa pícara, de pequeño diablo.

La sonrisa de su padre.

Valentina vio donde estaban mirando los ojos de Daniel, fijos. Y quizá si el perito le hubiera preguntado, ella le habría contado que se casó con Andrade muy enamorada, pero que no todo fue perfecto entre ellos, a pesar del dinero que entraba en casa, de la imagen casi perfecta que proyectaban, y de que, en una de sus crisis, conoció a un señor que claro que no era tan guapo como Armand, pero tenía un poder de seducción que era imposible no rendirse a él, una fuerza magnética a la que era imposible sustraerse. Y que luego se arrepintió, que era un golferas, que no paraba de viajar y

tenía un amor en cada puerto, que la había engañado, pero ya era demasiado tarde, porque Valentina se había quedado embarazada. Quizá todo eso le habría contado. Pero Daniel no quería permanecer ni un segundo más en esa casa.

Se despidió de Valentina apresuradamente.

Cuando llegó a la calle, le faltaba el aire. Tenía la vista nublada. Escuchaba los golpes de los albañiles como en sordina.

Sus pasos se encaminaron a la laguna rosada, donde los flamencos se paseaban despreocupados, con la misma parsimonia que hace dos mil años. Se despidió de la playa, dejándose embriagar por el aire yodado, ya convencido de que solo el mar era totalmente inocente en aquella historia de sangre y truculencias.

Compró el billete de autobús y subió a él solo cinco minutos antes de que emprendiera camino. Se acomodó en el asiento, preparándose mentalmente para un viaje de más de seis horas. El autobús, con aire bamboleante, fue dejando atrás las calles de Castellblanc. Daniel sacó del bolsillo su teléfono móvil, y le mandó un nuevo mensaje a Adela. Le extrañó que esta vez no le entrara. Solo un clic. «Será la cobertura, o igual está en el metro», pensó. Suele pasar.

De pronto el autobús se detuvo. La avenida principal estaba colapsada de tráfico. Una columna de unidades móviles avanzaba, con lentitud de oruga, bajo la banda sonora de una cacofonía de cláxones. Daniel miró de nuevo su móvil. El mensaje a Adela seguía ahí, con un solo clic. Volvió a guardar el móvil. Detrás de él, un hombre hablaba con alguien a través del suyo.

«¿No te has enterado? Dicen que el Museo del Prado se ha incendiado. Lo he leído en Twitter. ¿No lo sabías? Pero si dicen que hay hasta muertos y todo».

Y Daniel vio cómo las unidades móviles, venciendo el atasco, cogían el ramal para tomar la autovía de regreso a la capital. Escapaban a toda velocidad. No tenían ni un segundo que perder.

«¡Qué fuerte! Y dicen que hay muertos, muchos muertos. Sí, sí, eso acabo de leer en Twitter».

Daniel miró por los cristales del autobús. El crepúsculo sangrante había cedido a la oscuridad. La noche se echó encima. A lo lejos vio las luces parpadeantes de El Paraíso, cambiando del azul al verde y del verde al azul, insomnes, ajenas a todo.

Murcia, 2020-2022

AGRADECIMIENTOS

A mis padres, que un día decidieron hacer una imposición de veinte mil pesetas en el banco y a cambio les dieron la colección completa de las novelas que publicó Julio Verne. Si no hubiera descubierto a Phileas Fogg o al capitán Nemo, mi vida habría sido infinitamente más aburrida.

A Diego Pedro López Nicolás, que sería un gran escritor si no se hubiera empeñado en ser el mejor padre.

A Ignacio del Olmo, del que espero que, ahora que es jefe superior de Policía en la Región de Murcia, todavía tenga tiempo de frecuentar a Chandler y a Hammett. Él sabe que nunca hay que abandonar a los amigos que nos hicieron felices. Ignacio me ayudó a darle volumen y verosimilitud al personaje de Borja Stapleton, inspirado en el marido de mi mejor amiga, Ana, cuya amistad ha sobrevivido a kilómetros de distancia y a un huracán que dejó desiertas las calles de Nueva York.

A los vecinos de Lorca, que vieron en 2011 como la naturaleza se ponía a conspirar contra ellos. Un 11 de mayo todo tembló para cambiarles la vida. Las imágenes de aquella tragedia han viajado conmigo mientras escribía esta novela.

A las salinas de Torrevieja, donde no hay buenos y malos, como en la novela. Solo buenos. Un paraíso que tengo a apenas sesenta kilómetros de casa. Solo por ver la elegancia de los flamencos o una puesta de sol, merece la pena acercarse a ellas.

Y a la Policía nacional, por supuesto. Primero, por velar por todos nosotros. De siempre me ha despertado admiración su trabajo. Que además de cuidarnos, ponga en marcha un premio de novela como este solo merece mi aplauso. Y mi gratitud.

GREGORIO LEÓN nació en Murcia un día muy caluroso de 1971. Se gana la vida desde hace más de veinte años como periodista de Onda Regional, la emisora autonómica de Murcia. También ha hecho televisión. Tiene cinco novelas publicadas: *Murciélagos en un burdel* (Premio Ciudad de Badajoz), *El pensamiento de los ahorcados* (Premio Diputación de Córdoba), *Balada de Perros Muertos* (Premio Valencia de novela), *El último secreto de Frida K*. (Premio Alarcos Llorach) y *La emperatriz de jade*. Igualmente ha recibido el Premio Alfonso Grosso de relatos, o el Miguel de Unamuno, entre otros. Su obra ha sido traducida al francés. *El último viaje de Miranda Grey* es su última novela.